

CCIÓN

7/11

Handwritten text, mostly illegible due to fading and bleed-through.

Handwritten text, mostly illegible due to fading and bleed-through.

Handwritten text, mostly illegible due to fading and bleed-through.

Handwritten text, mostly illegible due to fading and bleed-through.

Handwritten text, mostly illegible due to fading and bleed-through.

Handwritten text, mostly illegible due to fading and bleed-through.

Handwritten text, mostly illegible due to fading and bleed-through.

Handwritten text, mostly illegible due to fading and bleed-through.

Handwritten text, mostly illegible due to fading and bleed-through.

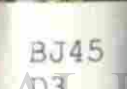
Handwritten text, mostly illegible due to fading and bleed-through.

Handwritten text, mostly illegible due to fading and bleed-through.

Handwritten text, mostly illegible due to fading and bleed-through.

Handwritten text, mostly illegible due to fading and bleed-through.

Handwritten text, mostly illegible due to fading and bleed-through.



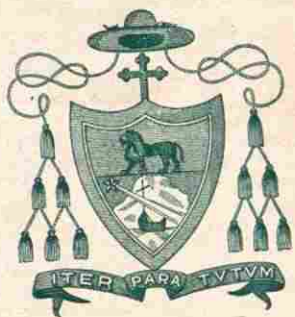
BJ45

D3

2.1

4026

009844



1080021696

EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

VERE FLAMMAM  
VERITATIS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

5 00 - 00

11 - 00

19 24

10 - 00

23 - 88

11 - 90

3 57 - 37

6 50

7 39 89

9 38 65

0 0 1 2 4



LA

MORAL FILOSOFICA

ANTES Y DESPUES

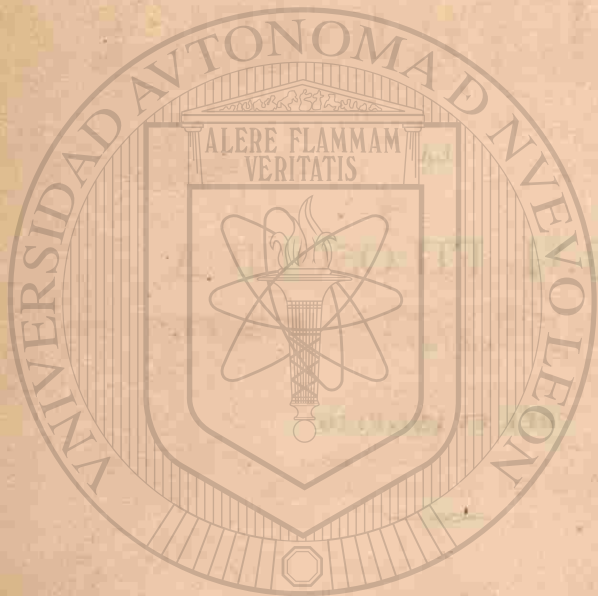
DEL EVANGELIO

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ESTUDIOS CATOLICOS.

LA  
**MORAL FILOSÓFICA**

ANTES Y DESPUES  
DEL EVANGELIO.

ESTUDIO ESCRITO EN FRANCÉS

POR EL R. P. CÁRLOS DANIEL

Y TRADUCIDO EXPRESAMENTE PARA LA

IDEA CATOLICA

Por Tirso Rafael Córdoba.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO  
IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE Y C<sup>o</sup>  
BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

1871

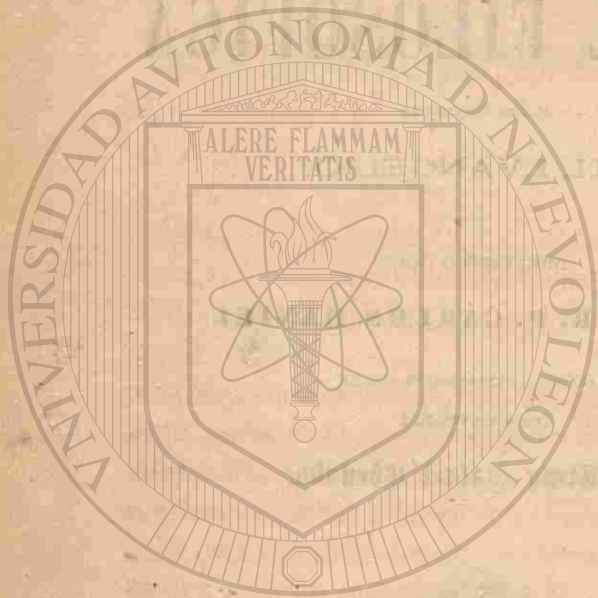


Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

46267

BJ 45

D 3



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

18888

## DOS PALABRAS DEL TRADUCTOR.

Días hace que se escucha en nuestra patria un rumor siniestro que presagia la mas espantosa y deshecha tempestad.

Ese rumor, un tiempo sordo y lejano, que solo era dado distinguir á experimentados y sabios pilotos, es ya percibido por todos. No hay inteligencia que no comprenda lo que aquel significa, ni corazon que no palpite apresuradamente en fuerza de la congoja que inspira la contemplacion de esas negras nubes que vâanse amontonando con rapidez en el horizonte.

Ese rumor fatídico y aterrador, es la voz del huracan revolucionario, funesto precursor de esas borrascas que han hundido á tantos pueblos en un abismo sin fondo, dejando solo para alto ejemplo de la humanidad el recuerdo de su grandeza y las tristes ruinas de un pasado que al desaparecer se lleva en pos benéficas instituciones, sábias leyes, saluda-

00844

bles costumbres, y grandes monumentos de la ciencia, del arte y de la religion.

¿Quién lee sin temblar las narraciones de esas lamentables catástrofes? ¿A quién no conmueven esos estragos, mil veces mas terribles que los que dejan al pasar las estruendosas tempestades del mundo físico?

¡Ay de esta hermosa cuanto trabajada patria el día en que la tormenta se desate por fin sobre su suelo privilegiado! ¿Y por ventura se halla léjos tan aciago día en que la ira del cielo nos convierta en la fábula de las gentes?

El racionalismo, ese viento helado que azota con furia los muros del templo católico y las paredes del hogar doméstico, ruge cada vez más, y levantando oscuras polvaredas ciega á algunos espíritus para que no vean el astro hermoso de la fe que aun sigue alumbrando el cielo á pesar de las nubes que se apresuran á eubrirlo.

Y así ciegos esos espíritus, y no mirando la causa de tan extraño rumor, empéñanse en creer que éste es la voz de una deidad majestuosa y desconocida que viene á anunciar al mundo la muerte de la idea cristiana y el reinado de un progreso sin límites, de una ventura semejante á un océano sin playas!

Empero los hombres generosos tiemblan, y tiemblan con ese temor santo en que la sabiduría tiene su origen: y abiertos como tienen sus ojos á la luz, ven las señales de la cercana ruina, y exclaman

que aquel mentido progreso lleva á la eterna felicidad.

En medio de esa lucha formidable de los elementos que amenazan desquiciar la sociedad, ¡cuánto consuelo infunde en las almas rectas la voz de esos sabios que en nombre de una religion toda de amor y de esperanzas, fortifican á los pueblos en la fe, y restablecen las sublimes y puras enseñanzas del Evangelio!

De esos sabios es el esclarecido autor del presente opúsculo, con cuya traduccion creemos prestar un servicio á la causa de la religion católica, y por tanto á la causa de México, cuya gran mayoría profesa esa creencia adorable y consoladora.

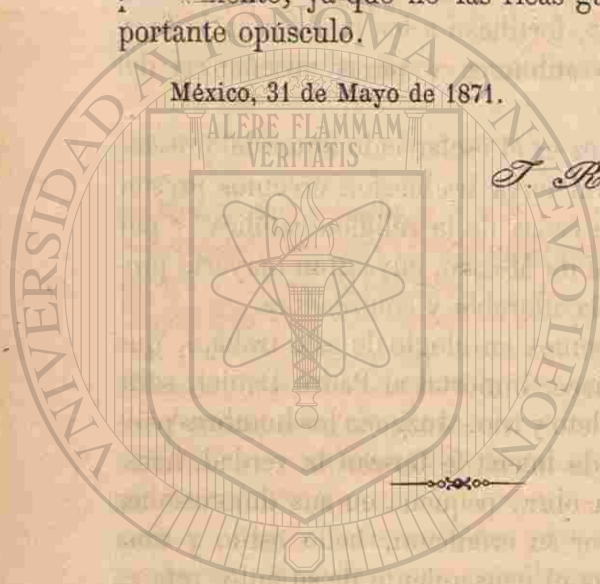
Cuanto dijésemos en elogio de este trabajo, que bastaria para hacer inmortal al Padre Daniel, seria pálido, incompleto y frio. Juzguen los hombres pensadores y que de buena fe buscan la verdad, hasta qué punto esta obra, pequeña en sus dimensiones pero grande por su erudicion, bello estilo y sana doctrina, realiza el pensamiento de su autor que es demostrar la insuficiencia de la sola razon para alcanzar las grandes verdades que se relacionan con el origen y destino del hombre, y con los deberes que tiene que cumplir para alcanzarlo; verdades desconocidas ó despreciadas por la moral filosófica, y enseñadas con admirable plenitud y sencillez por la moral evangélica. ®

Tengo por cierto que mi traduccion ha de adolecer de innumerables defectos. Mas ¿cómo dudar de

que se use conmigo de indulgencia cuando considero que si por una parte es vituperable la precipitación, por otra será acaso laudable la oportunidad? Por satisfecho habré de darme, y espero pase lo mismo á los lectores, si logro trasladar siquiera el pensamiento, ya que no las ricas galas de tan importante opúsculo.

México, 31 de Mayo de 1871.

*J. P. Córdoba.*



LA

## MORAL FILOSOFICA

ANTES Y DESPUES DEL EVANGELIO.

Saber de dónde venimos y adónde vamos; cuál es la primera y última palabra de la vida, las obligaciones que á ella se refieren, y la cuenta que debemos dar de su cumplimiento, no es un negocio de pura curiosidad, sino una necesidad imperiosa que experimenta todo entendimiento racional, y verdaderamente serio. Cuando el hombre halla pues un maestro que le enseña tales cosas, un guía que le muestra el camino y le presta la seguridad de conducirlo á buen término, indudable es que debe aceptarlo de buena voluntad, si ya no es que prefiere correr el riesgo de perder lastimosa é inútilmente el tiempo de su vida, y de llegar al fin de la jornada con el corazón destrozado y lleno de pesares, de remordimientos y de justísimas alarmas.

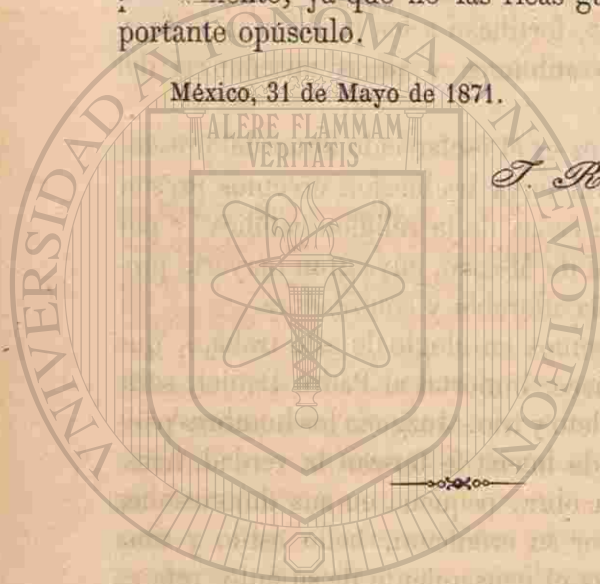
Ahora bien: ese maestro, esa segura guía ¿está aún por encontrarse? El cristianismo dice que no, y para probarlo nos presenta esa larga serie de generaciones que han caminado por el sendero de la paz, alumbradas por la luz del Evangelio, sostenidas, fortificadas por celestiales esperanzas, no ignorando nada de cuanto importa al hombre conocer, y descansando tranquila y plena-



que se use conmigo de indulgencia cuando considero que si por una parte es vituperable la precipitación, por otra será acaso laudable la oportunidad? Por satisfecho habré de darme, y espero pase lo mismo á los lectores, si logro trasladar siquiera el pensamiento, ya que no las ricas galas de tan importante opúsculo.

México, 31 de Mayo de 1871.

*J. P. Córdoba.*



LA

## MORAL FILOSOFICA

ANTES Y DESPUES DEL EVANGELIO.

Saber de dónde venimos y adónde vamos; cuál es la primera y última palabra de la vida, las obligaciones que á ella se refieren, y la cuenta que debemos dar de su cumplimiento, no es un negocio de pura curiosidad, sino una necesidad imperiosa que experimenta todo entendimiento racional, y verdaderamente serio. Cuando el hombre halla pues un maestro que le enseña tales cosas, un guía que le muestra el camino y le presta la seguridad de conducirlo á buen término, indudable es que debe aceptarlo de buena voluntad, si ya no es que prefiere correr el riesgo de perder lastimosa é inútilmente el tiempo de su vida, y de llegar al fin de la jornada con el corazón destrozado y lleno de pesares, de remordimientos y de justísimas alarmas.

Ahora bien: ese maestro, esa segura guía ¿está aún por encontrarse? El cristianismo dice que no, y para probarlo nos presenta esa larga serie de generaciones que han caminado por el sendero de la paz, alumbradas por la luz del Evangelio, sostenidas, fortificadas por celestiales esperanzas, no ignorando nada de cuanto importa al hombre conocer, y descansando tranquila y plena-

mente en la palabra de Dios. El cristianismo invoca tambien el testimonio de nuestra propia experiencia, y nos pregunta si no es él quien, desde la cuna, puso en nuestros labios el nombre de Dios, y su amor en nuestros corazones; si hay una sola virtud que él no nos haya enseñado, un vicio solo por el cual no nos haya inspirado horror; si hay un voto legitimo de nuestra naturaleza que él no haya siempre escuchado, y si no nos ha dado ya prendas seguras del cabal cumplimiento de sus promesas; y nos pregunta por último, si ha dejado que nuestros destinos sean avasallados por esas dudas terribles, una sola de las cuales basta para envenenar toda una existencia. Preciso es convenir en que si en el seno del cristianismo hemos encontrado todo esto, no tenemos necesidad de buscar en otra parte: nuestro maestro, nuestro guía, es Jesucristo, el Hijo de Dios y el Salvador de los hombres.

Pero no todos están de acuerdo en esta verdad; y por larga que sea la experiencia de los siglos, por persuasiva la que hemos hecho por nosotros mismos, hay hombres, y por desgracia innumerables en nuestros dias, que no creen que la posesion y títulos que con tan buen derecho alega el cristianismo, sean bastantes para merecer su confianza; y no vacilan en mirar esas atribuciones de guía y maestro de la humanidad como propias de una filosofía, que acaso nada ha hecho aún para probarlo, pero que lo hará todo, y de ello responden sus propugnadores.

Trabájase pues *en hacer salir á la filosofía del recinto de las escuelas, y en darle mayor influencia en el gobierno de las almas,*<sup>1</sup> con la esperanza de verla bien

<sup>1</sup> Julio Simon.—*Le Devoir*. Prefacio de la 3ª edición.

pronto sustituir por completo al cristianismo. ¡A éste el pasado, á aquella el porvenir! La filosofía, que no retrograda, se nos dice, acaba siempre por establecerse y propagarse.<sup>1</sup>

El asunto merece en verdad madura reflexion, é interesa tanto á esos filosofos como á nosotros. A ellos, porque la mision de gobernar á las almas es terrible, no solo cuando se ha recibido de lo alto, sino con mayor razon cuando no proviene mas que de sí mismo, cuando se corre el peligro, al penetrar en el santuario de la conciencia, de no llevar á él mas que la turbacion, la oscuridad, y las mas amargas decepciones. En cuanto á nosotros, ¿dónde podriamos hallar mas alto objeto de nuestras graves reflexiones? ¿Cómo no temblar cuando vemos que esos pretendidos guías que intentan colocarse á la cabeza de la humanidad, ignoran por completo el sendero? Yo soy el camino, la verdad y la vida,<sup>2</sup> ha dicho Jesucristo: he aquí una de esas palabras que no pasarán jamás. Por un beneficio inefable, y que no tenemos derecho á exigir por ningun título, somos llamados á contemplar á Dios cara á cara, no como la razon puede concebirle, autor y Soberano Señor de todo cuanto existe, sino tal como es en sí mismo, como él se conoce desde la eternidad, solo Dios en tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Mas este sentimiento es de tal suerte superior á nuestra naturaleza, que ni las luces de nuestro entendimiento, ni las fuerzas de nuestra voluntad, abandonadas á sí mismas, pueden alcanzarlo, y hé aquí por tanto lo que llamamos el fin sobrenatural del hombre. Para elevarnos

<sup>1</sup> *Le Devoir*, p. 419.

<sup>2</sup> Joann., XIV, 6.

hasta él, ha sido preciso que Dios descienda hasta nosotros. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, la gloria que posee como Unigénito del Padre. <sup>1</sup> Ninguno ha visto jamás á Dios: el Unigénito, que está en el seno del Padre, nos refiere lo que ha visto. <sup>2</sup> No hay pues mas que un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hecho hombre. <sup>3</sup> Antes de subir al cielo, confió á su Iglesia los instrumentos de nuestra salud, su fe, sus sacramentos, sus preceptos; y hé aquí por qué, fuera del caso de ignorancia invencible, no hay salvacion para quien no sea miembro de esta Iglesia.

La filosofía racionalista no admite el orden sobrenatural, porque sabe muy bien que admitiéndolo tendria que abdicar todas sus pretensiones; y los desgraciados que se extravían por seguir sus huellas, no comprenden que Jesucristo es el único mediador entre Dios y los hombres. Imaginanse que la razon, abandonada á sí misma, puede encontrar su camino; que el hombre por sus propias fuerzas, puede llegar á su fin, cuyo error induce á falsear enteramente la conducta de la vida. ¿Cómo pues ilustrar á esos espíritus preocupados y volverlos á la verdad?

De varios modos pudiéramos conseguirlo. El mas sencillo es demostrarles el hecho del establecimiento del cristianismo y su carácter divino. Desde el momento en que se prueba que Dios ha hablado, evidentemente nadie conserva el derecho de dejar de creer en su palabra. Mas para aceptar las pruebas históricas del cris-

<sup>1</sup> Joann., I, 14.

<sup>2</sup> Id. I. 18.

<sup>3</sup> I Tim. II. 15.

tianismo, para estudiarlas, y pesarlas seriamente, preciso es tener conciencia hasta cierto punto de la insuficiencia de la razon, y sentir la necesidad de una luz mas perfecta que ilustre al hombre acerca de su destino y sus deberes. Esta insuficiencia de la razon, puede ser probada por la razon misma. Si ella procede de buena fe, confesará que no cuenta por sí sola con todo aquello que se necesita para guiar al hombre acá en la tierra hácia la vida futura. La razon no nos muestra ni un fin bastante cierto, ni medios bastante seguros para alcanzarla; sus pruebas no son ni suficientemente luminosas, ni accesibles á todas las inteligencias; y por otra parte siempre deja algo á la duda que hiela el corazon, y paraliza la voluntad.

En presencia del cristianismo vése principalmente obligada á hacer semejante confesion. ¡Cuántas verdades, apénas entrevistas por la razon, ha hecho aparecer en todo su brillante esplendor el cristianismo! Verdades del orden moral, verdades prácticas, de que el hombre no podria prescindir en ningun caso, aun cuando no fuese llamado á un fin sobrenatural. Lo que la razon advina ó demuestra penosamente, es enseñando por la fe de un modo tan claro como la luz del dia; lo que estaba reservado en otro tiempo á las inteligencias de los sabios, ha sido convertido por la fe en el patrimonio de todos, y ella presenta á la conciencia las razones mas urgentes y poderosas para evitar el mal y hacer el bien, porque tiene *las palabras de la vida eterna*.

He aquí, pues, nuestro propósito: demostrar que la razon no se basta á sí misma, y que por el contrario siempre tiene motivo para desconfiar de sus propios esfuerzos cuando se trata de decidir acerca de esas gran-

des cuestiones que es imposible dejar á un lado, y que tienen para nosotros un interes supremo; nuestro origen, nuestro fin último, nuestros deberes, los medios de llegar al término de la vida feliz; cosas todas que no podemos conocer bien, si Dios no nos llama del fondo de las tinieblas á su admirable luz. <sup>1</sup>

La demostracion de esa verdad resultará sin duda del estudio que vamos á hacer de la moral filosófica en dos épocas muy diversas, ántes y despues del Evangelio. La moral filosófica ántes del Evangelio nos dará á conocer lo que puede la razon por sí misma, privada en todo ó en gran parte, de las luces de la revelacion; y la moral filosófica despues del Evangelio nos enseñará lo que puede la razon ayudada de esas mismas luces que afecta orgullosa despreciar.

Comparada de esta suerte consigo misma en dos situaciones diferentes, la razon nos dará la medida de sus fuerzas.

Comprendiendo la necesidad de elegir entre los filósofos moralistas, he debido fijarme en los mas honrados y sensatos, pues que son en general los ménos sistemáticos.

Si mis lectores se colocan en el mismo punto de vista, creo que no desaprobarán mi eleccion.

Ciceron, 45 años ántes de Jesucristo, y el año mismo que precedió á su muerte (era entónces de edad de sesenta y tres años), reunió en una obra conocida-sima que se intitula *De los Deberes*, los frutos de su larga experiencia, de sus meditaciones, de sus inmensas lecturas y de sus conferencias con los filósofos mas distinguidos de todas las escuelas de su tiempo. Este tratado, que con justicia es tenido por el mas dogmático y

<sup>1</sup> I Petr. II. 9.

completo de todos sus escritos filosóficos, fué dedicado al jóven Marco, que estudiaba entónces en Aténas al lado de Cratippo; con lo cual dicho se está que hallaremos en esa obra toda la gravedad y la autoridad de un padre que enseña á su hijo la difícil ciencia de la vida. Notemos por otra parte, que la moral introducida por Sócrates en las escuelas de la Grecia despues de haber sufrido la prueba de la controversia en la Academia, en el Liceo y en el Pórtico, habia encontrado por fin sólido fondo en el carácter romano, de manera que llegaba entónces á su completo desarrollo en medio de las condiciones mas favorables. Todas estas razones nos determinan á concentrar nuestras miradas en la obra de Ciceron. Esto por lo que hace la antigüedad.

Entre los modernos, nuestro embarazo es menor todavía. El brillo de una corona académica, el éxito de muchas ediciones, y un mérito real y apénas puesto en duda, son otros tantos títulos que señalan á nuestra eleccion el libro "*del Deber*," escrito por Julio Simon. En ese libro, lo mismo que en el de la "*Religion natural*," en que el autor ha completado á menudo su pensamiento, nos proponemos estudiar la moral filosófica despues del Evangelio.

Partirémos pues de Ciceron para llegar á Julio Simon, y volverémos repetidas veces de éste á aquel, y al contrario, para explicarlos, para completar al uno con el otro. En nuestro camino encontraremos de vez en cuando á los doctores de la Iglesia, y habrémos tambien de interrogarles, aunque no sea mas que para saber lo que deben á los antiguos filósofos y lo que les deben los modernos. Con relacion á este último punto, establecerémos desde ahora un hecho general.

En otro tiempo, las verdades del orden natural, descubiertas trabajosamente por los filósofos, pasaban de los paganos á los cristianos, purificándose y desprendiéndose de los errores con que habian sido mezcladas. Nada mas legítimo, observa San Agustín; no de otra suerte los hebreos trajeron de Egipto, para destinarlos al ornamento del santuario, los vasos de oro que aquellos infieles habian cincelado, y cuyo metal salió de las minas de la Divina Providencia. Pero no estamos ya en los primeros siglos de la Iglesia, y las cosas han tomado otro giro en nuestros dias. Hoy es la filosofía quien á su vez se enriquece con los despojos del cristianismo, y los vasos de oro, purificados, vuelven á poder de los egipcios.

¿Son por ventura justas y honrosas estas represalias, y la verdad, á que se pretende servir, gana algo con ellas? Hé aquí lo que vamos á examinar. ¿Y qué sucedería si en último resultado nos encontrásemos con que la filosofía, á pesar de esa hábil táctica, no está todavía en aptitud de reemplazar al cristianismo ni aun en ese terreno de la moral puramente natural?

## I

Yo creo á Ciceron cuando dice: “No fué ayer cuando me consagré á la filosofía; desde muy jóven me dediqué á este estudio con mucho ardor, y aun en el tiempo en que ménos lo parecía, era cuando mas que nunca me ocupaba en él. Así lo demuestran mis discursos que están llenos de pensamientos filosóficos; mis relaciones íntimas con los hombres mas sabios, que fueron en todos tiempos el ornamento de mi casa; los gran-

des maestros que me han formado: Diodoto, Philon, Antioco, Posidonio.”<sup>1</sup> Rindámosle el testimonio que reclama, y reconozcamos en el grande orador, y glorioso cónsul, al discípulo distinguido de la Academia, y del Pórtico. Si no se tuviese como una ironía, veriamos con placer aquellos ocios que le fueron dejados despues de la batalla de Farsalia, y la muerte de Pompeyo, de los cuales no dirá como Virgilio: “*Deus nobis hæc otia fecit*, y sin cuyos ocios sin embargo no tendríamos probablemente ni las *Académicas*, ni las *Tusculanas*, ni los tres libros de la *Naturaleza de los Dioses*, ni por último, ese hermoso Tratado de los *Deberes*, que corona dignamente la serie de sus escritos filosóficos. Concíbese muy bien, y el presente es un magnífico comentario del pasado, que despues de una existencia embellecida por todos los triunfos de la palabra, debía pesarle el silencio de la tribuna. No es por lo mismo extraño el pesar que le acompañaba en su soledad, y que expresa en varios pasajes de aquella obra. Miétras la República fué gobernada por los hombres que ella misma habia elegido, le consagró todos sus cuidados y pensamientos; pero cuando todo fué sometido á la dominacion de uno solo, cuando los consejos y la autoridad perdieron su influencia, no quiso ni ser presa del dolor que habria le consumido, dejando de oponer patriótica resistencia, ni entregarse á placeres indignos de un hombre sabio. Y como su espíritu no podia sufrir la inaccion, volvió á los estudios de sus primeros años, persuadido de que el medio mas honesto de calmar sus penas, era consagrarse de nuevo á la filosofía.”<sup>2</sup>

<sup>1</sup> De natura Deorum, lib. I. cap. III.

<sup>2</sup> De officiis, lib. 2, cap. I. lib. III. cap. I.

Mas de que el Tratado de los deberes haya sido compuesto en aquella época de reposo forzado, poco ántes de esas *Filípicas*, cuyas tempestades se agitan en su seno, no debe inferirse que la amargura haya hecho el oficio de la sabiduría, dictando las lecciones del filósofo. No, todo anuncia por el contrario la mayor serenidad de espíritu, la razon mas libre y despreocupada, y si no fuese por algunos rasgos acerbos contra la memoria de César, podriase vacilar acerca de una fecha que nos es por otra parte conocida en la Historia.

Por lo demás, hacemos á un lado, como extraños á nuestro objeto, los pasajes en que mas se advierte la expresion del sentimiento personal, para no recoger, para no estudiar sino las severas doctrinas estoicas tales como Ciceron podia presentarlas, realzadas por el platonismo, modificadas por el buen sentido de un hombre tan experimentado en los negocios y realidades de la vida.

Si hablamos de las doctrinas estoicas, no es solamente porque tal fuese la filosofia moral preferida por Ciceron, sino tambien porque el fondo en que descansaba su trabajo habia sido tomado de un estoico, Panecio de Rodas, el amigo y maestro de Scipion el Africano. Poco afecto además al exclusivismo, sabrá mezclar en esa trama de bellos pensamientos otras doctrinas filosóficas. No traduce, sigue libremente á su maestro, y tiene cuidado de advertirnoslo. Hemos dicho ya que destinaba aquel tratado á su hijo que estudiaba entonces con Cratippo, y éste era peripatético, lo cual recuerda Ciceron, y cree deber decir á Marco: "Sócrates y Platon son igualmente nuestros maestros." <sup>1</sup> Hé aquí

<sup>1</sup> De officiis, lib. I. cap. I.

una nueva prueba de aquel espíritu de conciliacion que era tan conforme á sus hábitos, y al cual se manifiesta entonces mas fiel que nunca. Y es precisamente lo que deseamos, pues no vamos en busca de un sistema, sino mas bien de un resumen completo de las mas sanas doctrinas morales de la antigüedad.

Dividese la obra en tres libros, cada uno de los cuales trata de una parte distinta de la moral, á saber: de lo honesto, de lo útil, y de las relaciones entre uno y otro. Mucho habria que decir sobre esta division, y aun se podria preguntar desde luego si lo útil, considerado en sí mismo, es propiamente el objeto de la moral. Pero reservamos esta cuestion, por no tratarla prematuramente, y con el fin de ilustrarla en la serie de este trabajo, por la simple exposicion de la doctrina de Ciceron.

¿Qué es pues lo honesto? Cosa difícil de definir, y que todos conciben. Ciceron, que habia prometido esta definicion, no la dá, y sin embargo llega al fin que se propone por un procedimiento muy legítimo á lo que creo. Describe la facultad que nos eleva á este conocimiento, la razon;— que distingue, segun se expresa, al hombre del bruto, que percibe el origen y el progreso de las cosas, conoce sus causas y efectos, compara sus diferentes relaciones, une el presente con el porvenir; la razon, que junta al hombre con el hombre, y da nacimiento á la familia, á la sociedad; la razon, que excita al hombre á la investigacion, al descubrimiento de la verdad, y por la cual "todo lo que es verdadero, puro, simple, acomódase admirablemente á su naturaleza." Ningun otro animal es subyugado por la hermosura, ni aun la visible: en el hombre, la razon hace pa-

sar la imágen de aquella, de los ojos del cuerpo á los del alma; y cuánto mayor atractivo no tiene para él esa hermosura en el orden de las cosas morales? "Hé aquí, hijo mio, concluye; hé aquí la forma, y por decirlo así, la figura de lo honesto, la cual, si fuese sensible á los ojos, excitaria en nosotros, como dice Platon, maravillosos trasportes de amor."<sup>1</sup>

En verdad que este lenguaje no carece de elevacion, é imposible seria desdeñar esas aspiraciones confusas hácia aquella hermosura siempre antigua y siempre nueva que San Agustin, más feliz que el filósofo pagano, se admiraba de haber podido desconocer tan largo tiempo. Compréndese por lo expuesto, que Ciceron funda su moral, no en las cosas instables y fugitivas, tales como la pasion ó los sentidos, sino en lo inmutable, en esa razon soberana, de la cual es la nuestra, no obstante sus flaquezas, una participacion y un reflejo: hé aquí lo que además ha consignado en otros escritos, especialmente en su Tratado de las *Leyes*, en que define de un modo admirable la ley natural: *la razon suprema comunicada á nuestra naturaleza*.<sup>2</sup> Vemos pues que Ciceron reprueba la moral del interés, la moral del placer, y se coloca en un grado eminente entre los filósofos espiritualistas. Pero es preciso descender de aquellas alturas, necesario es volver á tocar la tierra, porque en ella es donde la ley natural tiene sus objetos, y donde lo honesto engendra obligaciones. Veamos el lado positivo y práctico de la moral de Ciceron.

Lo honesto, segun él, se resuelve en cuatro partes, es decir, que hay cuatro virtudes principales de donde

<sup>1</sup> De officiis, lib. I. cap. IV y V.

<sup>2</sup> De Legibus, L. I. c. VI.

se derivan todos los deberes: la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza, virtudes á que nosotros damos el nombre de cardinales.

Prescindamos de esa exactitud, de esa precision á que nos ha acostumbrado la escolástica. Las denominaciones que afectan á cada virtud no están bien fijas aún. Así la prudencia, esta sabiduria práctica, es á veces confundida con la ciencia ó la sabiduria puramente especulativa. Pero encontramos desde luego lo esencial; y Ciceron distingue perfectamente dos maneras opuestas de atacar esta virtud, el exceso y el defecto, la curiosidad y la falta de aplicacion. A la justicia, cuya funcion especial es mantener la armonía entre los hombres, refiere la beneficencia y la generosidad, que en cierto modo tiene en el orden natural analogía con la caridad cristiana. Los deberes que conciernen á la propiedad, son clasificados con perfecta distincion de los que atañen á las personas: «el primer deber que prescribe la justicia es el de no hacer mal á otro, si no es en el caso de una justa defensa; el segundo, el de usar en comun de todos los bienes que son comunes, y en propiedad solo de los bienes particulares.» Del mismo modo distingue dos especies de injusticias: «una que hacemos por nosotros mismos, y otra que consiste en dejar hacer lo que se podria impedir.»<sup>1</sup> Entre los diferentes deberes de justicia y beneficencia, procura empeñosamente establecer una subordinacion que tiende á prevenir en cuanto es posible la arbitrariedad y el capricho.» Es necesario, dice, cuando se trata del cumplimiento de todos los deberes, considerar quién es el que tiene mayor necesidad, y lo que puede ó nó sin nuestro auxilio. Si los vínculos

<sup>1</sup> De officiis, L. I. cap. VII.

tienen sus derechos, las circunstancias tienen también los suyos. Hay ciertos servicios que se deben á unos más bien que á otros. Débese, por ejemplo, ayudar á un vecino á levantar su cosecha, con preferencia á un hermano ó un amigo; pero si se trata de un proceso, os presentaréis más bien á la defensa de un amigo ó un hermano que de vuestro vecino. Todas estas consideraciones y otras semejantes deben entrar en el cumplimiento de nuestros deberes. Y es preciso que en ellas nos ejercitemos hasta adquirir el hábito, si queremos ser justos apreciadores de los deberes, y juzgar, después de haber pesado todo, hasta dónde podemos llegar. Así es como sabréis lo que se debe á cada uno.» <sup>1</sup>

Algunas de estas reglas serán un día rechazadas como falsas é incompletas; otras, y son las más, hallarán cabida en todos los tratados de moral como una muestra brillante de la lucidez de espíritu de Cicerón y del noble interés que le inspiraban esas delicadas cosas de la conciencia.

Los estoicos explican la fortaleza del alma diciendo que es una virtud armada en defensa de la equidad: el valor que afronta el peligro por un interés particular, no es sino la audacia y deja de merecer el nombre de fortaleza. «Queremos, dice Cicerón, que los hombres intrépidos y magnánimos sean al mismo tiempo sencillos y buenos, amigos de la verdad é incapaces de toda perfidia: he aquí otras tantas cualidades del hombre justo.» <sup>2</sup> La ambición es el escollo de las almas grandes: así, ¿qué extraño es que Cicerón ponga por ejemplo al hombre que quería, según dice, ser el primero ó mejor dicho el

<sup>1</sup> *De officiis*, L. I. cap. XVIII.

<sup>2</sup> L. I. cap. XIX.

único en Roma? Distinguiendo dos cosas en la fortaleza, el desprecio de los bienes exteriores, fundado en la persuasión de que solo lo honesto es estimable, y esa energía que triunfa de todo para llegar al fin, no vacila en preferir lo primero, que aunque menos brillante es lo que constituye al hombre de bien. Fácil es también explicarse en vista de esto, por qué prefiere el valor civil al militar, y cuán perfectamente desempeña su papel cuando dice: «Por mucho que sea atacada, cuán hermosa es esta máxima:»

“*Cedant arma togæ, concedant laurea laudi.*”

Sabido es que el comentario de este famoso verso es el consulado de Cicerón, y es difícil dejar de sonreír al ver este rasgo ingenioso del amor propio que se disfraza con el amor paternal: «Séame permitido, oh Marco, presentarme delante de vos revestido de una gloria de que seréis el heredero, y hacer alarde de una conducta de que os corresponde ser imitador.» <sup>1</sup>

Empero si su vehemencia para exaltar este género de valor puede considerarse justamente como sospechosa de cierto recuerdo interesado en favor de su propia persona, no hay cosa que iguale á la autoridad de su lenguaje cuando reprende á aquellos que, prontos á sacrificar á la patria sus bienes y su vida, le rehusan el sacrificio de la menor parte de su gloria; como Callicratidas y Cleombroto, que, excesivamente celosos de su honra, combatieron, el uno á los Atenenses y el otro á los Tebanos con fuerzas desiguales, sin tener en cuenta los males irreparables en que su derrota iba á precipitar á Lacedemonia. En general, toda esta parte que trata de

<sup>1</sup> L. I. cap. XXII.



los deberes del hombre público, respira los mas nobles sentimientos. «La administracion de un Estado, dice, es semejante á una tutela, que tiene por objeto, no el interes del tutor, sino el de los pupilos.»<sup>1</sup> Admirable máxima que procura explicar de mil maneras y siempre con una elocuencia arrebatadora y penetrante.

Pero donde se muestra sublime, es hablando de la cuarta virtud, la templanza, ó mejor dicho, la decencia, — el decoro —, cuyas frases todas explica con perfecto y delicado gusto y con el más feliz é inimitable aticismo. En esa parte considera la virtud con relacion al trato social; y no porque desprecie enteramente sus partes sólidas y sustanciales, sino porque evidentemente se complace mucho ménos en ellas. Cuando se trata de decoro de modestia exterior, de buenas maneras y conveniencia social, su elocuencia no se agota y abunda por el contrario en rasgos delicados, en observaciones finas y juiciosas. En verdad, el jóven formado por Ciceron, y que realizase su ideal, tendría cualidades encantadoras: mostrariase lleno de respeto para con los ancianos, arreglado en su porte y en sus ademanes, mesurado en su andar, aseado sin afectacion y evitando el lujo en el vestir; no apareceria torpe ni amanerado, ni afeminado ni grosero, huyendo siempre de todos los extremos; y cuando llegase á hablar, su conversacion no seria declamatoria ó pedantesca, ni tendria nada del lenguaje de la escuela ó del foro; evitaria tambien, temiendo la afectacion, escucharse á sí mismo con una pronunciacion marcada y lenta, guardando en todo la conveniente medida, y no apartándose nunca de la oportuna reserva, hasta en medio del abandono y libres expansiones de la

<sup>1</sup> De officiis. L. I. cap. XXV.

alegría. ¿Seria casto? Sí, por decencia; ó al ménos usaria del placer con moderacion. Ciceron hace el elogio del pudor y reprende con gran severidad á los cínicos.

Puede decirse, que si toma por fuente de la nocion del deber á la razon y la conciencia, Ciceron pide la regla á la sociedad, en el sentido de que casi no conoce mas medida de lo honesto que la utilidad comun: principio á la verdad demasiado incompleto. En esa virtud, encamina sobre todos sus esfuerzos á formar al hombre para la sociedad, y le arranca de sí mismo, por decirlo así, para hacer de él un ciudadano, un magistrado. No ama al filósofo de profesion, ni ve en el amor del estudio motivo suficiente para eximirle de las cargas de la vida pública. «Temo, dice, que Platon haya sido en extremo indulgente con los filósofos cuando dijo que, para ellos el ser justos consistia en buscar la verdad y en despreciar y tener por nada las cosas todas que los otros desean con tanta ansiedad y se disputan con tanto furor. En efecto, á medida que evitan la primera especie de injusticia, la que se comete dañando á los demas, incurren en la otra, pues que la pasion del estudio les hace abandonar á aquellos á quienes deberian defender. De manera, que jamás aceptarán ningun cargo público, si á ello no se ven obligados por la necesidad; y sin embargo, seria mejor ejercitarlo voluntariamente, porque el que hace el bien, no es justo sino en tanto que obra con libertad.»<sup>1</sup> Pero si al fin llega á ser indulgente con los filósofos, muéstrase inexorable con esos falsos sabios, cuya filosofia toda, consiste en un egoismo disfrazado y que desprecian los honores porque el ocio les es cómodo. «Acaso, añade, sea preciso conceder la

<sup>1</sup> De officiis. L. I. cap. IX.

libertad de alejarse de los negocios públicos, ya á aquellos que, dotados de un gran genio, se han consagrado enteramente á los estudios especulativos, ya á esos otros que por la debilidad de su salud, ó por cualquiera otra causa racional, han renunciado la administracion del Estado, dejando á otros la autoridad y la gloria. Por lo que hace á los hombres que no tienen ninguno de estos motivos, y que pretenden desdeñar lo que seduce á tantos otros, como el mando y la magistratura, me parecen mas bien dignos de vituperio que de alabanza. Y no porque realmente se pueda condenarles por el menosprecio que hacen de la gloria, sino porque parecen temer como una especie de vergüenza é infamia, todo lo que hay de mortificante en las repulsas y de penoso en las rivalidades.» Ciceron muestra un profundo conocimiento del corazon humano cuando añade: «hay hombres que no aparecen los mismos cuando la fortuna les es contraria; fortísimos en despreciar el placer, pero débiles contra el dolor, que hacen poco mérito de la gloria y se afligen sin embargo á la menor afrenta: esto no es, á fe mia, mostrar una grande igualdad de ánimo.»<sup>1</sup>

Por sagrados que sean á sus ojos los derechos de la patria, no le hacen olvidar los de la gran familia humana, y su espíritu es tan liberal en este punto, como acaso no se podría esperar de un hombre cuyos compromisos políticos le ligaban á las tradiciones mas exclusivas del patriciado. Él ha escuchado sin duda aquel grito que conmvió á Roma la vez primera que resonó en su oido:

*Homo sum, et humani nihil à me alienum puto.*

<sup>1</sup> *De offic.* L. I. cap. XXI.

Conmuévele hondamente todo aquello que no tiene la debida proteccion de la ley civil. Para moderar el rigor del derecho civil coloca á su lado el derecho del pretor, y sobre ambos la equidad natural; porque bien sabe que la legalidad es á veces el colmo de la injusticia, y lo proclama diciendo: *Summum jus, summa injuria.*<sup>1</sup>

Quiere que los hombres usen en comun de lo que la naturaleza ha producido para todos; que no se rehusé á nadie, ni á un desconocido lo que se puede dar sin empobrecer, recordando con tal motivo este hermoso pensamiento de Ennio: *Mostrar honradamente el camino á aquel que se extravía, equivale á dejarle encender su antorcha en la nuestra, la cual no brilla ménos porque otro haya encendido la suya.* Plácele sobre todo en las antiguas fórmulas de las leyes, el que sean la expresion del derecho natural, y que prescriben á menudo el que se obre sin fraude y de buena fe. “Ya no tenemos, dice, representacion alguna del verdadero derecho, de la verdadera justicia; tan solo conservamos una sombra, una débil imágen: felices todavía si la siguiésemos!”<sup>2</sup>

Esta idea de una justicia superior á la ley escrita, y de una sociedad humana mas vasta, mas antigua é inviolable que la misma república; esta idea, sin la cual no habría en el mundo verdadera moral, no se aparta casi nunca de su espíritu, y le hizo condenar ciertos actos que un patriotismo ciego hubiera aplaudido, como la destruccion de Corinto que con frecuencia deplora amargamente, lo mismo que ciertas sutilezas contrarias

<sup>1</sup> L. I. cap. XI.

<sup>2</sup> *De Officiis.*—L. III. cap. XVII.

al espíritu de los tratados, cuyo tenor literal respetaban en rigor, y mediante las cuales, Roma en tiempos mejores había ensanchado su territorio. Ciertamente es que en semejantes casos Cicerón estaba pronto á colocar la excusa al lado de la reprobación; pero la misma excusa es un homenaje tributado al principio y poco nos importa su indulgencia respecto de Roma; puesto que no le impide reconocer una justicia más elevada y perfecta que la del pueblo romano.

Es indudable que el género humano y la patria son dos grandes objetos á los cuales habría que agregar otro: la familia. ¿No es cierto que en su seno se alimenta la savia de las puras y grandes virtudes? ¿Por ventura no le debe Roma el valor indomable de sus grandes ciudadanos, su abnegación sublime y esa austeridad de costumbres que hace todavía más augusta la majestad de los antiguos días de la república? Cicerón lo sabía sin duda, y sin embargo, nada, ó casi nada nos dice de la familia; ni siquiera nos remite, como en otros casos lo hace frecuentemente, á las obras en que hubiera reparado esa omisión. Semejante silencio solo se puede explicar por el abatimiento general de las costumbres y por la imposibilidad en que él mismo estaba de encontrar en su propia casa ejemplos capaces de tocar el corazón del joven Marco y de prescribirle su respeto.

Dios tiene menos lugar aún, que la familia en el Tratado de *los Deberes*; de manera que toda esta moral es, por decirlo así, meramente exterior, con relación al foro, al senado, al ejército, y también á todo lo que participa bajo cualquier título de la condición humana, como los esclavos, los extranjeros ó los bárbaros; pero sin que se

detenga jamás en ningún santuario, ni en el templo, ni en el hogar doméstico; asilos naturales de la piedad y del pudor.

Tales omisiones, lejos de ser casuales, deben tenerse como una consecuencia forzosa de su sistema. Sin embargo, no diré que ellas nazcan de los principios mismos de la moral de Cicerón, y del plan que se propuso: por el contrario, ese plan reclamaba el desarrollo que se echa de menos en la obra á que me refiero. Es fácil convencerse de ello, por la simple exposición que sigue:

Cicerón, á semejanza de la mayor parte de los filósofos de la antigüedad, establece como fundamento de su moral, la célebre máxima: *sequere naturam*. Mas para él, la naturaleza humana está caracterizada por la razón, y también la razón es la que ha destinado al hombre á vivir en sociedad. Seguir su naturaleza, es pues vivir como ser racional, y vivir así, es practicar las virtudes sociales, ó, en otros términos, contribuir á la utilidad común. Todas las virtudes son sociales; pero una de ellas, la justicia, lo es esencialmente. Por esta causa la coloca en primer término, y quiere que las otras le estén subordinadas. Como no hay otro objeto de que hable tan frecuentemente, y con tanta insistencia, citaremos un pasaje muy curioso, que casi contiene el resumen completo de esta doctrina. Se trata de probar que la justicia es superior á la sabiduría.

“Las abejas, dice, no se juntan con designio de fabricar miel, sino que, compelidas por la naturaleza á congregarse, forman sus panales: de la misma manera los hombres, á quienes la naturaleza une más estrechamente, ponen en común su acción y sus pensamientos.”

Si pues esta virtud que tiene por objeto la proteccion de los hombres, es decir, de la sociedad del género humano, no influye en el amor á la ciencia, esta pasion del saber no es mas que una vana curiosidad. Lo mismo sucede con la fortaleza: si no se refiere á la sociedad humana, no es mas que una especie de brutalidad y ferocidad. Por lo mismo, no hay duda de que todo lo que tiende á conservar á la sociedad, es preferible al ardoroso afan de instruirse. No es cierto, como algunos pretenden, que la sociedad humana, deba su existencia solamente á la necesidad, es decir, á la imposibilidad en que hubiéramos estado de hacer ó de procurarnos sin el auxilio de otros, todo lo que exige la naturaleza; ni tampoco que si todo lo que mira á nuestra subsistencia y conservacion, nos fuese suministrado como por una varita de virtud, segun se explica el proverbio, todo hombre de buen talento, sin ocuparse en ningun otro negocio, consagrariase por completo al estudio de las ciencias. No, no sucederia así en manera alguna; huiria de la soledad indudablemente, y trataria de instruirse en compañía de otro; querria no solo aprender, sino tambien enseñar; no solo escuchar, sino á su vez ser escuchado. De donde resulta que todo deber que se relaciona con la conservacion de la sociedad humana, es preferible al que solo tiene por objeto la ciencia y la instruccion." <sup>1</sup>

Lo que Ciceron dice de la ciencia, lo aplica tambien á la fortaleza; y en cuanto á la templanza y al pudor, niega que estas virtudes puedan estar alguna vez en oposicion con lo que reclaman la justicia ó el interés público.

<sup>1</sup> De Off. L. I. cap. XLIV.

Infiere de aquí, que todo deber, mediata ó inmediatamente se deriva de la sociedad, se refiere á ella, ó le está subordinado en su ejercicio.

¿Mas de qué manera puede hallarse en este principio el origen de los deberes para con la divinidad? Oigámosle:

Los Dioses (Ciceron usa aquí del plural), son seres racionales como los hombres; luego estos y los Dioses forman juntos una misma sociedad, la cual, en la universalidad de sus leyes, comprende la de que los hombres honren á los Dioses. <sup>1</sup>

A juzgar por lo que antecede, diríase que este deber ha de dominar á todos los otros, penetrar en ellos, impregnarlos, por decirlo así, con su propia virtud: pues no sucede así; y Ciceron, muy léjos de esto, no vuelve á ocuparse en el asunto sino hasta el fin de su primer libro, en el curso de una enumeracion que no quiere dejar incompleta contra las reglas del arte. "Hay, dice, diversos grados entre los deberes que se refieren á la sociedad, y es evidente que los que tenemos *para con los Dioses inmortales son del primer orden*; del segundo, los que se tienen para con la patria; del tercero, los que tienen por objeto á nuestros padres, y así sucesivamente." <sup>2</sup> Hé aquí todo cuanto dice!

Del mismo modo en el libro segundo en que trata de lo útil, enumera todo lo que puede dañar ó servir á los

<sup>1</sup> "Illa autem sapientia, quam principem dixi, rerum est divinarum atque humanarum scientia, in qua continetur deorum et hominum communitas et societas inter ipsos." (De Offic. l. I. cap. XLIII.) En el Tratado de las leyes, despues de haber dicho que el hombre fué engendrado por el Dios Supremo, añade: "Est igitur, quoniam nihil est ratione melius, eaque et in homine et in Deo, prima homini cum Deo rationis societas." (De Legibus, l. I. cap. VII.)

<sup>2</sup> De Offic. L. I. cap. XLV.

hombres, á saber: séres inanimados, tales como el oro, la plata, etc.; y séres animados. De entre estos, los unos carecen de razon, como los caballos, los bueyes, etc.; y los otros están dotados de ella, como los Dioses y los hombres. A propósito de los Dioses añade: “La piedad y la santidad hace que los Dioses nos sean propicios.”<sup>1</sup>

Despues de esta brevisima sentencia, pasa inmediatamente á ocuparse de la manera de obtener el favor y auxilio de los hombres; á cuyo asunto consagra un libro entero, con tal abundancia de pormenores, y tal prolijidad, que se ve obligado á excusarse con la importancia de la materia. Y, ¡cosa extraña! el filósofo, ni remotamente piensa en excusarse de ser tan corto hablando de los Dioses.

¿Qué importa, pues, que haya escrito en otra parte admirables páginas sobre la Providencia? Si en un libro que trata de los deberes no ocupa su lugar el pensamiento religioso; si la Divinidad no figura en él sino por una cuestion de forma, cuando se trata de hacer una enumeracion completa ó una division adecuada, véome precisado á concluir, que faltaba á semejante moral el espíritu y la vida; y qué aquel grande hombre, aquella alma elevada, aquel sabio de primer orden, con todo y su talento y sus luces, diferenciábase muy poco en realidad de aquellos Efesios á quienes San Pablo recordaba despues de su conversion, el tiempo en que habian vivido sin conocer uno y otro Testamento, sin esperanza en las promesas divinas, y *sin Dios en este mundo.*<sup>2</sup>

<sup>1</sup> *De Offic.* L. II. cap. III. V.

<sup>2</sup> Eph. II. 12.

## II

Aun cuando no hubiera mas que este vacío en el tratado de *los Deberes*, con eso tendríamos ya una grave objecion que oponer contra el valor de aquella moral, bajo el punto de vista práctico. Pero no es esto todo. Hasta ahora, hemos procurado presentar como en relieve y á una luz favorable, las mas bellas y sanas partes de la obra de Ciceron; porque siempre nos ha parecido que se prueba poco con largas enumeraciones y como haciendo gala de sacar á luz las miserias y debilidades de la filosofía, sin tener en cuenta sus méritos y los servicios que realmente ha prestado á la humanidad. No hay cosa mas justa, que rechazar con disgusto é indignacion las infames torpezas de los Cínicos, ó el sensualismo refinado de los discípulos de Epicuro; pero es preciso recordar, que no era ésta toda la moral de la antigüedad, y que Ciceron, entre otros, uno de los mas nobles representantes de la filosofía griega y romana, léjos de aprobar tales excesos, no pierde ocasion de condenarlos y de llamarse defensor celoso de doctrinas mas puras y elevadas. Si á pesar de eso, no consigue formar un sistema de moral que baste para guiar al hombre por el camino que conduce á su destino futuro, es, porque aun la mas perfecta filosofía, era entónces impotente y no provenia de Aquel que es á un mismo tiempo la verdadera luz y la salud del mundo.

Hemos, pues, mostrado de buena fe y sin desfigurarlo ni oscurecerlo, el lado hermoso de la obra de Ciceron: réstanos dar á conocer sus vacíos y sus errores.

Analicemos, aunque sea rápidamente, el segundo y tercer libro, que no hemos tocado sino de paso.

Hemos indicado, que el libro segundo trata de lo *útil* que se resuelve en el interes; no en ese interes personal de que el hombre no puede despojarse por mas esfuerzos que haga, y que solo se considera satisfecho con la posesion del Soberano bien, sino en el interes que tiene por objeto los bienes de esta vida, las riquezas, los honores y el poder. <sup>1</sup> Ciceron llama justamente á las lecciones que dá en este libro: *utilitatum præcepta*; y debe tenerse presente, que tampoco trata del interes público, puesto que éste, segun su sistema, se identifica con la justicia, sino del interes privado, del interes que no vacilo en llamar egoista. Parece, no obstante, que Ciceron ha presentado que una vez colocado en esta via, podia ser llevado muy léjos, y aun absolutamente fuera del dominio de la moral; hé aquí por qué bajo diferentes pretextos tiene cuidado de alejar cuanto pudiese parecer extraño al fin que se propone y al título de su libro. Siguiendo en rigor las divisiones por él adoptadas, habria debido tratar de todo lo que puede dañar ó servir á los hombres, de los seres animados é inanimados, racionales y privados de razon, de los metales, de las plantas y de los animales, de los hombres y de los dioses. Ciceron no teme perderse en ese laberinto de que acaso no podrá salir airoso. ¿Quereis saber gobernar vuestra casa? Leed, os dice, el *Económico de Xenofonte*. Y por lo que hace al dinero, á los medios de adquirirlo, colocarlo ó servirse de él, se aprenderá mu-

<sup>1</sup> «Sequitur ut hæc officiorum genera persequar, quæ pertinent ad vitæ cultum, et ad earum verum, quibus utuntur homines, facultatem, ad opes, ad copias.» (De Offic., lib. I, cap. I.)

cho más de esos hombres honrados que están alrededor del arco de en medio del Foro, que de todas las escuelas de los filósofos.

El culto de los dioses, segun hemos dicho, no vuelve á fijar ni por un momento su atencion. Sus afanes se encaminan tan solo á la manera de captarse la benevolencia de los hombres.

Al llegar á este punto, vémosle desplegar los recursos todos de su genio, evocar todos sus recuerdos, y añadir á las autoridades mas respetables, el testimonio de su propia experiencia. Si se propusiese esta cuestion: ¿cuál es el camino mas honroso y seguro para llegar á las primeras dignidades, en una república, cuyas magistraturas son electivas? No podria imaginarse, indudablemente, respuesta mas satisfactoria que el libro segundo del *Tratado de los Deberes*. Leyéndolo, se tiene una especie de intuicion de la vida política en Roma. En las historias, vése la práctica de esa misma vida: en el libro de Ciceron se desarrolla su teoría con tanta lucidez y abundancia tal, que nada dejan que desear. De qué manera deba un jóven relacionarse con los ciudadanos mas distinguidos, cuyo nombre ha de proteger su naciente reputacion; por qué género de causas debe iniciarse en la carrera del foro, y si el papel de defensor le conviene mas que el de acusador; qué uso debe hacer de su fortuna, si quiere pasar por generoso y no por pródigo; la conducta que ha de observar en la edilidad, para llegar al consulado; las obras que es preciso ejecutar, y que sean mas útiles que fastuosas, tales como puertos y acueductos, de preferencia á templos y teatros: todo esto se encuentra en aquel libro, y otros mil pormenores á que Ciceron pone por comentario los

ejemplos de los Cresos, de los Antonios, de los Brutos, y sobre todo, de su propia vida. ¿Qué cosa y á quiénes es necesario dar para no exponerse á hacer ingratos? Hé aquí otra cuestion allí resuelta con maravilloso ingenio; pudiéndose decir, en cierto sentido, que nadie como él ha enseñado el arte de ejercitar mejor un beneficio.

Es grato ver que Ciceron nos muestra, que para llegar á la gloria, para captarse la benevolencia, para ganar la confianza y admiracion de los hombres, la mejor política consiste en aparecer justos, y que para ello, es preciso serlo, como lo expresa la conclusion total de su libro segundo. Más aún: Ciceron proclama la necesidad de buscar la justicia por sí misma, sin lo cual dejaria de ser justicia; lo que no impide que se puedan tambien buscar por ella los honores y la gloria.

Así, en último análisis, distínguese en estos preceptos, la parte de lo honesto y la de lo útil, en términos que el uno constituye el modo, y el otro la sustancia, lo que nos induce á creer, que no son absolutamente extraños á la moral.

El tercer libro, que tiene por objeto las relaciones de lo útil con lo honesto, presenta dificultades mas graves, mejor dirémos, una sola dificultad sin cesar reproducida y nunca resuelta. Cuando lo honesto se halla en oposicion con lo útil, ¿á qué debemos dar la preferencia? A lo honesto, sin la menor duda. No es otra la respuesta de toda moral digna de este nombre. Ciceron pretende que esta oposicion no es mas que aparente, puesto que lo honesto y lo útil, son en el fondo una misma cosa; que si él mismo designa con nombres diferentes, es tan solo para acomodarse al lenguaje vulgar.

A Dios gracias, el gran filósofo tiene razon: no hay

ni puede haber antagonismo radical, perpétuo entre lo honesto y lo útil; creémoslo así, y esta fe constituye la base de todas nuestras esperanzas. Pero Ciceron no tiene los mismos motivos que nosotros, para profesar ese gran principio de moral. Tomando lo útil por el interes privado, y lo honesto por aquello que concierne al interes general, pues no es otro su sistema, ¿cómo sostener que entrambos intereses son una misma cosa, y que no pueden jamas hallarse en pugna? Imposible sería imaginar una tésis mas difícil de aceptarse por la razon ilustrada por la experiencia. Y sin embargo, hé aquí á lo que se vé reducido al defender por otra parte una noble causa, por limitar sus pensamientos á la vida presente, y no elevarlos hasta el Bien Sumo, en cuyo seno se encuentran, para no separarse nunca, la virtud y la dicha, la santidad perfecta y la felicidad sin límites.

Allí es, pues, donde sería preciso buscar la solución que procura empeñosamente hallar en otras partes. No son bastantes en verdad estas afirmaciones generales: «Hay veces en que lo útil parece una cosa distinta de lo honesto; pero esta consideracion no hace al caso, porque lo útil y lo honesto están sometidos á una regla comun, y el hombre que se desentendiese de este principio, podría cometer toda especie de fraudes y malas acciones. Diríase sin cesar á sí mismo: *hé ahí lo honesto; mas ved aquí lo útil*; y de esta suerte se atrevería á separar cosas que la naturaleza ha unido: error monstruoso que es el origen de todos los fraudes, de todas las malas acciones y de los crímenes todos. <sup>1</sup> Magnífico! no separemos en nuestras apreciaciones lo honesto de lo útil; pero que se nos muestre al ménos que se

(1) De officiis, L. III. cap. XVIII.

hallan realmente unidos. ¿Hace esto por ventura el filósofo gentil? Desgraciadamente no.

¿Mas no abrazaba resueltamente las paradojas de la escuela estoica? ¿No es cierto que decia: no hay mas bien que la virtud, y nada falta á la felicidad del justo? Ciceron, tiene, sin embargo, muy buen sentido para quedar satisfecho con esto; asi es, que le vemos tergiversar las opiniones, vacilar á menudo, ir de una á otra solucion sin detenerse en ninguna, y recordando cuando lo cree oportuno, que en su calidad de discipulo de la nueva Academia, tiene el derecho de defender á falta de la certidumbre, lo que le parece mas probable. Probabilidades, hé aqui su última palabra acerca de esta cuestion fundamental, en que el error, segun lo manifiesta el mismo Ciceron, debe acarrear las consecuencias mas desastrosas.

Apoyándose, sin embargo, en esa máxima, segun la cual el interes no debe nunca equipararse con los derechos de la justicia, entra en el exámen de multitud de casos particulares, mostrándose como siempre, hábil, perspicaz, sensato, y aun á veces, rígido en demasía. Desearia que todos aquellos que están reñidos con la casuística, creyéndola una invencion de los teólogos, leyesen atentamente ese tercer libro. En él verian que la casuística era ya conocida de la antigüedad, y que floreció en diversas escuelas, cuyas tradiciones nos han sido conservadas cuidadosamente por Ciceron. ¡Inventar la casuística! ¡Pero esto seria inventar la moral misma! ¿No es ésta, por ventura, una filosofia práctica? ¿Y cómo podria merecer este nombre si no saliese de la region de las abstracciones, si no descendiese del género á la especie y al caso particular? Ya volverémos á tocar este

punto. Por ahora, queremos tan solo indicar, que á pesar de la severidad de los principios y de la rectitud de las intenciones, con la razon mas ilustrada y el juicio mas sano, cosas todas que nadie podria disputar á Ciceron, la moral filosófica ántes del Evangelio, dejaba á menudo entregadas las conciencias á extrañas perplejidades y á las mas deplorables equivocaciones.

El ejemplo que vamos á citar, es tanto mas á propósito, cuanto que se funda en una teoria aplicable á muchos otros casos, y que una vez aceptada, destruiria bien pronto toda regla de moral. Esta teoria parte de un principio verdadero, á saber: que cada uno de nosotros á mas de la naturaleza que es comun á todos los hombres, tiene su carácter propio, su manera de ser, que debe influir en su conducta y pesar de cierto modo en sus determinaciones: verdad clarísima y elemental por todos conocida. En la teoria de Ciceron adquiere sin embargo, extrañas é inauditas proporciones. A dos hombres de distintos caracteres, aplicanse desde luego diferentes principios de moral; lo que es ley para el uno, deja acaso de serlo para el otro; de suerte que la nocion del deber, se modifica y cambia con las personas. Así Caton, puede darse la muerte porque es Caton, y ejecuta en ello una obra meritoria; mas no es permitido á sus compañeros de armas hacer otro tanto.

«Esta diferencia del carácter propio de cada uno, es tan marcada, que en una misma situacion, hay veces en que uno debe darse la muerte, y otro no debe hacerlo en manera alguna. La situacion de Caton en Africa, fué igual á la de sus compañeros de armas que se entregaron á César. Pues bien, ¡en tanto que estos habrian sido acaso culpables dándose la muerte, porque su vida



habia sido ménos austera y sus costumbres mas libres, Caton, que habia recibido de la naturaleza una severidad inflexible, sostenida por una constancia heroica; Caton que habia mostrado siempre tanta firmeza en sus principios y en sus deberes, Caton debió morir ántes que soportar la vista de un tirano. <sup>1</sup>

Hay pues, una moral para Caton y otra para Bruto, y con mas razon para Marco Tulio. Indudablemente habrá otra para Octavio: de manera que al conceder á sus colegas la cabeza de Ciceron, ¿no podria decirse que él tambien era fiel á su carácter?

Extraña inconsecuencia! Ciceron, en otra de sus obras, habia adoptado la hermosa doctrina de Sócrates contra el suicidio, y evocado la sombra augusta del gran Scipion al proferir estas profundas y graves palabras que se dirigen á su nieto: «Es de tu deber, oh Publio, lo mismo que de todos los hombres religiosos, conservar á esta alma el cuerpo que la encierra; ninguno de vosotros puede salir de esta vida mortal, sin órden de aquel que os la ha concedido: proceder de otra suerte, oh hombres, seria sustraeros al deber que os ha impuesto el mismo Dios.»

Pero ¿á qué hablar de la inconsecuencia de Ciceron? ¿No está acaso en el *Phedon* contenida esta doctrina de Sócrates? Y sin embargo, despues de haber leído el *Phedon*, se desgarró Caton las entrañas! Calculad por esto la eficacia de la moral filosófica en la antigüedad y el imperio que ejercia en las conciencias. A pesar de tener á Sócrates por doctor y á Platon por órgano, he ahí de qué manera es interpretada por Ciceron y puesta por Caton en práctica. Es verdad que el genio y la

<sup>1</sup> De officiis, L. I. cap. XXXI.

humana sabiduría de que ellos son los ilustres representantes, no podian sufrir mas vergonzosa derrota ni dejarnos un testimonio mas grandioso de su impotencia que solo nuestro orgullo se resiste á confesar.

Y no se crea que hemos concluido con las contradicciones de Ciceron, ni con las inconsecuencias en que incurre, tratándose de tan delicada materia. Felizmente podriamos citar otras obras suyas en que interpreta la ley de diverso modo.

En el tratado de los *Bienes y los Males*, hace al sabio por boca de Caton, único juez competente en punto á las razones que hay para permanecer en esta vida ó salir de ella, lo cual debe decidirse por la mayor suma de cosas conformes ó contrarias á la naturaleza. <sup>1</sup> En las *Tusculanas*, Ciceron examina tambien la conducta de Caton, y no vacila en comparar su muerte á la de Sócrates suponiendo que uno y otro no han hecho mas que cumplir con la voluntad de Dios que les era manifiesta. «Caton, dice, ha muerto en tal situacion de espíritu, que era para él un motivo de júbilo haber hallado ocasion de dejar la vida; porque ese Dios que reina en nuestro sér no quiere que le dejemos sin órden suya. Mas cuando él mismo nos presenta una causa legítima, como en otro tiempo á Sócrates, despues á Caton, y á menudo á tantos otros, un hombre sabio debe en verdad salir lleno de regocijo de las tinieblas para conquistar la mansion de la luz. Al quebrantar las cadenas que le tienen cautivo en la tierra, no lo hará por infringir las

<sup>1</sup> In quo enim plura sunt que secundum naturam sunt, hujus officium est in vita manere; in quo autem aut sunt plura contraria, aut fore videntur, hujus officium est e vita excedere. E quo apparet, et sapientis esse aliquando officium excedere e vita, quum beatus sit; et stulti, manere in vita, quum sit miser. (De finibus bonorum et malorum, l. III, cap. XXXVIII.)

leyes que se lo prohíben, sino porque al ser llamado por un Dios, es como si el magistrado ó cualquier otro poder legítimo le abriese las puertas de una cárcel.»<sup>1</sup>  
 ¡Doctrina asaz cómoda para quien está cansado de vivir!  
 ¿Podría así faltar alguna vez el motivo legítimo para dejar la vida?

Aplicad estos principios, aplicad la singular teoría formulada en el Tratado *de los Deberes*, á cualquiera circunstancia de esas en que el hombre se halla frente á frente de una obligación penosa; y yo os pregunto: ¿habrá ocasion en que le falten razones para dejar de cumplirla? Con un tanto de sutileza en el espíritu ¿qué queda de toda esta moral? ¿Creeis con seriedad que es esto bastante para establecer el reinado de la virtud, para hacernos prudentes, sobrios, justos, magnánimos, dignos en suma de aquel hermoso ideal de la honradez que excitaba en el alma de Ciceron tales trasportes de amor?

En resúmen, el exámen que acabamos de hacer nos muestra, al lado de un respeto profundo al derecho y de un sincero amor á la justicia, una grande incertidumbre respecto de las verdades que interesan en el mas alto grado á la conciencia humana y que son el fundamento de toda moral; excelentes reglas de conducta, formando extraña mezcla con principios que las destruyen ó las convierten en ilusorias; máximas generosas que tienden á fortificar el corazon contra sus propias debilidades, armas en extremo frágiles para el choque violento de las pasiones; y lo que mas denuncia, en fin, la impotencia de la antigua filosofía, la ausencia casi total del sentimiento religioso, el noble vuelo contenido

<sup>1</sup> *Tusculan*, l. I. cap. XXX.

por las cadenas de la duda, la esperanza reducida á vagas aspiraciones, y en una palabra, el olvido de Dios y la ignorancia de la vida futura. Hé aqui todo lo que hemos encontrado.

Y es preciso no olvidar que semejante filosofía, era tan solo el patrimonio de las almas superiores, de los espíritus privilegiados, por decirlo así: ¿qué quedaba pues á los otros? ¿qué freno tenían para sus pasiones? ¿qué consuelo en sus males? ¿con qué esfuerzo contaban sus virtudes vacilantes? ¿qué remedio podia ofrecerse á sus ojos enfermos y qué luz comunicarles? Ah! Nos parece escuchar el hondo gemido del profeta que ha visto *toda cabeza enferma y todo corazon afligido*.<sup>1</sup> Aguardad, empero: que él anuncia para la salvacion de la humanidad, no un nuevo Sócrates, ni un Platon, sino un niño que nacerá de una Virgen y sabrá, ¡oh dulce y consoladora esperanza! *desechar lo malo y escoger lo bueno*.<sup>2</sup>

### III.

Si el gran filósofo, cuya moral examinamos, se alzase hoy del sepulcro y se encontrase de improviso en el seno de nuestra sociedad, tan decaida por desgracia de su antigua fe, pero siempre cristiana en el fondo, ¿no sería para él un justo motivo de admiracion, al interrogar á la conciencia del pueblo, y escuchar el juicio que todos los hombres forman acerca de las acciones buenas ó malas en las circunstancias ordinarias de la vida, el descubrir en general y á través de la confusion engen-

<sup>1</sup> *Isaías*. I. 5.

<sup>2</sup> *Idem* VII. 15.

drada por las pasiones, sentimientos de moralidad que no conocieron los hombres de su tiempo, que Roma ignoraba tanto como Aténas, y cuya existencia, apénas fué presentida ó sospechada por algunos espíritus ilustres y privilegiados que se nutrieron con las mas puras máximas de la filosofía? Si se hablase de Dios, de la alma humana, de su destino futuro, de las penas y recompensas de la otra vida, ¿no es verdad que de la boca de los humildes é ignorantes recibiria grandes lecciones? Y si despues de haberlas escuchado escribiese un nuevo libro de los deberes, ¿no es cierto que la moral natural apareceria como trasfigurada por los esplendentes reflejos de la moral cristiana?

Escuchad aún antiguas y dulces promesas: «*Acercaos á mí, oh indoctos, y congregaos en la casa de la enseñanza..... Abri mi boca y dije: compradla sin plata para vosotros..... El que es párvulo, venga á mí.*»<sup>1</sup>

¿No es cierto, que la Sabiduría increada que se expresaba de esta suerte por la boca de Salomon, nos ha cumplido esas dulces y consoladoras promesas? Comparad el catecismo cristiano con el *Tratado de los Deberes*, y decidme, cuál de los dos es mas saludable á los hombres, y sobre todo, á los pobres, á los pequeños, á los desheredados de este mundo? ¿Cuál enseña mejor á conocer, á amar *esa ley inmaculada que eleva las almas hácia Dios*? De cuál de esas dos fuentes brotan mas virtudes verdaderas y generosas?

En esa plenitud de medios apetecibles y eficaces, tenemos la dicha de vivir, y cábenos en suerte, movernos en torno de ese foco de luz; sin que al gozar de todos

<sup>1</sup> Eccli. LI. 31, 33.—Prov. IX. 16.

esos bienes, pensemos, sin embargo, en remontarnos á su origen, porque hoy todo nos parece muy natural y no nos figuramos que alguna vez las cosas han pasado de otra manera, como el habitante de la India olvida voluntariamente que existe una region bajo el polo donde la avara tierra se ve cubierta de perpétuas nieves!

Hay hombres que, por una fria y calculada ingratitude, no quieren ver en el cristianismo mas que una obra del espíritu humano, una filosofía. ¡Singular filosofía, por cierto, que no sale de ninguna escuela filosófica; que forma un todo completo desde su origen; que impone los preceptos de su doctrina, sin dejar lugar á la discusion; que atraviesa inmutable el espacio de diez y ocho siglos, y que al cabo de ellos, encuéntrase como el primer dia de su nacimiento, al frente de todas las filosofías!

Otros juzgan que el cristianismo es una religion, ó, para valernos de su lenguaje, un *misticismo* que reconoce tambien un origen humano. A semejantes hombres incumbe en todo caso la tarea de explicarnos por qué ese *misticismo*, con una sabiduría que, segun ellos, debe ser un feliz é imprevisto hallazgo, confunde y desconcierta á todos los racionalismos antiguos y modernos.

Pero *misticismo* ó filosofía, el cristianismo es un hecho, el hecho que domina, segun todos confiesan, la historia entera de la humanidad; y es indudable que nunca pasará del mas incomprensible enigma para el espíritu que no quiere reconocer lo que es una revelacion de Dios, verdadera y auténtica, á la que toda inteligencia debe someterse, y ante la cual toda humana sabiduría es locura.

Su actitud en presencia de la filosofía, ha sido siem-

pre la de un maestro; siempre, y en todas partes, se ha comprendido que él no subsiste y se levanta sino por su propia fuerza, que en sí mismo lleva la regla que le dirige, con entera independencia de todos los sistemas; y que no espera para pronunciar sus juicios, á que la ciencia en su desarrollo, haya hecho por fin triunfar tal ó cual fórmula. A él solo le ha sido dado fijar anticipadamente por sus decisiones soberanas, ninguna de las cuales se ha revocado aún, las conclusiones á que la filosofía espiritualista no ha llegado sino despues de mil rodeos, y de los cuales no podría apartarse, sin verse bien pronto obligada á ocurrir á ellos de nuevo, so pena de quedar anonadada. Los hombres que de buena fe estudien este fenómeno y mediten en sus efectos asombrosos, no tardarán en confesarse vencidos y en reconocer las excelencias del cristianismo, si no es que su corazón se halle poseído de alguna pasión enemiga de Dios y de su ley, y ejerce en él mayor imperio que la verdad.

Aun cuando el cristianismo no hubiese prestado á la humanidad sino el único servicio de *desechar lo malo y escoger lo bueno*, de separar lo verdadero de lo falso, cuyas ideas confundió lastimosamente la antigüedad, la filosofía le sería siempre deudora de un reconocimiento eterno. Ahora bien: ¿hay quien se atreva á negar que el cristianismo ha prestado tan importante servicio? Ha ejercido, podría decirsenos, respecto de la antigüedad profana, una especie de eclecticismo; pero un eclecticismo soberano, exento de vacilaciones y de dudas, el eclecticismo de un grande artista que abarca en un conjunto admirable y á la primera ojeada, los fragmentos esparcidos de una obra cuyo secreto posee solo él. En tanto que en otras partes se consulta y se vacila, el cristia-

nismo, descansando con firmeza en la fe de Aquel que le enseña *toda verdad*,<sup>1</sup> reivindica esta verdad como suya donde quiera que la encuentra, ora sea en la escuela de los filósofos, ora en las ficciones de los poetas, ora en las fábulas de que se compone la incoherente y grosera teología de las naciones paganas. ¿Habeis visto alguna vez á dos rebaños confundidos pacer en la llanura, y al presentarse de improviso el pastor de uno de ellos, cuál acuden sus ovejas, y corren y se precipitan en pos de sus huellas? No de otra suerte, á la aparición del cristianismo, las verdades se desprenden de aquella monstruosa mezcla de errores, con los cuales habian estado confundidas hasta entónces, y nadie pregunta por qué vienen á él, ni á quién pertenecen.

Para formarse una idea de esta energía propia del cristianismo, que separa el bien del mal y lo verdadero de lo falso, es preciso leer á los primeros apologistas, que sin mas regla que el Evangelio y la tradición apostólica, sometieron al exámen de su fe todas las doctrinas filosóficas y religiosas de la antigüedad. ¡Qué valentía desde los primeros pasos! ¡qué firmeza y seguridad! No hallaréis allí esas dudas circunspectas, esas reservas prudentes que se emplean para poner á cubierto una autoridad cuya condicion falible se sabe de antemano. ¡Cuán diferente es este método del de Sócrates, y qué distancia tan inconmensurable hay desde el primer día, de la Iglesia á la Academia!

Ved, con cuánta facilidad y sabiduría, San Justino, platónico convertido al cristianismo, analiza la filosofía de su antigua escuela, y ya manifiesta sus verdades, ya descubre los errores de Platon, cuyas doctrinas no adop-

<sup>1</sup> Joann. XVI. 13.

ta sino despues de haberlas encontrado en perfecto acuerdo con la palabra de Aquel á quien únicamente reconoce por maestro en lo de adelante, Jesucristo, que fué crucificado bajo el poder de Poncio Pilato. <sup>1</sup>

En la solemne profesion de fe que dirige al Senado romano, declara, que si tiene tanto valor para pasar por cristiano, consiste en que mira la doctrina de Platon, no como contraria á la de Jesucristo, sino como no del todo conforme; cuya circunstancia ve tambien en la de los estoicos, los poetas y los historiadores. Juzga que todos ellos han podido, ilustrados por la razon divina, que tenian como en gérmen, decir cosas admirables; mas por lo mismo que su ciencia era tan solo parcial, era preciso que combatiesen entre sí, y nunca supieron mantener los fueros de la verdad en su integridad y pureza. «Así es, afirma, que cuanto han dicho de bueno todos ellos juntos, nos pertenece á los cristianos, á nosotros los que adoramos al Verbo, ó á la razon divina.» <sup>2</sup> En virtud de este principio, procede á la eleccion y separacion de las verdades que encierran los antiguos sistemas, y sin invocar mas título que la Santa Escritura, ó la palabra de Dios revelada á los hombres, reivindica ya la metafísica de Platon, ya la moral de los estoicos, ya esta ó aquella tradicion cubierta por los poetas con el velo de la fábula, haciendo entrar aquellas partículas de verdad, que parecen admiradas de hallarse juntas por la primera vez, en la grande y luminosa armonía del cristianismo.

¡Qué hermoso porvenir preparaba ese trabajo á la ra-

<sup>1</sup> Justin. Apol. 1.º, cap. VIII, XX, LIX.

<sup>2</sup> Id. Apol. II.º, cap. X.

zon moderna, y cuán noblemente inspirada se ve á la filosofía cuando muestra por él su reconocimiento!

Otro ejemplo interesante de ese eclecticismo cristiano debemos á San Ambrosio, autor de un *Tratado de los Deberes*, calcado sobre el de Ciceron. Al decir calcado, creo no expresar suficientemente el concepto; pues debe saberse que aquel gran Padre de la Iglesia adopta en su obra las mismas divisiones, la misma disposicion en el plan y su conjunto, á menudo las mismas definiciones de las virtudes y los vicios, y muy frecuentemente las mismas expresiones y aun la estructura y elegancia de la frase ciceroniana. Un benedictino ha tenido la paciencia de anotar los pasajes de Ciceron imitados por San Ambrosio, que en gran número se ven en casi todos los capitulos. <sup>1</sup> Pues bien! A pesar de eso, San Ambrosio conserva una perfecta independendencia, y se muestra ménos esclavo de las opiniones de Ciceron, que éste de las de Platon ó de Crysippo. El doctor cristiano elige y desecha lo que cree digno de elegir ó desecharse en el filósofo gentil, y llega de esta suerte á componer una obra muy distinta en cuanto al fondo de la de Ciceron, sin dejar de aprovecharse de su forma para la suya.

Lo que separa profundamente la moral del Padre de la Iglesia de la de su predecesor, es la nocion justa del fin último, y la certidumbre de una vida futura en que la virtud recibe una corona inmortal y el vicio es castigado eternamente. De aquí, como una consecuencia inmediata, nace el desprecio de los bienes terrenos por un desprecio racional, acompañado de inefables esperan-

<sup>1</sup> Véase la edicion de las obras de San Ambrosio, por un benedictino de la congregacion de San Mauro: Paris, 1640, t. II.

zas y que no enerva ni destruye, como la apatía de los estoicos, los resortes del alma. Léjos de verse aniquilada ó comprimida la ambicion generosa del corazon humano, exáltase por el amor de un bien mas noble y digno de sus aspiraciones. Ciceron declaraba que no habia cosa mas apetecible que la virtud; y despues, por una singular contradiccion, consagraba un libro entero á la enseñanza de los medios para adquirir las riquezas, los honores y el poder. San Ambrosio, por el contrario, exhorta á sus discipulos á despreciar todo eso; pero al mismo tiempo les presenta la hermosa perspectiva de una felicidad sin fin. Ciceron, con toda la escuela estoica, decia: «*Feliz el justo;*» y su palabra, entendida á su manera, no pasaba de una paradoja. San Ambrosio va mas léjos, y dice con el Evangelio: «*Bienaventurados los que lloran;*» y esta segunda palabra subyuga con su poder y levanta un eco de victoria, porque solo ella viene de Aquel *que tiene las palabras de vida eterna*. La antigüedad, ¡ah! la antigüedad no conocia la vida eterna, y su mirada triste no podia contemplar lo que existia fuera de la oscura cárcel de la vida presente! <sup>1</sup>

Ciceron admitia, sin esfuerzo, lo absoluto como regla de lo honesto: mas cuando se trataba de lo útil, empeñábase en buscarle otra medida. Habria debido decir, que lo útil no existe sino en lo que nos acerca al Soberano bien; pero este soberano bien era para él desconocido. De ahí sus vacilaciones, su impotencia para demostrar que la felicidad se halla siempre en último análisis, al lado de la virtud. San Ambrosio no experimenta el mismo embarazo, porque busca en la eternidad

<sup>1</sup> Véase á San Ambrosio, *de officiis Ministrorum*, L. II, cap. I, II, III y IV.

la medida de una y otra. <sup>1</sup> Y es preciso observar, que para poner en armonía estos dos términos, lo honesto y lo útil, débese colocar á ambos en la luz de la eternidad; de donde resulta que no solamente se destruye la verdadera nocion de la virtud, tomando por regla de los actos humanos lo que se circunscribe al tiempo, sea el interes ó el placer, sino tambien indirectamente suprimiendo la idea de la vida futura.

No es mi propósito difundirme acerca de ese nuevo *Tratado de los Deberes*, escrito por el Santo Arzobispo de Milan para instruccion de su clero. Advertiré tan solo, que si Dios estaba ausente de la obra de Ciceron, en el otro libro á que me refiero se siente, por el contrario, en todas partes su presencia, comparada por San Ambrosio, al calor del sol que penetra hasta en las entrañas de la tierra. <sup>2</sup> ¡Y qué cristiana uncion en todas esas páginas! ¡Cuánto mas tierno que el de Régulo, no es el ejemplo de los mártires! ¿Se puede encontrar en Ciceron algo semejante á las palabras inflamadas del diácono Lorenzo, que pedia con instancia subir al cadalso para celebrar otro sacrificio en union del Santo Pontifice á quien solia acompañar en el altar? <sup>3</sup> La Sagrada Escritura le suministra por otra parte, rasgos hermosísimos que no

<sup>1</sup> "Nos autem nihil omnino nisi quod deceat et honestum sit, futurorum magis quam presentium metimur formula: nihilque utile nisi quod ad vitam illius aeternae prosit gratiam definimus non quod ad delectationem presentis." (De offic. l. I. cap. IX.)

<sup>2</sup> De offic. l. I, cap. XIV.

<sup>3</sup> "Quo progredieris sine filio, pater; quo, sacerdos sancte, sine diacono properas tuo? Nunquam sacrificium sine ministro offerre consueveras. Quid in me ergo displicuit, pater? Num degenerem probasti? Experire certé utrum idoneum ministrum elegeris. Cui commissisti Dominici sanguinis consecrationem, cui con-summandorum, consortium sacramentorum huic sanguinis tui consortium negas?" (De offic. l. I. cap. XLI.) Estas hermosísimas palabras encuéntranse en el Breviario romano, el dia de la fiesta de San Lorenzo.

tienen equivalente en la antigüedad profana; bastaría hacer mención de Job, de Lázaro y del óbolo de la viuda. En tanto que Ciceron explica sutilmente los medios que deben emplearse para *no hacer ingratos*, es decir, para sacar honra y provecho de un beneficio; San Ambrosio enseña, que no debemos publicar nuestras propias larguezas, por temor de recibir en este mundo su recompensa. Hay otra cosa todavía en extremo importante y consoladora que escapó á la mirada de Ciceron y que San Ambrosio no deja en olvido; es el cuidado del pobre vergonzante. Necesitábase, en verdad, de la sublime compasión de la caridad cristiana para ir en pos de esa miseria, tanto mas conmovedora cuanto que se oculta á los ojos de la piedad.

Hé aquí, cómo los Santos Padres acostumbraban servirse de la filosofía antigua. No la despreciaban, porque tenían en cuenta esa porción de verdad que era su natural herencia; pero la sometían á la razón divina comunicada á los hombres por la revelación; á esa razón visible en la persona del Hijo de Dios hecho hombre. Esto es á lo que llamaron tratar la filosofía como la servidora de la Teología.

Ni fué otro el comportamiento de los doctores de la Edad média. Santo Tomás, en la parte moral de su *Summa*, recurre sin cesar á los escritos filosóficos de Ciceron, y saca de ellos todo el partido posible; pero no olvida á los Padres de la Iglesia; y es fácil distinguir que ha tenido constantemente á la vista, no solo el *Tratado de los Deberes* de Ciceron, sino tambien el de San Ambrosio, que ha corregido al uno por el otro; y que ha coronado, en una palabra, el edificio de la humana filosofía, con los preceptos y consejos del Evangelio.

Si siguiésemos el curso de una misma idea moral desde la antigüedad profana hasta nuestras días, viéndola desarrollarse y crecer bajo la fecunda influencia del cristianismo, no nos veríamos tentados de honrar la razón humana, con lo que evidentemente es obra de la divina sabiduría. Tomad, por ejemplo, á las virtudes cardinales. Pertenecen á la enseñanza popular de la moral cristiana, al catecismo. Y sin embargo, los filósofos de Grecia y Roma, Epicuro lo mismo que Platon y Ciceron, habian conocido y designado por sus nombres estas cuatro partes de lo honesto, la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza. Sí; pero cuántos errores habian mezclado en este conocimiento! Testigo Ciceron. San Ambrosio (y nótese que bien podríamos nombrar en su lugar á cualquier otro Padre de la Iglesia, como San Agustín y San Gregorio) se apodera de esas nociones que son el patrimonio de la humanidad, las engrandece, purifica y eleva á la altura del Evangelio. Hé aquí el trabajo propio del cristianismo: sacar la luz de las tinieblas y el orden del caos. La escolástica aplica á su vez á esos elementos, que desde luego ya nada tienen de pagano, el rigor de sus principios; los vacía, por decirlo así, en su molde, y de él salen cuatro tipos consagrados que han recibido en la Iglesia una especie de bautismo. La Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza cristiana! ¿Habeis visto esas nobles figuras esculpidas en la piedra y pintadas en los vidrios de las grandes ventanas de nuestras catedrales, por los piadosos artistas de la Edad média? ¿Cómo resplandecen con celeste claridad! Sus rostros graves y tranquilos, llenos de una dulce y serena majestad, traen á la memoria los de los mártires, de los confesores y las vírgenes. ¡Ah! no

son esas las virtudes de los Catones y los Régulos. Por lo comun, no se hallan solas, sino unidas á un grupo de virtudes de un órden superior, la Fe, la Esperanza y la Caridad, imagen de la moral natural sostenida y fortificada por la del Evangelio.

Desengañémonos: cuando los doctores del cristianismo copian á la antigua filosofía, no hacen mas que recoger el bien donde lo encuentran, porque toda verdad les ha sido revelada, y siempre la doctrina se purifica y perfecciona en sus manos. ¿Sucede otro tanto con la filosofía moderna al apropiarse las doctrinas del cristianismo? Hé aquí lo que vamos á examinar.

#### IV.

Julio Simon, es un racionalista, que con una moderacion suma de lenguaje, anuncia su determinacion formal de no dar un solo paso hácia el cristianismo. La religion y la moral naturales le bastan; y si bien pretende que haya respeto y tolerancia con las religiones positivas, es sin perjuicio del porvenir, que pertenece á la filosofía, segun asienta. Diríjense, pues, sus esfuerzos á formar del mejor modo posible una religion natural, tan completa como le es dable, con una moral correspondiente, honesta, dulce, tolerante, sin que carezca al mismo tiempo de cierto vigor moral que presenta con fiadamente á los verdaderos filósofos, sin dejar de confesar, empero, con una buena fe, que no podemos ménos que apreciar, que ella es todavía bajo mas de un aspecto, inferior á la moral cristiana.

Mas lo que distingue particularmente á Julio Simon de un gran número de adversarios de la revelacion, es, que abandona todas las viejas posiciones del racionalismo, que verdaderamente eran insostenibles en buena filosofía. No solamente reconoce que el mundo ha sido creado y que es preciso buscar lo infinito fuera de él, sino que su doctrina es casi irreprochable en lo que toca á los atributos de Dios, á la naturaleza del alma y al libre albedrío. Su metafísica, en una palabra, es sana. No hay en su libro errores gratuitos; descúbrese en él tan solo los que se consideran precisos para llevar á cabo, sin contradiccion manifiesta, el sistema de rechazar una religion revelada.

Hubo un tiempo en el que se pretendia para la razon, el derecho de *no creer cosa alguna sin comprenderla*; negábase la presciencia divina y la posibilidad de un cambio en el órden actual de la naturaleza, para rechazar desde luego *a priori* las profecias y los milagros. Hé aquí lo que pudiéramos llamar los lugares comunes del siglo XVIII, y que no han perdido aún toda su influencia en el presente. Pues bien: Julio Simon, abandona, si no es que á veces combate directamente, esos lugares comunes, esas excepciones alegadas por la incredulidad. Ciertamente es que va al mismo fin por otros caminos, sin pensarlo acaso, y arrastrado por la fuerza de las cosas, pero indudablemente no es ese su campo de batalla.

La falta de esas negaciones atrevidas á que nos habia acostumbrado el racionalismo, esa ortodoxia relativa, cierta efusion de sentimientos religiosos, cuya expresion parece algunas ocasiones tomada del cristianismo; todo esto, á pesar del autor, ha podido engañar



acerca de su disposicion y hacer creer á algunos lectores cristianos, que no distaba mucho de una profesion de fe conforme á sus deseos. Desengañemos á esas personas: si la moderacion de Julio Simon es una prueba de buen gusto y hace honor á su carácter, no basta en verdad á alentar semejantes esperanzas. Esa moderacion es compatible con lo que el filósofo llama *firmeza*, y significa para él, la resolucion constante de vivir y morir en el seno del racionalismo. Él habla, por otra parte, sin embozo ni hipocresía; y estamos seguros de que léjos de ofenderle un juicio como el nuestro, sufriria mas en su amor propio con ciertas interpretaciones benévolas que concluirian al fin con hacer de él un *místico*, arrebatando así á la filosofia, el apoyo de un nombre que le es caro por tantos títulos.

Por lo que hace á nosotros, dejando á Julio Simon representar el papel que ambiciona, vemos en él un racionalista honrado, sincero, firme (para valernos de su propio lenguaje), que aspira á constituir la sociedad en la única base que cree posible en lo sucesivo, de una religion natural y de una moral natural tambien. <sup>1</sup> Tal es su verdadero programa.

El libro del *Deber*, es la primera piedra del edificio. Mas nosotros, que no creemos que la mano del hombre pueda construir un edificio semejante, y que aceptamos sin reserva la palabra del Salmista: *Nisi Dominus ædificaverit domum in vanum laboraverunt qui ædifican eam*; <sup>2</sup> nosotros que decimos tambien con el Apóstol: *Funda-*

<sup>1</sup> Tratamos aquí principalmente del *Deber*; y no nos proponemos examinar las doctrinas de la *Religion natural*, sino en la parte que sirve de desarrollo á los principios enunciados en esta obra.

<sup>2</sup> Psal. CXXVI.

*mentum. . . aliud nemo potest ponere, præter id quod positum est, quod est, Christus Jesus*; <sup>1</sup> no tenemos fe alguna en tal empresa; la miramos como ruinosa, y creemos que es un deber sagrado apartar de ella, hasta donde nuestras fuerzas lo permitan, á todos los que se vean tentados de prestarles su ayuda. Lo que nos alarma sobremanera, no es la filosofia, que tiene ciertamente el derecho de intervenir en las cosas del orden moral; sino la independencia que se le atribuye y las quiméricas esperanzas que en ella se fundan; la pretension de investirla de una especie de sacerdocio, de darle el cargo de las almas, y el designio confesado ó no, de sustituirla al cristianismo. Hé aquí lo que nos obliga á revisar cada uno de sus títulos y á tomarle cuentas con una severidad que acaso hoy mas que nunca ha sido necesaria.

Decís bien, la moral filosófica despues del Evangelio, es superior á la de la antigüedad; pero esta superioridad de dónde le viene? ¿No es por ventura del cristianismo? Y si á pesar de la luz é innumerables conocimientos que le debe, es todavía inferior á la moral cristiana, ¿cómo podriamos confiarle la direccion de nuestra vida y entregarnos á ella en cuerpo y alma? Su fuerza, lo mismo que su debilidad, nos aconseja otra cosa; porque demasiado sabemos de dónde saca semejante fuerza. Ora considerémos lo que posee, ora lo que le falta, un secreto impulso nos lleva á buscar en otra parte la fuente inagotable y pura de la verdad. Y desgraciados de aquellos que abandonan la Fuente de agua viva para ir en busca de esas cisternas que no tardan en secarse.

Hay todo un mundo entre Ciceron y Julio Simon; y

<sup>1</sup> I. Cor. III. 11.

á no considerar sino el nivel moral en que uno y otro se encuentran colocados, la ventaja de la comparacion está indudablemente de parte del último. Léjos de nosotros el suponer que entre los méritos que le dan esta preeminencia, no se encuentren varios que son el resultado de su talento, de la rectitud de su juicio, de las nobles inclinaciones de su corazón; pero hay también otros muchos de que no es deudor sino al cristianismo, y no podrá llevar á mal que tratemos aquí de hacerlos patentes.

Desde luego ha creído que importaba sobremanera asentar la moral en un fondo dogmático, pues sin él, apenas merecería el nombre de ciencia. Ha pedido á la metafísica los principios constitutivos de la moralidad. ¿Es libre el hombre para elegir entre el bien y el mal y por consiguiente responsable de su elección? ¿Ha sido creada su alma para la felicidad y para una felicidad sin fin? ¿Debe Dios castigar el crimen y recompensar la virtud en la otra vida? Todas estas cuestiones son del más alto interés para la moral. Si á una sola de ellas se responde negativamente, el mundo moral vuelve al instante á sepultarse en el caos.

Julio Simon conságrase, pues, á demostrar el libre albedrío, la inmortalidad del alma, la vida futura, y supone, si no es que prueba directamente, la justicia del Soberano Remunerador. Podemos casi sin reserva, tributar nuestros elogios al tratado de la *Libertad*, que forma la primera parte de su libro del *Deber*. Véanse reinar en él, el orden, la claridad, *lucidus ordo*, y esa energía de convicción que engendra la elocuencia. Digámoslo en honra suya: ha roto con los hábitos de ciertos profesores; porque establece un punto de partida y un

fin determinado; prueba con precisión lo que afirma, y no divaga por el solo placer de prolongar los reflejos de una idea paradójica y especiosa.

Véase con qué maestría desarrolla esta prueba tan popular y convincente, que toma del *Tratado de las Primeras verdades*, del P. Buffier.

«Si se me presentan dos luses de oro, y se me dice: he aquí el que debeis elegir, ¿no me creo acaso perfectamente libre para tomar el otro? No puede haber acción más sencilla que levantar tres veces la mano en el espacio de una hora. Si soy libre, claro es que de mí solo depende el hacerlo así ó no; si por el contrario, no soy libre, aquella acción depende de una causa extraña á mi voluntad. Pues bien: yo propongo á cualquiera que piense que no soy libre, el celebrar conmigo una apuesta de mil escudos, de uno, de cien ó más millones, á que en el espacio de una hora he de alzar tres veces la mano. ¿Quién aceptará semejante apuesta? Nadie. ¿Quién vacilaría en proponerla? Es también seguro que nadie. Esto prueba, que todos unánimemente, creen en la facultad que tengo para hacer aquel movimiento si me place. Si nos hallamos tres personas en un aposento, las otras dos pueden muy bien apostar entre sí á que yo comenzaré á andar con el pié derecho ó el izquierdo; más ¿quién habrá de apostar semejante cosa contra mí mismo? Hé aquí, pues, unos hechos en extremo sencillos, que están al alcance de las inteligencias más humildes, pero que encierran sin embargo, un mérito, y es el de establecer de un modo irrecusable, que la creencia de la libertad humana es natural á todos los espíritus; y esto es tan evidente, que Sexto, Enesidemo, Spinoza, Hume, los filósofos todos en suma, que han negado la liber-

tad, no se habrían atrevido nunca á apostar conmigo á que, estando mis miembros sanos y expeditos, yo no levantaria el brazo en el espacio de una hora.»<sup>1</sup>

Hay veinte pasajes de igual mérito en esta parte del libro *del Deber*. Julio Simon prueba, pues, la libertad, apoyándose, ora en el sentido íntimo, ora en la creencia universal del género humano: y con el orden, claridad y método que emplea en la demostracion de su tesis, resuelve tambien las objeciones que de ordinario se ponen contra la libertad, sacándolas ya de la influencia de los agentes físicos en nuestros actos, ya de las causas ocasionales que determinan á la voluntad misma, ya, en fin, de la presciencia y omnipotencia de Dios. De intento adopta soluciones generalmente recibidas, que se encuentran en los cursos elementales de filosofía y teología escolástica, y esto es á nuestros ojos mayor mérito, mérito bastante raro entre los maestros y colegas de Julio Simon.

Observaremos, sin embargo, que la tercera solucion, que corresponde á la objecion sacada de la presciencia de Dios, es muy incompleta. No se ha dicho todo, ni con mucho, cuando se ha asentado como un principio, lo que por otra parte, es certísimo, á saber: que la existencia de Dios es una eterna unidad que corresponde á todos los puntos sucesivos de la duracion. Esta verdad, incontestable como efectivamente es, no nos da razon de nada; puesto que la ciencia de Dios es anterior á su objeto, no solo bajo el aspecto de la duracion, sino tambien bajo el de la causalidad, y como dice San-

<sup>1</sup> *Le Devoir*, p. 5.—Véase á Buffier, *Traité des premières vérités*, 3.<sup>o</sup> parte, cap. III. No necesito añadir que Julio Simon ha nombrado al jesuita, de cuyo pensamiento se sirve tan admirablemente.

to Tomás, *Scientia Dei est causa rerum*.<sup>1</sup> Quedaria, pues, por explicar esa palabra, y por decir, de qué manera puede Dios concurrir á nuestras determinaciones sin perjuicio de su libertad; cuestion que encierra dificultades inmensas, y que es indispensable, no diré ya, tratar á fondo, pero sí enunciar al ménos en una obra que tiene la pretension de no ser tan superficial.

No contento Julio Simon en haber demostrado la existencia de la libertad, expone categóricamente las causas que disminuye ó aumenta en nuestras acciones la parte de la voluntad, *quæ minuunt vel augent voluntarium*, segun el lenguaje de la Escuela. Ignoro por qué una de esas causas, el hábito, está tratado en un capítulo especial; trozo muy literario sin duda, pero en el cual apenas se habla de la influencia del hábito en la moralidad de nuestros actos.

En resolucion, ese tratado de la *Libertad* es bueno. El autor ha estudiado evidentemente lo que se llama en la Escuela *un tratado de los actos humanos*, se ha aprovechado de las sanas tradiciones de la enseñanza católica, y ha encontrado tierra firme.

No puedo decir otro tanto de lo que asienta sobre la inmortalidad del alma y de la vida futura. Y á pesar de ello, creo que aun en este punto es superior á los antiguos: el filósofo frances comprende la grande importancia de estas cuestiones, se encarga de ellas, y las medita: esto es ya algo en mi concepto.

Por cierto que, en la antigüedad no hallamos nada semejante. Los estoicos eran, al mismo tiempo que los

<sup>1</sup> Véase á Santo Tomás, *Summa Theol.* 1.<sup>o</sup> p., q. 14, a. 8, y *Contra gentiles*, L. I, cap. LXVI, 5. Si tuviésemos que explicar este punto, diríamos que la ciencia de Dios es causa directiva y no eficiente: mas no es aquí su lugar.

mejores moralistas, los mas pobres metafísicos. ¡Fatalistas, y predicaban la virtud! ¿Por ventura, Ciceron aparece de otro modo cuando refunde el tratado del estoico Panecio? ¿De ninguna manera: la lógica del tiempo, no tenia tales exigencias. Por el contrario, el primer filósofo cristiano, San Justino, sabe muy bien establecer la distincion entre la moral de los estoicos y su metafísica; y si es verdad que tributa sus homenajes á la una, es para denunciar á la otra como absurda. Podemos pues, decir con toda verdad, que la ciencia compleja, ó el admirable conjunto de las ciencias, ha nacido con el cristianismo. Y nosotros, herederos de esta ciencia, no podremos en lo de adelante separar estas dos cosas, el dogma y la moral. Hé aquí un mérito á la verdad inapreciable, de que la filosofía moderna es deudora al cristianismo.

Se ha dicho elocuentemente: el cristianismo tiene sus virtudes propias, sus *virtutes reservadas*; <sup>1</sup> y no cabe duda en que una de las preeminencias de la moral filosófica despues del Evangelio, consiste aún en sufrir el ascendiente de esas virtudes y ceder á su imperio.

Esas virtudes sublimes, no prescriben tan solo el respeto, sino que subyugan por el encanto irresistible que nos atrae á la familia, y enlazan de esta suerte sus raíces con las fibras mas delicadas de nuestro corazon. ¡Cuántos hombres hay para quienes la imágen del pudor cristiano es inseparable de la de una madre ó una hermana, y cuya alma no se conserva pura sino á la sombra de tan caro recuerdo! ¡Cuántos, tambien, que despues de haber entregado su juventud al soplo ardiente de las pasiones, se admiran, á la hora de un sa-

1.—Conferencias del R. P. Lacordaire, en Nuestra Señora de Paris.

ludable arrepentimiento, de volver á hallar intacto en sí mismos, ese tipo ideal de la virtud! Y ¿por qué no decirlo? ¿El recuerdo de la primera comunión no es muchas veces un preservativo eficaz contra el peligro, ó una saludable advertencia despues de la caída? Es ménos fácil de lo que pudiera creerse, olvidar esos dias de inocencia, de alegría sin remordimientos; en apoyo de lo cual podríamos citar mas de un testimonio. Mas de todo eso se compone nuestro ser moral; y de ahí nacen en nosotros, escrúpulos, delicadezas y alarmas de conciencia que la antigüedad no conocia, y que hoy son, á Dios gracias, el patrimonio de todos, así de los que se llaman filósofos, como de los mas humildes y sencillos cristianos.

Hé aquí un trozo de Julio Simon, que probablemente no habria escrito un filósofo de Aténas ó de Roma:

«Supongamos que un hombre habituado desde su infancia á costumbres puras y á un lenguaje decoroso, emprende leer libros obscenos únicamente por distraccion, sin tener gusto por aquellas obscenidades, pero sin cerrar tampoco, al encontrarlas, obras cuya invencion y estilo le interesan por otra parte. Durante los primeros volúmenes, sufre con la lectura de aquellas torpezas, que son obstáculo á su apetecido recreo; pero la impresion va disminuyendo con la costumbre, y bien pronto ya no la experimenta. Lo mismo acontecerá si en lugar de pasajes obscenos, su biblioteca le presenta máximas inmorales: al principio se alarma y se rebela; mas si su alma carece del temple que necesita, llega á caer mas tarde en la indiferencia; y de la indiferencia en materia de honor á la depravacion, no hay mas que un paso. <sup>1</sup>

1 *Le Devoir*, p. 74.

Tampoco puedo creer que un pagano hubiera hablado del amor en estos términos:

«Nunca será bastante el empeño que se tome en inculcar estas grandes verdades: que el amor es un sentimiento moral que tiene por fin y efecto la union de dos almas entre sí, que á un solo objeto dá su preferencia y va en pos de él con un ardor siempre celoso y cada vez mas grande; que necesita de la indisolubilidad y eternidad de los vínculos que forma; y que no puede resistir á la energía de nuestra voluntad, cuando nos proponemos rendirle.» La naturaleza nos ha formado «no para amores pasajeros, sino para el matrimonio indisoluble, solemnizado por la sociedad humana y santificado por la bendicion de Dios.»<sup>1</sup>

Poco ántes habia dicho Julio Simon, hablando contra la fuerza poderosa de las pasiones, á que dá el nombre de *argumento de las almas débiles y cobardes*: «Es preciso saber que no hay nada en nosotros que no seamos capaces de dominar; que somos realmente árbitros de nuestros amores y deseos, lo mismo que de nuestras voluntades. Cada uno debe demostrárselo á sí mismo por la experiencia. El corazon podrá sufrir hondas heridas, pero la victoria es segura, y el hombre solo se vé vencido por su propia culpa.» Magnífica sentencia; pero hay que tener en cuenta lo poco que podemos sin la ayuda de Dios. David halló ocasion de arrepentirse de aquella atrevida palabra: *Non movebor in æternum*; y nosotros los cristianos decimos todos los dias á nuestro Padre que está en los cielos: *No nos dejes caer en la tentacion*.

Nuestro filósofo tiene á veces acentos que parecen ser

<sup>1</sup> Ibid., p. 151.

el eco del púlpito cristiano. «Singular espectáculo es el que dan los hombres cuando hacen objeto de sus burlas ó alegre pasatiempo lo que deberian reputar mas sagrado. Hablad á un hijo de su madre; á un marido de la honra de su mujer, y estad seguros de mover su corazon y enternecerle. Sin embargo, entrad en un teatro; en todos ellos veréis hoy representar la misma comedia y el mismo drama: un marido ridículo, y dos amantes, dos adúlteros, son el objeto que atrae todo el interes del público, y que hace derramar lágrimas á castas madres de familia y á tiernas jóvenes educadas por otra parte en el recogimiento y la modestia. La misma contradiccion hallaréis en esos libros que se hace llegar al interior de las familias y nadie se apresura á desterrar de ellas, porque las expresiones son castas y la pasion no está expresada en ellos con demasiado frenesí. Pero esto es nada: para llegar al colmo, preciso es escuchar los juicios y conversaciones del mundo; ver cuál se acoge con la sonrisa en los labios al adulterio elegante, cuando ha sabido, no solo salvar, sino engalanar las apariencias, en tanto que no hay desprecio que se considere bastante fuerte para el vicio desgraciado ó poco diestro; preciso es oír contar como inocentes narraciones las hazañas previstas por el Código penal, y que castigan diariamente los jueces correccionales: observar cómo se oculta cuidadosamente, cual si fuese un vicio ó una falta, lo que aun resta del pudor y de la inocencia; se hace burla en la calle de las virtudes que se practica ó se quisiera practicar en el hogar doméstico, y no se deja un momento á la mujer, á la hija ó á la hermana, sino para ir al club á repetir frases obscenas, ó al teatro para reír con sus indecencias.» Hay algo

de Masillon en esta brillante página; y no puedo ménos que recomendarla á todos aquellos que se dejan llevar por los extravíos que condena, lo mismo que las reflexiones siguientes: «Una comedia, en la cual el interes todo está en favor de la mujer adúltera, y todas las burlas son para el marido ultrajado, es un verdadero atentado contra las costumbres. Imposible es gozar con semejantes espectáculos, y conservar el horror del vicio. Si un filósofo, en un libro serio que desde luego pocas personas han de leer, hace la apología del adulterio, puede estar seguro de que le condenará la policía correccional; y es justo que así se verifique: pero que la misma apología se exponga en una pieza dramática á millares de espectadores, y no excitará el menor escrúpulo. Aquella pieza será la de moda, y mujeres modestas acudirán apresuradamente á verla. Modestas! . . . no, no lo son mas que en apariencia. El primer grado del vicio es reputar amable el vicio mismo.»<sup>1</sup>

Julio Simon adopta acerca de la virginidad, una doctrina muy ortodoxa y que es del todo conforme á la del Angel de las Escuelas.<sup>2</sup>

A semejanza de Santo Tomás, distingue dos géneros de apetito, uno que vé á la conservacion de la especie,

<sup>1</sup> Le Devoir, págs. 168 y 393.

<sup>2</sup> «Alia ratio est habenda in his quæ pertinent ad necessitatem uniuscujusque hominis, atque alia in his quæ pertinent ad multitudinis necessitatem. In his enim quæ ad uniuscujusque necessitatem pertinent, oportet quod cuilibet provideatur: hujusmodi autem sunt cibi et potus, et alia quæ ad sustentationem individui pertinent: unde necessarium est quod cuilibet cibo et potu utatur. In his autem quæ necessaria sunt multitudini, non oportet quod cuilibet de multitudine attribuantur, neque etiam est possibile. . . . Quia igitur generatio non est de necessitate individui, sed de necessitate totius speciei, non est necessarium quod omnes homines actibus generationis vacent, etc.» (Santo Tomás, *Summa contra gentiles*, l. III. cap. CXXXVI. Cf. *Summa Tehol.*, 2.º 2.ª, q. 152. a. 2.º ad primum.)

otro á la del individuo; y dice, hablando del primero: «La abstinencia puede ser absoluta para el apetito del sexo, y á pesar de cuanto pudiera decirse acerca del voto de la naturaleza, no teniendo ésta necesidad de que todos los individuos se reproduzcan, muy bien puede permitir que la continencia, sea no tan solo posible, sino fácil. Y lo es, en efecto, para una alma bien dirigida, que no se ve agitada por ningun recuerdo voluptuoso, y que no queriendo dejarse llevar de aquel apetito, tiene enfrenados á todos los demás. Aunque la virginidad no pueda ni deba considerarse mas que como una excepcion, no es justo ni filosófico condenarla, pues que no es contraria al plan de la Providencia, é inspira siempre cierto respeto á todo espíritu recto y libre de preocupaciones.»<sup>1</sup>

¿Tendré necesidad de señalar las fuentes cristianas de esta moral? El autor, á lo que creo, no ha tenido la mas leve intencion de ocultarlas; ni pretende tampoco desconocer los dones inapreciables del cristianismo, cuando escribe sobre la obediencia monástica, la abstinencia y la pobreza voluntaria, trozos magníficos que parecen extractados de Alonso Rodriguez. A pesar del desden con que trata Julio Simon al ascetismo, parece indudable á veces, que ha cobrado una aficion decidida por la lectura de aquel grande y venerable asceta español.

¡Cuán distantes nos hallamos de Ciceron! y ¿cómo cumplir la promesa que hemos hecho de compararle con Julio Simon? La comparacion es apénas posible con tales desemejanzas. Mas ya que largamente hemos expuesto la doctrina falsa é inconsecuente de Ciceron acerca del suicidio, llegada es la ocasion de manifestar

<sup>1</sup> Le Devoir, p. 122.

la doctrina verdadera y sana de Julio Simon, sobre el mismo objeto.

Los estoicos, observa Julio Simon, no creyendo ni en Dios, ni en la vida futura, é identificando la nocion del deber con el sentimiento de la dignidad personal, bien pudieron hacer del suicidio una virtud: la muerte, en moral, ocupaba para ellos el lugar de Dios. Pero toda esta doctrina, agrega, viene por tierra desde el momento en que el hombre deja de ser su propio fin. Si hay un Dios, no podemos ir á él, sino cuando nos llame. Si se han impuesto al hombre ciertos deberes, mayor crimen es, sin duda, desaparecer para eludir su cumplimiento, que infringir esos mismos deberes. Los que creemos firmemente que no hay un lugar en todo el mundo destinado á lo inútil, y que el último grano de arena tiene su puesto y su destino, no queremos ni aun discutir las objeciones de aquellos que se declaran incapaces de llevar lo que llaman la carga, y que nosotros debemos llamar el deber de la vida. La mayor parte de esas supuestas imposibilidades, no tiene su origen sino en los disgustos y en el tedio: mas no está en nuestra mano la eleccion de nuestros deberes. Si habeis gobernado largo tiempo vuestro país, no digais que os habeis vuelto inútil por que se os ha vencido y aprisionado: ayer teniais el deber de gobernar como hombre justo; hoy como justo os toca sufrir tambien. Si servisteis á la humanidad por vuestro genio, servidla por vuestro ejemplo: y tened presente, que si uno de esos deberes es mas riguroso que otro, aquel debe abrazarse con mas fuerza, y seria mas vergonzoso sustraerse á él. Aun cuando nos fuese demostrado que nada podemos en favor de nadie, lo que es imposible, no seriamos

sin embargo, dueños de nuestra vida, pues no debemos atentar contra el orden universal en nuestras personas. <sup>1</sup>

Nuestro filósofo, no admite, pues, ninguna de esas *causas legítimas* para quitarse la vida, que Ciceron alegaba en favor del suicidio de Caton. Por el contrario, demuestra el hondo vacío y la inmoralidad de esas máximas perversas de que se sirven los modernos para cubrir semejante infamia y cobardía.

Las falsas ideas, que la mayor parte de los hombres se forma sobre el honor, son causa de la indulgencia que comunmente se tiene para con aquellos que, entre el suicidio y la deshonra, optan por el primero. Perdóneseles en buena hora, porque es preciso perdonar aun á los culpables; pero que se les perdone como delincuentes. La deshonra está en la misma accion vergonzosa: morir despues de haberla cometido, no equivale á deshacer el acto criminoso. Hay comerciantes que estando á punto de quebrar, se quitan la vida para libertarse de la vergüenza; pero con ello, escapan tan solo del sentimiento de la vergüenza, mas no de la vergüenza misma. Si no habeis sido mas que unos desgraciados, se les podria decir: vivid para probarlo; si habeis sido imprudentes, vivid tambien, para expiar desde luego vuestra falta y repararla en seguida: pensad en que os vais á quitar la existencia en momento en que ya no pertenecéis á vosotros mismos, y en que solo deberiais tratar de levantar el edificio que habiais convertido en ruinas.

«Hay otros que se suicidan porque su pasion no ha sido satisfecha. ¿Qué pudiera excusar una muerte seme-

jante? ¿No revela una alma sin energía ni nobleza, incapaz de gobernarse á sí misma y de sufrir con resignación? Otros, por último, dejan la vida por tedio ó por cansancio, y son los mas viles y miserables de todos.

¡Oh, cuán desgraciado es el hombre que no sabe amar ni sufrir!»

«Raras veces acontece que ese disgusto de la vida tenga por origen un grande infortunio, un dolor inmenso y sin tregua. Por lo comun, son esos hombres orgullosos y delicados, que hacen consistir la superioridad en una susceptibilidad exquisita y desordenada, y que por su languidez, embrutecimiento y degradacion, sirven solo de una carga pesada y fastidiosa á los demás y aun á sí mismos; son esos hombres, vuelvo á decir, quienes conservan la energía y el valor que se creen precisos para disparar un pistoletazo.»

El tono de profunda conviccion que reina en este elocuente trozo, nos excusa de añadir otras reflexiones; y es evidente, por otra parte, que la filosofia antigua no empleó nunca un lenguaje semejante.

## V.

Indudable es, que lo que mas interesa al hombre conocer en materia de moral, es su fin último, el término que debe alcanzar para que se cumpla su destino. Todo aquello que nos acerca á nuestro fin, es bueno; y lo que de él nos aparta, debe en consecuencia ser malo: en vano buscaríamos en otra parte la regla de la moralidad de nuestras acciones. Pero encaminarnos á nuestro fin, es la virtud; llegar á conseguirle, es la bienaven-

turanza; de donde resulta, que la virtud es el principio de la eterna ventura.

Mas ¿en qué consiste realmente ese fin? ¿Cuál es el objeto en cuyo seguimiento está la esencia misma de la virtud, y cuya posesion debe ser un dia nuestra bienaventuranza? ¿Cuál es, en una palabra, el soberano Bien? Hé aquí una cuestion en extremo fácil para nosotros que hemos tenido la dicha de recibir las luces de la fe; pero cuestion interminable, insoluble para la humana filosofia. ¿Sabeis cuántas soluciones contaba Varron, tomando por punto de partida los diversos sistemas que existian en su tiempo? Pues eran nada ménos que 288. <sup>1</sup> Ciertamente es que San Agustin observa, que todas esas opiniones podian reducirse á doce: pero aun cuando, siguiendo el mismo camino que Varron, se llegase á descubrir que no habia mas que tres verdaderamente plausibles, todavía seria demasiado, pues que tanto importa no engañarse acerca de tan grave materia, en que es preciso que cada uno elija, á riesgo de sus propios intereses.

¡Cuán grave y doctamente disertais sobre este punto, Torcuato, Caton, Pison, y vos mismo, oh Ciceron, que los habeis interpretado! <sup>2</sup> ¡Cuán admirables son vuestros diálogos, y vuestros racionios cuán sutiles é ingeniosos! Mas ¿cuál viene á ser la conclusion de tantos y tan bellos discursos? Un cumplimento que dirige uno de los interlocutores á su adversario, por haber dicho en magnifico latin, lo que hasta entónces solo se habia expresado en griego. Por lo demás, la cuestion se queda en pié, y cada uno se encuentra como al principio,

<sup>1</sup> Véase á San Agustin, *De civitate Dei*, l. XIX. c. I, II, III.

<sup>2</sup> En la obra intitulada: *De finibus bonorum et malorum*.



discípulo de Epicuro ó de Zenon, de Platon ó de Aristóteles.

Quereis ver, por el contrario, de qué manera el cristianismo dá la sabiduría á los pequeños? Preguntad á un niño, cuya tierna inteligencia comienza apénas á instruirse en los primeros rudimentos de la fe; preguntadle por qué le ha criado Dios y colocádole en el mundo. Es la misma cuestion de que os hablamos, la cuestion del fin del hombre. Del hombre; y puesto que él ya lo es, ¿no debe por ventura aprender á hacer buen uso de su libre albedrio? Pues bien: el niño responderá perfectamente á esta gran cuestion, diciéndoos que no ha recibido de Dios la existencia, sino «para conocerle, amarle, servirle y obtener por este medio la vida eterna;» y lo que es mas aún, comprenderá la extension moral de esta verdad, sabrá que le obliga á ser prudente, humilde, modesto, obediente, y á guardar puro su corazon delante de Dios.

En verdad que no trocara yo la sabiduría de este niño por la de todos los filósofos antiguos, ni aun por la de muchísimos modernos.

Bien podeis ir mas allá en vuestras preguntas, y os dejará asombrados la ciencia de ese pequeñuelo. Interrogadle si Dios debe ser amado por quien es, con un amor de benevolencia; y os responderá con el acto de caridad. Preguntadle si es bueno amar en Dios el objeto de nuestra propia felicidad, y os contestará con el acto de esperanza: de modo que no separará lo útil de lo honesto, y sabrá conciliarlos maravillosamente en un mismo amor, el mas fuerte y puro de todos los amores.

La antigüedad se perdía en esta cuestion inevitablemen-

te como en un laberinto al que no encontraba salida. De todos aquellos filósofos, el que parecia ocuparse mas seriamente de la necesidad de establecer la felicidad como término de la sabiduría, se llamaba Epicuro! Los estoicos, que representaban el partido de la virtud, mentían á la naturaleza humana sosteniendo que el dolor no era mas que una palabra. Ciceron, tan moderado, tan práctico, de buena gana habria querido evitar sus paradojas; y sin embargo, nos dice que lo útil y lo honesto no se diferencian más que en el nombre, despues de lo cual nos presenta en Régulo, el ideal de la virtud. ¿Y por ventura Régulo es dichoso? ¿Va por el sendero que guia á la felicidad? Confieso que nunca he podido leer sin una tristeza profunda los hermosos versos de Horacio, en que se describe el tierno adios que dá á su familia ántes de volver á Cartago:

Fertur pudicæ conjugis osculum,  
Parvosque natos, ut capitis minor,  
Ab se removisse, et virilem  
Torvus humi posuisse vultum. <sup>1</sup>

Afligeme la partida de Régulo, porque solo veo delante de sus ojos la muerte sin esperanza, el dolor sin mas recompensa que una mentida fama, y experimento en verdad sentimientos muy diversos, cuando leo este final de una de las mas hermosas escenas de Corneille:

Paulina.—¿Adónde le llevais?

<sup>1</sup> Horacio, l. III, oda V. Hé aqui la traduccion que de esa hermosísima estrofa se lee en la edicion de Burgos, de 1841:

Así diciendo, de la esposa amante  
Y de los caros hijos alejaba  
Los ósculos cual siervo, y al instante  
El yaronil semblante,  
Y torvos ojos en el suelo clava.

*Felix.*—A la muerte.

*Poliuto.*—A la gloria!

La gloria aquí, al ménos, no es una vana palabra. Pero desde el momento en que suprimis la vida eterna, preciso es, para restablecer el equilibrio y hacer triunfar el orden, que el crimen sea siempre castigado y recompensada la virtud en este mundo.

Si así en efecto aconteciera, tendriase como quimérico el ejemplo que Julio Simon propone en estos términos: «Un asesino penetra en la casa de mi amigo, y despues de haberle dado muerte, me acusa del crimen que ha cometido. La justicia humana se apodera de mí, me juzga y me condena. El mundo no tiene más que elogios para el malvado; éste viene á ser el heredero de su víctima, y muere despues en paz, colmado de honores y riquezas.<sup>1</sup> De aquí infiere el filósofo frances la inmortalidad del alma; concluye que hay otra vida en que la justicia será satisfecha en su plenitud; conclusion rigurosamente lógica y perfectamente cristiana.

«La inmortalidad, dice en otra parte, es la última palabra de la ciencia y de la vida. Todo lo cambia en nuestro sér y fuera de él. Interiormente, hace fácil el sacrificio, puesto que llena nuestra alma de brillantes y consoladoras esperanzas; y en lo exterior quita al infortunio su realidad, lo trasforma, lo modera, lo destruye. El hombre que cree en su inmortalidad, contempla sin inquietud y sin afan esos sesenta años de pruebas á que llamamos vida humana, y esas agitaciones de un dia á que se denomina negocios y que agotan la actividad de las almas frívolas. El consuelo y la esperanza, estos dos

<sup>1</sup> *Le Devoir*, p. 324.

firmes apoyos, estos dos ídolos del hombre, nada son sin la inmortalidad de donde toman origen.»<sup>1</sup>

¿Y quién habia pronunciado ántes del Evangelio esa última palabra de la ciencia y de la vida? ¿Quién habia prometido el reino de los cielos á los que sufren persecucion por la justicia? ¿Quién habia hecho de la esperanza una virtud y de la vida eterna una verdad? Si ha habido algun filósofo que haya dicho cosas semejantes, su palabra, á lo que parece, no ha conmovido lo bastante las entrañas de la humanidad.

Necesitábase pues que unos labios divinos diesen autoridad á tal lenguaje; y vemos por fin que, gracias al cristianismo, la razon ha alcanzado esa verdad por más penoso que le sea á veces confesarlo. Un filósofo que se crea digno de tal nombre, no se atreverá ya á escribir un libro de moral, sin consagrar en él un capítulo siquiera á esa *vida feliz*, que nosotros llamamos *la vida eterna*.

Al llegar á este punto, preséntase sin embargo una dificultad muy séria. Parece que el motivo que determina nuestras acciones es ménos honesto desde el instante en que se muestra interesado, y que la esperanza de la recompensa, forma de la virtud un puro cálculo. Admitid este principio, que parece tan sencillo; admitidlo en toda su generalidad y sin las restricciones debidas, sacad las consecuencias que de él emanan y veréis adónde os conducen: á mirar la renuncia, la negacion absoluta de sí mismo, como el ideal de la virtud. Pero ¿esa negacion es posible? No, responde nuestro propio corazon; no puedo renunciar ni á la existencia, ni á la felicidad; es una ley de mi naturaleza, y

<sup>1</sup> *Le Devoir*, p. 441.

que no depende de mí: yo me amo y me busco necesariamente en todo aquello que quiero y sigo á cada instante; y al contrario, el amor en que mi sér no tiene participio alguno y en que me pierdo sin esperanza, es una quimera, no una virtud! Y sin embargo, una vez admitido el principio, la lógica nos conducirá hasta ese punto.

He dicho mal; nos llevará mucho mas léjos.

Si el amor no es honesto; si es perverso, á causa de ser interesado, el principio tiene que ser verdadero tratando del amor de Dios. Existiria, pues, en tal caso un amor de Dios que seria la suprema ruina del órden; y por el mismo principio, el temor de perderle, y el dolor de haber merecido esta pérdida, serian otros tantos pecados.

Este lenguaje ha sido escuchado ya: no se crea que es una invención nuestra. Y aunque es cierto que repugnan las consecuencias llevadas á tal extremo, no es tan fácil, como pudiera creerse, marcar el punto fijo en que es forzoso detenerse. Pues, por otra parte, el buen sentido nos dice que el desinterés aumenta los quilates de la virtud, y sabemos, cristianamente hablando, hasta qué grado aumenta la excelencia de la caridad. ¿Quién nos dirá, por tanto, hasta dónde puede y debe llegar la renuncia de sí mismo en el acto virtuoso? Cuestión complexa y ardua, semillero de controversias: poderosas inteligencias se han extraviado en ella, y la misma suerte habria que temer siempre, sin las luces penetrantes que sobre ella difunde hoy la enseñanza de la Iglesia católica.

Lutero, en su lenguaje atrevido, decia: «La contrición causada por la pérdida de la bienaventuranza eterna,

hace al hombre hipócrita y mas culpable que ántes.» Y despues de aquel osado reformador, dirá Calvino: «Nada hay puro ni bueno para el juicio de Dios, sino lo que procede de un perfecto amor divino.» Doctrina condenada por el Concilio de Trento.<sup>1</sup>

Siguen Jansenio y su escuela. Escuchad su lenguaje, y decid si difiere mucho del de Lutero y Calvino:

«La intencion por la cual se detesta el mal y se busca el bien, tan solo con la mira de alcanzar la gloria del cielo, no es recta ni agradable á Dios.

«La atrición causada por el temor de las penas del infierno, sin ese amor de benevolencia que se refiere á Dios por ser quien es, no debe tenerse como un buen movimiento ni como un acto sobrenatural.»

Estas dos proposiciones han sido condenadas por Alejandro VIII en una bula de 7 de Diciembre de 1690.

Hé aquí, pues, de hoy en adelante, á los ojos de todos los católicos, un motivo interesado que no puede ser materia de controversia; el que nos hace buscar en Dios nuestra bienaventuranza. Nosotros vemos este interés como soberanamente honesto; los temores, las esperanzas que nos inspira, lo son tambien; comprendemos que no puede encaminarnos sino por la senda del

<sup>1</sup> «Si quis dixerit gehennæ metam per quem ad misericordiam Dei de peccatis dolendo confugimus, vel à peccando abstinemus, peccatum esse aut peccatores peiores facere; anathema sit.» (Concil. Trid. sess. VI, can. 8.) «Si quis dixerit justificatum peccare dum intuitu æternæ mercedis bene operatur, anathema sit.» (Ibid. can. 31.) «Si quis dixerit eam contritionem quæ paratur per discussionem, collectionem et detestationem peccatorum, quo quis recogitat annos suos in amritudine animæ suæ, ponderando peccatorum suorum gravitatem, multitudinem, fœditatem, amissionem æternæ beatitudinis, et æternæ damnationis incursum cum proposito melioris vitæ, non esse verum et utilem dolorem, nec preparare ad gratiam; sed facere hominem hypoeritam et magis peccatorem, demum illum esse dolorem coactum, et non liberum ac voluntarium, anathema sit.» (Ibid. sess. XIV, can. 5.)

bien, de la piedad, de la justicia; y es perfectamente conforme al orden, puesto que por su medio nuestro corazón descansa en Aquel para quien ha sido formado.

Los teólogos podrán comentar esas definiciones de la Santa Sede, y marcarán la distincion entre el amor de *benevolencia* y el amor de *concupiscencia*, el uno de los cuales ama á Dios por quien es en sí mismo, y el otro por interés propio; pero escogiendo, sin embargo, ambos á Dios por último fin. Añadirán que este segundo amor, en su inferioridad, no excluye al primero; que por el contrario le acompaña frecuentemente; que casi siempre le precede y le prepara el camino; que en todos los casos es bueno y sirve al cumplimiento de la ley suprema que Dios ha impuesto á su criatura de tender hácia Él como á su inmutable centro. De esta suerte descúbrese las armonias misteriosas del plan divino; la ciencia moral se desarrolla y engrandece, y de ese suelo fecundo, donde puede hundir atrevidamente sus raíces, la filosofía toma una sávia que le hace producir frutos del todo nuevos para ella.

Mas ¿cómo tranquilizan al mismo tiempo al corazón de los hombres de buena voluntad esas consoladoras doctrinas de la Iglesia! ¡Cuán dulce es para el cristiano saber que atrae sobre sí las complacencias de su Dios, cuando le dice: «En vos espero, vos solo seréis mi recompensa,» y cuando desea á ese Dios, fuente de todo bien, con un ardor semejante al del ciervo sediento y fatigado que suspira por los manantiales de agua viva!

Sin embargo, una inteligencia superior y que nada tiene de comun con los tristes sectarios que acabamos de citar, Fenelon, arrebatado por la suprema belleza del amor puro que ama á Dios por Dios mismo y sin con-

sideracion á la criatura, olvidó un dia estas leyes de nuestra naturaleza, que son tambien leyes divinas, y sin caer en tan profundos errores, sin reprobar temerariamente el temor y esperanza cristianos, imaginó un estado en que el alma se desprende de uno y otra, y en que, dejando de amarse, renuncia á sí misma para perderse y anonadarse en cierto modo en el seno de una inmensa é inefable caridad. ¡Sublime sueño! podría decir; pero era un sueño. Es bien conocido el adversario que encontró, digno de él por la ciencia y el genio; sabidas son tambien su lucha memorable, en que fué empleada la dialéctica mas poderosa con la autoridad de la tradicion y de la doctrina, el juicio pronunciado en Roma y la heróica obediencia del vencido. Citemos solamente por via de recuerdo la primera de las veintitres proposiciones condenadas por Inocencio XII, que contiene en sustancia toda la doctrina del *amor desinteresado*: «Hay un estado habitual de amor de Dios, que es una caridad pura sin mezcla alguna del motivo del interés propio. . . . Ni el temor de los castigos, ni el deseo de las recompensas tienen parte en este amor. No se ama á Dios ni por el mérito, ni por la perfeccion, ni por la dicha que debe encontrarse en amarle.» De esta condenacion resulta no solamente que *el interés* que colocamos en Dios como en nuestro último fin, es bueno y honesto, lo cual habia sido ya definido contra los protestantes y jansenistas, sino tambien que es necesario en todos los estados, para toda clase de personas, y que no debemos en manera alguna despojarnos de él. Hé aquí otra verdad adquirida para la ciencia.

Y notad, de paso, la analogia de la doctrina de Fenelon con la de los estoicos. Ese *desinterés* contranatu-

ral que el sabio arzobispo de Cambray pedia al corazón humano, en obsequio, según creía, del amor de Dios; aquellos filósofos lo exigían por amor de la virtud abstracta, en la cual colocaban su soberano bien. Según ellos, bastaba al hombre ser justo para ser feliz, lo que era decir, en otros términos, que el hombre debía sacrificar la felicidad á la virtud. En el cristianismo, por el contrario, la esperanza misma es una virtud, y la eterna bienaventuranza no es jamás sacrificada.

¿Qué pensaríais de un filósofo moderno que cerrase los ojos á esta luz, y que, conociendo estas cosas, las viese con desprecio? Mr. Julio Simon no tiene á la verdad esta pequeñez de espíritu. En materia tan ardua y complicada, acepta las decisiones de la Santa Sede. Queriendo combatir la pretensión (que desacertadamente atribuye á la mayor parte de los místicos) de hacer el bien por lo que es si, sin ninguna mira de interés personal, dice: «Convenimos naturalmente en que este aspecto puro y desinteresado del bien, es un ideal de perfección; pero creemos, que es en cierto modo sobrehumano; que sería peligroso proponérselo por fin, porque, aun en la práctica del bien, preciso es acomodarse á su condición y no traspasar los límites; y sobre todo, que sería un error (error de los jansenistas) pretender que la acción buena cambia de carácter y se vuelve punible, cuando al ejecutarla se experimenta el regocijo de encontrar el propio interés en el cumplimiento del deber.»

Mr. Simon, recordando en seguida á sus lectores el amor desinteresado de Fenelon y el libro de las *Máximas de los Santos*, agrega: «La Iglesia católica ha condenado con justicia ese libro; y la moral lo habría con-

denado igualmente, porque tiene en su contra los hechos de la natura humana.»<sup>1</sup>

El filósofo llega, pues, á la conclusión de que tal desinterés absoluto es imposible. Pero si así sucede, es preciso convenir en que hay error cuando se sostiene (con los jansenistas) que la intervención del interés destruye la bondad del acto: sin duda alguna. «Lo probamos, dice Mr. Simon, por los fines de la naturaleza que, queriendo nuestra conservación, nos permite y ordena que amemos nuestro ser y nuestro bienestar, con tal de que no sea sino conforme á los principios de la justicia. Podemos desde luego ilustrar nuestro juicio en este particular por el ejemplo de la Iglesia católica, que establece dos grados en el remordimiento justificante; uno que llama la *contrición*, y es el pesar de haber pecado, fundado en el dolor de haber ofendido á Dios; y otro que designa con el nombre de *atración*, y consiste en el pesar de haber pecado, que tiene por fundamento el temor de las penas del infierno.»<sup>2</sup> La Iglesia establece con ra-

<sup>1</sup> Le Devoir, p. 367.

<sup>2</sup> ¡Cuántas inexactitudes en tan cortas líneas!

1.º Estas palabras, *remordimiento justificante*, distan mucho de significar lo que se pretende decir. ¿Por qué *remordimiento*? El remordimiento, *conscientia morsus*, es un sentimiento indeliberado; la *contrición* y la *atración*, por el contrario, deben ser actos libres. ¿Por qué *justificante*? ¿Ignora acaso Julio Simon que los sacramentos son la causa principal de la justificación? Con la *atración*, para que el alma del pecador quede justificada, son necesarios los sacramentos del bautismo ó de la penitencia. Con la *contrición*, si la gracia santificante le es concedida antes de la recepción del sacramento, es en consideración al sacramento cuyo voto está necesariamente contenido en el acto de *contrición*.

2.º La *contrición* es el pesar de haber pecado, fundado en el dolor de haber ofendido á Dios. ¿El pesar fundado en el dolor? ¿Y por qué no el dolor fundado en el pesar? Y el motivo propio de la *contrición*, ¿cuál es? ¿El dolor de haber ofendido á Dios? Pero este dolor se encuentra en la *atración*; luego vuestra definición es nula. Leed el catecismo de París (en México citaremos

zon la profunda inferioridad del alma, que no es movida mas que por la atricion, puesto que esta alma, en el fondo, no siente el amor de Dios ni es impulsada sino por el interes; pero la misma Iglesia tiene en cuenta la fe de esa alma en la vida futura, su propósito firme de obedecer á la justicia, y la preferencia que da á la ventura reservada á los justos sobre todas las felicidades de la tierra. 1

Los rayos lanzados por el papa Alejandro VIII contra los jansenistas, han servido, pues, de mucho á Julio Simon, alumbrando su camino: y así vemos que siempre que se encuentra con tan árdua cuestion, lo que acontece á menudo en el libro *Del Deber*, se guia y decide por los mismos principios, manteniéndose firme en el terreno en que se colocaban los doctores católicos para

con el mismo gusto y oportunidad el del sapientísimo Ripalda), y veréis que el *pesar de haber ofendido á Dios* es comun á ambas definiciones; y que cada una de éstas se completa por una nota distintiva. «La contricion es perfecta, dice el catecismo frances, cuando tenemos el pesar de haber ofendido á Dios, *porque es infinitamente bueno, infinitamente amable, y porque el pecado le ofende y desagrada.*»

3.º ¿De qué manera définis la atricion? «El *pesar de haber pecado* (podriais decir: *de haber ofendido á Dios*), fundado en el temor de las penas del infierno.» ¿Es acaso ese el único motivo de la atricion? ¿Qué nombre dais entónces al pesar que se funda en la consideracion de la fealdad del pecado? El concilio de Trento expresa perfectamente estos dos motivos, y creo que será muy útil exponer á la consideracion del lector estas palabras de la Sess. XIV: «*Docet præterea (Sancta Synodus) etsi contritionem hanc aliquando charitate perfectam esse contingat, hominemque Deo reconciliare, priusquam hoc sacramentum (penitentiae) actu suscipiantur; ipsam nihilominus reconciliationem ipsi contritioni, sine sacramenti voto, non esse adscribendam. Illam vero contritionem imperfectam, qua attritio dicitur, quoniam vel ex turpitudinis peccati consideratione, vel ex gehennæ et poenarum metu communiter concipitur, si voluntatem peccandi excludat, cum spe veniæ; declarat non solum non facere hominem hypocritam et magis peccatorem, verum etiam donum Dei esse et Spiritus Sancti impulsam, non adhuc quidem inhabitantis, sed tantum moventis, quo penitens adjutus, viam sibi ad justitiam parat.*» (Concil. Trid., sess. XIV, can. 4.)

2º *Le Devoir*, pag. 368.

combatir á Fenelon ó á los jansenistas. Citaré algunos ejemplos.

En el capitulo que consagra al *amor de sí mismo*, dice: «¿Si yo pienso, al cumplir con mi deber, que Dios me ha de recompensar, he llenado ménos por eso mi mismo deber? ¿Si prefiero la satisfaccion de ser hombre honrado á los goces que me proporcionaria una riqueza usurpada, me impide esto por ventura el ser hombre de bien? Colocar tan alto la felicidad, ¿no es ya el indicio de una noble naturaleza? ¿Y somos acaso tan perfectos y justos, que la virtud deje de parecernos tal, si no va hasta la completa abnegacion de sí mismo?» 1 Mas adelante, el filósofo frances propone esta cuestion: «El bien que se hace por solo el bien mismo y sin otra mira ni consideracion alguna, ¿es superior á las humanas fuerzas?» Y desde luego responde: «Preciso es creer que semejante virtud no es imposible; mas no debemos olvidar que el desinteres que no llega hasta desdeñar la felicidad que se espera, ó los goces de una conciencia pura, es digno tambien de nuestra admiracion y de nuestro respeto.» 2 En seguida, aludiendo por una parte á los estoicos, segun creo, y por otra á los quietistas y jansenistas, escribe lo siguiente: «Más de una secta filosófica ó religiosa ha pretendido, no solamente que podiamos en un momento de entusiasmo vernos libres del amor propio, sino que nos era dable arrancarlo completamente de nuestro corazon; y aun se ha añadido que no habia accion verdaderamente justa, ó corazon verdaderamente puro, si no eran aquellos en quienes era absoluto el desinteres. Esta es la ilusion de los *misti-*

3 *Le Devoir*, pag. 113.

4 *Le Devoir*, pag. 115.

cos<sup>1</sup> y de todos aquellos que, olvidándose del cuerpo, se lisonjean de escapar de su condicion mortal. Hay cierto orgullo oculto tal vez bajo esas nobles doctrinas. Dios nos ha hecho para amarle con el corazón que nos ha dado, en la sustancia que nos constituye, y no para perdernos y confundirnos, por decirlo así, en su Supremo Sér.»<sup>2</sup>

Hé aquí con qué maestría triunfa Julio Simon de los estoicos, y cómo evita el escollo que fué tan fatal á Fnelon, manteniéndose siempre á larga distancia de los jansenistas.

De tal doctrina, deduce conclusiones como esta: «El amor propio no abandona al hombre. Ese amor es á la pasion, lo que la conciencia al pensamiento; tan fácil sería quitar la vida de sus entrañas y separarla lejos de sí, como arrancar el yo de la sensibilidad y de la inteligencia humana;»<sup>3</sup> y esta otra: «asi como no puedo afirmar nada sin afirmar mi propia existencia, no puedo dejar, por mas esfuerzos que haga, de querer mi propia felicidad.»<sup>4</sup> En otra parte llama M. Simon al amor de Dios y al de sí mismo, *los dos polos sobre los cuales gira todo el mundo moral*. ¿Y quién nos ha enseñado el admirable mecanismo de ese mundo tan poco conocido de los antiguos?

La filosofia debe confesarlo, tiene grandes obligaciones para con el dogma católico, y por consiguiente, para con los Soberanos Pontífices que han mantenido la incolumidad del dogma, en medio de los ataques que sin cesar renueva el espíritu del error.

<sup>1</sup> Esta palabra significa todo género de cosas en boca de Julio Simon.

<sup>2</sup> Le Devoir, pag. 115.

<sup>3</sup> Ibid pag., 212.

<sup>4</sup> Ibid, pag. 111.

Pero no es esto todo; hay otras proposiciones condenadas de que no habla Julio Simon, á pesar de hallarse relacionadas con las precedentes. Ciertamente es que su valor es principalmente teológico: pero eso no obstante, los filósofos las constituyen materia de sus disputas, y hé aquí la razon para no imitar el silencio de Julio Simon.

La guerra que los jansenistas hacian al *amor de concupiscencia* y á la *atricion*, no era mas que la consecuencia de este principio general: *no hay medio entre la caridad y el amor propio*.<sup>1</sup> Segun ellos, todo aquel que no ame á Dios por Dios mismo y con un amor de benevolencia que solo es posible en virtud de su gracia, solo se ama á sí propio, y este amor es siempre criminal. Así es, que para los corazones cerrados á la gracia de Jesucristo, no existe el amor natural de la justicia, ni hay virtud alguna; de donde resulta que el infiel peca necesariamente en todos sus actos.<sup>2</sup> Aborrecer pues el pecado á causa de su fealdad y del desorden que engendra en la naturaleza racional, sin tener en cuenta la ofensa de Dios, es pecar de nuevo;<sup>3</sup> y como no hay pecado sin amor propio, tampoco hay bien sin amor de Dios.<sup>4</sup> Tal es en concreto la doctrina de Jansenio, del *grande Arnauld*, de Nicole y de Quesnel.

<sup>1</sup> *Omnis amor creature rationalis aut vitiosa est cupiditas qua mundus diligitur, que á Joanne prohibetur, aut laudabilis illa charitas, qua per Spiritum Sanctum diffusa, Deus amatur.* «Esta es la proposicion 38<sup>a</sup> de Baius, condenada primeramente por San Pio V (1567,) por Gregorio XIII (1579,) y luego por Urbano VIII, en la bula *In eminenti* (1641.)

<sup>2</sup> «Necesse est infidelem in omni opere peccare.» Es la proposicion 8<sup>a</sup> de las treinta y una que condenó Alejandro VIII por decreto de 7 de Diciembre de 160.

<sup>3</sup> «Revera peccat qui odio habet peccatum more ob ejus turpitudinem et inconvenientiam cum natura rationali sine ullo ad Deum offensum respectu.» Novena proposicion condenada en el último decreto citado.

<sup>4</sup> «Ut nullum peccatum est sine amore nostri, ita nullum est opus bonum sine amore Dei.» Proposicion 49<sup>a</sup> del P. Quesnel, condenada por Clemente XI (1713).

No sois, pues, mas que unos egoistas, oh filósofos, y de ello debemos persuadirnos cuando nos deis muestras de cierto horror al vicio y de algun amor á la virtud; pues esos sentimientos, que no vienen de Dios, tampoco podrán agradarle, y vosotros solo buscáis en todo, la satisfaccion de vuestro amor propio, criminal y vergonzosamente.

¡Qué papel tan triste el de calumniar á la naturaleza humana, y, por otra parte, envidiar á la sangre de Jesucristo la universalidad de sus méritos, no dejarla sino con sentimiento derramarse en las almas por los sacramentos, hacer al mismo tiempo mas miserable al hombre y á Dios avaro de sus dones, cual si se tratase de imposibilitar todo comercio entre la tierra y el cielo! Y así es como Port-Royal ha merecido el reconocimiento, las simpatías y los homenajes de cuantos se precian de filósofos y tolerantes!

Se nos anuncia que un escritor de algun valor, un publicista del *Diario de los Debates*, un académico, para decirlo de una vez, va á enriquecer una biblioteca espiritual, en la que figuran ya San Francisco de Sales y Fenelon, con algunos de esos opúsculos de Nicole, tan caros, añaden, á Madama de Sevigné. San Francisco de Sales, Fenelon, Nicole, hé aquí una mezcla muy extraña de espiritualidad; y á decir verdad, tememos para el último una vecindad semejante. Si viviese, es seguro que no habria aceptado este lugar.

Como quiera que sea, no está por demas examinar de qué manera ese dulce y cándido Nicole, moralista exquisito, segun se ha convenido en afirmar, explicaba la famosa máxima: *No hay medio entre la caridad y el amor propio*. La tarea es fácil, puesto que

nos ha dejado un tratado de la *Caridad y el Amor propio*.

Veamos desde luego cuáles son, segun él, las cualidades del amor propio: <sup>1</sup> «estas cualidades son, que el hombre corrompido no solo se ama á sí mismo, sino que se ama sin limites y sin medida; que no ama mas que á su persona y que todo lo refiere á sí. Desea todo género de bienes, de honores, de placeres, y no los busca sino para sí mismo ó con relacion á su individuo. Se constituye el centro de todo: quisiera dominar sobre todo, y que las criaturas todas no se ocupasen mas que en contentarle, alabarle y admirarle. Estando impresa esta disposicion tiránica en el fondo del corazon de todos los hombres, los hace violentos, injustos, crueles, ambiciosos, aduladores, envidiosos, insolentes y pendencieros. En una palabra, esa disposicion encierra los gérmenes de todos los crímenes y de todos los desórdenes que acontecen entre los hombres, desde los mas ligeros hasta los mas detestables. *Hé aquí el monstruo que guardamos en nuestro seno. Él vive y reina absolutamente entre nosotros, á no ser que Dios haya destruido su imperio derramando otro amor en nuestro corazon.*» <sup>2</sup>

¿Mas de qué manera, guardando la mayor parte de los hombres *ese monstruo en su seno*, ha podido establecerse y conservarse la sociedad humana? Hé aquí lo que Nicole explica en estos términos: <sup>3</sup>

<sup>1</sup> Essais de morale, t. III, segundo tratado, *De la caridad y del Amor propio*, cap. I. (Edicion de Paris, 1715.)

<sup>2</sup> Esta es en sustancia la moral de La Rochefoucauld; pero pasa por genialidad ó humorada en el gran señor. En boca de un teólogo que tiene la pretension de ser exacto es odiosa y repugnante.

<sup>3</sup> Cap. II.



«No se comprende á primera vista cómo se han podido formar sociedades, repúblicas y reinos de esta multitud de gentes llenas de pasiones tan contrarias á la union, y que no tienden sino á destruirse las unas á las otras; pero el amor propio, que es la causa de esta guerra, sabrá tambien el medio de hacerlas vivir en paz. Ciertó es que ama la dominacion y se complace en avasallar á todos; pero ama todavía más la vida, sus comodidades y goces que la dominacion; ve claramente que los demas no se hallan en manera alguna dispuestos á dejarse dominar, y se aprestan mas bien á despojarle de los bienes que le son mas queridos. Se ve cada uno en la impotencia de realizar por la fuerza los designios que su ambicion le sugiere; comprende que puede perder á cada paso por la violencia de los demas los bienes que posee. Hé aquí lo que obliga desde luego á reducirse al cuidado de la propia conservacion, y no se encuentra otro medio sino el de unirse con los demas hombres para rechazar por medio de la fuerza, á los que intenten arrebatarlos la vida ó la propiedad. Y para afirmar esta union se dictan leyes y se establecen castigos contra los infractores. Así, por medio de tormentos y cadalsos establecidos en comun, reprimense los pensamientos y los designios tiránicos del amor propio de cada particular.

«El temor de la muerte es, pues, el primer vinculo de la sociedad civil, y el primer freno del amor propio. Es el que obliga á los hombres, á pesar suyo, á obedecer á las leyes, y no hace olvidar de tal manera esos vastos pensamientos de dominacion, que estos ya casi no aparecen; tan imposible así se considera su buen resultado.

«Viéndose, pues, imposibilitados para ejercer una vio-

lencia manifiesta, comprenden que es necesario buscar otras vias, sustituir el artificio á la fuerza, y para ello no encuentran mejor medio que el de contentar el amor propio de aquellos de quienes tienen necesidad, en lugar de tiranizarle. Los unos tratan de hacerse útiles sirviendo á sus intereses; los otros se valen de la lisonja para captarse su favor. Se dá, pues, con el objeto de recibir. Hé aquí el origen y fundamento de todo el comercio que se ejerce entre los hombres, y se diversifica de mil maneras. Porque no solo hay tráfico de mercancías que se dan por otras ó por dinero, sino que se trafica tambien en trabajos, servicios, cuidados, cumplimientos y lisonjas; y se cambia todo esto, ó por cosas de la misma naturaleza, ó por bienes mas positivos, como cuando de vanas complacencias se sacan comodidades efectivas.»

¡Qué hermoso espectáculo presenta la humanidad á los ojos del jansenismo! Esto se llama comprender bien la estructura é íntimos elementos de la sociedad! Por lo demás, el mecanismo no puede ser mas sencillo. Al principio, cada hombre lleva en su pecho un monstruo de amor propio que amenaza devorarlo todo. Mas *por medio de cadalsos y tormentos que se establece en comun*, se inspira miedo á ese monstruo y se le tiene á raya. La violencia, entónces, deja el lugar al artificio; *se dá por obtener*; traficase con dinero y mercancías, con lisonjas y comodidades efectivas.

¡Amor de la familia y de la patria, amistad, abnegacion, caridad! ¿qué sois sino palabras vanas y mentidas? ¡No hay, pues, mas que gentes que compran y venden, no teniendo valor para matar y robar!

Ciertó es que debemos exceptuar á los predestinados,

en cuyo corazón reina la caridad; pero su número es tan corto! Los filósofos, los herejes y los malos cristianos, no son guiados más que por los impulsos del amor propio. «Así es, añade Nicole, como por medio de tal comercio, las necesidades todas de la vida se encuentran en cierto modo satisfechas, sin que intervenga la caridad. De manera que, en aquellos Estados donde no se le ha dado entrada, porque la verdadera religión se encuentra lejos de ellos, se vive, sin embargo, con tanta paz, seguridad y comodidad, como en una república de santos!»<sup>1</sup>

¡No deja de ser consolador!

Pero lo más inconcebible aún de esta doctrina, es la conclusión que Nicole saca de ella. Esta conclusión es, que «el amor propio ilustrado podría corregir todos los defectos exteriores del género humano, y formar una sociedad perfectamente arreglada.» Y desde luego nos la pinta de la manera siguiente: «Por corrompida que fuese esta sociedad interiormente y á los ojos de Dios, nada habría en lo exterior, tan arreglado como ella, tan culto, pacífico, justo, honesto y generoso; lo más admirable aún, sería, que no estando animada sino por el amor propio, éste no aparecería en ella para nada (cosa admirable en efecto); y que, careciendo enteramente del principio de caridad, por todas partes descubriríanse, sin embargo, la forma y caracteres de esta virtud.»<sup>2</sup>

Paréceme que os oigo exclamar: «¡librenos Dios de esa sociedad hipócrita tan bien arreglada en su exterior como corrompida por dentro!» ¿Quereis, por ventura, oh

<sup>1</sup> Cap. II, obra citada.

<sup>2</sup> Cap. XI, de la obra citada.

Nicole, ahogar ese monstruo del amor propio, con los estrechos y fuertes vínculos de la caridad?

¡Ah! responde nuestro filósofo, eso no es posible. ¿Pues qué hacer? ¿Qué partido tomar? Aquí es donde el candor del moralista de Port-Royal raya en cinismo.

«Acaso no estaría por demás, añade, que las personas encargadas de la educación de los grandes,<sup>1</sup> grabasen estas máximas en su espíritu, con el fin de que, si no lograban inspirarles sentimientos de caridad, tratasen al menos de formar su amor propio, y de enseñarles que los medios que de ordinario toman para satisfacerle, son falsos, mal entendidos y contrarios á sus verdaderos intereses; que les sería fácil adoptar otros que los condujesen sin pena al honor y á la gloria, y les acarreasen el afecto, la estimación y la admiración de todos.»<sup>2</sup>

¡Qué hermoso capítulo para añadir á la historia de la moral práctica de los jansenistas! Y sin embargo, lector cristiano, hé aquí lo que corremos el peligro de encontrar en esos *Trataditos de moral, tan caros á Madame de Sevigné* y al publicista del *Diario de los Debates*.

Prosigamos. Los Papas, decíamos, y no es el menor servicio que han prestado á la sociedad y al espíritu humano, han descubierto y deshecho increíbles maquinaciones, cortando así los rápidos avances de esta doctrina desoladora. San Pio V y Gregorio XIII la condenaron en Bañus; Urbano VIII, por la bula *In eminenti*, en Bañus y en Jansenio; y Clemente XI, en el P. Quesnel, por la bula *Unigenitus*.

Bien podríamos preguntar ahora, ¿cómo habrían po-

<sup>1</sup> Preocupación constante de Port-Royal.

<sup>2</sup> Cap. XI.

dido los filósofos soportar el peso de este desprecio farisaico con que los agobiaria la sociedad cristiana, si, suponiendo que fuera posible, hubiese prevalecido el error jansenista? El retrato que hace Nicole del hombre privado de la gracia, inspira una repugnancia invencible. El corazón se comprime al acercarse á un sér en que no se ve más que pecado, que no posee virtud alguna, y en quien no brilla el menor destello de belleza moral.

Tal es el filósofo, según los jansenistas.

Y sin embargo, cuando nosotros los molinistas (este era el nombre que se nos aplicaba entonces) sosteníamos que los filósofos eran capaces de alguna virtud, los filósofos reían y se colocaban de parte de los jansenistas, prefiriendo sin duda tener á la religión como absurda á verse obligados á practicarla.

Ahora bien: ¿los filósofos del siglo XIX serán más justos y racionales que sus antecesores? Mucho lo dudamos: pero sea de ello lo que fuere, no cambiaremos nuestro papel. Aunque los filósofos nos califiquen de cándidos, continuaremos creyendo en la realidad, ó al ménos en la posibilidad de sus virtudes, que pueden muy bien granjearles alguna estimación de nuestra parte, sin que por eso les basten para merecer el cielo.

Hállase aquí el otro límite del dogma católico. Así lo proclamaba últimamente con su autoridad un sabio prelado, para responder á las locas pretensiones de la filosofía moderna: «Las virtudes y luces naturales no pueden conducir al hombre á su fin último, que es la gloria celestial: el orden sobrenatural en el que el mismo autor de nuestra naturaleza nos ha constituido por un acto formal de su voluntad y de su amor, es obligatorio

é inevitable; y *Jesucristo*, en suma, *no está sujeto á nuestro albedrío*.<sup>1</sup>

Hé aquí, pues, la consecuencia del alto destino á que somos llamados. Las virtudes naturales del sabio, por reales y positivas que sean, no le bastan, porque Dios, al darnos á su propio Hijo, nos pide en proporción de lo que nos concede.

De aquí puede inferirse lo que son para nosotros las páginas en que Julio Simon, estableciendo de una manera racional la existencia de la justicia, empéñase en levantar sobre esta base el edificio entero de la moral. No decimos que esa base sea mentida, no; sino que dista mucho de ser la expresión completa del deber. Esa virtud natural, es algo indudablemente, pero no lo que se necesita para el cielo. No basta ser hombre honrado; es preciso ser santo.

Mas no negamos que el hombre honrado tenga sentimientos generosos. Puede amar á la patria y á la humanidad, puede sacrificarse, inmolarse en las aras del deber. Cuando, pues, Mr. Simon escribe: «Si para llevar á cabo grandes cosas, se presenta la muerte en medio de tu camino, desafía á la muerte y sé un héroe; pero si te encuentras con un precepto de la ley divina, detente, y prefiere morir oscuro y honrado;» cuando el filósofo, repito, escribe esas nobles palabras, creemos sin vacilar, que dice lo que siente su corazón, y que llegado el caso, obraría de una manera conforme á sus sentimientos.

La virtud filosófica existe, pues, no podemos negarlo. Impotente como es para conducir al hombre á su fin,

<sup>1</sup> Instrucción sinodal del Sr. Obispo de Poitiers, á su clero diocesano, congregado para el retiro y para el sínodo (7 de Julio de 1855).

conserva sin embargo en él algunos rasgos de la imagen divina, y es aún, como un homenaje rendido al Autor de toda justicia, que, según el lenguaje profundo de la Escritura, no aborrece nada de lo que ha hecho. Hablando de esta suerte, me ajusto, como es de mi deber, á la enseñanza de la Iglesia católica, mi dulce madre.

¡Admirable prerogativa de esta Iglesia! Ella guarda y protege, si no es que inspira y desarrolla, cuanto hay de verdadero, de bueno y de elevado, en la filosofía humana! ¡De cuántos peligros no ha preservado á esta débil y orgullosa razón que la trata como enemiga! La historia misma del presente siglo, nos suministraría más de un ejemplo; pero creemos haber citado ya algunos de los más brillantes y que bastan á nuestro intento.

Ciertos debates teológicos, en materias que desdeña la frivolidad mundana, y de los cuales el espíritu filosófico procura sacar partido, provocan durante dos siglos las decisiones de la Santa Sede. Los que se apartan de la enseñanza recibida son consumados dialécticos, sabios teólogos, espíritus nada vulgares: al principio Bañus y Jansenio, después todo Port-Royal; por otro lado, Fenelon, á quien es preciso no obstante no confundir con aquellos. ¿Y quién debe decidir en calidad de Vicario de Jesucristo y sucesor de San Pedro? Un anciano que ora se llama Pío V ó Gregorio XIII, ora Alejandro VIII ó Clemente XI, y que no siempre es un gran filósofo. Las cuestiones que se ventilan en su tribunal tocan, como lo hemos visto innumerables veces, á lo más sublime é intrincado de la metafísica, á lo más profundo del corazón humano, á la moral, á la tradición y á la Escritura Sagrada. Y el anciano abre sus labios, y juzga en último recurso. En los escritos que se le presen-

tan, señala en cien pasajes el error y la herejía, los persigue sin tregua á través de todos los subterfugios de que se valen, los descubre bajo las sutilezas de que se revisten, y los condena, en suma, sin dar oído á las murmuraciones, á las quejas y amenazas que se escuchan en el seno mismo de la Iglesia. En vano generaciones enteras de doctores aturdirán á la cristiandad con el estrépito de sus *apelaciones*: esos doctores pasarán, y la decisión de Roma quedará en pié. Y se vendrá en conocimiento de que esa decisión encierra con la verdad católica, la solución más racional de las dificultades que se suscitan respecto del último fin del hombre y de los actos por cuyo medio debe encaminarse á él en esta vida; cuestión insoluble para la antigüedad, y aun después del cristianismo una de las más arduas que se hayan presentado en el campo de la filosofía.

Recordad aquellas dos voces que resonaron á través de los siglos paganos, la de Zenon y la de Epicuro, una de las cuales clamaba: *Virtud*; y la otra *Felicidad* ó *Placer*, sin que les hubiese sido dado ponerse de acuerdo. El cristianismo, señalando la bienaventuranza por término á la virtud, había encontrado la grande armonía que respondiese plenamente así al voto espontáneo del corazón del hombre, como á las exigencias más graves y austeras de su corazón y su conciencia. Esta respuesta se halla en el catecismo y en los tiernos labios del niño. Mas hé aquí que la enseñanza católica, en su desarrollo, nos explica más y más ese concierto maravilloso; y el filósofo que logra percibir algo de él, élévase á grande altura sobre la ciencia vulgar, y camina por una senda desconocida de sus maestros. ¡Qué lección tan elocuente para la razón humana!

## VI.

¿A qué se reduce, pues, con tales auxilios el trabajo del filósofo moralista? Está trazado su programa: espiritualidad del alma, libre albedrío, inmortalidad, providencia, penas y recompensas de la otra vida. Todas estas grandes verdades que ha popularizado el cristianismo, constituyen la base sobre la cual establecerá sin dificultad alguna los deberes del hombre para con Dios, para con sus semejantes y para consigo mismo. Hoy que estos deberes han sido una y mil veces definidos, fácil es dar de ellos nociones exactas, particularmente si se huye de las cuestiones espinosas que se refieren á la práctica. Inútil es inventar demostraciones; dirigiéndose á la teología escolástica, queda solo el trabajo de la eleccion. Que el filósofo sepa disponer de una manera conveniente, de todos esos materiales, dar á su conjunto la proporeion y armonia debidas; que cuide de interesar al lector por medio de ejemplos, por rasgos de costumbres y pinturas fieles de la vida social; que exprese en términos decorosos, sentimientos honestos; que sea discreto, sobre todo, en la exposicion de ciertas verdades que pudieran considerarse perjudiciales; y veréis cómo obtiene los votos mas lisonjeros y es contado entre los sabios que han merecido bien del género humano.

Pero tan fácil triunfo no basta al filósofo racionalista, y alcanzándolo, no ha realizado sino una pequeña parte de sus deseos. Preciso es, además, que esa lujosa ostentacion de moral, si es lícito explicarme así, ceda to-

da en gloria de la filosofía, y que se comprenda bien que el cristianismo nada tiene que ver con ella. Cuando mas podrá admitirse que él ha adivinado por instinto lo que prueba la filosofía; de suerte que entre uno y otra hay toda la distancia que separa al instinto de la razon.

Si el cristianismo se ha puesto al frente de todas las instituciones; si ha obtenido desde su nacimiento todos los resultados y ha guardado incólume el depósito de la verdad, expuesto á perderse de mil maneras en manos de la filosofía, son hechos que causan poca inquietud, á lo que parece, y sobre los cuales se guarda un prudente silencio.

Este empeño por aumentar á todo trance la suma de los méritos que ha contraído filosofía, conduce á arbitrios tan singulares, como el de atribuirle no solo lo que ha hecho, sino lo que habria podido hacer. Así es que Julio Simon, hablando del libro de *Las Máximas de los Santos*, despues de haber declarado que *la Iglesia Católica ha condenado justamente ese libro*, añade al punto: «La moral lo habria condenado de la misma suerte.»<sup>1</sup>

¿Y estais, oh filósofo, bien seguro de ello? Un libro, cuyo principal error consiste en establecer esta máxima: «hay un estado habitual de amor de Dios, que es una caridad pura, sin mezcla alguna del motivo de interes propio; ni el temor de los castigos ni el deseo de las recompensas tienen parte en ese amor; no se ama á Dios ni por el mérito, ni por la perfeccion, ni por la dicha que debe hallarse en amarle;» este libro, decís, ¿hubiera sido condenado por la moral filosófica? Contestad de buena fe: esta sutil y delicada cuestion, tan vivamente debatida entre teólogos tales como Fenelon y Bos-

<sup>1</sup> *Le Devoir*. p. 367.

suet; esta cuestion, que la escuela no habia planteado en esos términos todavía, y en que era tan difícil marcar el punto preciso que separa lo verdadero de lo falso, ¿creéis que hubiera sido, no diré resuelta, pero suscitada siquiera fuera del cristianismo?

Y si hoy que la Santa Sede ha definido sobre ella, puede la filosofía, adoptando esa definicion, formular conclusiones á que antes no habia podido llegar; y la vemos ostentar orgullosa ese fruto de sus profundas meditaciones, ¿no es el caso de aplicarle las palabras del poeta:

Miratrque novas frondes, et non sua poma?

A la filosofía racionalista no se oculta que tales *préstamos*, á pesar de que aumentan sus riquezas, podrian hacer muy bien bajar su crédito. ¿Cómo no temer, en efecto, que se pida voluntaria y directamente al cristianismo, lo que la filosofía no proporciona sino de segunda mano? Preciso es que ella desempeñe un papel mas desembarazado é independiente. Mas en esto tropieza con otro escollo.

Para separarse del cristianismo, le es indispensable negar á veces lo que éste afirma. Héla ahí, pues, en lucha con la verdad, lucha formidable, de que no se sale nunca sin heridas. Cierto es que no se ataca sino á la verdad revelada; mas por concomitancia, vése herido y sucumbe al fin algo de la verdad racional. Esto es infalible. Y no puede ser de otra manera, porque es imposible aparecer como perfectamente racional, rehusando creer en la palabra de Dios.

Cúmplese entónces á la letra lo que proclama el Profeta-Rey: *Diminutæ sunt veritates a filiis hominum.*<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Salm. XI, 1.

A mas de las verdades sobrenaturales, habia verdades naturales, de que la razon humana no habia tomado plena y entera posesion sino con el auxilio de la revelacion; rechazando la revelacion, la razon se encuentra doblemente empobrecida; las verdades sobrenaturales se le escapan, y las naturales que le quedan, son diminutas, y, por decirlo así, inservibles. Cada vez que ataca un dogma cristiano, conmueve con el mismo choque su metafísica y su moral. Espectáculo singular, pero profundamente instructivo: veamos á esa razon soberbia trabajando en destruir su propia obra, y cómo zapa ella misma los cimientos de ese maravilloso edificio del deber, que habia construido á grandes gastos.

Recordemos desde luego que la inmortalidad del alma era proclamada como *la última palabra de la ciencia y de la vida*, porque asegura recompensas al justo y castigos al culpable. Para aclarar perfectamente esta verdad, citábase un ejemplo: «Un asesino penetra en la casa de un amigo mio, y despues de haberle dado muerte, me acusa del crimen que ha cometido. La justicia humana se apodera de mí, me juzga y me condena. El mundo no tiene mas que elogios para aquel asesino, que llega á ser el heredero de su victima, y muere despues en paz, lleno de riquezas y de honores.<sup>1</sup>» De aqui íbamos á inferir, que habia por una parte una eternidad de gozo, y por otra una eternidad de sufrimiento; un cielo para los buenos y un infierno para los malos.

Aunque esta conclusion, considerada en su conjunto, cause espanto al débil corazon del hombre, sobre todo si es culpable, nos parece mas conforme que contraria á la razon. Sabiamos, por otra parte, que la razon mis-

<sup>1</sup> Le Devoir, pág. 324.

ma la habia adoptado, aun en el seno del paganismo, pues si así no fuese, jamas habria dicho Virgilio:

..... Sedet æternumque sedebit  
Infelix Theseus,

ni nos habria mostrado en los infiernos á aquel buitro vengador que roía las entrañas inmortales y siempre re-nacientes de Prometeo.

Mas desde el momento en que Jesucristo nos hace conocer de una manera cierta la sentencia definitiva: «*Discedite a me, maledicti, in ignem æternum,* 1» ¿no es verdad que nos parece mas justo y racional que así se verifique? Puesto que hay, deciamos, una justicia distributiva, ¿no es preciso que reserve para unos la pena y para otros la recompensa, segun sus méritos? Y siendo eterna la recompensa, ¿no debe serlo tambien la pena? Afirmar lo contrario, seria decir que las almas de los malos eran de distinta naturaleza que las de los buenos. Suponer que despues de cierto tiempo, la justicia divina queda satisfecha, que interviene la misericordia y Dios se reconcilia con una voluntad obstinada en el mal, es caer en hipótesis gratuitas, ó mejor dicho, manifestamente falsas; es lanzarse en nuevas dificultades y destruir el principio que se habia admitido. Porque si la expiacion tiene siempre un término, más ó menos remoto, no hay infierno, habrá tan solo un purgatorio. El hombre rebelado contra su Dios, y cuyo último suspiro ha sido una blasfemia, verá tarde ó temprano á ese mismo Dios cara á cara, gozará de sus abrazos y hallará en su seno un torrente de delicias. Si así es, el asesino, ese monstruo que se ha cebado en la sangre de su víctima, no se ha engañado cuando *mue-*

1 Math. XXV, 41.

*re en paz.* Despues de los goces que en el tiempo le han procurado sus crímenes, ¿no tiene la perspectiva de las inefabes delicias de la eternidad? Si no hay infierno, el remordimiento pierde su aguijon, y el único freno capaz de contener las pasiones mas fogosas, se despedaza. Para que la ley tenga una sancion eficaz, es preciso, pues, que haya un infierno, y un infierno eterno.

Natural era que Mr. Simon adoptase esta conclusion, cuyas premisas habia asentado. Mas léjos de hacerlo así, procura eludir las severas consecuencias de la verdad que ha dejado entrever. Despues de leer el capítulo de la *Vida feliz*, con el cual termina el libro del *Deber*, no sabemos realmente á qué atenernos; vacilamos acerca de las convicciones del autor; nos preguntamos, si á sus ojos, la inmortalidad del alma es necesaria para asegurar una suprema sancion á la ley moral.

Ha llamado mi atencion el siguiente trozo: «Perecer! Y qué, ¿nunca habeis visto á la justicia menospreciada y abatida acá en el mundo? ¿No ha triunfado jamas el crimen? ¿No hay criminales que han muerto en medio de las satisfacciones de sus maldades, en la embriaguez de sus impios apetitos? ¿No bebió Sócrates la cicuta?» 1 He aquí las premisas: el crimen dichoso y la virtud desgraciada. ¿En dónde está la conclusion? Mr. Simon no se atreve á formularla por completo: añade solamente: «Mientras mas se medita en la inmortalidad del alma, mas se encuentra en este pensamiento la fuerza para resistir á todas las penas de este mundo. Como mortales, vemos en este mundo nuestra verdadera patria; á él referimos nuestras penas y nuestros placeres; nos consideramos felices cuando nos absuelve y recompensa,

1 Le Devoir, p. 448.

por siempre desgraciados cuando nos rechaza y condena. *Empero como inmortales, no hacemos mas que cruzar por él; el mundo no es para nosotros sino un accidente efímero, y todo nos parece bueno, á pesar del sufrimiento y del dolor, con tal de llegar al término de la prueba libres de toda mancha.* <sup>1</sup> » Magnífico ¡Todo es un bien para los que llegan al término de la prueba libres de toda mancha; ¡y lo mismo acontece con aquellos que se encuentran en el caso contrario? ¿Por qué el filósofo guarda silencio acerca de esto?

Ah! no es esta ciertamente la conducta que se observa cuando hay un verdadero amor á las almas. Pues qué ¿seriais capaces de callar, viendo abierto un abismo, y un abismo eterno, al cual se precipita vuestro hermano con los ojos cerrados? Habladle: gritad, si fuere preciso, aunque para ello no tengais la voz de un Bridaine. Mas no; se burlarian de vosotros si esa palabra se escapase de vuestros labios; y no la pronunciaréis para no aventurar vuestra reputacion de progresistas, de hombres á la moda y de *espritus fuertes*. Decididamente la filosofía deja al sacerdote el cuidado de enseñar á los hombres cuán terrible cosa es caer en las manos del Dios vivo.

Resulta pues que hay una palabra que, segun la confesion de la misma filosofía, es «la última de la ciencia y de la vida,» el vínculo esencial de toda moral; y que la filosofía no pronuncia esa palabra sino á medias, tan débilmente y de una manera tan confusa y ambigua, que no se sabe si quiere decir muerte ó vida, y si al llevar á unos el consuelo y la esperanza, no está para otros llena de amenazas y de terror. «Una cadena indi-

<sup>1</sup> Le Devoir, p. 449

soluble, decia Julio Simon, une la libertad, la ley moral, la inmortalidad del alma y la providencia de Dios. Ninguno de estos dogmas puede perecer, sin arrastrar á los otros en su ruina.» <sup>1</sup> Pensábamos que con esto queriase dar á entender que, siendo las almas inmortales, habia para ellas en la otra vida, no solamente recompensas, sino tambien penas que asegurasen una sancion á la ley moral; y que en virtud de esta sancion, el hombre no podia sustraerse al orden soberano de la Providencia, cualquiera que fuese el uso que hiciera de su libertad. Este lenguaje habria sido claro, inteligible y perfectamente lógico. Pero ¿es así cómo se expresa la filosofía racionalista? De ningun modo; pues en los momentos de pronunciarlo, la vemos tomar otro camino, y la cadena *indisoluble* del dogma se hace pedazos en sus manos.

Cuestiones importunas, sí, sin duda: preciso es alejarlas á todo trance. Pero ¡vanos esfuerzos! esas cuestiones se presentan de nuevo y mas fuertes y poderosas que nunca, á tiempo que el filósofo se cree libre de ellas.

En su libro de *La religion natural*, al comenzar el capítulo sobre *el destino de las almas despues de la muerte*, Mr. Simon vierte al descuido las siguientes palabras: «Las mismas razones de que nos servimos para establecer la necesidad de otra vida, nos dan el derecho de afirmar que despues de la prueba de esta vida terrestre, los malos son castigados y los buenos recompensados. Un castigo, una recompensa, estas palabras no son bastantes á la *curiosidad humana*; bastan apénas para conmover nuestra sensibilidad, y para intervenir eficazmen-

<sup>1</sup> Le Devoir, pág. 449.



te en nuestras deliberaciones. *Hé aquí una de las quejas del vulgo* contra la filosofía. Se cree que nada se ha hecho con demostrar la inmortalidad del alma, si no se pueden describir punto por punto esas tierras desconocidas, hácia las cuales nos arrastra el tiempo. <sup>1</sup>»

Hé aquí, pues, reducida esta grave preocupacion del destino del alma despues de la muerte á las proporciones de una curiosidad vulgar, del mismo orden pocas ó ménos que la que nos llevase á buscar en la luna *tierras desconocidas*. Pero la filosofía hace ya mucho con asegurarnos la existencia de la vida futura; no le preguntéis mas, porque seria traspasar todos los límites. Sin embargo, puede ir mas allá, con tal de abstraer desde luego lo que concierne al castigo de los culpables. «La naturaleza de este castigo, dice, nos es indiferente.» Mas el corazon humano rehusa mirar semejante cuestion como indiferente, y el consejo que se le da, le parece una amarga burla. ¿Qué hace, pues, Mr. Simon? Llamar en su ayuda la retórica de Rousseau, y citar estas palabras del *Vicario saboyano*: «No me preguntéis si los tormentos de los malos han de ser eternos, ni si es propio de la bondad del autor de su sér el condenarlos á sufrir para siempre: lo ignoro, y no tengo, por otra parte, la vana curiosidad de ilustrar cuestiones inútiles. ¿Qué me importa lo que ha de acontecer con los malvados? Su suerte me inspira poco interes. Sin embargo, tengo dificultad en creer que sean condenados á tormentos infinitos. <sup>2</sup>»

San Bernardo confesaba que no podia ménos de temblar con estas palabras: *¿Quién sabe si es digno de amor*

<sup>1</sup> *La Religion naturelle*, 1.ª edicion, p. 327.

<sup>2</sup> *La Religion naturelle*, p. 347.

*ó de odio?* En cuanto á Rousseau y los de su escuela, nada tiene el infierno de espantoso. ¿Qué les importa lo que suceda con los malvados? Su suerte les inspira poco interes ¿Habeis visto mayor filantropía?

Despues de Rousseau, Mr. Simon cita un pasaje de Mr. Th. Henri Martin que conduce á una conclusion muy distinta, y que ha creído sin embargo poder aplicar á su propósito. He aquí sus palabras: «A falta de la certidumbre religiosa acerca de la eternidad de las penas y de las recompensas, presenta la filosofía, á título al ménos de conjetura no refutable, una esperanza sin límites á los buenos y una DUDA TERRIBLE á los malos. <sup>1</sup>» Mr. Simon, trata, sin embargo, de refutar esa conjetura *no refutable*, y esto por medio de un argumento cien veces refutado, á saber: la supuesta desproporcion entre una falta temporal y un castigo eterno. Pero lo mas extraño es, que pretende librarnos de toda inquietud, al mismo tiempo que confiesa que la filosofía nos ofrece acerca de la eternidad de las penas, *una duda terrible*. No esperéis alcanzarle en ese terreno, por el cual pasa como sobre inflamadas ascuas: ¿y sabeis lo que alega para no detenerse? Que tal cuestion, es exclusivamente del dominio de la revelacion. Mas como nuestro filósofo no admite la revelacion, ésta no le proporciona luz alguna, y está condenado por la filosofía á quedarse frente á frente de esa *duda terrible*. No importa. «Quitemos, vuelve á decir, quitemos lo que es extraño á la filosofía; y aun en el orden de las especulaciones accesibles á la razon humana, quitemos aquellas que no

<sup>1</sup> *Ibid.* p. 348. *La vie future*, por Th. Henri Martin, p. 294. Mr. Th. Henri Martin añade que con ayuda de la revelacion, esa duda de la filosofía se convierte en una certidumbre.

se refieren sino á los castigos, y volvamos á la felicidad de los justos. <sup>1</sup>»

Mas qué ¿no comprendéis que si hay una duda terrible que la filosofía no puede aclarar, esto acusa cabalmente su insuficiencia, y debéis por lo mismo, recurrir en su defecto á la revelacion? Importa muy poco que la cuestion haya sido ó no propuesta por la filosofía: lo que hay de cierto es, que la cuestion existe, que se ha propuesto á la razon humana. Mientras la razon no haya encontrado argumento perentorio contra la eternidad de las penas, esa duda terrible continúa en pié, y seria un acto de locura tratar de hacerla á un lado.

Tal es, pues, en dos palabras, la conducta de Julio Simon en esta cuestion gravísima. Al principio la pasa completamente en silencio: obligado despues á tocarla, la tacha de vana, inútil, extraña á la filosofía, y, al decir esto, se esfuerza por medio de una objecion furtiva, en hacer creer que la filosofía tiene razones decisivas para no admitir ese punto del dogma católico. ¿No valia mas un ataque franco, una argumentacion en regla, que no hubiese dejado ninguna duda acerca de sus tendencias?

Mientras mas profundizo el sistema de moral de Mr. Simon, mas veo desaparecer la idea fundamental de una sancion. Esta no se halla ni en la vida futura, ni en la presente vida. El filósofo no cree que se satisfaga por el sufrimiento á la justicia divina, ni que el dolor tenga una virtud expiatoria; ó, si lo cree, ¿cómo explicar las palabras siguientes? «No osarémos decir, como los cristianos, que es preciso bendecir á Dios por los dolores que nos envia, porque creemos que el hombre ha sido

<sup>1</sup> *La Religion naturelle*, p. 348.

hecho para la felicidad lo mismo que para el bien; que si á menudo se ve privado de aquella, es por su propia culpa; y que la condicion para asegurar desde esta vida la ventura de la otra, no es sufrir aquí abajo, sino solamente que no dejemos de alcanzarla. <sup>1</sup>» Si la justicia divina ultrajada, exige una satisfaccion penal, ya en este mundo, ya en el otro, «la condicion para asegurar desde esta vida la felicidad de la otra,» es «sufrir aquí abajo.» La consecuencia es necesaria; pero Mr. Simon la niega, declarando absolutamente que la «condicion para asegurar desde esta vida la felicidad de la otra, no es sufrir acá abajo.» Rechaza, pues, de esta manera el principio, y no admite que Dios puede exigir del culpable una satisfaccion. Hé aquí el castigo borrado del código de la justicia divina.

Esto es excesivamente grave, y podria llevarnos mucho mas léjos. Causa en verdad terror el abismo que se abre á nuestra vista, y cuya profundidad no habiamos percibido al principio. ¡Habia tanto de cristiano, páginas tan evangélicas en el libro de Julio Simon!

Suprimido el castigo, el premio que es el otro término de la justicia distributiva, hállase en gran peligro tambien. Todo está intimamente enlazado en el dogma: suprimid el infierno, y bien pronto os veréis obligados á negar el cielo.

No es negarlo ciertamente, pero si detenerse mucho en perfrasear una vulgaridad que confunde lo verdadero con lo falso, decir *que la virtud halla en si misma su recompensa*. Escuchad á Mr. Simon: él afirma, «que con el conocimiento y el amor del deber, con un corazon bien arreglado, con deseos moderados, con una es-

<sup>1</sup> *Le Devoir*, p. 443.

peranza firme en la bondad de Dios, y una generosa simpatía por los hombres, se encuentran mas ocasiones de bendecir á la Providencia, que de quejarse de las condiciones de la vida. <sup>1)</sup> A juzgar por la manera con que toma la cuestion, al considerar lo que dice y lo que cree oportuno omitir, no parece sino que quiere dispensar á la Providencia de intervenir por medio de una reparticion equitativa de los bienes y los males.

Si no me equivoco al recorrer ese su libro, lleno de reticencias, la intervencion de la Providencia nunca es directa ni positiva. Ella ha establecido leyes generales, y el que las quebranta, sufre las consecuencias; hé aqui todo; á semejanza de una máquina que desarreglándose, encuentra al punto con un obstáculo que la hace pedazos. Si el justo, con su corazon bien arreglado, con sus deseos moderados, tiene mas ocasiones de bendecir á la Providencia que de quejarse de las condiciones de la vida, consiste en que, conformándose á las leyes generales, permanece dentro de los límites del orden y se encuentra bien. Ya volverémos á ocuparnos de esta idea, que basta para destruir toda la moral. Mas entretanto, ¡qué ataque dirigido contra la sancion, y por consiguiente contra la ley misma! Hé ahí al hombre libre del temor de las penas eternas, y autorizado para creer que las expiaciones de la vida presente no son agradables á Dios. Si la filosofía no se atreve á decirle «que es preciso bendecir á Dios por los dolores que nos envía;» ménos aún habrá de aconsejarle que le aplaque por medio de dolores voluntarios. Si es culpable, no se le pide mas que lo que se espera del justo: un corazon bien arreglado, deseos contenidos y moderados. Hé aqui,

<sup>1</sup> Le Devoir, p. 443.

pues, que esta gran ley de la expiacion, esta ley del sacrificio, que la filosofía por sí sola no puede explicar, pero que no por eso deja de estar ménos viva en el corazon de la humanidad, queda borrada del número de las leyes á que la humanidad debe someterse. En vano es que ésta haya vuelto los ojos hácia el Calvario desde hace mas de diez y ocho siglos, y que se crea curada por las llagas de un Hombre-Dios: *Cujus livore sanati sumus*; la filosofía vendrá á arrebatarle esa quimera, y á darle sentimientos mas verdaderos, mas dignos de ella y de Dios!

¡Ah! comprendemos ahora por qué el ascetismo cristiano, á los ojos de Julio Simon, es una locura. ¿No excita al hombre por ventura á infligirse castigos inútiles tratándose de una expiacion quimérica? Mr. Simon ataca al ascetismo: mas puesto que á cada falta no sigue la condigna expiacion, puesto que cada trasgresion no es pesada en la balanza de la soberana justicia, ¿á qué viene esa perpétua vigilancia sobre sí mismo? ¿á qué esa averiguacion pormenorizada de pensamientos, de palabras y de acciones de toda la vida, discusion en que se trata de marcar el límite, no solo entre el bien y el mal, sino tambien entre una y otra falta? ¿á qué, en una palabra, la casuística? Mr. Julio Simon, se declara enemigo de esta ciencia, tal como se enseña y practica en el seno de la Iglesia católica.

La casuística florecia al mismo tiempo que la escolástica, y este es un error capital á sus ojos. ¡Interesa tanto ponerse en guardia contra el desarrollo de esa moral, cuyos promotores se llaman Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura, San Antonino de Florencia, Gerson! Si hemos de creer al filósofo racionalista, la ca-

suística tiene la pretension de inutilizar la conciencia; nos reduce en el orden moral á no ser mas que máquinas bien organizadas; inspira una falsa seguridad, ahoga la conciencia y embrutece. Todas estas expresiones son textuales. Imposible seria hallar con mas exactitud otras expresiones tan contrarias como éstas á la verdad. Aplicar á casos particulares los principios generales de la moral, ó en otros términos, deducir de estos principios sus consecuencias, tal es el objeto de la casuística. ¿Dónde está aquí el embrutecimiento? En otras partes, esto se llama ciencia, segun la definicion de la palabra. Y, es necesario que lo sepais, esta ciencia que es, entre otras, toda práctica, exige en el que la cultiva, con cualquier título que sea, mucha rectitud de sentido, mucha prudencia, mucha sagacidad y un tacto no comun. ¿Llamais por ventura, *inutilizar la conciencia*, obligarla á examinarse, á ser su propio juez? En el sacramento de la penitencia ¿quién, decidme, desempeña el papel de *máquina*? ¿El penitente acaso, que interroga á su conciencia para acusarse, ó el sacerdote que aplica la ley y pronuncia la sentencia? ¿Habeis observado que aquellos que frecuentan este sacramento, tengan la conciencia ménos sensible, ménos delicada, ménos viva, en una palabra, que los que no se acercan á él? ¿Son tales personas las mas propensas á dormirse en una *falsa seguridad*? Hé aquí el punto en que es preciso examinar las cosas, para apreciarlas en su justo valor. Insinuar que los cristianos pasan su tiempo *hojeando diccionarios de casos de conciencia*, es invertir las cosas y buscar el ridículo donde no existe. Así como hay una ciencia del derecho, necesaria al magistrado, y otra ménos extensa, que basta al simple ciudadano; así tambien, tratándose de mo-

ral, la ciencia del simple fiel no es la del sacerdote. Éste tambien es juez, se sienta en un tribunal; ante el cual son llamadas á comparecer todas las debilidades humanas; ¿qué tiene de extraño que se consagre á un estudio mas profundo de la ley de Dios y de las reglas que impone á la conciencia? Cuando Julio Simon habla con tanta originalidad de la casuística, nos parece que lo que tiene es, permitasenos la palabra, envidia del oficio. Recuérdese que su propósito no es otro que el de hacer intervenir á la filosofía en el *gobierno de las almas*; mas esto no es fácil en la actualidad. En Atenas, Sócrates seria muy bien el director de Alcibiades; mas ¿quién haria el menor aprecio del filósofo que quisiese dirigir á la juventud en Paris?.... Nadie; y la culpa de ello la tiene el cristianismo, que hace á la filosofía una ruda oposicion. Fuerza es, por tanto, reconocer su superioridad; pero el filósofo se venga del cristianismo, diciendo que extravía las conciencias y las endurece.

Si comparásemos nuevamente á Julio Simon con Ciceron, este último recobraría aquí toda la ventaja. El filósofo gentil no se burla de la casuística; la practica por el contrario, y nos asegura, que se practicaba largo tiempo antes de él. Sea que él refiera los casos de conciencia debatidos entre el estoico Diógenes y su discípulo Antipater, sea que examine las soluciones dadas por Hecaton al 6° libro de su tratado *De los Deberes*, considera que la cuestion es de muy alta importancia, y se ve que respeta demasiado la conciencia humana, y trata de ilustrarla hasta donde le es posible. Como ella no tenia entónces mas guías que los filósofos, estos estaban en su derecho practicando la casuística, y nadie pen-

só que esto fuese reducir á los hombres, en el órden moral, al estado de *máquinas bien organizadas*.

Resulta, pues, de todos modos, que la filosofía de Mr. Simon conduce á la mengua de la moral. Hemos visto poco á poco desaparecer la sancion y con ella la expiacion, el sacrificio, la satisfaccion debida á la justicia divina. Vemos ahora desaparecer la práctica: vigilancia sobre sí mismo, respeto de la ley de Dios en todas sus partes, hambre y sed ardiente de la justicia, lucha incesante contra las pasiones, represion severa de toda inclinacion que pueda alejarnos de nuestro sublime fin; todo ha sido suprimido en nombre de la filosofía racionalista, que prosigue con fiereza su camino al traves de tantas ruinas. Julio Simon no deja, sin embargo, de comprender, que la moral, separada de esta suerte del cristianismo, pierde su vigor y su eficacia; mas no importa, preciso es que acabe su obra, y escribe: «la perfeccion de la vida ascética no es accesible al racionalismo, porque no puede alcanzarse sin estas dos condiciones esencialmente religiosas: un dogma inmutable y un director autorizado. <sup>1</sup>» Palabras notables, por las cuales hace claramente la filosofía la triste confesion de su impotencia.

El racionalista se consuela, sin embargo, y añade: «El filósofo, entregado á sus propias fuerzas, arriesgaria demasiado, si quisiese examinar y atender minuciosamente todos sus sentimientos, todas sus ideas y todos sus actos. Debe considerarse como *emancipado*, y como libre bajo la ley. La ley y la libertad son los dos polos igualmente necesarios de la moral filosófica. <sup>2</sup>»

<sup>1</sup> Le Devoir, p. 365.

<sup>2</sup> Ibidem, p. 375.

Emancipacion fácil, que dispensa al filósofo de ser tan perfecto como el cristiano. Puede transigir con sus pasiones, halagarlas, con tal que no turben con demasiada fuerza el equilibrio de su alma. «Tan solo hay que tener en cuenta, que como los dos enemigos del hombre son el interes y la pasion violenta, *vale mas acostumbrarse á dominarlos*. <sup>1</sup>»

Este lenguaje es trasparente, por decirlo así, y yo admiro la consideracion de esos consejos filosóficos, muy diferentes por lo visto, de los consejos evangélicos. Es la moral de Confucio y nada mas.

Empero despues del cristianismo, nos es imposible contentarnos con eso. Nuestro ideal es el Apóstol que castiga su cuerpo y lo reduce á servidumbre, que querria ser anatema para sus hermanos, que sobreabunda de gozo en medio de las tribulaciones, que se gloria de sus enfermedades, con tal de que la virtud de Jesucristo habite en él; nuestro ideal es un San Bernardo, un San Francisco Javier, consumido por el amor de Dios y devorado por el celo; nuestro ideal es el mártir, el santo: no es vuestro *hombre honrado*, á quien le basta tener *un corazon bien arreglado y ser continente y moderado en sus deseos*. Que la filosofía se determine al fin: mientras no destruya en los corazones esta radiosa imagen de la santidad cristiana, su causa está perdida, y la dominacion que sueña es imposible.

Prosigamos, pues aun no hemos llegado al término. Hay una ruina superior á todas las ruinas, y es la obra maestra del racionalismo. El hombre se siente herido en la parte mas noble de su sér, y queda en su corazon un vacio espantoso. «Dios mio, salvadme:» hé aqui el

<sup>1</sup> Le Devoir, p. 366.

grito de angustia que combate el racionalismo, hé aquí lo que pretende destruir, lo que trata de ilusion y de mentira. No debemos concluir con Mr. Simon, sin considerar este punto, que es de la mayor importancia.

## VII.

Después de páginas tan religiosas, que anunciaban la intencion constante de satisfacer á todas las aspiraciones legítimas del corazón, y sobre todo, á la necesidad innata de hallar en Dios su consuelo y su refugio, ¿se creerá que Mr. Simon haya podido desconocer hasta ese punto nuestros más profundos é invencibles sentimientos, que nos quite la oracion, y que á la imponente voz de la conciencia oponga, digámoslo de una vez, despreciables sofismas?

No habré de retirar esta palabra, por dura que sea para el hombre á quien la aplico; ni parecerá, por otra parte, demasiado enérgica para calificar ese procedimiento con cuyo auxilio se empeña nuestro filósofo en suspender y destruir en nosotros el movimiento mismo de la vida religiosa. Privar al hombre de la oracion, tratar de convencerle que si ésta puede subir hasta el cielo, jamás hará descender sobre la criatura las bendiciones y las gracias, preciso es confesarlo, es una de esas empresas atrevidas de que hacía alarde la desoladora filosofía del siglo XVIII; y aun cuando el autor no se llamase Rousseau, esto solo bastaría para colocarle definitivamente entre sus discípulos.

Esta negacion existia ya en el libro del *Deber*, pero encubierta, velada, dejándose conocer mas bien por reti-

cencias que por palabras. El libro de la religion natural es mucho más explícito, y en él es donde debemos estudiar principalmente el pensamiento del autor, porque en él desarrolla por completo la teoría de la Providencia. Cuando se vea de qué manera Mr. Simon desnaturaliza el dogma de la Providencia, se comprenderá, que debia necesariamente negar la eficacia de la oracion, y que no podia dar el mismo sentido que nosotros á las palabras sancion, justicia divina, penas y recompensas de la vida futura. Se nos habrá tachado acaso de severidad, por haber dicho ciertas expresiones susceptibles por sí mismas de una interpretacion más favorable; empero lo que sigue va á justificar nuestra severidad. Expongamos, ante todo, algunas nociones fundamentales acerca del dogma de la Providencia.

¿Qué es la Providencia? Podemos definirla: la accion incesante de Dios sobre sus criaturas, accion por la cual dirige á cada una de ellas hácia su fin particular, y á todas juntas hácia el fin universal de la creacion. La Providencia supone en Dios el poder y la sabiduria, el poder que crea los seres, la sabiduria que los coordina y pone á cada uno de ellos en su lugar; y esa misma Providencia no es otra cosa sino la accion por la cual existe ese orden, y la ejecucion constante de los decretos de la Divina sabiduria.

No hay, pues, dos maneras de concebir á la Providencia; no hay más que una, tanto para el filósofo como para el cristiano. Preciso es conocer que ella se extiende tanto como el acto por el cual cria Dios y conserva á los seres, es decir, que abraza á todos los seres en su conjunto, y que alcanza á cada uno de ellos en particular en todos los principios que le constituyen. La mis-

ma Providencia es pues al propio tiempo *general* y *particular*; general, en cuanto que dirige á todos los séres hácia su fin comun; particular, en cuanto que dirige cada ser al fin que le es propio, y el cual está subordinado al fin comun y último de todos los séres.

Es un axioma de la escolástica: nada existe en general. <sup>1</sup> No puede por lo mismo acontecer que el acto creador solo afecte á los séres en general; otro tanto se verifica con el acto que los dirige hácia su fin; este acto es necesariamente especial. Y este acto es, por otra parte, como lo hemos dicho ya, la Providencia misma. La Providencia no se detiene pues en el género, va á la especie; alcanza al individuo hasta en sus últimas determinaciones.

¿Quién no ve la diferencia fundamental que existe entre el gobierno de Dios y todo gobierno humano? Del hombre al hombre, la dependencia no es siempre necesaria y esencial; admite más y ménos, no es verdaderamente inmediata. El súbdito no depende de su príncipe como sér, se mueve y subsiste sin él, no le debe sino algunos de sus actos, un modo de su existencia, no esta existencia misma. El soberano manda por medio de sus oficiales; dá leyes; cuida de su ejecucion, y esto basta para la conservacion del orden social, ¿por qué? Porque bajo este orden social, hay otro que le sirve de base y cuyo único autor es Dios. De Dios, pues, reciben el soberano y los súbditos, el sér, el movimiento y la vida; *In ipso enim vivimus, et movemur et sumus.* <sup>2</sup>

Pero si Dios se limitase á dar leyes, y leyes genera-

<sup>1</sup> Genera non existunt.

<sup>2</sup> Act. Apost., XVII, 28.

les, ¿qué orden reinaria en el mundo, y cómo habria de subsistir éste?

No vacilo por lo mismo en reconocer con Santo Tomás, que una Providencia *que descuida aquellas cosas sin las cuales no pueden subsistir las que tiene á su cuidado*, es un absurdo. Lo universal no puede existir sin lo particular; si, pues, Dios desprecia lo segundo para ocuparse tan solo de lo primero, su providencia es absurda é imperfecta. <sup>1</sup>

¿Qué quiere decir J. Simon con estas palabras puestas al principio de uno de los capítulos de la *Religion Naturelle*: Dios gobierna al mundo por leyes generales? ¿Quiere decir acaso que en el gobierno del mundo Dios abandona lo particular por lo universal, que es lo que Santo Tomás reputa absurdo? ¡Ah! si, no hay duda, tal es su pensamiento. «Es preciso, dice, examinar ahora si la Providencia gobierna todo por medio de *leyes generales sin cuidarse de los detalles*, ó si Dios atiende á todos los acontecimientos é interviene directamente en los negocios humanos.» <sup>2</sup> De estas dos opiniones adopta la primera, y aun se atreve á declarar que está *casi universalmente admitida en filosofia*. Con permiso de tan celebrado filósofo, dirémos una y mil veces que no es cierto.

Si Dios no tuviese cuidado de las particularidades, ni el mundo físico ni el mundo moral existirían.

Si Dios no interviniese directamente en los negocios

<sup>1</sup> Stulta est providentia alienius qui non curat ea sine quibus ea quæ curat non possunt esse; constat autem quod si omnia desicerent particularia, universalia eorum remanere non possent. Si igitur Deus universalia tantum curat, singularia vero ista omnino derelinquit, stulta et imperfecta erit ejus providentia. (*Contra gentiles*, l. III, cap. LXXV.)

<sup>2</sup> *La Religion Naturelle*, pág. 249.

humanos para recompensar á los buenos, para castigar á los culpables ya en este mundo, ya en el otro; si no mantuviese al hombre en su camino por motivos conformes á su naturaleza, tales como la esperanza y el temor; si no concediese auxilio ninguno á su debilidad, y permaneciese sordo á sus votos, insensible á sus súplicas (pues este es el punto adonde se quiere venir á parar), por solo esto, veríase destruida toda la economía de nuestras relaciones con él, y toda religion seria imposible.

Mas felizmente esas consecuencias de la no intervencion de Dios en los negocios humanos no están casi universalmente admitidas en filosofia, y aun en pleno siglo XIX se cree con bastante generalidad que *Dios cuida de todas las particularidades*.

¿En qué se funda Mr. Simon para rechazar la intervencion directa? En la dificultad que tiene para conciliar el gobierno de Dios, entendido de esa suerte, con la libertad humana y la inmutabilidad divina. Pero este es un principio que nos ha sido concedido una y mil veces: ese linaje de dificultades que se refieren á la incomprendibilidad de la naturaleza divina y á debilidad del espíritu humano, no debe detenernos, y es preciso afirmar los dos términos desde el momento en que se palpa que uno y otro son ciertos, aunque no se descubra el medio de conciliarlos. Este mismo principio ha sido aplicado tratando de la presciencia divina, cuestion análoga y casi idéntica á la presente. ¿Por qué abandonarle ahora? ¿No es cierto que la providencia especial de Dios es un punto de partida tan cierto como su presciencia?

No ignoro que se presentan graves dificultades para explicar de qué manera ejerce Dios su dominio sobre la criatura libre, dispone de ella y la hace servir á sus de-

signios, sin dejar de atender á su libertad. Tampoco ignoro que los mas grandes teólogos se dividen cuando se trata de determinar el carácter del concurso divino, necesario para que la criatura obre; por lo cual está muy léjos de mí la pretension de tratar en estas cortas páginas una materia sujeta á tantas controversias. Mas por opuestos que se hallen los teólogos entre sí en cuestiones secundarias, ni unos ni otros admiten las contradicciones que les presenta Mr. Simon. Los teólogos no piensan que «por la voluntad de Dios, el hombre cree hacer una accion cuando Dios solo es el que obra en él,» ni «que Dios es en realidad el agente de tantas obras medianas ó malas.»<sup>1</sup> No; ellos dejan al hombre su acto, su responsabilidad, su mérito: pero sostienen que el ejercicio de la libertad humana, sea cual fuere, no frustra el fin que Dios se ha propuesto al crear el mundo, y que así como ninguna criatura existe sin él, ningun acto de la criatura está fuera de sus previsiones y de su concurso.

Por lo demas, partiremos de los mismos puntos que Julio Simon nos concede, para probarle que la contradiccion no está en nosotros sino en él.

Segun él, hay tres cosas incuestionables: la creacion, la libertad humana y la presciencia divina. No encuentra contradiccion ni incompatibilidad manifiesta entre la creacion y la existencia de un Sér infinito: tampoco la ve entre la presciencia divina y la libertad humana. Pues bien; esto supuesto, le desafiamos á probar que la intervencion especial de la Providencia, tal cual la entienden los teólogos, implica contradiccion.

Si niega la intervencion especial de la Providencia,

<sup>1</sup> *La Religion Naturelle*, págs. 276 y 277.



es, según lo que hemos dicho, por razones sacadas ora de la libertad humana, ora de la inmutabilidad divina. Debemos advertir que todas las razones que se fundan en la libertad humana, militan igualmente contra la presciencia divina; y todas las que se refieren á la inmutabilidad divina tienen la misma fuerza contra la creación. Podemos elegir uno ú otro extremo, pues en ambos se halla la misma contradicción.

¿Cómo Julio Simon no ha comprendido que si Dios permanece inmutable al crear seres múltiples, diversos, mutables, su inmutabilidad no sufre afección alguna por el acto mediante el cual conserva esos mismos seres al encaminarlos hácia su fin? Entre esos dos actos no hay distinción real; hay tan solo una distinción de razón. Si repugna que el acto infinito de Dios tenga por término lo finito, esto se verifica en ambos casos. Y si la contradicción no es mas que aparente en lo que toca á la creación, tampoco es sino aparente por lo que respecta á la Providencia.

Y es soberanamente ridículo pretender eludir esta inconsecuencia, diciendo: «Si nos atuviésemos á los términos rigurosos de la especulación, nos veríamos obligados á decir que Dios no conoce mas sér que el suyo propio, ni obra cosa alguna fuera de él. Pero el mundo existe, Dios lo ha creado voluntariamente; es de todo punto necesario sufrir esta derogación en el rigor de los principios.»<sup>1</sup>

¡Conque el mundo existe! ¿Y esto deroga vuestros principios? Mas esto prueba que vuestros principios no son tales en manera alguna. Y sin embargo, estas razones son las mismas, ni mas ni ménos, que empleais

<sup>1</sup> *La Religion naturelle*, p. 262.

para batir en brecha á la providencia especial, confesando que *ellas os parecerian terminantes contra la creación si la creación no existiese*, y afirmando al mismo tiempo que *son concluyentes contra la providencia especial, porque la providencia especial no existe*. ¿Qué clase de lógica es la vuestra?<sup>1</sup>

Lo mismo sucede con las objeciones sacadas de la libertad humana: Mr. Simon las encuentra tan pronto insuficientes contra la presciencia divina, como válidas contra la Providencia. Ensancha y estrecha á su antojo el campo de la contradicción; lo que poco ántes no era sino solamente incomprensible, se convierte en absurdo, si así le place. ¿Es esto falta de juicio, ó de buena fe? Mientras mas inevitable es esta cuestión, mas trabajo cuesta responder á ella.

¿Queréis un ejemplo del modo con que introduce la contradicción y el absurdo en la doctrina que es objeto de sus ataques? Os bastará leer las siguientes líneas: «Preténdese, dice (en el sistema de la intervención especial), que el plan del universo no sea estable, que las resoluciones de Dios no sean incontrastables, que sus designios no sean exclusivamente generales, que su acto no sea único, que su serenidad no sea absoluta; sino que, por el contrario, sea objeto de los movimientos causados

<sup>1</sup> El mismo Julio Simon había escrito: «.....En todos los problemas filosóficos en que se trata de explicar las relaciones de Dios con el mundo, ¿no encontramos esta misma oposición entre la movilidad de la criatura y la eterna inmovilidad del Creador? ¿La creación es por eso ménos necesaria y evidente? Y así como admitimos la creación, ¿no debemos admitir también en Dios la providencia, que es el ideal de la bondad, y en el hombre la oración, que es la forma mas pura del amor?» (*Le Devoir*, p. 426.) Vemos, pues, aquí, que la posibilidad de la creación prueba en favor de la Providencia; ¡quién sabe si bien pronto la imposibilidad de esa misma Providencia va á servir de prueba contra la creación!

por su criatura, que responda por medio de resoluciones nuevas á nuestros votos y á nuestras faltas. . . . »<sup>1</sup>

¿Posible es traducir de una manera mas inexacta la doctrina ortodoxa, la doctrina verdadera y filosófica de la Providencia? Julio Simon mezcla en ella contradicciones que á él solo pertenecen.

No, le diremos nosotros, no se pide que el plan del universo sea instable, ni que las resoluciones de Dios, una vez tomadas, sufran modificacion. Pero se pide en efecto que los designios de Dios no sean *exclusivamente generales*; se pide que atienda á cada sér en particular en el gobierno del mundo, como lo ha hecho tratándose de la creacion en general. No se quiere, por el contrario, que el acto de Dios deje de ser *único*, ni que su serenidad no sea absoluta: se pide que, así en el gobierno del mundo como en la creacion, Dios produzca por un acto único efectos múltiples y diversos, que no alteran en nada ni su unidad, ni su serenidad. No se pretende que Dios reciba en sí ó se haga el objeto de los movimientos causados por su criatura; pídesese que al crear, disponga, segun el conocimiento cierto que tiene de antemano (en lo cual os encontráis de acuerdo con nosotros), el uso que la criatura ha de hacer de su libertad. No se pide, en fin, que Dios responda por medio de resoluciones nuevas á nuestros votos y á nuestras faltas, sino que responda por medio de resoluciones eternas. Hé aquí lo que se pide cuando se sostiene la intervencion especial de la Providencia; y al pedir esto, no se pide nada, absolutamente nada que esté en contradiccion con los principios de una sana filosofia, con

<sup>1</sup> *La Religion naturelle*, p. 263 y 264.

esos mismos principios que os habeis visto obligado á admitir y no habeis vacilado en proclamar.

Ahora, dígasenos de buena fe, el hombre que ha escrito las anteriores líneas, tiene derecho á quejarse si le aplicamos el nombre de sofista?

No quiere, como hemos visto, que Dios responda con sus resoluciones á nuestros votos y á nuestras faltas. Luego niega, cuando ménos, la eficacia de la oracion. Así niega otras muchas cosas; y lo mas triste es que disimula sus enormidades hasta donde le es posible.

¿Cuán léjos se halla de aquellas serenas alturas en que le habiamos contemplado tanto tiempo, siguiendo las huellas del cristianismo! Vémosle ahora llegar á ese abismo sin fondo en que hay que renunciar hasta á la misma esperanza. Rebelándose á la sola idea de la Providencia, tal como nos la muestra el cristianismo, no admitiendo á un Dios que castiga y premia, que escucha la oracion y que consuela compasivo, exclama con el acento del blasfemo: «Dejemos esos dioses humanos á los teólogos paganos.»<sup>1</sup>

¡Y cosa mas inconcebible aún! Lo que él llama la Providencia, es un Dios á quien atribuye una voluntad inflexible, inexorable; y lo que para nosotros es la Providencia, recibe en sus labios el nombre de *Destino*.<sup>2</sup>

Vemos ya lo que hay que esperar de ese filósofo en lo que toca á la oracion. Y es preciso no olvidar que la oracion constituye por sí sola todo el culto del filósofo racionalista. Si, pues, ella le falta tambien, decidnos, ¿qué le queda? Un vacío inmenso, cuyo pensamiento anonada al alma y la hunde en la desesperacion.

Julio Simon procede en esto, sin embargo, segun su

<sup>1</sup> *La Religion naturelle*, p. 283.—<sup>2</sup> *Ibidem*.

sistema; concede que la oracion es un derecho de parte de Dios, y una necesidad del corazon humano. Pero preguntadle si aquella es eficaz, si puede atraer sobre nosotros los favores de Dios, y os responderá que no. ¡Como si fuese bastante al corazon humano orar á Dios con la certidumbre de no ser escuchado jamás!

De admirar es la delicadeza con que el filósofo racionalista procura no llenar desde luego de espanto á ese pobre corazon humano: «Esta necesidad (la de orar), es tan real, que ocasiona una especie de descrédito público á toda filosofía cuyos principios destruyen la posibilidad del culto y de la oracion. Se siente como por instinto, que una filosofía sin Dios, ó cuyo Dios es sordo á nuestras voces, no tiene razon de ser. Semejante filosofía nos rehusa desde luego lo que ante todas cosas le pediríamos.

Muy pocos espíritus hay que se consagren al estudio de la metafísica por puro amor á la verdad, cualquiera que ésta sea. Casi siempre una necesidad moral es la que llama á las almas á la filosofía. Ellas quieren verse tranquilizadas, sostenidas, consoladas; quieren que se abra á su esperanza el mundo invisible, cuando no hallan en éste mas que opresion é infortunio.»<sup>1</sup> El filósofo, que sabe á la perfeccion que éste es el punto débil de la filosofía, no cuida de negar esta necesidad moral. Aun habla de ella con cierta elocuencia, y creeriase al oírle que va á darle una cumplida satisfaccion. Pasa revista á las innumerables miserias de la vida, la pobreza, la desnudez, el hambre, el abandono, el envilecimiento, la opresion, todos los dolores, todos los sufrimientos físicos y morales, todo aquello en suma, que obliga al

<sup>1</sup> *La Religion naturelle*, p. 365.

hombre á clamar al cielo. Os imaginaréis, sin duda, que va á concluir con que esos acentos doloridos de la humanidad, esos gritos de angustia, alcanzan de Dios el socorro y la asistencia. ¡Vana esperanza! Hé aquí su conclusion: que la oracion es *ante todo un deber*.<sup>1</sup> No se atreve á decir, que para él, no es mas que eso mismo.

Convenid en que esta filosofía es muy cruel en sus concesiones calculadas, en sus fingidas reservas, que concluyen por hacer mas amarga la decepcion. Así se oculta cuidadosamente el filo del hierro, para hundirlo por completo y con mas seguridad en la llaga. Acaso con el objeto de sorprender tambien los sentimientos cristianos de sus lectores, ha puesto Mr. Simon al frente de ese capítulo *de la oracion* las siguientes palabras de Jesucristo: «Porque todo el que pide recibe: y el que busca, halla: y al que llama se le abrirá.»<sup>2</sup> «El filósofo comienza en efecto con una uncion de todo punto evangélica. Pero ¡gran Dios! qué mentís ha reservado á estas palabras! Dá principio por Jesucristo, y acaba por Rousseau, que ve en la oracion un ultraje á la Majestad divina. Julio Simon adopta este pasaje de la *Profesion de fe del Vicario saboyano*: «Yo converso con él (Dios); su divina esencia penetra todas mis facultades; le bendigo por sus dones; mas *no le elevo mi oracion*. ¿Qué le pediría?» Todo el que pide, recibe decia el epígrafe del capítulo. «¿Qué le pediría? dice, sin embargo, Rousseau, y Mr. Simon aprueba: ¿que cambiase por mí el curso de las cosas, que hiciese milagros en favor mio? Yo, que debo amar sobre todo, el orden establecido por su sabiduría y mantenido por su providencia, ¿querria

<sup>1</sup> *La Religion naturelle*, p. 386,

<sup>2</sup> *S. Math. cap. VII, v. 8.*

que este orden fuese turbado por mi causa? No, *ese voto temerario mereceria mas bien ser castigado que escuchado.*»<sup>1</sup> Lo habeis oído, no hay lugar á la menor equivocacion; cuando Jesucristo decia á sus apóstoles, como lo ha hecho tantas veces: *Petite, et accipietis..... Petite, et dabitur vobis*, les mandaba dirigir á Dios votos temerarios, dignos de ser mas bien castigados que atendidos. En efecto, orar á Dios no es desconocer al mismo tiempo su inmutabilidad y su sabiduría? Escuchad ahora á Julio Simon.

«Si pudiésemos representarnos á Dios como un padre incesantemente ocupado en la felicidad de sus hijos, gozando con sus alegrías y sufriendo con sus penas, atento á sus necesidades cotidianas, y modificando, para proveer á ellas, las leyes generales, capaz aun de dejarse conmover por una oracion mas fervorosa, y de acordar á una solicitud perseverante un don que debia rehusar segun sus designios y su sabiduría, la oracion seria posible, útil y eficaz. Pero, en ese cuadro tan tierno de la solicitud divina, muchos rasgos hay fuera de la verdad, y que degradan á Dios acercándole á nosotros. Reflexionando en su perfeccion, es imposible admitir que pueda cambiar algo de lo que ha querido, y que este cambio pueda tener por causa las intercesiones de un ser tan frívolo, tan falto de prevision como el hombre. (No os cause pena ver aquí tan bajo al hombre; Julio Simon lo elevará á su tiempo mas allá de lo que convenga.) Por mas que hagáis, no hallaréis salida: si Dios modifica su voluntad, no es inmutable; no es siempre igual y semejante á sí mismo; cae como nosotros en el movimiento y en el tiempo; deja de ser infinito. La re-

<sup>1</sup> *La Religion naturelle*, p. 380, en la nota.

solucion que Dios habia formado, era la mejor que pudo tomar; consintiendo en cambiarla, obra ménos bien; se disminuye dos veces: tomando una resolucion mala, y tomándola por debilidad. Seria preciso, para evitar esta consecuencia, suponer que nosotros, por el contrario, somos los que mejoran los designios de Dios, y los que le ilustran tratándose del bien. Ninguna de estas hipótesis puede sostenerse; causa vergüenza el expresarlas, y se sufre al oírlas. Este Dios tan bueno en apariencia, no es mas que un obrero imperfecto, cuya obra tiene necesidad á cada instante de ser reparada, y que forzosamente la repara mal, si escucha todas nuestras oraciones insensatas y contradictorias. En vano se dirá que no accede á nuestros ruegos, sino cuando son racionales: este es un juego de palabras; pues nuestras súplicas no son racionales, sino cuando se conforman á su voluntad, y esto, tanto quiere decir como que no nos escucha jamas.»<sup>1</sup>

Indudablemente, Julio Simon se pone del lado de Rousseau en contra de Jesucristo.

Para persuadirnos de la *ineficacia* de la oracion, desciende á ejemplos familiares que nos traen á la memoria, por el mas triste de los contrastes, las tiernas parábolas de que se servia el Salvador de los hombres para hacer comprender á las gentes sencillas cuán poderosa es la oracion en el corazon de Dios. Sigamos al filósofo en ese terreno, y veamos si sus argumentos son terminantes contra el Evangelio.

«Corriendo en una llanura, siento de repente que la tierra me falta, y que caigo en un precipicio. ¡Oh Dios mio, salvadme! es el grito que me inspira la naturale-

<sup>1</sup> *La Religion naturelle*, p. 375 y 376.

za. Mas ¿cómo me salvará Dios? ¿será por un milagro, suspendiendo la acción de las leyes de la gravedad? No, esta esperanza no cruza por mi espíritu. Pido á Dios que me conceda hallar una rama bienhechora, en lugar de dejarme rodar hácia el abismo. Pero esa rama se encuentra allí, en la dirección misma de mi cuerpo. Si pues estaba desde antes de mi oración, he orado en vano; y si no estaba, y Dios la pone de improviso, este milagro es tan extraño como suspender las leyes de la gravedad. De aquí resulta, que mi oración, si es seria, como supongo, es la petición formal de un milagro; y en el fondo *no es mas que el instinto irreflexivo de un sér débil que se siente próximo á perecer*, y que invoca al Dios de quien depende su existencia. Si supiésemos siempre lo que hacemos cuando oramos, no pediríamos milagros con tanta facilidad; ni ménos los pediríamos para obtener un día más que pasar lejos de Dios en este mundo. <sup>1</sup>»

Habrà llamado sin duda vuestra atención el tono que reina en este trozo, sobre todo, el rasgo final y ese profundo desprecio de la vida, tan inesperado de parte de un filósofo que no pierde ocasión de echar en cara al cristianismo, la exageración de ese sentimiento. Mr. Simon traspasa ciertamente el límite común del ascetismo cristiano. Encuentra muy imperfectos á aquellos que quisiesen tener *un día mas, para pasarlo lejos de Dios en este mundo!* ¡Esto es excelente!

No todos, sin embargo, habrán de concederle tal vez que aquel que en el momento del peligro exclame: «¡Oh Dios mio, salvadme!» no pide mas que la vida del cuerpo, y que por consiguiente, solo es impulsado

<sup>1</sup> *La Religion naturelle*, p. 380.

*por el instinto irreflexivo de un sér débil que se ve cercano á perecer.* Los que han escapado en tales accidentes, se acuerdan de que el pensamiento de la eternidad con todos sus peligros atravesó por su mente como un relámpago, y que su oración nació de otra cosa muy diferente de ese instinto irreflexivo semejante al de los brutos. Pero dejemos esto, para discutir la ingeniosa hipótesis del moralista.

«Pido á Dios que me conceda encontrar una rama bienhechora, en lugar de dejarme rodar hácia el abismo. Pero esa rama se halla allí, en la misma dirección de mi cuerpo. Si pues allí estaba desde antes de mi oración, he orado en vano....» ¿Es cierto que si la rama se encontraba en aquel lugar, se haya orado en vano? ¿Y la oración no podría tener por efecto que se alcanzase la rama, que se pudiese asirla y que no se rompiese en la mano? Sé bien que el filósofo contestará que no, porque para alcanzar la rama, para asirse de ella y que no se rompa, es necesario, y esto, en virtud de la oración, una intervención especial de la Providencia; y como él rechaza toda intervención de este género, tendríamos que huir de la dificultad, dejándola sin resolución. Pues bien! ¿qué podrá objetarme si supongo que estando allí la rama antes de mi oración, está precisamente porque Dios, que ha previsto mi ruego, ha querido escucharme?

No puede decirse que en esto haya milagro; no hay mas que un acto de Providencia: ¿en qué repugna este acto á los atributos de Dios?

No cabe la menor duda, en que Dios ha previsto desde la eternidad así la caída misma, como la oración que con motivo de ella ha de dirigirsele. Mr. Simon se ha-

lla de acuerdo en esto, en el capítulo que trata de la presciencia. «¿Cómo suponer, dice, que pueda producirse movimiento alguno en el mundo, que se pueda experimentar cualquiera sensacion, ó tomarse una resolucion de cualquier género que sea, sin que Dios lo sepa? No me respondais que no es impotencia de parte de Dios, sino indignidad en el objeto; pues tal respuesta, aunque sea de Aristóteles, no satisface al espíritu. El hombre, no es por cierto un objeto indigno de ocupar una inteligencia que conoce el resto del mundo. Y ¿cómo podria decirse que Dios tiene conocimiento del hombre, si conociese solamente nuestro poder y no sus aplicaciones? ¿No equivaldria á decir que conoce las leyes del movimiento y no el movimiento mismo?»<sup>1</sup> Es de advertir que este conocimiento es completo desde el principio y nada tiene de sucesivo. «Por lo mismo que Dios es inteligente y sabe lo que hace al crear el mundo, abraza de una ojeada el conjunto de las leyes y toda la serie de la historia, pues que todo, siglos y espacios, está contenido en la palabra creadora.»<sup>2</sup>

Julio Simon contesta á las dificultades especiales que se podria oponer contra ese conocimiento anticipado de las acciones humanas, diciendo que admite en Dios este conocimiento, aunque le es imposible explicar el modo con que existe. «Esta imposibilidad, despues de tantas otras, no es bastante á detenernos: porque creemos todo lo que está demostrado, sea que podamos ó que nos sea imposible explicarlo.»<sup>3</sup>

Es, pues, una cosa cierta, demostrada ya, segun el

<sup>1</sup> *La Religion naturelle*, p. 274.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 270.

<sup>3</sup> *La Religion naturelle*, p. 275.

mismo Mr. Simon, que Dios conoce desde la eternidad las oraciones que se le dirigen en el tiempo. ¿Por qué en tal caso no podria decretar tambien desde la eternidad, que tal ó cual oracion fuese atendida? Su inteligencia, por un acto único, simplisimo y siempre idéntico á Él mismo, abraza desde el principio toda la sucesion del tiempo, y, en éste, las cosas visibles y mudables que sucesivamente deben saparecer. ¿Por qué razon su voluntad, por medio de un acto semejante, no podria ordenar, sin sufrir cambio ni mutacion, que mi oracion sea escuchada y que yo pueda disponer de ese medio de salvacion que imploro? ¿Dónde se halla, en este supuesto, la contradiccion? ¿Dónde esa multiplicidad que se dice introducimos en la naturaleza divina, y que se nos echa en cara? Y cuando hablamos de esta suerte de la Providencia, ¿puede decirse con verdad que damos á los filósofos el derecho de comparar á nuestro Dios con un obrero torpe que se consagra varias veces á una obra y otras tantas la corrige?

«Dios, dice Mr. Simon, no modifica sus decretos, despues de haberlos dado. Estas dos palabras, *antes* y *despues*, carecen de sentido, cuando se trata de Él. No tiene varias voluntades sucesivas, de las cuales la segunda corrija á la primera.»<sup>1</sup>

Y ¿quién dice lo contrario? ¿Por ventura nosotros? ¿Cuál de esos axiomas destruye la doctrina que atacais?

No; de la misma suerte que vosotros, no admitimos en Dios voluntades sucesivas, la segunda de las cuales corrija á la primera; ni suponemos que haya en el acto por el cual crea, conserva y gobierna todos los sé-

<sup>1</sup> *La Religion Naturelle*, p. 275.

res, *antes ni despues*; ni dejamos tampoco de ver como contradictorio, como incompatible con su naturaleza, todo decreto que una vez dado admita revocacion. Por el contrario, y en virtud de que todos los motivos de obrar que nuestros ojos descubren en el tiempo, le son conocidos desde la eternidad, afirmamos que su voluntad, teniendo en cuenta estos motivos, no cambia, y por consiguiente, nuestra oracion, que ha estado siempre presente á su infinita sabiduria, puede ser atendida por Él, sin que pierda nada de la serenidad que corresponde á su eterna é inmutable esencia. Tal es nuestra profunda conviccion, y no hay un solo argumento, sacado de la sana filosofia, que sea capaz de destruirla.

Mas puesto que Julio Simon inventa con mucho ingenio los ejemplos que ha menester para apoyar su tesis, séanos permitido modificar un tanto sus circunstancias, del modo siguiente:

Ese hombre que iba á caer en el fondo del abismo, ha podido asirse de alguna rama ó de la punta de una roca, débil apoyo que basta apénas para retardar algun tiempo su caída, pero no para permitirle subir á lugar seguro y sustraerse al peligro; de suerte que queda suspendido por un cuarto de hora entre la vida y la muerte. En tan horrible situacion, no se olvida de orar; pero al hacerlo, llama tambien en su socorro: sus gritos se dirigen á Dios y á los hombres.

¿A Dios? Pero ¿qué puede hacer Dios por él? ¿Saldrá de su eterno y solemne reposo para salvar á su criatura? ¿Qué efecto puede tener esa oracion? Ya se nos ha dicho que en el fondo no es mas que «el instinto irreflexivo de un sér débil que se siente próximo á perecer;» y aun cuando Dios quisiese escucharlo, no lo puede ha-

cer, porque su inmutabilidad le obliga á ser inexorable.

¡Ah! pero el hombre está allí; en buena hora! E hombre que sí puede cambiar, compadecerse y venir en ayuda de su semejante. El pastor de la montaña, el viajero que pasa en esos momentos, han oido los gritos, acuden presurosos, tienden la mano, su cayado ó su bordon, y hé aquí que salvan al desdichado que iba á perecer. Que les dé las gracias con el mayor rendimiento, pues á ellos solos debe la vida.

Tales son las consecuencias del sistema de Julio Simon, y para no apartarse de ellas, deberá decir, que Dios no ha podido guiar hácia aquel sitio los pasos del pastor y del viajero, ni hacer llegar hasta ellos los gritos, ni abrir sus corazones á la compasion, ni disponer, en una palabra, ninguna de esas circunstancias de que ha dependido la vida de su criatura que invocaba su auxilio en aquel trance.

Admitid tan extraña y absurda lógica, y veréis lo que gana en ello el órden moral. Nuestros sentimientos mas invencibles y sagrados, no tendrán ya razon alguna de ser. Ni esa pobre madre que pide la salud para su hijo, ni el guerrero que dobla la rodilla ántes del combate, ni el peregrino que levanta los ojos al cielo al escuchar el rugido de la tempestad, ni el labrador que aguarda confiado las bendiciones de Dios sobre su campo, ni nadie, en suma, pues que todos oramos durante nuestra vida, y nuestra oracion es una peticion, no, nadie encontrará gracia delante de esa profunda filosofia, á cuyos ojos la oracion no es mas que *el instinto irreflexivo de un sér débil*. Pero si así es, la razon debe combatir ese instinto. ¡Ah! esto es lo que hace en efecto la orgullosa ra-

zon de nuestros filósofos, y sostiene hasta el fin el combate con encarnizamiento, sin pensar en que atacando lo que hay mas indestructible en nuestra naturaleza, emprende contra sí misma una lucha desastrosa.

Mr. Simon excluye pues la peticion, y lo único que nos concede en la oracion, es la accion de gracias; esto es, una oracion en cierto modo retrospectiva y necesariamente desinteresada; una oracion que no nos hace otro bien, dice, sino el de acercarnos á Dios por la meditacion y el amor.»<sup>1</sup> A veces parece hallarse de acuerdo en algun otro punto, pero no es mas que para volver bien pronto á negar toda la eficacia real de la oracion. «Podemos, dice, pedir la fuerza, la resignacion, la virtud; el bien del alma, no el del cuerpo; lo que ve á nuestro destino y no lo que toca á nuestra prueba. Hé aquí la verdadera oracion, la única permitida.»<sup>2</sup> Y á poco explicase de esta suerte: «De esta oracion, hablamos, y como quiera que en el fondo no es más que un firme propósito de hacer el bien y una aspiracion hácia Dios, nada hay en ella que conciliarse no pueda con la inmutabilidad divina.»<sup>3</sup>

En estos términos resume toda su doctrina: «Conclu-yamos diciendo que la oracion, y en general el culto, son ante todo un deber; y que mejorada nuestra alma, ocupándola de Dios, elevándola hácia él y presentando bajo una viva y seductora imágen los deberes que tenemos que cumplir, nos hace el trabajo amable y fáciles la resignacion y la esperanza.

«La oracion, entendida y explicada de este modo, nada

<sup>1</sup> *La Religion naturelle* p. 386.

<sup>2</sup> *Ibid.* p. 381 y 382.

<sup>3</sup> *Ibid.*

*tiene de comun con la supersticion.* Es vigorosa y fortificante; acompaña felizmente al trabajo é inspira horror por la ociosidad; *glorifica á Dios sin amenguar la dignidad del hombre;* no reemplaza á la virtud con vanas ceremonias; *léjos de turbar y debilitar la razon,* la ilustra y vivifica conduciéndola á su origen: es el vínculo, en fin, que une al hombre con sus semejantes y la tierra con el cielo.»<sup>1</sup>

Así despues de habernos dicho al principio con Jesucristo: *Todo el que pide, recibe,* Julio Simon cree bastantes los sofismas que ha reunido en una treintena de páginas, para concluir que *se amengua la dignidad del hombre* pidiendo á Dios sus dones; que la oracion del cristiano *tiene algo de comun con la supersticion;* que *turba y debilita la razon.* Segun él, la Religion natural no trae consigo «esas peticiones, esas instancias que hacen del hombre arrodillado delante de Dios un cortesano que mendiga un favor.»<sup>2</sup>

Sí, nos hallamos de acuerdo en que Dios es glorifica-

<sup>1</sup> *La Religion naturelle*, p. 386 y 387. En el libro *del Deber*, Mr. Simon procedia de la misma manera. Ponia contra la eficacia de la oracion la objecion de la inmutabilidad de Dios, y cuando parecia que iba á contestar á esa objecion, guardábase bien de resolverla. En seguida explicaba lo que debía ser la oracion: «No es engañarse tambien acerca de la oracion el ver únicamente en ella la peticion de un bien terreno? El hombre dice á menudo: «Dios mio, libradme de este peligro;» ó bien prorrumpe: «Dios mio, haced que yo gane este pleito, concededme riquezas.» Pero esta no es la oracion de una alma verdaderamente religiosa y filosófica; ni con tales súplicas podemos honrar á Dios. Pidamos á Dios no la fortuna, ni la satisfaccion de las pasiones, sino la virtud, que nos hace dignos de él.....etc.» Y un poco mas adelante, añade: Orar á Dios, no es sino meditar en su perfeccion y en nuestras miserias; someterse á su voluntad, confiar en su providencia, unirse á él por una aspiracion de nuestro corazon y formar la resolucion de vivir como corresponde á una criatura que ha formado á su imágen. La oracion no es mas que un acto preciso de adoracion y de amor.» (*Le Devoir*, p. 426 y 427.)

<sup>2</sup> *La Relig. nat.* p. 383.



do sin duda alguna por el reconocimiento y el amor desinteresado; pero no es este el único homenaje que exige de su criatura. No es en verdad para él escasa gloria la de *oir*, como dice la Sagrada Escritura, *el deseo del pobre*; <sup>1</sup> la de que *todos los ojos se vuelvan á él, llenos de esperanza*, la de *dar á todos en tiempo oportuno su alimento*, la de *abrir su mano y llenar de sus bendiciones á todos los seres animados*. <sup>2</sup> Tal es el Dios de la Biblia y del Evangelio; y si aun se teme hacerle un ultraje por medio de nuestras oraciones, escúchese una lección que viene de muy alto y merece la consideración de la filosofía.

«Dos hombres subieron al templo á orar: el uno fariseo, y el otro publicano.

«El fariseo estando en pié, oraba en su interior de esta manera: Dios, gracias te doy porque no soy como los otros hombres, robadores, injustos, adúlteros: así como este publicano.

«Ayuno dos veces en la semana: doy diezmos de todo lo que poseo.

«Mas el publicano, estando léjos, no osaba ni aun alzar los ojos al cielo: sino que hería su pecho, diciendo: Dios, muéstrate propicio á mí pecador.

«Os digo que éste, y no aquel, descendió justificado á su casa; porque todo hombre que se ensalza, será humillado: y el que se humilla, será ensalzado.» <sup>3</sup>

Habéis escuchado la oración del fariseo y la del publicano. Aquella es tan solo de reconocimiento; *Dios mío, yo os doy gracias*. Esta contiene una petición, y ¿cuál

<sup>1</sup> Salm. X. v. 17.

<sup>2</sup> Salm. CXLIV. v. 15 y 16.

<sup>3</sup> S. Luc. c. XVIII. v. del 10 al 14. Trad. de Scio, edic. de Gaspar y Roig, 1854.

es? la de la gracia de Dios, el mas admirable de todos sus dones. ¿Y habéis oído que solo el publicano vuelve justificado? Ah! el filósofo no hará la oración del publicano: se limitará siempre á *dar gracias*, porque una oración de este género *glorifica á Dios sin rebajar la dignidad del hombre*. El divino Maestro concluye: «Todo el que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado.» ¡Terrible sentencia! ¿Quién puede extrañar que la filosofía torture el texto sagrado, en cada una de cuyas páginas encuentra su condenación?

Jesucristo nos ha enseñado todo cuanto concierne á la oración. ¿Por qué debemos orar? A causa de nuestra debilidad: «*Velad y orad, para que no entréis en tentación.*» <sup>1</sup> ¿De qué manera debemos orar? Cuando sus discípulos le hicieron esta pregunta, ¿sabeis lo que respondió? «Así debeis orar: *Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga á nos tu reino. . . .*» Circunstancia notable; esta oración no se compone más que de peticiones. Instruido, respecto de la oración, por las saludables lecciones de un Dios, el cristiano no teme dirigir al Padre celestial las *siete peticiones del Padre Nuestro*. <sup>2</sup> ¿Y cuál debe ser el efecto de la oración? Jesucristo nos lo asegura bajo la fe de un doble juramento: «*En verdad, en verdad os digo: que os dará el Padre todo lo que le pidáis en mi nombre.*» <sup>3</sup>

Ninguna de estas divinas enseñanzas es empero respetada; preciso es abolir á toda costa la oración. Ah! no habéis, sobre todo, al filósofo, de pedir á Dios *el pan de cada día*; no, le causaríais con esto un notable des-

<sup>1</sup> S. Math. c. XXVI. v. 41.

<sup>2</sup> Præceptis salutaribus moniti, et divina institutione formati, etc.

<sup>3</sup> S. Juan, c. XVI. v. 23.

agrado. «Podemos, asienta, (y aun en esto se contradice, puesto que Dios nada puede conceder,) podemos pedir la fuerza, la resignacion, la virtud; *el bien del alma, no el del cuerpo; lo que respecta á nuestro destino, y no lo que toca á nuestra prueba.*»<sup>1</sup> Y se burla del que pidiese á Dios la ganancia de un pleito.

¡Oh filósofo! ¡cuán desprendido os mostrais, vuelvo á decir, de las cosas terrenas! Qué ¿no haceis mérito alguno del cuerpo, y creéis que el alma acá en el mundo pueda considerarse sin él? ¿Creéis que el cuerpo pueda carecer de alimento, y que importe poco al hombre el estar provisto de lo que necesita para su subsistencia? No habeis pensado siempre de esta suerte, y en cualquiera otra parte, estoy seguro de que usais de diferente lenguaje. Aun echais en cara al cristianismo el que nos inspira sumo desprecio á la vida presente. Y sin embargo, cuando se trata de combatir la oracion, fria y estoicamente suprimis el cuerpo y sus necesidades y nos arrastrais hácia la eternidad, mostrando la mas desdenosa indiferencia por *todo cuanto se refiere á nuestra prueba.* Ah! ¿No es este tambien un sofisma y el mas cruel de los sofismas? No quitais al hombre el sentimiento de su indigencia, sino en cuanto es necesario para impedirle que vuelva los ojos hácia Aquel que únicamente puede consolarle.

¿Puede Dios escuchar la oracion? No, decís, seria indigno de Dios atender á los deseos de *un sér tan frívolo y falto de prevision como el hombre.* ¿Y este puede dirigir á Dios sus súplicas? No; si lo hiciese, rebajaria su dignidad. Hé aquí cómo racionais; esas aserciones

<sup>1</sup> *La Religion naturelle*, p. 381.

contradictorias se encuentran en vuestro libro á distancia de unas cuantas páginas.<sup>1</sup> Segun vos, Dios es demasiado grande para inclinarse hácia el hombre tan miserable; y el hombre, con todo y su miseria, demasiado grande para volverse á Dios en su congoja. De este modo separais al uno del otro en su dignidad. En el pensamiento cristiano, la miseria atrae á la misericordia. En el vuestro, sucede lo contrario: no conoceis mas que á la miseria orgullosa que rechaza la limosna aun de la mano de Dios. ¿Y os atreveis á decirnos despues de esto, que la oracion, tal como la entendéis, es *el vínculo que une la tierra con el cielo?* ¡Qué cruel irrisión!

Triste cosa es ver cómo un espíritu serio incurre en contradicciones tan flagrantes, por el encarnizado empeño de destruir el mas respetable y consolador de todos los dogmas! ¿Cómo no se ha detenido ante un pensamiento que habria debido llenarle de temor? No puede alegar su ignorancia, despues que él mismo ha escrito las siguientes palabras: «Todo médico de las almas, sabe que la salud es posible desde el punto en que el enfermo ha consentido en orar.»<sup>1</sup> Luego sabe muy bien ese filósofo lo que hace cuando arranca á las almas el saludable auxilio de la oracion.

¿A qué queda reducido, segun esto, en el sistema de Julio Simon el dogma de la Providencia? En verdad que no lo sé. El Dios de Mr. Simon, *que gobierna al mundo por leyes generales y no se cuida de particularidades*, se abstiene sobre todo de intervenir en las cosas del orden moral. Allí donde comienza la libertad humana, se

<sup>1</sup> En *la Religion naturelle*, pags. 386 y 387. Hemos citado ya los dos pasajes, p. 300 y 308.

<sup>1</sup> *La Religion naturelle*, p. 374.

detiene; sus atributos no le permiten ir mas lèjos. Asigna á todas las fuerzas de la naturaleza un destino, un fin, un efecto propio; pesa un grano de arena, un átomo; pero de la oracion, de este movimiento del corazon del hombre hácia él, no se ocupa en manera alguna; no entra para nada en sus designios, ni le concede efecto alguno. El crimen y la virtud, el mérito y el demérito que resultan tambien del ejercicio de la libertad, ¿son del número de los detalles ó particularidades de que no se cuida? La lógica debe contestar negativamente. La inmutabilidad divina, exige aquí la abstension de la misma suerte que tratándose de la oracion; porque si Dios castigase el crimen y premiase la virtud, sus designios no serian *exclusivamente generales*, y habria en Él, como dice Mr. Simon, *resoluciones nuevas*. ¿Qué sucede entónces con la sancion de la ley moral? Que queda en grave peligro, segun hemos manifestado.

Así van desapareciendo uno en pos de otro todos los dogmas. Lo que queda de ellos es bien poco, y aun esto se salva por medio de extrañas inconsecuencias.

Empero, si nos quejamos del espantoso vacio que dejaria Dios en el mundo moral, admitida su abstension, Julio Simon se contenta con respondernos: «Esas quejas son injustas. Dios *conoce* á cada uno de nosotros por su nombre, y *asiste* á todas nuestras obras. *No nos mira con indiferencia*, porque Él es el amor.»<sup>1</sup> Frias fórmulas, con las cuales se trata en vano de encubrir el vacio de un sistema que reduce á Dios, en conclusion, á ser el espectador impassible de nuestras obras, ó el gran mecánico que vela y dirige los movimientos del mundo material.

<sup>1</sup> *La Religion naturelle*, p. 285

Hé aquí el deismo de Rousseau. Solo que para deshacerse de Dios, empléanse formas un poco mas sábias y al parecer mas honestas.

### VIII.

Detengámonos aquí: sabemos de hoy mas en qué se fundan las pretensiones que la filosofía tiene al gobierno de las almas.

Alega sus progresos. Son reales é incontestables; pero no puede servirse de ellos contra el cristianismo, al cual los debe.

¿Quién ha renovado la faz del mundo, la filosofía ó el cristianismo? No puede haber duda sobre esto: el cristianismo, y de él solo es de quien emana el nuevo espíritu que vivifica á las sociedades modernas. Si se ha aumentado la suma de verdades morales que poseía el género humano, no es en virtud de un movimiento filosófico. En la dilatada serie de diez y ocho siglos, ninguna filosofía ha competido seriamente con el Evangelio.

Escoged un moralista entre los modernos, no un hombre de genio, sino un espíritu recto, honrado y sensato: comparadle con quien gustéis de los moralistas antiguos, con Epitecto, Ciceron, ó Platon: en los puntos esenciales, hallaréis que es mas completo y elevado, mas verdadero y seguro, mas lógico y firme que ninguno de ellos. Haced veinte veces esta experiencia, y otras tantas obtendréis el mismo resultado. La luz que alumbra las conciencias modernas, no viene, pues, de las escuelas; porque éstas se hallan divididas entre sí,

y aquella luz es, la misma en todas partes. La transformación se ha obrado en una esfera mucho más vasta, y ningún hombre, sino Aquel que es á un mismo tiempo Dios y Hombre, ha podido dar su nombre á esta gran revolución moral.

Hemos comparado á Cicerón con Julio Simón, y la superioridad ha quedado de parte del segundo. Cicerón tiene una moral casi sin Dios, y cuyos efectos no se extienden más allá de la vida presente. Hombre honrado, buen ciudadano, que daba más importancia á los deberes del magistrado que á los del padre de familia, y que ponía las conveniencias sociales al nivel de las virtudes, bajo todos estos aspectos, es el que mejor nos representa, dejando á un lado el heroísmo, los más puros caracteres y las costumbres más perfectas de la antigüedad. Julio Simón, es, á no dudarlo, mucho más excelente. Su moral nos muestra al hombre moderno bajo más hermosos aspectos, y lo que distingue á ese hombre moderno, es su carácter de esencialmente religioso. Mr. Simón no hace abstracción de Dios ni de la vida futura; sabe que tiene un alma, un alma inmortal, y nunca las preocupaciones del presente le hacen olvidar largo tiempo este pensamiento. De allí su nobleza y sublimidad, más de allí también sus lastimosas y profundas caídas.

La fe no se renuncia impunemente. Permanecer extraño al cristianismo, después de haber hallado en su seno la vida del alma, es un estado violento y anormal. La conciencia es la primera en recibir un golpe mortal, cuyas consecuencias van á afectar en seguida á la inteligencia. Las verdades á que se quiere guardar fidelidad, reclaman en favor de las que se rechaza; para evitar las

consecuencias, niéganse entonces los principios, y de este modo, se llega á la pendiente que conduce al escepticismo. Y el hombre se convierte en enemigo más ó menos encarnizado de la verdad. El alma del racionalista moderno, es, pues, el teatro de una lucha que no fué conocida de los sabios de la antigüedad, y los instintos que se han desarrollado en ella bajo la influencia del cristianismo, complican más todavía, el arduo problema del destino del hombre.

No es extraño, por lo mismo, que en lugar de los vacíos que acabamos de descubrir en los antiguos, hallemos en ciertos modernos otra cosa muy distinta: contradicciones y sofismas. Así, por ejemplo, el no decir una sola palabra de la vida futura en un tratado de moral, es ciertamente un lamentable vacío. Pero hablar largamente de la vida futura, del destino de las almas después de la muerte, de los premios y los castigos; y repentinamente, cuando se trate de explicar la duración de las penas, exclamar que esta cuestión es inútil, que es preciso dejar á un lado los castigos, para no ocuparse más que de las recompensas, y hacer en suma, todos los esfuerzos posibles por persuadir al lector que no hay cosa que le sea más indiferente; decidme ¿qué nombre merece semejante proceder?

Lo que hay en realidad, es que esta cuestión no puede resolverse por la filosofía. Resolverla por las solas fuerzas de la razón, es imposible. Recurrir á la revelación, es cabalmente lo que se trata de evitar á todo trance. ¿Qué hacer? A despecho del sentimiento más natural al corazón del hombre, de ese deseo que tenemos todos de conocer nuestro destino, declárase que la cuestión no tiene importancia, y que no nos afecta en

manera alguna. ¡Ah! La antigüedad misma se interesaba mas por el hombre, y en la justa aprehension de los suplicios eternos reservados á los culpables, repetía con el poeta:

*Discite justitiam moniti, et non temere divos.*

Sin embargo, olvidábase fácilmente entónces esta terrible verdad. No sucede hoy lo mismo con el dogma cristiano que ha tomado posesion de todas las conciencias; y hé aquí por qué el racionalista, por pugnar con ese dogma, ha recurrido á miserables subterfugios.

Así elude la filosofía la confesion formal de su impotencia. Otras veces, obligada por la evidencia, se adelanta á esa misma confesion.

Mr. Simon está de acuerdo en que la perfeccion del ascetismo cristiano, no es accesible á la filosofía. ¡Qué grave preocupacion en favor del cristianismo y contra la filosofía!

Mr. Simon nos concede tambien, que la filosofía no ha podido jamas constituir un culto propiamente dicho. Recuerda á este propósito la reprobacion universal con que fueron recibidas las tentativas de los *teofilántropos*, durante la Revolucion. Sabe que la filosofía nunca podrá obrar de otra manera; que bajo su reinado no podrá existir ningun culto exterior, por imperiosa que sea la necesidad que de él experimente nuestra naturaleza; sabe todo esto perfectamente, lo confiesa, y sin embargo se resigna.

Recordad cómo se resigna tambien á no ver en Dios mas que un testigo frio é impasible de nuestras obras, que no se digna asistirnos en nuestras miserias, ni puede escuchar nuestras oraciones.

En verdad, que no se necesita mas para que la filo-

sófia renuncie al gobierno de las almas. Por las ignorancias que confiesa y por las que disimula, por sus contradicciones y por sus errores, muéstrase incapaz de esa direccion. Que deje pues al cristianismo lo que le corresponde por tantos títulos, lo que no puede disputarle sin comprometer los mismos sagrados intereses á cuya causa pretende consagrarse.

La fe cristiana tiene por fundamento una revelacion divina. La hipótesis de una revelacion divina nada tiene en sí de repugnante. La razon la acepta, y aun se adelanta á ella. Cada nueva prueba de su impotencia, le sirve de motivo para juzgar que es digno de Dios instruir al hombre en lo que toca á su destino y sus deberes, y procurarle, por una providencia del todo especial, lo que necesita para alcanzar su fin. Mas la revelacion cristiana no es una simple hipótesis, es un hecho que se nos presenta revestido de los caracteres mas imponentes, sellado con la sangre de los mártires y confirmado por la fe de los siglos. Los mas grandes genios han examinado este hecho, y han admitido no tan solo su certidumbre histórica, sino tambien su carácter divino. Sea cual fuere el origen que se le atribuye, el cristianismo existe; conócense sus obras y su doctrina: si se juzga del árbol por los frutos, entre él y la filosofía, es en extremo fácil la eleccion.

Cualquiera que busque la verdad de buena fe, con el deseo de abrazarla, debe, pues, ante todo detenerse á considerar este hecho, á examinar su valor; y es justo que consagre á este estudio tanto cuidado y atencion al ménos como tiene costumbre de poner en los negocios mas capitales de la vida.

¿Y quién hace eso, sobre todo en nuestros dias, de

entre los que se llaman filósofos y tienen reputacion de sabios? ¿Quién lo hace con una perfecta rectitud y procurando que su corazon esté á cubierto de funestas ilusiones?

Reflexionadlo seriamente: no bastará responder en el tribunal de Dios que *se dudaba*. Pues qué ¿dudabais que Dios hubiese hablado, y sin embargo habeis dormido en esta duda? ¿Cuán poco aprecio haceis de la palabra de Dios!

Para el que duda, si no hay obligacion de creer, hay por lo ménos obligacion de instruirse y de examinar.

Pero afirmarse en la incredulidad, resistir á la fe, temer dar entrada al cristianismo, es una ceguedad funesta que la razon no puede disculpar en manera alguna. Colocar esa *firmeza* en el número de los deberes del incrédulo, es declararse el enemigo del cristianismo, á pesar del respeto que por otra parte se finge tener para con él.<sup>1</sup> ¡Dios perdone á los que proclaman tales deberes!

No basta, por lo demas, instruirse y examinar, no; sin una oracion humilde y fervorosa, aquellos esfuerzos serian inútiles. Hay espíritus soberbios que no quieren deber nada á Dios, y que prefieren su pobreza á los te-

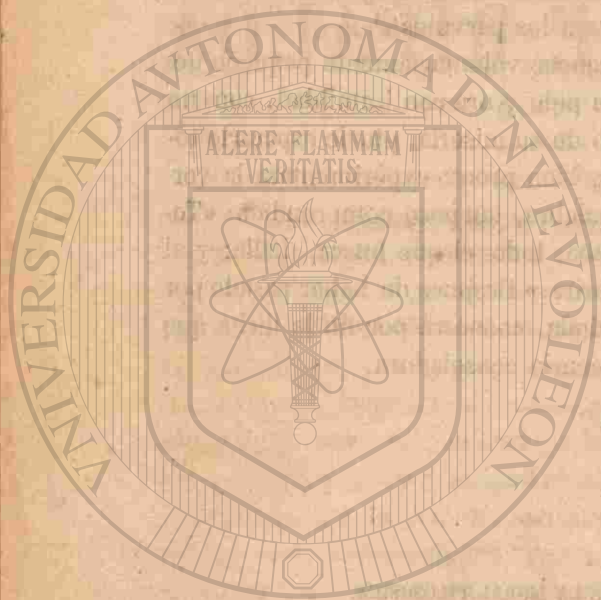
<sup>1</sup> "El deber del filósofo incrédulo respecto de una religion positiva, es: 1.º la tolerancia; 2.º el respeto; 3.º la firmeza." Julio Simon, *le Devoir*, p. 416. "Si la firmeza es un deber para con las religiones positivas, es á causa de que por su naturaleza todo lo invaden; y porque si se encuentra en sus dogmas, en su disciplina, ó en sus ceremonias alguna cosa contraria á la razon ó á las leyes del Estado, eso es precisamente lo que les parece mas necesario, y lo que se empeñan en establecer é imponer." (Id. *ibid.*, p. 417.)

¿Qué pensar de estos últimos conceptos? Puesto que los gobiernos tienen que desconfiar de las religiones positivas, que todo lo invaden, la religion católica, cuyo imperio se extiende maravillosamente por todo el mundo, debe sin duda ser vigilada con mas empeño. Así es que la razon de Estado podria imponernos dolorosos sacrificios en materia de libertad de conciencia, sin que los filósofos á pesar de su tolerancia, pudiesen contradecirlo.

soros de la sabiduria divina ocultos en Jesucristo. Y esos hombres que creieran envilecerse y faltar á su dignidad pidiendo á Dios el pan de cada dia, ¿cómo habrán de consentir en pedirle la fe, que es el alimento del alma? ¡Ved cómo Dios esconde á los sabios y entendidos del siglo lo que descubre á los párvulos!<sup>1</sup>

Mas el que se reconoce voluntariamente pequeño delante de Dios, el que pide y ora con humildad, con un sentimiento profundo de su miseria, puede esperarlo todo. Que persevere, y bien pronto experimentará la verdad de esta divina palabra, tan poco comprendida: «Todo el que pide, recibe; todo el que busca, halla; y al que llamare se le abrirá.» Despues de haber pasado por las angustias de la duda, conocerá por fin la dicha que se encierra en la creencia consoladora.

<sup>1</sup> S. Math. cap. XI, v. 25.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL CATECISMO

DEL

PADRE RIPALDA

COLECCIÓN DE ARTÍCULOS ESCRITOS  
EN SU DEFENSA

POR EL LIC. D. RAFAEL GÓMEZ.



EDICIÓN DE LA "IDEA CATÓLICA."



MÉXICO

IMPRENTA DE I. ESCALANTE Y C<sup>o</sup>

BAJOS DE SAN AGUSTÍN, NUM. 1.

1871



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

## PRELIMINARES.

### ARTICULO PRIMERO.

La variedad y contrariedad de opiniones nos desconciertan: á las nociones que varían según las personas, y que no son siempre constantes en una misma persona, las llamamos ficciones.

(Cic. de Leg. Lib. 1, pár. 17.)

Dejando al cura de la Sierra la impropia y espinosa tarea de seguirse encargando de contestar punto por punto al autor de los *Bosquejos*, sobre las varias cuestiones que suscita, respecto de la educación é instrucción primaria de la niñez en México, nos hemos resuelto á tratar en otro tono y con otros elementos, una sola que nos parece digna de mayor desarrollo, por su vital importancia social é individual.

Ya comprenderán nuestros lectores, si es que han leído el *Federalista*, que la cuestión que nos proponemos tocar, es la relativa á las apreciaciones poco cuerdas y nada concienzudas que se hacen del libro de oro de nuestras escuelas, del pequeño catecismo del jesuita aragonés, Gerónimo Ripalda, que todos conocemos y que anda en todas las manos. Aunque sobre esta cuestión, el cura de la Sierra ha dicho mas de lo que pudiera exigirsele por su contradictor, si es que algo puede exigir quien no hace mas que emitir su opinion, y



tanto cuanto se necesita para dejar bien puesta su causa y muy alto su bandera; sin embargo, cuando la obra, objeto de la saña, está á tan grande altura, es preciso que se vea hasta por los ciegos, que los dardos que á ella se arrojan no pueden tocarla. En ese libro, todo es verdad y razon, y la verdad y la razon no se ofuscan tan fácilmente como se piensa, con una chispa propia ó prestada de algun ingenio que se aparta de la luz, con alguno ó algunos rasgos oratorios que, si se les despoja de su gala, quedan abajo, muy abajo de tanta declamacion vulgar con que en el siglo XIX sobre todo, se quiere sustituir el razonamiento, proponiéndose, sin duda, no instruir y convencer, sino aturdir y atarantar las inteligencias poco ilustradas.

A quien solo manifiesta su opinion, sin tomarse el trabajo de exponer las razones que pudieran justificarla, se le responde y bien, con solo manifestar la opinion contraria; y más cuando en pró de esta última milita la presuncion que no cede, ni debe ceder á solo palabras, por apasionadas, por vehementes que sean: cuando una prescripcion larga, y puede llamarse inmemorial, la ha puesto en posesion de títulos al ménos colorados. La opinion del cura de la Sierra es la que ha reinado; si se la quiere destronar, se necesita algo mas que de una frase en este ó aquel tono, se necesita de sólidos argumentos. La filosofia y no la acústica, es la que debe decidir. No bastan las generalidades de que solo se valen los que temen el análisis; las generalidades son un triste recurso de que se echa mano únicamente cuando no se cuenta con un caudal de racionios felices: son las telas de araña que se pretende cubran una desnudez repugnante.

De suerte que el cura de la Sierra hizo mas de lo que podia exigirsele, pues no solo opuso su opinion á la del autor de los *Bosquejos*, sino que estimando la suya en poco, lo que recomienda á nuestros ojos su moderacion; cuidó de pertrecharla con otras opiniones razonadas que no podian parecer sospechosas á su antagonista. A una razon, otra razon: á una opinion, otra opinion: esto es lo justo; y por lo mismo, lo único exigible: esto es lo equitativo, y por lo mismo, lo único obligatorio entre leales adversarios, principalmente si éstos son de los que llevan el principio de la igualdad hasta sus últimas consecuencias, y el dogma del libre exámen, hasta sus últimos delirios. En este terreno, ninguna opinion pesa mas que otra, sino que todas, vengan de donde vinieren, tienen igual peso. Solamente puede y debe inclinar la balanza, el número, á no ser que se desconozca la fuerza que el número entraña para los que profesan las modernas teorías.

A pesar de todo, y ya que el autor de los «Bosquejos» desea razonamientos de otro género, y en nuestro repertorio no escasean; sin pretension ninguna, vamos á darle gusto, ocupándonos mas detenidamente del punto indicado, esperando que á su vez sea mas explicito y no rehuse entrar en la explanacion de los fundamentos de las ideas generalísimas que sobre el particular ha vertido. Así, la discusion se colocará en el terreno en que deben colocarse las discusiones filosóficas, y se ennoblecera hasta para el mismo que se empeña en sostener el error y hacer que prevalezca contra la verdad; pues las razones que se pongan en juego, ya que no sean bastantes á persuadir que se está en lo cierto, si lo serán para servir de testimonio de que se discute de

buena fe y se escribe con conviccion. Entónces, y encarrilada la cuestion por semejantes rieles, la personalidad quedará á cubierto, guarecida en el santuario de su propia dignidad, y escudada por el sacerdocio del buen nombre y del respeto público. Porque si uno mismo profana su santuario y se rebela contra el sacerdocio que está velando á sus puertas, ¿qué extraño es que cuando ha dejado de ser un lugar sagrado, se le vea como cualquier otro, adonde todos pueden penetrar? Estamos conformes con este pensamiento del autor de los «Bosquejos:» *Yo respeto, como nadie, las arrugas de la vejez; pero eso es siempre que se respeten ellas mismas.* Y no solo estamos conformes, sino que lo extendemos á todas las edades, y no le circunscribimos á la sola ancianidad.

Explicados los motivos que nos impulsan á escribir sobre lo que ya ha escrito el cura de la Sierra, nos parece que estamos en el caso de entrar en materia. Lo haríamos desde luego, si no se nos presentara por de pronto una dificultad en cuya fuerza no habíamos reparado, sino hasta el momento en que íbamos á ordenar nuestras ideas. Hé aquí la dificultad: tenemos que empeñarnos en un debate de moral y religion, una vez que de moral y religion se ocupa el pequeño libro de cuya vindicacion tratamos; y aun cuando pensamos considerarlas bajo su aspecto filosófico, pues discutimos con un escritor que nos llama á la liza de la filosofía; sin embargo, como no hay filósofo que no tenga su sistema, su profesion de fe, su credo, fuera del cual nada acepta como razonable, ante todo, lo primero en que debíamos estar empapados era en el sistema, en la profesion de fe, en el credo del autor de los «Bosquejos,» so pe-

na de que todo lo que dijésemos, por satisfactorio y toral que nos pareciese, seria estéril para el fin que nos proponemos, que no es otro que el de convencer ó ser convencidos. Y esto es verdaderamente difícil y toca á lo imposible, pues aunque somos de los que por afeccion á la lectura y á la incolumidad de nuestras creencias, leemos todo lo que se nos viene á las manos, principalmente lo escrito por personas que se hacen notables por sus tendencias hostiles contra el catolicismo, en cuyo número contamos al Sr. Altamirano, no hemos podido formar idea cabal, de cuál sea su sistema, su profesion de fe, su credo como filósofo. Y lo confesamos sin embarazo, aquella dificultad ó imposibilidad subieron de punto despues de haber leído con escrupuloso cuidado y suma atencion, su Carta á Tartufo, publicada en el número 61 del *Federalista*.

El éxito de la discusion, depende de varias circunstancias; pero mas que todo, de los puntos de contacto que hay entre los que discuten. Si entre ellos no hay un fondo comun de verdades reconocidas, aunque sea en corto número, un caudal de principios que no sea necesario demostrar, desde luego vale mas no discutir. El tiempo es un tesoro que no se debe gastar en cosas que no sean de provecho. La discusion bajo tales auspicios, no pasaria de un entretenimiento pueril, de una vana ostentacion de fuerzas intelectuales, de un ensayo frívolo del ingenio que desea ser aplaudido, ya no por lo que crea, sino por lo que tiene la destreza de confundir y trastornar.

La dificultad, pues, no es tan sencilla. Para discutir con el Sr. Altamirano, necesitamos saber al ménos algunas de las verdades que no declina, algunos de los

principios que pasa por inconcusos. Como dijimos, antes de la Carta á Tartufo, presumíamos, que no nos era desconocido algo de lo que formaba la base de su sistema filosófico, y con este algo, creíamos tener lo bastante; pero despues de aquella pieza literaria, encontramos con que sabiendo mucho, muchísimo, realmente nada sabemos respecto de sus opiniones en la materia cuya discusion ha provocado.

Parece extraño, que cuando mas escribe, ménos se le conozca; pero esto, á pesar de la extrañeza, es la verdad. Vamos á ser francos. No obstante las extraviadas ideas del autor de los «Bosquejos,» creíamos que en el fondo era católico, y nunca dudamos, ni por un momento, que le ocurriese ser ateo. Le suponíamos teísta, y esto nos bastaba, pues el que reconoce la existencia de Dios, fácilmente reconoce la verdad del catolicismo. Tan estrechas son las relaciones que hay entre Dios que quiere ser adorado, y el culto bajo que quiere que se le adore. Nos consideráhamos felices con juzgarle católico un tanto quanto vacilante; y decíamos: nada es mas fácil que persuadirle, si los errores que propaga son hijos de su conviccion; pues no hay mas que demostrarle que ellos son contrarios á la verdad y á los principios que venera en su doble carácter de teísta y de católico.

Con quien admite la existencia de Dios, se pueden controvertir cuestiones de moral: con quien se confiesa católico ó al ménos cristiano, se puede igualmente controvertir sobre puntos de religion. Pero hablarle de una ó de otra, ó de ambas á la vez á quien se declara ateo, seria candor, si no imbecilidad ó demencia.

No queremos creer, se nos resiste, deseamos haber interpretado mal sus palabras: no queremos creer, re-

petimos, que el autor de los «Bosquejos» profese las teorías desoladoras del ateismo. Esta planta ruin no puede enraizar en medio de la exuberante vegetacion del siglo XIX. La atmósfera de civilizacion que respiramos, la secaria en el momento en que su corteza diese paso al primer retoño. Y sin embargo, la Carta á Tartufo es demasiado explicita, sobradamente clara. Un arrebatado apasionado sin duda, un acaloramiento súbito, tal vez, hizo al espíritu mal consejero de la pluma. En aquella carta, su autor se honra y se gloria de que se le atribuyan por antecesores á los *impíos*, *Lucrecio y Spinoza*, á los *enciclopedistas*, *Voltaire y Diderot* y á los *frailes apóstatas*, *Lutero, Melancton y Knox*, y no solamente se honra y se gloria, sino que *no se cree digno de tanta distincion*; y con una vehemencia y un ardor que revelan una adhesion inquebrantable, se confiesa el mas insignificante de sus *discipulos*, y se contenta con que le pongan á los *piés de esos apóstoles de la verdad*, para adorarlos y admirarlos. ¡Adorarlos! En efecto, á la adoracion de semejantes monstruos suelen conducir los extravíos de la inteligencia. ¡Adorarlos! Nosotros los católicos solo adoramos á Dios. Cualquier hombre, por alta que sea su superioridad, por gigantesca que sea su talla, estará sobre todos nuestros respetos, sobre toda nuestra admiracion y sobre todo nuestro entusiasmo; pero abajo, muy abajo de nuestra adoracion y de nuestros cultos. El incienso que acostumbramos quemar, no es el incienso de la idolatría.

Pero volvamos á tomar el hilo de la dificultad: si los principios, si el sistema filosófico del autor de los *Bosquejos*, son los de esos hombres, como parece no caber duda, en realidad no profesa ningunos, ó es el filó-

sofo de todos los absurdos y de todas las contradicciones. Con Lucrecio será materialista y ateo; con Spinoza, panteísta; deísta con Voltaire y Diderot; y no sabemos qué, si católico ó protestante, ó ni protestante ni católico, con Knox, Melancton y Lutero.

Los pensamientos que bullieron en las cabezas de esos talentos desgraciados, y que trasladaron al papel con habilidad asombrosa, no podrian reducirse nunca á la unidad, ni concordarse hasta el punto de formar con todos ellos un sistema razonable. Más fácil sería hacer de la luz y de las tinieblas un todo que no iluminase como la luz, y que no produjese oscuridad como las tinieblas. Los contrarios son impenetrables: no pueden residir á la vez y en armonía en un mismo sugelo: ó está el uno ó el otro ó ninguno, pero nunca los dos. Su antagonismo de naturaleza no transige; su intolerancia de esencia no cesa. Concebimos muy bien, que haya entendimiento que se incline á la absurda moral que Lucrecio desarrolla en su poema de la «Naturaleza de las cosas,» que con él destrone la divinidad, y la reduzca á una fábula, y que haga del deleite la única regla de conducta, y la ocupacion mas laudable.

Concebimos tambien, que haya almas á quienes no repugne la no ménos absurda filosofía de Spinoza, fundada en el *Mens agitans molem*, y en el *natura naturans* y *natura naturata*, que es como el caos en que sepulta las ideas de libertad, de virtud, de heroísmo, etc., que tanto dignifican al hombre. Pero no podemos concebir, que la materia inerte del primero se equipare con el *mens agitans* del último, ni ménos que de aquella moral y de esta filosofía, resulte un todo armónico que explique todos los fenómenos del espíritu y de la conciencia.

Pero al ménos, se podrá decir: Voltaire y Diderot están de acuerdo el uno con el otro, supuesto que ambos son deístas. Pero si demostramos que no están de acuerdo cada uno consigo mismo, ¿qué valor se dará á esa armonía aparente de solo nombre?

Defacto, Voltaire cambia de ideas y de principios en cada una de las horas del día. Al despertarse, nos dice, que *si Dios no existiera, sería preciso inventarle*: al tomar el té, convierte la necesidad de su existencia, en una cosa parecida á la certidumbre, pero que bien puede ser una probabilidad: al comer, oíd cuáles son sus palabras: «*Spinoza, no solo era un ateaista, sino que enseñaba tambien el ateísmo, y un filósofo puede ser, si quiere, spinosista*. Héle aquí justificando lo que ántes habia creído injustificable. ¿Hay en esto consecuencia? No, sino prurito de hablar de todo para ser aplaudido. Una de las causas del ateísmo, dice un escritor, es el movimiento impetuoso de la ambicion hácia la falsa gloria.

En cuanto é Diderot, tan pronto demuestra la existencia de Dios, con solo presentar el ala de una mariposa, cuando podía aplastar, dice, al que la negara con el peso del universo, como afirma: que no hay ser ninguno en la naturaleza, que se pueda llamar primero ó último; y que una máquina absolutamente infinita se ha sustituido á la divinidad.

Ménos todavia pueden hermanarse con los anteriores pensadores ni Lutero ni Melancton, pues ni cuadra á la despreocupacion filosófica de los enciclopédicos el rudo fanatismo de los reformadores, ni hay punto racional de comparacion entre meros deístas que proscriben todo culto, y furiosos innovadores que no hay uno solo que

rehusen y á que nieguen el *exequatur*. ¿Qué fanatismo mas estúpido que el de Lutero que recibe sus inspiraciones de la boca del mismo Satanás con quien tiene sus entrevistas y entra en diabólicas controversias? ¿Qué supersticion mas ridícula y lamentable que la del mismo Melancton que veía como presagios felices para el *nuevo Evangelio* la inundacion del Tiber, en que Roma hubiese dado á luz una mula, un monstruo con piés de grulla, y el que en el territorio de Ausburgo donde á la sazón se celebraba la dieta, hubiese nacido un becerro con dos cabezas? ¿De Melancton que en el desaliento que le causaba el furor de sus correligionarios, se consolaba con esperar la realizacion de pronósticos astrológicos y él mismo se ocupaba en formar el horóscopo de su hija?

Seria un milagro que de los principios de estos hombres que nada tienen de comun, sino el absurdo, se pudiese formar un todo á que pudiera bautizarse con el nombre de sistema filosófico, y un milagro mayor aún, que tantas monstruosidades, apénas concebibles en la cabeza de cada uno de ellos, llegaran á contenerse en una sola. Sin embargo, este milagro parece haberse realizado en la del autor de los «Bosquejos» que afirma ser tan solo un *pobrisimo discipulo de aquellos sabios*, continuador de la obra que emprendieron y misionero de su propaganda.

Como se vé de la anterior reseña, que recortamos por no recargar el cuadro, la dificultad no es aparente, sino real y trascendental hasta el grado de imposibilitar la discusion. Están bien los Proteos cuando se trata de ardidés; pero sobran, en tratándose de razones, á no ser que consintieran por un momento en prescindir de

la manía de tomar todas las formas, decidiéndose por una sola, sea cual fuere.

Así, como preliminar, necesitamos saber, cuál es el sistema moral que cuadra al Sr. Altamirano; si el de Lucrecio y Spinoza, que lo exprese con claridad: cuál el sistema filosófico; si el de Voltaire y Diderot, que sea un poco mas explicito: cuál el sistema teológico; si el de Melancton y Lutero, que lo diga con franqueza. Si responde afirmativamente, ya tendremos una base de que partir y sabremos á qué atenernos. Fácilmente nos podremos entender en la discusion. En caso contrario, nos limitaremos á vindicar el pequeño libro del padre Ripalda, de los cargos de *inmoral, fanático y estúpido*, que le formula; llamando en su favor, no los principios que, como filósofo, profesa quien le combate, cosa que aseguraria nuestro triunfo; sino los que profesa todo el mundo civilizado, cosa que nos le tiene ya asegurado.

El extremo del velo que ha levantado el autor de los «Bosquejos,» en lugar de darnos luz nos ha dejado en tinieblas, pues solo hemos visto, y con alguna confusion, opiniones várias y contrarias, opiniones que se refieren á personas que están en el mas completo desacuerdo, no solo las unas con las otras, sino cada una de ellas consigo mismas, segun los tiempos y segun las circunstancias; y más que á Ciceron que contaba con una gran cabeza: *la variedad y contrariedad de las opiniones nos desconciertan*; y como él, no podemos llamar *nociones sino ficciones, á las que varían con las personas y no son siempre constantes en una misma*. A este punto queremos llegar, pues si las opiniones del amigo de Tartufo son ficciones, conocido esto del público, sus apreciaciones no podrán hacer mella ni en sus mismos apa-

sionados admiradores; y entónces él solo es el defensor mas abnegado de las víctimas que condena. Pero si no son ficciones, porque ellas formen un cuerpo de doctrina, nos prometemos que del arsenal de su misma doctrina, nos proveerémos de armas para el combate, ciertos de que serán las mas á propósito para nuestra defensa.

Pongamos fin á este artículo preliminar, advirtiendo que si suscribimos éste y los que sigamos escribiendo, no es porque creamos que nos puede resultar alguna gloria literaria, pues carecemos de las dotes que para alcanzarla se requieren; á ello nos mueve tan solo el amor que tenemos á nuestras creencias, por las que estamos dispuestos á hacer hasta el sacrificio de nuestras vidas, y de cuya defensa no queremos ni debemos avergonzarnos.

## EXAMEN GENERAL DE LA MORAL DEL PADRE RIPALDA.

### ARTICULO II.

*El Catecismo del padre Ripalda es un código de inmoralidad.* Hé aquí uno de los varios motivos de querrela con el autor de los «Bosquejos.» ¿Por qué? le preguntamos. «Lo escrito, escrito,» responde. ¿Por qué? le volvemos á preguntar. Y él contesta con la elocuencia del silencio.<sup>1</sup>

Ciertamente, por honor suyo y para ventaja nuestra, hubiéramos deseado que no solo hubiese sentado su tesis, sino que, como hombre entendido, la hubiera desarrollado y presentado á la consideracion del público sensato, con todo aquel peso y aquella importancia que parece atribuirle.

Aunque nosotros seamos católicos, y aunque felizmente lo sea toda la nacion mexicana, no por eso hemos abdicado de la razon, para que se pueda suponer que debamos admitir sin exámen lo que se propone por cualquiera. Por lo mismo que el catolicismo es el principio de la vitalidad intelectual, la inteligencia de todo aquel que es católico, es mas independiente, y se doblega ménos al hombre, si bien por otra parte está dispuesta á aniquilarse ante la palabra de Dios.

Así como no reputamos historia la que refiere hechos

<sup>1</sup> Ya escrito este artículo, hemos leído en el *Federalista* de antier, que se nos contestará. Han pasado cinco meses y el Sr. Altamirano no piensa en cumplir su espontánea promesa.

sionados admiradores; y entónces él solo es el defensor mas abnegado de las víctimas que condena. Pero si no son ficciones, porque ellas formen un cuerpo de doctrina, nos prometemos que del arsenal de su misma doctrina, nos proveerémos de armas para el combate, ciertos de que serán las mas á propósito para nuestra defensa.

Pongamos fin á este artículo preliminar, advirtiendo que si suscribimos éste y los que sigamos escribiendo, no es porque creamos que nos puede resultar alguna gloria literaria, pues carecemos de las dotes que para alcanzarla se requieren; á ello nos mueve tan solo el amor que tenemos á nuestras creencias, por las que estamos dispuestos á hacer hasta el sacrificio de nuestras vidas, y de cuya defensa no queremos ni debemos avergonzarnos.

## EXAMEN GENERAL DE LA MORAL DEL PADRE RIPALDA.

### ARTICULO II.

*El Catecismo del padre Ripalda es un código de inmoralidad.* Hé aquí uno de los varios motivos de querrela con el autor de los «Bosquejos.» ¿Por qué? le preguntamos. «Lo escrito, escrito,» responde. ¿Por qué? le volvemos á preguntar. Y él contesta con la elocuencia del silencio.<sup>1</sup>

Ciertamente, por honor suyo y para ventaja nuestra, hubiéramos deseado que no solo hubiese sentado su tesis, sino que, como hombre entendido, la hubiera desarrollado y presentado á la consideracion del público sensato, con todo aquel peso y aquella importancia que parece atribuirle.

Aunque nosotros seamos católicos, y aunque felizmente lo sea toda la nacion mexicana, no por eso hemos abdicado de la razon, para que se pueda suponer que debamos admitir sin exámen lo que se propone por cualquiera. Por lo mismo que el catolicismo es el principio de la vitalidad intelectual, la inteligencia de todo aquel que es católico, es mas independiente, y se doblega ménos al hombre, si bien por otra parte está dispuesta á aniquilarse ante la palabra de Dios.

Así como no reputamos historia la que refiere hechos

<sup>1</sup> Ya escrito este artículo, hemos leído en el *Federalista* de antier, que se nos contestará. Han pasado cinco meses y el Sr. Altamirano no piensa en cumplir su espontánea promesa.

que no pasaron, ó cuya existencia no parece comprobada, ni historiador al que hace la historia bajo la sola inspiracion de su fantasia; así tampoco tenemos por filosofia la que dá por verdades aquellas que no lo son, ó que aun cuando lo sean, no se cuida de demostrarlas; ni por filósofo, por mas que así se llame, á quien, cuando trata de convencer, en lugar de razonar dogmatiza. Dogmatizar no es filosofar. Y realmente se desfigura, se ultraja y se deshonra la filosofia, cuando á su nombre se impone ó pretende imponer.

Al ménos la filosofia católica así procede: jamas trata de avasallar los entendimientos, sino de atraérselos con la fuerza de sus demostraciones y con la suavidad de sus maneras. Respeta la independendencia de la razon, por cuanto á que por ella, aunque no solo por ella, es lo que es, es decir, la grande ciencia de la verdad. Por ella, porque con su claridad puede ver las cosas y sus relaciones: no solo por ella, porque su poder es limitado, y hay regiones á que no alcanza y secretos que nunca le seria posible penetrar. La fe y la filosofia son hermanas; y la razon y la revelacion son dos rayos de un mismo foco; sin mas diferencia que la de que para ver el segundo, se necesita haber visto el primero. No de otra manera que para ver el sol se necesita ver ántes la luz desvanecida de la aurora.

Es cosa notable y en realidad un verdadero fenómeno, que los que no hacen alarde de filósofos son los que ménos importancia dan á esa palabra, y nada dicen sin dar en seguida la razon de lo que dicen; miéntras que aquellos que á todo traen á cuento la filosofia, creen haber hecho lo bastante con solo enunciar una idea para que sea creida, reservándose *in pectore* la demostracion.

No deja de ser inconsecuencia; pero al fin, de inconsecuencias está lleno el mundo, y esto, léjos de impedir que discutamos con tal género de filósofos, nos infunde ánimo, pues lo que es inconsecuencia para ellos, es para nosotros ventaja.

No se nos eche en cara, si bajos tales auspicios salimos á la palestra, ni se nos tilde de poco caballeros porque nos presentamos en el momento de la lid con armas superiores, pues hemos brindado de antemano con ellas á nuestro adversario, que se muestra contento y satisfecho de las suyas.

Cuando al catecismo del padre Ripalda se le califica de monstruosamente inmoral, nada seria mas fácil, si fuera cierto, que justificar semejante asercion é inculcar en todos los espíritus la verdad de ella. Todas las cosas, á nuestro entender, deben presumirse buenas; y solo cuando se demuestra lo contrario, pueden dejar de tenerse como tales.<sup>1</sup>

Pero ya que el autor de los *Bosquejos* parece no abundar en estas opiniones, no por eso debemos dejar pasar en silencio las suyas que llevan por objeto introducir un trastorlo en el sistema hasta ahora seguido en la educacion de la niñez.

A su tésis oponemos esta otra: el catecismo del padre Ripalda, no solo no es un monstruoso código de inmoralidad, sino que lo es de la moral mas pura, moral á que no pudo llegar la sabiduría de Aténas y de Roma ántes del Evangelio, y que nunca podrán, ya no mejorar, pero ni siquiera igualar los modernos racionalistas de despues del Evangelio.

<sup>1</sup> *Malum non presumitur nisi probetur.*



La demostracion de esta tésis, que pareceria atrevida á los que jamás hubieran leído la historia de la civilizacion, es un trabajo vulgar para los que han podido saber que ésta comenzó á desarrollarse despues de que la Buena Nueva fué promulgada, sin que los titánicos esfuerzos que ántes se hicieron, hubieran servido para otra cosa que para revelar á la humanidad su poco valer y su impotencia en ese sentido. Seria curioso hacer un paralelo entre el mas grande filósofo de la antigüedad y el mas grande filósofo racionalista moderno. El ojo ménos perspicaz, veria con una evidencia matemática, cuán arriba estaba el último respecto del primero, al exponer las máximas de la moral, al desarrollarla y al aplicarla á la conducta de los individuos. Y despues que se hubiese palpado la superioridad del uno con relacion al otro, seria mas que curioso, grandioso, poner á cualquiera de ellos ó á ambos á la vez, frente á frente del jesuita, cuyas doctrinas se califican hoy de monstruosas. Si no se cerraban los ojos ó se estaba ciego, podria el entendimiento mas obtuso distinguir que todavía mediaba mas distancia, una distancia infinita, entre el filósofo cristiano y el filósofo racionalista, que la que separaba á éste del filósofo pagano.

Podriamos, por ejemplo, fijarnos en Ciceron, ese génio tan grande como la nacion que le produjo, y en su obra *De Officiis*, en la que desarrolló con una superioridad y maestria que asombran, no los principios de su moral, sino los principios de la moral universal reinante en aquellos tiempos. Representariamos la filosofia moderna en Julio Simon que tambien ha escrito una obra con el mismo titulo, y se ha hecho notable por su fecundidad intelectual, por su buena fe y no mala lógica

en la exposicion de los principios de esa moral universal, independiente de toda religion, con que se quiere sustituir en el gobierno de las almas á la moral católica. <sup>1</sup> Para representar ésta, nos fijariamos, no en esos atletas valerosos que la Iglesia en su cuna produjo con tanta abundancia, ni en esos millares de apologistas de la religion que se han ido sucediendo, dia á dia, en la defensa y en la vindicacion de aquel tesoro con que el cielo nos enriqueciera en sus bondades: no nos fijariamos siquiera ni en el padre Ripalda, cuya estatura no se mide por el autor de los *Bosquejos* con la vara de la justicia, sino que se la mira á través de una lente divergente, que reduce su talla á la de un pigmeo. No, nada de esto, sino que pondriamos por representante, por defensor de la moral católica, á una temprana inteligencia que apenas comenzase á desenmarañar la madeja de su razon y á recibir, sin deslumbrarse, los primeros rayos de la verdad, á un niño de diez años, de aquellos á quienes en las escuelas cristianas se enseña ese monstruoso código de inmoralidad, que siendo de tan poco valer, hoy es el objeto de la saña y de los ataques mas rudos por parte del racionalismo.

Si fuera posible devolver la vida al autor de las *Tusculanas*, no ménos que interpelar á Julio Simon, intentariamos la prueba, haciendo que ese niño fuera el que resolviese los grandes problemas que tanto fatigaron sus mentes, y contestase á las dificultades de cuyo laberinto jamas pudieron salir sus espíritus tan elevados. No hay que dudar, ese niño no solo explicaria los problemas y con-

<sup>1</sup> Parte de este artículo ha sido escrito teniendo á la vista el bello opúsculo que lleva por titulo: «La Moral Filosófica ántes y despues del Evangelio,» por el P. Daniel.

testaría á las dificultades, sino que confundiría en Cicerón á toda la antigüedad pagana, y en Julio Simón á todos los racionalistas de los últimos diez y nueve siglos.

Este paralelo era el que nos proponíamos hacer, ciertos de que él nos serviría de premisas, de cuya verdad fluyera la verdad de nuestra tésis. Pero como necesitábamos analizar punto por punto esas obras, compararlas y fijar sus diferencias y ventajas, comprendimos que era necesario un libro, y no era materia á propósito para un artículo de periódico. Con disgusto hemos tenido que prescindir de nuestro primer intento y limitarnos á tratar la cuestión bajo un punto de vista general, sin dispensarnos de entrar luego en algunos pormenores que no carecen ni de interés ni de importancia, y que directamente se encaminan á destruir por su base el castillo de naipes levantado por el autor de los *Bosquejos*.

La moral, para que con justicia se la llame así, debe comprender á todo el hombre, sus relaciones todas y ser la regla invariable de todos sus actos: debe estar sobre el hombre y tener una sanción que la consagre. El hombre, como mortal, tiene relaciones con el mundo: como inmortal, sin romper con éste, está ligado por medio de vínculos necesarios con el cielo. La moral, pues, que debe regir al hombre, no debe limitarse á las cosas de aquí abajo, ni dispensarse de las de la otra vida, por mas que no podamos comprender lo que pase en las regiones de la eternidad.

Una moral que solo considera al hombre en sus relaciones con el hombre, con la sociedad en que vive, y con la humanidad, es una moral incompleta, es una moral insuficiente, es una moral que no llena las exi-

gencias, ni satisface las necesidades del espíritu y del corazón.

Una moral que no es superior al hombre, que no saca sus títulos de esferas que le sean inaccesibles, es una moral tiránica, es una moral contra la que se puede rebelar impunemente, y cuyo cetro, lejos de imponer, debe rendirse ante la majestad del libre albedrío. En la tierra, el hombre es el rey, y lo es por su inteligencia y su libertad. Si la moral es una planta de la tierra, lejos de dominarle está sujeta á su dominio: puede arrancarla de raíz y pisotearla en uso de su derecho.

La moral no debe ser otra cosa que la regla de las acciones, y éstas los medios para llegar al fin. No se puede llegar á éste, sin que los medios sean proporcionales, y no puede haber proporción entre lo conocido y lo desconocido. Si no se conoce el fin, es imposible el conocimiento de los medios que á él conducen, porque es imposible conocer la proporción. Se plantea un problema indeterminado.

Luego si los preceptos de la moral se quieren establecer y fijar sin tener á la vista el último fin del hombre, no hay que esperar el acierto de quien abrigue semejantes propósitos, ni motivo porque fiar en él, aun cuando acertase, pues nos faltaba saber si positivamente había acertado; y esto no podríamos conseguirlo, sin saber de antemano hácia dónde caminábamos y á qué fin nos dirigíamos.

Por otra parte, no sería posible lograr que la humanidad colocada en medio de dos caminos: uno sembrado de flores y brindando con un sinnúmero de goces y de placeres en su principio, en su medio y en su término; y otro, erizado de espinas y de abrojos en toda

su dilatada extension, sin columbrarse en él á lo lejos la mas imperceptible luz, cuyos resplandores le anunciasen la existencia, mas allá, de alguna felicidad, eligiese el segundo y abandonase el primero, pues la naturaleza humana no es mártir de sí misma, ni se complace en los sacrificios; sino que, por el contrario, en todo busca su bienestar, en todo el placer; porque, por mas que se la trate de extraviar, comprende que ha sido criada para una felicidad sin tasa y sin medida.

Si no se dá paso libre al rio para que desemboque en el Océano de donde ha salido, inundará la tierra, arrasará campos, abatirá árboles, llevará por todas partes la consternacion y la ruina, tornándose de elemento bienhechor, de fuente de vida y de belleza, en un verdadero azote y en una calamidad terrible. Si al hombre que, á semejanza de rio corre hácia su fin que fué tambien su principio, se le pone una barrera y se le dice: «de aquí no pasarás,» se le hará retroceder sobre sí mismo, impelido de una fuerza interior que le obliga al movimiento continuo, y que es infinitamente mayor que la que necesita para recorrer el pequeño espacio á que se le reduce y de donde no se le quiere dejar salir; y esa fuerza que le hubiera servido para encumbrarse á vastísimas regiones, comprimida, tan sólo le servirá para ir gastando poco á poco su organizacion, hasta acabar con ella y con la vida. Nada le contendrá, y con tal de no permanecer ocioso, se ocupará de destruir todo aquello que se le presente como obstáculo, sin hacer excepcion de sus semejantes.

Si se le inculca que su vida en el mundo nada tiene que ver con esa otra vida que entrevé, pero que no se explica: si se le cierra la puerta de comunicacion entre

la mansion en que vive como desterrado y la otra mansion en que debe habitar eternamente como en su verdadera patria, se le matan sus mas bellas esperanzas, se le encadenan sus aspiraciones mas nobles. Y entónces, la virtud desgraciada: ó es una demencia ó un argumento contra la justicia del Hacedor Supremo. El vicio será entónces el único estado natural del hombre; y en vano se le querrá enfrenar, sin que por eso mismo se violente su naturaleza. La felicidad, pues, responderá de derecho á quien solo es digno de la execucion, y la desgracia será el único patrimonio de la virtud.

Pues bien, esta moral fué la moral del paganismo, y es la moral hoy llamada universal, panacea con que quieren curar los múltiples males de la sociedad los filósofos racionalistas. Unos y otros se acuerdan en aislar al hombre de toda comunicacion con Dios: en poner un tupido velo entre él y su fin supremo, al que todos los fines secundarios deben estar por una necesidad de consecuencia, subordinados. Unos y otros prescinden en realidad de la otra vida; y si miran, como entre sombras reales ó artificiales, la inmortalidad del alma, allí se detienen, sin atreverse á dar un paso mas adelante.

Pasemos una ligera revista, si no, á la moral de Ciceron. Elegimos á Ciceron, porque en su carácter de tradicionalista, recogió las máximas de todas las escuelas, y las codificó, por decirlo así, y porque además, escribió con juicio y con discernimiento. Pues bien; al dar los fundamentos de su moral, no pasa de la sociedad, sino que se adhiere á ella, como á la única piedra capaz de sustentar un edificio que extima gigantesco. La sociedad, para él, es el interes general, y el interes general

es la justicia. Ni una palabra acerca de la influencia que la moral pueda tener en la otra vida, ni una sola sílaba acerca de la inmortalidad del alma frente á frente de ambas. Es cierto que habla de los dioses, y que pone en la categoría de los primeros deberes, los relativos á la Divinidad, pero no se ocupa de decir cuáles sean estos. <sup>1</sup> Pero lo que es mas monstruoso todavía, es, que despues de establecer los principios de su moral, al descender á las aplicaciones, el mismo destruye su obra, cavándola en sus cimientos, que á eso equivale nada ménos acomodarla, como la acomoda, al carácter, temple y costumbres mas ó ménos austeras del que debe de encontrar en ella la inflexible regla de su conducta.

Astí, por ejemplo, justifica el suicidio en Catón, y lo reprueba en sus compañeros de armas. <sup>2</sup> Y como los temperamentos son diversos hasta lo infinito, una será la moral para Bruto, otra para Octavio y otra para Cicerón. No, lo que moralmente es bueno ó malo, lo es siempre y en todas partes, lo es para todas las situaciones de la vida y para todas las personas. El freno que se puede romper no es freno.

¡Y quién lo creyera! El mismo camino siguen los filósofos racionalistas, despues que han pasado con pausada lentitud casi diez y nueve siglos. Para ellos el progreso está solo en las formas.

Nos hablan de Dios, es cierto, con un lirismo que cautiva; pero esto es á mas no poder, y porque no les es posible borrar lo que el cristianismo ha escrito en los corazones con caracteres de diamante. Nos hablan

<sup>1</sup> *De Offic. L. 1.—CXLV.*

<sup>2</sup> *Id. l. 1. XXXI.*

de Dios, pero rompen el pacto de alianza que ha celebrado con la criatura, y le presentan como extraño á su suerte é indiferente por su destino.

Escriben gruesos volúmenes acerca de la inmortalidad del alma; quieren gobernar ésta durante su paso por el mundo, <sup>1</sup> pero la dejan solitaria y sin consuelos al despedirse del cuerpo en los bordes del sepulcro. «La inmortalidad del alma, dicen, es la última palabra de la ciencia y de la vida;» <sup>2</sup> y siendo la última palabra de la ciencia y de la vida, ¿para qué hablar, ni cómo poder hablar de lo que pasa mas allá, aunque sea lo que mas interesa al hombre, y lo que decide de su último destino? Por otra parte, ¡qué bella confesion de la filosofía! Existe otra vida puesto que el alma es inmortal; pero la ciencia enmudece, no puede pronunciar una palabra en presencia de ella, porque es incapaz de comprender lo que pasa en aquellas elevadas regiones. Se reconoce impotente precisamente en lo que mas se necesita de su ponderado poder. ¡Atrás racionalistas, paso franco á la fe que sube mas alto que la filosofía: paso franco á la revelacion que recorre órbitas mas luminosas que la razon: paso franco á los filósofos católicos, que con el dogma en una mano y la ciencia en otra, son capaces de llegar en un dia adonde jamas llegaríais vosotros si sobrevivierais á todos los siglos!

Nos hablan de una vida feliz para los buenos, pero nada dicen de los malos. ¿Qué les importa su suerte? <sup>3</sup> *Para los buenos una esperanza sin límites: para los perversos una duda terrible.* <sup>4</sup>

<sup>1</sup> Jules Simon: *Le Devoir*, 3<sup>ra</sup> edición, prefacio.

<sup>2</sup> *Le Devoir*, p. 324.

<sup>3</sup> Rousseau, citado por Jules Simon, p. 347.

<sup>4</sup> M.—Th.—Henri Martin, citado tambien, p. 94.

¡Indolentes! ¿en dónde está vuestra filantropía? Qué diferencia entre vuestras crueles declamaciones y la sublime caridad de Aquel que *no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.*

«¡Un castigo, una recompensa! son cosas en que solo se interesa la curiosidad del vulgo. Para la filosofía es nada haber demostrado la inmortalidad del alma, *si no puede describir punto por punto* esas tierras desconocidas hácia las cuales el tiempo nos arrastra.»<sup>1</sup>

Entonces la filosofía debe callar y de nada nos debe hablar; pues nada, ni el átomo mas imperceptible, puede describir *punto por punto*. Newton fué un soñador y un necio, cuando se empeñó en improbables trabajos para fijar las leyes de atracción de los cuerpos y las de la luz que compone y recompone sin mas auxilio que el de su prisma, siendo así que le era imposible describir *punto por punto* lo que pasa en los globos que forman nuestro sistema planetario, y que en un rayo solo del fluido etéreo encontraba misterios inexplicables y profundos.

Asientan una verdad y retroceden ante sus consecuencias. Verdaderas Penélopes: con las mismas manos que tejen la tela durante el día, la desbaratan durante la noche.

Moral sin Dios, sin una alma inmortal y sin una vida eterna para los justos y una vida también eterna para los malvados, no se concibe. Es preciso que la primera piedra de su edificio quede asentada sobre la idea del supremo fin del hombre, para que semejantes verdades no sean estériles ni infecundas. Y la filosofía del paganismo se aduna con el racionalismo de hoy para levantarle sobre movedizas arenas.

<sup>1</sup> La Religión natural, p. 327.

Solo tiene razón de ser el crimen, que vendrá á ser el estado natural del hombre. En vano se le querrá enfrenar sin violentar por eso mismo su naturaleza. La felicidad le corresponde de derecho. ¿Adónde iríamos á parar?

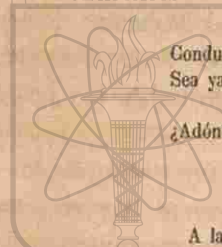
La moral, pues, que no se funda en Dios, ni se relaciona con el conocimiento del fin último del hombre, será todo, ménos una regla que enfrene el vicio y dé estímulos á la virtud. Por el contrario, la moral, que deriva sus títulos de aquella voluntad santísima, y se sensibiliza al hombre, confundiéndose hasta cierto punto con su destino, llena todos los vacíos y es la fórmula con cuyo auxilio se resuelven todos los problemas.

Esta pregunta, pues, *¿Para qué fin fué criado el hombre?* y esta respuesta, *Para amar y servir á Dios en esta vida y despues verle y gozarle en la otra;* pregunta y respuesta que se hacen y se dan los niños de nuestras escuelas, que han aprendido el catecismo del Padre Ripalda, es el fundamento filosófico, á la vez que el fundamento teológico de la verdadera moral. En vano se han fatigado, se fatigan y se fatigarán los moralistas del racionalismo, por encontrarle otro. No conseguirán mas que enredarse en un intrincado laberinto, mucho mas intrincado que el de Creta, y que perderse en sus oscuras profundidades.

Considerada, pues, la moral del padre Ripalda, bajo el punto de vista general, en su parte constitutiva y radical, y en los más simples elementos á que pudiera reducirse, se lleva la ventaja sobre la moral de los paganos y de los filósofos racionalistas; porque es una moral que comprende á todo el hombre, y abarca todas sus

relaciones; porque es una moral superior al hombre y está fuera de la órbita á que se extiende su poder; porque es una moral que se escuda con una eficaz sancion y la única generadora del orden, enemiga implacable del vicio y madre llena de consuelos de la virtud.

Solo esta moral, que es la mensajera de las dulcissimas esperanzas en los lances mas críticos y tormentosos de la vida, ha podido inspirar á Corneille este diálogo sublime, que conmovió los corazones, excitó la admiracion y arrancó los aplausos.



*Félix.*  
Conducidle, soldados, y cumplida  
Sea ya la sentencia fulminada.  
*Paulina.*  
¿Adónde le llevais? dónde?  
*Félix.*  
A la muerte  
*Polinto.*  
A la gloria! 1

Solo esta moral, terrible azote del crimen, pudo dar á Racine los negros colores con que pintara el remordimiento en la espantable desesperacion de la incestuosa Fedra; aquella mujer que huye á sepultarse, para no ser vista, entre las sombras de la *noche infernal*, y que retrocede luego, porque allí está su padre, próximo á dejar caer de entre sus manos *la fatal urna*.

Esta moral que regocija al justo aun en medio del martirio, y hace temblar al malvado en los momentos

1 Estas últimas palabras son arrebadoras en el original frances.

*Pauline.*  
Où le conduisez-vous?  
*Felix.*  
A la mort.  
*Polineete.*  
A la gloire!

mismos en que apura con avidez, pero sin llegar á la saciedad, la dorada copa del placer, es la sola moral divina, la moral cristiana, la moral de la santidad, la moral de la civilizacion y del progreso, la moral de la fraternidad y de la libertad, la moral del hombre, la moral de la sociedad, la moral de la humanidad toda, la moral que ha regenerado, civilizado y salvado el mundo; es, en suma, por más que el autor de los *Bosquejos* la condene y la anatematice, la moral que de una manera sencilla, clara y accesible á las tiernas inteligencias de los niños católicos de México, compendia en su pequeño catecismo, el grande, el ilustre, el virtuoso, el sapientísimo jesuita Gerónimo Ripalda.

## EL CREDO.

## ARTICULO III.

Parvuli sunt etiam philosophi,  
nisi a Christo viri fiant.  
Los filósofos serán siempre niños,  
si Jesucristo no los hace  
hombres.  
Clemens. Alex. L. 6 I<sup>o</sup>. Strom.

Las reflexiones generales y gravísimas que hemos emitido hasta aquí sobre la moral que enseña el padre Ripalda, han puesto en claro, así nos lo parece, el hecho de que ella reconoce, como fundamento, un principio cierto que la antigüedad no pudo vislumbrar siquiera y que el racionalismo moderno aunque le vé, pues no puede aislarse ni sustraerse á la corriente benéfica que todo lo anima y vivifica, no le confiesa, sino que trata de esterilizarle, estrechando los inmensos espacios que abarca, ó bien desnaturalizando sus consecuencias. Así considerada su moral, se lleva la ventaja sobre todos los sistemas que se han inventado para explicar la necesidad que los hombres tienen de obrar precisamente en un sentido, aunque sus inclinaciones los arrastren á otra parte; y esto solo bastaría para darla la preferencia.

Cuando un conjunto es bello, hay que esperar orden, proporcion y belleza relativa en todas las partes que le componen; una vez que por más que se acumularan monstruos, jamás podría producirse el efecto de un hermoso cuadro.

La moral será sin duda lo que son los principios que la sirvan de base. Altos, sublimes y luminosos éstos; alta sublime y luminosa aquella.

Sobre cimientos de oro no se puede levantar un edificio de paja. Las leyes del buen gusto arquitectónico harían suponer que lo demás estaba formado cuando ménos de piedras preciosas. Tal sucede con la moral de que tratamos: oro son sus principios fundamentales, piedras preciosas las leyes todas de su código.

Con el fin de que esto se palpara, deseáramos examinar el catecismo cristiano, palabra por palabra; pero en la imposibilidad de hacerlo, y habiendo ofrecido que descenderíamos á puntos de pormenor, nos proponemos ahora decir algo de lo mucho que puede decirse sobre las varias partes que contiene, comenzando por la primera.

Antes de lo que debemos obrar, el padre Ripalda habla de lo que debemos creer; y esto no sin intencion, ni al acaso, sino porque ese orden es el rigurosamente filosófico. La razon del precepto, ántes que el precepto: el dogma, ántes que la moral.

Se quiere que el hombre obre de tal ó cual modo, que camine en esta ó aquella direccion; es fuerza inspirarle fe en la eficacia de la accion que se le exige, y más, si esta importa un sacrificio, sea cual fuere, de toda ó parte de su libertad. La fe humana, ya no digamos la divina que reducida á un grano de mostaza es capaz de trasladar de un lugar á otro, montañas gigantes, obra en quien la tiene cosas que parecen prodigios. Los treinta mil griegos no hubieran seguido á Alejandro, ni éste conquistado el mundo, si aquellos no hubieran tenido confianza en su Caudillo, y si el disci-

pulo de Aristóteles no hubiera abrigado una fe ciega en el buen éxito de sus atrevidas empresas. Si Colon no hubiera creído, el Nuevo Mundo permanecería oculto entre las ondas del Océano. Si Cortés hubiera dudado, habría quedado sepultado con la escasa falange de los suyos bajo las flechas de nuestros abuelos.

Los mismos enemigos de la fe en Dios, todos los días nos encarecen y ponderan la fe en el porvenir y en las conquistas de la razón. La fe está en la misma naturaleza de las cosas. No hay fenómeno interno ni externo, individual ni social que no lo demuestre. Si se quiere aniquilar la fe, comiencese por donde debe comenzarse, por el aniquilamiento de la especie humana, de la que es una necesidad, una condición de existencia y desarrollo.

Entre el dogma y la moral hay un lazo de unión imposible de romperse, y un parentesco tan cercano que por fuerza tienen que vivir unidos. El dogma es el por qué de la moral: el dogma es el principio, la moral su aplicación. Se encuentran entre sí como la causa y el efecto, como la teoría respecto de la práctica. Son eslabones de una misma cadena, solo que el primero, el dogma, no puede ser visto por los ojos, en razón de que está á una altura á que no llega el alcance de la visión, y el otro, la moral, está dentro de nosotros mismos.

Pueden compararse con propiedad: la moral, al río que corre por los campos, alegrándolos y llenándolos de vida, fecundando el germen de las plantas y presidiendo á su desenvolvimiento, refrescando las raíces de los árboles y acreciendo la savia que los nutre y que los conserva; y el dogma al manantial de que nace aquel

río, manantial oculto entre zarzas y malezas, y tal vez en el seno de las montañas, manantial que no vemos ni podemos ver; pero de cuya existencia estamos tan plenamente convencidos, como lo estamos del río, cuyo curso contemplamos, cuyos rumores oímos y cuyas aguas gustamos y bebemos.

El sistema de moral que comienza por la exposición del dogma, es un sistema que supone un profundo conocimiento del hombre y su naturaleza, tales cuales se hallan constituidos. ¿Qué importa que la inteligencia, limitada como es, no pueda penetrar rectamente en el fondo ni darse cuenta de cómo pueden ser los principios cuya creencia se le impone? El que no los comprenda ni pueda comprender, nada arguye contra su verdad. Por el conocimiento de lo conocido se llega al conocimiento de lo desconocido. La filosofía en sus investigaciones no hace ni puede hacer otra cosa. Si intentara conocer lo desconocido directamente, sin valerse de lo conocido, se empeñaría en un imposible. De lo visible nos elevamos á lo invisible, subiendo por la inmensa escala de sus relaciones necesarias. Así el humo que vemos nos induce á creer en la realidad del fuego que no podemos ver. Las cosas criadas son el argumento más luminoso de la existencia del Criador.

La necesidad de la moral que, gracias al cristianismo, conocemos, prueba la necesidad del dogma, cuya verdad altamente misteriosa no podemos comprender. Y de tal manera la prueba, que la existencia de la una sin la existencia del otro sería inexplicable. De suerte que, á quienes no aceptan el dogma, y sin embargo no se atreven á sacudir el yugo de la moral cristiana, á la que para evadirse de la nota de inconsecuentes, apelli-



dan *universal*, se les puede coger en el lazo que ellos mismos se tienden, y obligarlos, ó á negar toda moral, ó á confesar y reconocer el dogma. Pero ya tocáremos este argumento en el lugar que le corresponde.

Mas se dice que *la soberanía individual rechaza los dogmas, porque todo dogma es una voluntad ajena y toda soberanía quiere ser independiente.*<sup>1</sup> Ya se ha visto cómo la naturaleza del hombre en lugar de inspirarle aversión por los dogmas, le inclina á ellos en todos los actos de la vida práctica. Por otra parte, todo dogma es una verdad y no se puede decir que es una *voluntad ajena*, sino en el sentido en que quien está sobre toda soberanía, le impone á los entendimientos como objeto, no de su investigación, sino de su creencia. Y vendríamos á parar en que *la soberanía individual*, rechaza la verdad solo porque *quiere* y no porque deba ser *independiente*, sin más que porque una *voluntad ajena* la ha elevado á la categoría de precepto. No se reflexiona, y debiera reflexionarse, que la soberanía es para ligar pero no para conocer. La soberanía mandará y no será mandada, impondrá la ley y no consentirá que se le imponga; pero nunca podrá arrogarse facultades ni prerogativas propias de la inteligencia. Se puede rechazar tal cosa que se presenta como verdadera, porque sé es inteligente; pero jamás porque sé es soberano, así como se puede dar una ley porque se ejerce la soberanía, pero nunca solo porque se tiene entendimiento. La verdad ó falsedad de los dogmas, si se complican y mucho con los fueros de la inteligencia, son extrañas, enteramente extrañas á los pretendidos derechos de la so-

<sup>1</sup> *Federalista*, número 67.

*beranía individual*. Dígasenos, pues: rechazamos los dogmas porque la razón los repugna; pero no porque no place á la soberanía otorgarles el *exequatur*. En el primer caso discutiríamos y convenceríamos tal vez: en el segundo, solo nos queda el derecho de protestar contra la intrusa soberanía. A una voluntad, otra voluntad; á una potencia otra potencia. ¿Pero, señores controversistas, es este el terreno de la filosofía? ¿No mas bien os habeis colocado, sin quererlo acaso, en el territorio de un autócrata? Pensadlo bien.

Por lo demas, el árbol se conoce por sus frutos; y fruto del dogma católico es la moral cristiana. Gustémosla, y si place á nuestro paladar, no derribemos el árbol, solo porque no podemos descubrir la clase de jugos que le alimentan y las saludables cualidades que encierra. «Si la inteligencia dice que es conveniente observar sus preceptos, nada importa que no esté en su alcance comprenderlos.»<sup>1</sup>

Ya es tiempo de examinar si en esta parte del catecismo del padre Ripalda hay siquiera apariencias de inmoralidad. Para persuadir lo contrario bastaría recordar al autor de los *Bosquejos*, que el dogma se refiere á la creencia y no á la conducta: que tiene por objeto inmediato la verdad y no la virtud. Y aunque para nosotros los católicos ambas cosas deben caminar unidas, y lo están por sus relaciones necesarias, de hecho pueden encontrarse separadas la una de la otra. Con Montaigne reconocemos: *que el sello especial de nuestra verdad es nuestra virtud*; y vice versa, agregamos que el sello especial de nuestra virtud es nuestra verdad. Sin embargo,

<sup>1</sup> Rousseau. *Lettres écrites de la Montagne*, p. 30.

aunque difícil, no sería imposible dar con un hombre que obrase conforme con la moral, resistiendo someter su entendimiento á la fe en las verdades reveladas; así como habemos muchos creyentes que, reconociendo la bondad de la ley, la infringimos, observando una inconsecuente é irregular conducta. Creyendo se errará pero no se delinquirá.<sup>1</sup>

Concretémonos un poco mas. El credo es un resumen de las verdades fundamentales del cristianismo. Cada una de sus palabras es una luz: cada uno de sus conceptos un tesoro de verdades para los que buscan con humildad la verdadera sabiduría. En él aprendemos que hay un solo Dios todopoderoso, criador de todas las cosas, contra los politeístas, para quienes la primavera de sus huertos era un semillero de dioses.

*¡O sanctas gentes quibus hæc nascuntur in hortis numina;*

y contra Lucrecio y Epicuro que daban el atributo de la eternidad á la materia nacida con el tiempo. En él se nos enseña que pecamos, explicándose con este solo hecho, el origen de nuestra miseria, y el por qué de los sacrificios con que siempre se ha creído aplacar la Divinidad; que fuimos creados libres y de una naturaleza superior á los cuerpos, contra los que solo quieren ver en el hombre una máquina dispuesta en un admirable modo y trabajada con el esmero mas exquisito; que fuimos redimidos por un Dios dándonosos á entender así lo mucho que vale la humanidad, pues se necesitó, para rescatarla, de una sangre divina, sangre de

<sup>1</sup> Los católicos, creyendo jamas erraríamos, y no creyendo delinquiríamos. Este argumento, pues, se dirige contra los que opinan que la moral es una cosa independiente del dogma.

un valor y de un precio infinitos; que en el seno de la Iglesia todos somos miembros de un mismo cuerpo, unidos por los lazos de la caridad, y que una misma corriente de vida circula por nuestras venas; que somos inmortales; que resucitarémos; que se nos tomará cuenta de nuestras obras, las que serán premiadas, en los justos con una eternidad de purísimas delicias y en los pecadores, hasta el fin, con una infinidad de tormentos sin término. ¡Cuántas ideas de tan alta importancia fijadas! ¡cuántos problemas resueltos! ¡cuánta profundidad! ¡cuánta ciencia! ¡cuánta filosofía en tan cortos renglones!

«Para apreciar, dice un sabio catequista, lo que hay de sublime en la sencillez del símbolo católico, adviértase cómo traza á largos rasgos la historia del hombre y del mundo; adviértase además que cada uno de sus artículos reduce á polvo una multitud de sistemas absurdos soñados por los filósofos gentiles, sobre Dios, el hombre y el mundo y renovados con tan poca vergüenza por los filósofos modernos, y finalmente, que cada palabra es un rayo de luz que desvanece parte de las tinieblas en que la razón estaba envuelta desde el pecado original, y la reunión de todos estos rayos luminosos forma el sol de la verdad ante el cual desaparecen todos los errores, como las sombras de la noche ante el astro del día.»<sup>1</sup>

Esta es la verdad. Al símbolo cristiano se debe el que la humanidad se haya despojado de las mantillas de cuarenta siglos, y que hubiera puestose en pié y dado los primeros pasos, para poder en seguida emprender esa luminosa carrera de conquista en conquista, de per-

<sup>1</sup> Gaume. Catecismo de Perseverancia.

feccion en perfeccion y de progreso en progreso. Obsérvese la fisonomía de las sociedades modernas, y se verá que los rasgos mas hermosos y los mas artisticos lineamientos que las distinguen de las antiguas, han sido trazados conforme á los principios de esa nueva ciencia, conforme á las reglas de ese nuevo arte. La antigua fealdad moral ha ido desapareciendo poco á poco en fuerza de la contemplacion de esa belleza ideal, inexplicable y misteriosa; pero no por eso ménos real y positiva.

Y cuando está es la verdad, no comprendemos los cargos que se formulan, ni las *tremendas responsabilidades* que se hacen pesar sobre el padre Ripalda, solo porque comenzó su catecismo con esa doctrina que veia, encarnada, por decirlo así, en todo lo grande, lo maravilloso y respetable que le rodeaba, esa doctrina que no pudo ser creacion del hombre; pero cuya sola creencia basta para engrandecerle.

En efecto, caso de creerse *inmoral* esa doctrina, levántese el grito contra su verdadero autor, si se quiere parecer justo. Es necesario no acometer al débil cuando el fuerte es el que provoca nuestras iras.

El credo del padre Ripalda, no es mas que el simbolo de fe que los Apóstoles formularon, para reconocerse en donde quiera que se encontrasen, el dia en que con el fin de llenar la mision divina que se les habia confiado, resolvieron extenderse por todo el mundo. Una tradicion constante y universal se los atribuye; tradicion que confirma el hecho históricamente cierto de que el simbolo fué conocido y aceptado por la Iglesia desde los primeros siglos.

Todavía mas: ni los mismos Apóstoles deben respon-

der, sino que debe llamarse ante el tribunal de la razon humana, á Jesucristo y al mismo Dios, pues las verdades del símbolo están consignadas en las Escrituras del Nuevo y del Antiguo Testamento; y todo el trabajo de los Apóstoles, consistió en reunir los preceptos mas necesarios para la salud del hombre, dispersos en varios lugares, encerrarlos bajo una fórmula sencilla que pudiese mas fácilmente encargarse á la memoria de los creyentes. <sup>1</sup> Tal vez sin esto hubiera sido mas ardua la nueva enseñanza, madre de la civilizacion y de la ciencia, con que la filosofia moderna, nuevo grajo de la fábula, se pretende ahora engalanar.

Jesucristo, Dios, ó los Evangelios cuando ménos, no el padre Ripalda, deben ser el objeto de tanta saña. ¿Por qué entónces cebar en este último, que no tuvo sino la *desgracia* de creer en la palabra del Altísimo, enconos tan profundos? ¿Cuál es el secreto de este modo de conducirse? ¿Cuál el oculto fin de tan extraña tácti-

<sup>1</sup> Ponemos aqui los varios artículos del Credo, y los textos relativos de las Escrituras, en comprobacion de lo que acabamos de asentar.

1.º Creo en Dios Padre Todopoderoso, criador del cielo y de la tierra.

*Deut. XXXIII. 6. Gén. I. 1.*

2.º Y en Jesucristo su único Hijo, Señor nuestro.

*S. Lúc. I. 31. 32.*

3.º Que fué concebido por obra del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen.

*S. Lúc. I. 35.*

4.º Padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fué crucificado, muerto y sepultado.

*S. Lúc. XXIII.*

Estos hechos históricos, además constan por el testimonio de los historiadores profanos.

*Tácito. Annal. Lib. XV. Apol. c. 21.*

5.º Descendió á los infiernos y al tercero dia resucitó de entre los muertos.

*S. Mateo. XIII. 40.*

*S. Lúc. XXIII. 43. XXIV. 6.*

ca? Cosa fácil es dar con el secreto, sencilla cosa es adivinar el fin. Se desea descatalogar poco á poco, y se empieza por desconceptuar la doctrina católica, atribuyéndola á los hombres. Sendas tenebrosas deben de seguir por fuerza los que quieren arrastrarnos á un abismo de tinieblas.

Si fueran francos y dijeran: «la doctrina de Jesucristo, de Dios, consignada en los Evangelios, es una doctrina retrógrada, es una doctrina inmoral,» no alcanzarían su fin: ellos mismos se obstruirían el camino y le erizarían de obstáculos insalvables. La cuna sería el sepulcro de su propaganda. Diez y nueve siglos se levantarían y confundirían á los temerarios y aplastarían á los insensatos. La civilización, armada de vengadores rayos les haría bajar la cabeza y ocultarla en el polvo, y una rechifla universal haría brotar á su rostro todos los colores de la vergüenza.

Esto, por lo que mira á ellos, los maestros; por lo que mira á los discípulos que tomaran sus lecciones, al

6.º Subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso.

S. Luc. XXIV. 51. 2. Ephes. L. 20. 22.

7.º Desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.

S. Mateo. XXV. 30. 31. 32.

8.º Creo en el Espíritu Santo.

S. Mateo. XXVIII. 19. I. S. Juan. V. 7.

9.º La santa Iglesia católica, la comunión de los santos.

S. Mateo. XVI. 18. Ep. ad. Rom. XII. 4. 5.

10.º El perdón de los pecados.

S. Mateo. XVI. 19. S. Juan. XX. 22. 23.

11.º La resurrección de la carne.

S. Juan. V. 28, 29. I. Cor. 15. 51.

12.º Y la vida perdurable.

S. Mateo. XXV. 46.

Advertimos, que sobre cada uno de los artículos, no solo un texto pudiera citarse, pues abundan en las Escrituras, principalmente en los Evangelios y en las Epístolas; pero los citados bastan para la demostración.

escucharlas por primera vez, sus escuelas quedarían desiertas y no responderían á su voz mas que los ecos de los muros del nuevo Peripato. No serían oídos ni creídos, sino mirados con desconfianza y con desden; y su *grande obra* vendría á dar testimonio de su grande impotencia y de su nada.

Todo esto y mas acontecería: tan difícil es al hombre poner la mano, allí donde Dios ha puesto su dedo omnipotente: tan peligroso es derribar el edificio construido por Jesucristo; y tan temerario hablar de moral despues que de moral ha hablado el Evangelio.

Los filósofos que quieran merecer bien de la humanidad, es preciso que combatan hoy bajo la bandera católica y que proclamen en voz alta las sublimes verdades del símbolo cristiano. Con Jesucristo, si quieren ser *hombres*; contra Jesucristo, si desean ser eternamente *niños*.

## LOS MANDAMIENTOS.

### ARTICULO IV.

En los mandamientos es verdaderamente donde debemos buscar esa monstruosa *inmoralidad* que se atribuye al catecismo del padre Ripalda, pues esta parte de su doctrina es la que establece la norma de la conducta y la regla invariable de los actos humanos. Pero de seguro que es donde ménos podemos abrigar el temor de encontrarla, ya fijemos los ojos en el conjunto de su maravillosa síntesis, ya examinemos sus elementos infinitésimos por medio del análisis más escrupuloso. Más fácil sería encontrar metales baladíes en una masa de oro pasado cien veces por el crisol, y gérmenes inmundos en las más limpias aguas del más puro manantial, que en los mandamientos algo que enfermase y corrompiese los espíritus.

Mientras más se estudian y profundizan, mayores son los efluvios de luz en que se va sumergiendo la inteligencia; así como mientras más se penetra en las entrañas de la tierra son más cristalinos y copiosos los veneros que brotan.

La costumbre de ver el sol todos los días nos le hace familiar, y le admiramos ménos que al errante cometa que rara vez aparece en el horizonte. Nuestra in-

diferencia habitual, respecto de los prodigios de que estamos siempre siendo testigos, no es un argumento que los rebaje y los empequeñezca.

La ley de Dios es la leche de la infancia cristiana y el pan de las otras edades hasta la decrepitud, que abre las puertas del sepulcro. Extrañaríamos su falta y echaríamos de ménos la vida que nos comunica, si ensayáramos vivir sin ese alimento celestial.

Y con todo, esa ley que es nuestra vida es la que se presenta con ménos aparato, siendo la más espléndida y magnífica de todas las leyes. Todo lo comprende; y sin embargo, puede reducirse á solo dos palabras: «amar á Dios.» Y ¡qué palabras! *Amar*, es decir, lo que es más dulce, suave y regalado para el corazón: *Dios*, es decir, lo que más ennoblece, eleva y sublima el entendimiento humano. Esa ley es sin duda divina, porque solo Dios ha podido hacer del amor y de su nombre agosto, un yugo, el más ligero de todos los yugos.

El peso con que abate nuestra cerviz es el de nuestra congénita indocilidad.

Basta comparar: los mandamientos del padre Ripalda, no son más que los mandamientos del Decálogo, tal cual fué promulgado en el Sináí y explicado y comentado por Jesucristo. Lo que se diga de los primeros, queda dicho de los segundos.

¿Quién puede afirmar del Decálogo que es inmoral? ¿Quién hay que pueda atreverse á tanto? ¿Háse imaginado por los hombres cosa más grandiosa y más sencilla, más sublime y más á la medida de todas las inteligencias, más compendiada y más universal, más en pugna con las depravadas inclinaciones de la naturaleza y más en consonancia con las nobles é íntimas aspira-

ciones del corazón? El Decálogo en el bien que manda da la vida, y en el mal que prohíbe libra de la muerte. Es para el individuo una doble armadura de hierro que no se quiebra, ni se rompe, ni se funde. Una verdadera egida de seguridad. Su persona es inviolable porque no es lícito matar; es inviolable la persona que con él forma una carne, porque están anatematizados el adulterio y la fornicación. La garantía de su propiedad, el título de su propiedad son santos, porque sobre toda garantía y sobre todo título se han grabado en un sello de oro estas palabras del séptimo precepto: *no hurtarás*; y ni su honra ni su honor quedan sin defensa, porque se ha puesto una mordaza á la mentira y un valladar á la calumnia. El Decálogo, las diez palabras, traducen del lenguaje divino al lenguaje humano, el pensamiento de la creación; y son, si se examinan, los artículos constitutivos de cada sociedad y de todo el mundo.

Si los mandamientos del padre Ripalda, si el Decálogo es inmoral, es preciso buscar la moralidad en las máximas contrarias; y veamos lo que resulta. Lo primero, que no amar á Dios es una virtud: que la idolatría y la blasfemia son dignas de alabanza; que entre el Criador y la criatura debe levantarse una muralla de separación y establecerse una rivalidad y un antagonismo sacrilegos, contra los que toda naturaleza y toda razón y todo sentido común, se sublevar y protestan de concierto. Esto por lo que mira á Dios; por lo que mira á los hombres, se deberá creer lícito y honesto el menospreciar, escarnecer y llenar de oprobio á los autores de nuestro ser: el que segase mas existencias estaría mas cerca de la perfección: el que respetase menos la propiedad ajena, mas próximo á la santidad, y

el que se entregase con menos reserva á los placeres, mas inmediato á la Divinidad, centro de toda perfección, de toda santidad y de toda pureza. Conforme á esta moral, Proudhom, el de las blasfemias satánicas, debía de ocupar el puesto de San Francisco de Sales; el de los ardientes amores, y el de Santa Teresa de Jesús, la de los éxtasis y místicas elevaciones: Neron, heridor del vientre de su madre Agripina, debía ser el modelo de los buenos hijos; Tropman, derramando la inocente sangre de una familia entera por el cebo de una mezquina fortuna, el tipo de la mansedumbre, de la caridad y de la filantropía. Las Cleopatras, las Mesalinas y las Berenices, deberían ceñirse las coronas de rosas de las Susanas, de las Catalinas y de las Cecilias; y la licencia cínica de los Epicuros y de los Sertorios, ser honrada sobre la virtud heroica de los Franciscos de Asís, de los Tomases de Aquino y de los Luises de Gonzaga.

La sociedad, ¿qué sería la sociedad? Si de repente bajasen de las montañas y abandonasen sus cavernas los furiosos leones, los sanguinarios tigres, los hambrientos lobos, los osos lúbricos y lascivos y las zorras maliciosas y pérfidas, y se entregasen á la satisfacción de sus innobles y feroces instintos, habría menos que temer de todos ellos que de los hombres que viviesen conforme á semejante moral.

Pero parece que la filosofía no quiere caminar tan lejos, aunque no reflexiona que, cuando se anda de prisa y es pendiente la senda, no es fácil detenerse, sino hasta no tocar el fondo del abismo. Ella dice por uno de sus órganos: <sup>1</sup> «La parte moral de la religion, se redu-

<sup>1</sup> D. Ignacio Ramirez.

ce en esa obra (el Catecismo del padre Ripalda) á los mandamientos: esto y *mucho mas*, están al alcance de todos los hombres en los pueblos donde figuran leyes sociales y criminales medianamente practicadas: existen ciertas prohibiciones que no son reveladas por Moisés, sino impuestas por la naturaleza.» Si no entendemos mal, las anteriores palabras suponen la verdad de que los mandamientos del catecismo cristiano son buenos, y por lo mismo que en ellos nada hay que no sea moral; pero se niega la necesidad que hay de que se enseñen á pesar de su bondad y su moralidad, bastando para aprenderlos, una cosa mas sencilla, pues sencillo, sencillísimo es hacer el estudio de ellos en los códigos civiles y criminales, fuera de que la naturaleza en este particular no permanece ociosa.

Pero haciendo á un lado la dificultad de que los niños hiciesen un estudio de las leyes civiles y criminales, estudio que, de paso dirémos, presenta obstáculos á los mismos adultos que por otra parte cuentan con un tesoro de conocimientos adquiridos; y pasando en silencio la duda que nos asalta acerca de que la naturaleza por sí sola bastase para ilustrarnos en puntos tan capitales, creemos que se incurre en un error, suponiendo que esas leyes, tales como existen, no tengan ni hayan tenido nada que ver con el Decálogo, ni con la religion, siendo así que toda su bondad, toda su moralidad la han sacado de aquellos dos manantiales de orden y de sabiduría.

En efecto, los códigos de las sociedades de este lado de la cruz, son lo que son, no debido al solo trascurso de los tiempos, ni á los progresos mas ó ménos reales de esa brillante filosofia que se cierne con aire de des-

den y movimientos de vanagloria en el cielo de sus conquistas, sino á pesar del tiempo cuyo paso nada significa, y de la filosofia cuyos descubrimientos poco valen.

Examinad, si quereis ser verdaderos filósofos, lo que hay de aceptable en las leyes humanas, lo que hay de razonable en las abstracciones empiricas de los grandes investigadores de la verdad, y os sorprenderá encontrar que nada nuevo contienen, y que todo lo que aceptais y juzgais de acuerdo con la razon, está comprendido en la ley y en las revelaciones cristianas.

Admirais esas leyes, admirais esos descubrimientos, pero permanecéis mudos al remontaros al núcleo que les sirve de centro, al gérmen de donde han tomado la fecundidad. Admirais las hojas, cuya verdura eterna os seduce, y no los frutos ni mucho ménos el árbol.

*Miraturque novas frondes et non sua poma.*

Después que las leyes del Decálogo se han promulgado y explicado y comentado, se repara en que son tan claras y conformes con la naturaleza, que ésta es la mejor maestra para enseñarla sin necesidad de libros. La verdad positivamente, por mas oculta que haya permanecido, en el instante en que se nos descubre, parece que ya la poseíamos desde que pudimos comprender. Tal es la armonía que guarda con la inteligencia, que se indentifica, se confunde y se asimila á ella, con una fuerza de cohesion, permitasenos la frase, que la creamos parte integrante y necesaria de nuestro espíritu.

Cuando á esta circunstancia se une el hábito, difícilmente nos podemos persuadir de que alguna vez haya sido ignorada, por cuanto á que la costumbre forma

una segunda naturaleza; y tal vez, como dice Pascal, la naturaleza no sea mas que una primera costumbre.

Pero en realidad, esta propension que parece ser natural, solo viene á probar la verdad de lo que conocemos, pues la historia da testimonio de que conocimientos que hoy juzgamos naturales, hubo tiempo en que no se encontraron, ya no digamos en todas, pero ni aun en las mas elevadas inteligencias.

¿Y se dirá todavía, no se enseñen los mandamientos, pues no necesitan enseñarse verdades que todos los hombres traen grabadas en el corazon desde que nacen? ¿Sabéis hasta dónde retrocederíamos? Quedariamos entonces abandonados á nuestras inspiraciones propias, abandonados en realidad al error; pues aun cuando nos quedase alguna verdad, no pudiendo distinguirla de la que no lo era, perdería gran parte de su fuerza y de su eficacia.

Pero es preciso demostrar con hechos, que esto que ahora vemos como natural, no ha sido visto siempre de la misma manera; puesto que millares de generaciones de igual naturaleza que nosotros, no alcanzaron á conocerlo.

Expongamos en compendio la moral de los mas grandes filósofos de la antigüedad, inteligencias poderosas por sus alcances, pero débiles y enfermas porque no contaban con la fuerza y la vida que animan hoy al mundo ilustrado por el Evangelio. Comencemos por las

*Leyes del segundo Zoroastro.*

«El tiempo sin límites é increado es el criador de todo. La palabra fué su hija y de su hija nació Ormus, dios del bien, y Arimhan, dios del mal. Invoca al toro

celestial, padre de la yerba y del hombre.—La obra mas meritoria es cultivar bien su campo.—Ora con pureza de pensamiento, de palabra y de accion.—La ley castiga al ingrato.—Enseña el bien y el mal á tu hijo á la edad de cinco años.—Muera el hijo que por tres veces haya desobedecido á su padre.—La ley declara impura á la mujer que pase á segundo matrimonio.—Castiga con varas al falsario.—Desprecia al mentiroso.—Al principio y fin de año guarda diez dias de fiesta.»

*Leyes de los Indios.*

«El mundo es Vichenú. Todo lo que ha sido es él, todo lo que es, es él, todo lo que será, es él.—Hombres sed iguales.—Ama la virtud por sí misma; renuncia el fruto de tus obras.—Mortal, sé sabio y serás fuerte como diez mil elefantes.—El alma es Dios: confiesa las faltas de tus hijos al sol y á los hombres y purificate en el agua del Ganges.»

*Leyes de los Egipcios.*

«Cnef, dios universal, tinieblas desconocidas, oscuridad impenetrable.—Osiris es el dios bueno, Tifon el dios malo.—Honra á tus parientes.—Sigue la profesion de tu padre.—Sé virtuoso; los jueces del Jago pronunciarán despues de tu muerte acerca de tus obras.—Lava tu cuerpo dos veces al día y otras dos á la noche.—Mantente con poco.—No reveles los misterios.»

*Leyes de Minos.*

«No jures por los dioses.—Hombre jóven, no examines la ley.—La ley declara infame á cualquiera que no tenga amigo.—La mujer adúltera sea coronada de



lana y vendida.—Vuestras comidas sean públicas, vuestra vida frugal y vuestros bailes guerreros.”

*Leyes de Solon.*

“Muera el hijo que no procura enterrar á su padre, y asimismo el que no lo defiende.—El templo sea entredicho al adúltero.—El magistrado borracho beba la cicuta.—Muera el soldado cobarde.—La ley permite matar al ciudadano que se mantenga neutral en medio de las disensiones civiles.—El que quiera morir dígalo al Arconte y muera.—Muera el sacrilego.—Esposa, guía á tu esposo ciego.—El hombre sin costumbres no podrá gobernar.”

*Leyes de Pitágoras.*

“Honra á los dioses inmortales, segun están declarados por la ley.—Honra á tus parientes.—Haz lo que no aflija tu memoria.—No permitas sueño á tus ojos hasta examinar tres veces en tu alma las obras del dia.—Pregúntate: ¿dónde has estado? ¿qué has hecho y qué debias hacer? De este modo, despues de una vida santa y despues que tu cuerpo vuelva á los elementos, quedará inmortal é incorruptible sin poder jamás morir.”<sup>1</sup>

Esta es la moral que la sabiduría antigua, ayudada de todas las tradiciones, pudo formular. Hagamos de todas sus máximas un cuerpo: reunamos lo que tienen de bueno y de razonable, con el fin de formar un todo que no sea monstruoso ni incoherente, si esto es posi-

<sup>1</sup> Se omiten las leyes de Licurgo por ser las mismas de Minos.

ble, y comparémosle en seguida con el Decálogo. ¡Qué superioridad tan inmensa! ¡Qué distancia tan infinita!

El mismo Platon, cuya moral hemos omitido, porque jamas sus leyes se practicaron; ese Platon, llamado por antonomasia *divino*, y de quien se ha dicho que es el *prólogo humano del Evangelio*, ¿en cuántos errores no incurrió con su razon virgen y su mirada de águila? *La comunidad de las mujeres; el aborto de la que hubiere concebido ántes de los cuarenta años; la inmolacion de los hijos mal constituidos, incurables ó nacidos sin autorizacion de la ley; la proscripcion de todos los extranjeros y la esclavitud*, formaban las bases de su bella república.

La antigüedad pagana, por boca de sus filósofos mas eminentes, pone de manifiesto lo que pudo, en orden á la moral, su razon y lo que en ese mismo orden aprendiera de la naturaleza: ¡cuán limitado fué su poder! ¡cuán mezquino su aprendizaje!

El dia en que se dejasen de enseñar las doctrinas salvadoras del cristianismo, y principalmente los tutelares preceptos del Decálogo, volveriamos á recobrar poco á poco el poder antiguo, y á sujetarnos al magisterio de la naturaleza. ¿Y en ello perderiamos ó ganariamos? Respóndase con franqueza.

Comprendemos muy bien que haya quien desee para sí el genio de Platon, y la robusta inteligencia de Pitágoras; pero no habria uno solo de los modernos que se resolviese á trocar el tesoro de las verdades que conoce, merced á la influencia cristiana, por los sublimes delirios y elevadas lucubraciones de aquellos gigantes.

Deciamos que todas esas leyes morales de la antigüedad, juntas, no podian ponerse en parangon, ni sostener el paralelo con el Decálogo ó con los manda-

mientos que enseña el padre Ripalda. Ahora agregamos más, ni con una sola de sus máximas, pues cada una encierra en su unidad fecundísima, multitud de verdades sublimes. Cada una de por sí, es un venero de sabiduría, y todo un sistema filosófico. Veamos cómo esto es cierto, por más que se resista á los entendimientos poco reflexivos. Fijémonos en este primer mandamiento: «*Amar á Dios sobre todas las cosas.*»

He aquí, en primer lugar, fijada en los términos mas absolutos la existencia de Dios y su unidad: el género de honor y de culto que le debemos las criaturas, sus perfecciones infinitas y sus infinitos atributos. Si hemos de amarle sobre todas las cosas, es amor de todos los amores, el amor infinito; si hemos de amarle sobre todas las cosas, debemos amarle sobre toda belleza, sobre toda sabiduría, sobre todo poder, sobre toda santidad, sobre toda bondad, sobre toda misericordia, sobre toda justicia, sobre toda grandeza, sobre todo fin y sobre todo principio; y por lo mismo, Él es belleza, sabiduría y poder infinitos, es santidad, bondad, misericordia, justicia y grandeza infinitas, principio sin principio y fin sin término de sí mismo y de todas las cosas. ¡Cuánta luz en uno solo de los rayos de esa resplandeciente lámpara, que Dios quiso colgar en el cielo de las conciencias para disipar las sombras de muerte que el mundo moral yacía sepultado! ¡Y queremos cerrar los ojos de la niñez para que no vean tanta belleza, ni entiendan tanta sabiduría! ¿Qué aprenderían ellos solos? Si eran unos genios, podrían entrever en medio de la oscuridad una chispa que seria su tormento y desesperación, por cuanto á que ella les anunciaba la existencia del gran astro sin Oriente y sin Ocaso, cuyos eternos res-

plandores no podrian nunca penetrar en sus enfermedades inteligencias. Pero si no eran genios, ¡desgraciados! les arrancábamos un bien que los hace ricos en saber y en esperanzas, un tesoro que los hará mas ricos todavía, en delicias inefables é imperecederas venturas.

No seamos crueles. El autor de los *Bosquejos* lo ha sido, queremos creer que por ligereza, su auxiliar en la controversia, por falta de consecuencia y de prevision. Reflexione el primero, y retirará su anatema: sea lógico y previsor el segundo, y no querrá que se prive á la niñez de tan útiles y saludables enseñanzas. Y entiendan los dos que: «En moral solo el Evangelio es siempre seguro, siempre verdadero, siempre único y siempre semejante á sí mismo.»<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Rousseau. Letres écrites de la Montagne, p. 30.

## ORACIONES.

## ARTICULO V.

Desde Sócrates, que pensaba que «debíamos pedir á los dioses inmortales que nos diesen solo cosas buenas, porque únicamente ellos saben lo que nos es útil, y nosotros solicitaríamos muchas veces cosas que nos seria funesto obtener,»<sup>1</sup> hasta Julio Simon, que reconoce que «la oracion, mejorando nuestra alma, ocupándola de Dios, elevándola hácia él, presentándonos bajo una viva y conmovedora imágen, los deberes que tenemos que llenar, nos hace amable el trabajo y fáciles la esperanza y la resignacion,»<sup>2</sup> se ha considerado que ella es una necesidad de la naturaleza humana y uno de los homenajes debidos á la Divinidad.

La oracion es el escudo, y el arma de los débiles y la fuerza y aliento de los fuertes. «Es al alma lo que el alma es al cuerpo. Y así como el cuerpo separado del alma cae bajo el imperio de la muerte y de la corrupcion, así tambien el alma viene á ser presa del vicio y de la muerte, tan luego como pierde el deseo de rogar á Dios, de servirle, de tributarle los honores que la criatura debe al Creador.»<sup>3</sup>

1 Máximo Valerio, De Dictis aut factis sapientium. VII. 1.

2 Jules Simon. La Religione naturelle.

3 S. Juan Crisóstomo. Hom. LXVIII.

El que ora medita de continuo en la Suprema belleza, y no es posible meditar en ella sin amarla, ni amarla sin doblar la cerviz á la ley del amor, sin practicar todos y cada uno de sus mandamientos. El que ora se desprende de la materia y se aproxima con la voluntad al Sumo bien y le contempla con el entendimiento; y no es posible estar tan cercano, sin participar de los beneficios que encierra, ni contemplarle sin hacerse cada día más perfecto. Por esto se ha dicho y con gran filosofía, que: «El privilegio de ser bueno, justo, caritativo, la gloria de poseer la libertad por el heroismo de la virtud, pertenece, corresponde de derecho á aquel que empapa y vuelve á empapar su espíritu en la oracion; y que el impío que nunca levanta sus manos suplicantes hácia el cielo, es el esclavo de los vicios más abominables.»<sup>1</sup>

En un código moral, pues, si éste código está conforme con la razon eterna que se refleja en la naturaleza de las cosas, debe en seguida de la ley, cuya práctica nos hace buenos y nos perfecciona, figurar la oracion, que nos facilita la práctica de la ley, poniéndonos á todas horas frente á frente del fin á que por su medio caminamos, y de la perdurable felicidad con que nuestra sumision á ella nos será recompensada.

Seria imposible la práctica de la ley, si clavados siempre los ojos en la tierra y adherido nuestro corazon á los goces pasajeros, pero insinuantes y conmovedores con que nos brinda, nunca viéramos más allá ni pensáramos en otras satisfacciones más completas. La oracion nos hace ver más allá, es como el telescopio es-

1 San Juan Crisóstomo. Hom. citada.

piritual, con cuyo auxilio descubrimos regiones lejanas y venturosas que se ocultan á la simple vista de los mortales.

Hé aquí la razon por qué el catecismo del padre Ripalda, que en esto, como en todo, sigue al Evangelio, al exponer su moral á los niños cuyas tiernas inteligencias, merced al arte con que compendia, no abrumba; pone despues de los mandamientos, las oraciones, es decir, las fórmulas breves y elocuentes, sencillas y sublimes, bajo las que la criatura debe hacer á su Creador la exposicion de sus necesidades y la demanda de los bienes á que aspira, y el remedio de los males que le afligen ó le amenazan.

Y se preguntará todavía con énfasis hurraño y desdenoso, «¿qué importa á la sociedad el Padre Nuestro, la Salve y la peregrina explicacion de los pecados veniales?»<sup>1</sup> Y se concluirá con este epifonema sentencioso: «El mundo para marchar no ha esperado al padre Ripalda?»<sup>2</sup> ¡Pobre racionalismo, miope en su infancia, miope en su edad viril, y verdaderamente ciego en su decrepitud!

Importan á la sociedad, lo que importan al individuo; importan el fácil cumplimiento de la ley que hace hombres honrados y buenos ciudadanos; importan la perfeccion de cada uno, con la cual se hace más asequible la perfeccion de todos; importan el mejoramiento de las partes, sin el cual seria un delirio llegar al mejoramiento del conjunto. Importan, finalmente, para los dos, la virtud, la libertad y la justicia. Si esto parece poco, podemos agregar que importan todo lo que pudiera

<sup>1</sup> *Federalista*, número 67.

<sup>2</sup> *Idem*.

creerse útil y conveniente, necesario y hasta supérfluo, para que el uno y la otra pudieran cumplir con sus destinos.

Es cierto que el mundo para marchar no ha esperado al padre Ripalda; pero tuvo que esperar al Evangelio que le iluminó las sendas tenebrosas, en que, á semejanza de la mujer de Lot, estuvo mucho tiempo convertido en estatua; le abrió los ojos para que viera, y le desató las cadenas que ligaban sus piés para que caminara. Por esto precisamente el padre Ripalda no hace mas que copiar el Evangelio.

Pero seamos un poco mas condescendientes y descubramos al paso algo de lo mucho que importan al hombre y á la sociedad, las divinas palabras de *la oracion dominical*. Estas palabras: «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre,» importan al hombre, por lo que mira á Dios, la confesion abnegada de su dependencia absoluta; y por lo que mira á los demas hombres, la posesion de ese principio de fraternidad universal que la filosofia racionalista con tan sin ninguna vergüenza y tan poco decoro se atribuye. Importan á la sociedad en sus relaciones con el Legislador Supremo, el reconocimiento del altísimo poder á que está sometida, y en sus relaciones consigo misma, la razon de su sér, y el titulo de su legítima accion sobre los miembros que la componen. Importan además al hombre y á la sociedad juntamente, lo que la gratitud al beneficiado, es decir deseos de que sea enaltecido y glorificado el bienhechor siempre y en todo lugar y por todas las criaturas. Importan al hombre estas otras: «venga á nos el tu reino,» la salud y felicidad eternas á que aspira constantemente, y á la sociedad el bienestar y prospe-

ridad temporales que no puede darse á sí propia y de que tanto necesita, para que sus elementos no se corrompan, sino que se mejoren y desenvuelvan. Las palabras «hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo,» importan al uno y á la otra la conservacion del orden general á que está vinculado el bien particular de todos y cada uno de los seres, y el reinado de la justicia, que es el verdadero pan de vida de los individuos y de los pueblos; así como los que siguen importan el reconocimiento de su poca valía, una vez que no se bastan á sí mismos ni para la satisfaccion de las necesidades físicas, pues para conservarse es fuerza que el prodigio de la creacion se esté renovando cada instante por medio del pan cotidiano ó *principal* que, cual otro maná, hace llover sobre la tierra la mano de la Providencia. «Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores:» cuánto no importan estas palabras al hombre! Él obra la justicia y la caridad, perdonando las ofensas que recibe; y pide que la justicia y la misericordia divina obren en él, absolviéndole de las suyas. Así establece una corriente que, despues de abrasar todos los corazones con el fuego que nuevo Prometeo arrebata de los cielos, vuelve á subir en llamas vivas á sus alturas. En cuanto á la sociedad, importan nada ménos que su grandeza ó su abatimiento, su elevacion ó su caida.

Si Francia hubiera perdonado, se le habria perdonado; y el tremendo azote no haria sangre aún en su cuerpo lacerado, desorganizado y casi descompuesto; habria sido ensalzada y no humillada, vencedora y no vencida; pero no perdonó ni perdona, no pidió ni pide perdón todavía, y ahí teneis á la primogénita de la civilizacion,

á la palanca del progreso, á la árbitra de la paz y de la guerra, á la señora de la victoria, entregada á todos los desmanes de la barbarie, con la deshonra en el corazon y la vergüenza en la frente, degradada y envilecida, hecha una furia que á sí misma se devora las entrañas, convertida en una bacante que rie con la barreta y con la tea, con el puñal y con la guillotina. ¡Pobre Francia!

Parece que importan algo á la sociedad las palabras sublimes y conceptuosas de esa oracion que no compuso el padre Ripalda, ni inventó siquiera la Iglesia, sino que fué dictada por los lábios de Jesucristo, que valia cuando ménos, un poco más, es decir infinitamente más que el Sr. Ramirez y que su discipulo el autor de los *Bosquejos*.

Pero vamos, señores filósofos, habeis desbarrado por dejaros arrastrar del prurito de calumniar á los moralistas católicos. ¡Por Dios! sed alguna vez lógicos y consecuentes. Vosotros sois partidarios concienzudos, se entiende, de la religion natural, como lo sois de la moral universal, como no podeis dejar de serlo del libre exámen y del racionalismo; admitis un culto, porque cuando ménos admitis una religion que suena y significa lo mismo. Como ni sois gentiles, ni indios, ni mahometanos, ni protestantes, ni católicos, el culto que admitis no puede ser ni el del paganismo, ni el del budhismo, ni el del mahometismo ni el del protestantismo, ni el del catolicismo. Vuestro culto es el único que admite la filosofía racionalista; ¿y sabeis cuál es éste? es nada ménos que el culto de la oracion. ¿Qué os queda si insistís en desconocerlo? “Un vacío inmenso cuyo pensamiento agobia el alma y la desespera.”<sup>1</sup> Por eso uno de vuestros hermanos, Julio

<sup>1</sup> P. Daniel. La Morale philosophique avant et après l'Évangile.

Simon ha escrito que: "La necesidad de la oracion es tan real, que ella arroja cierta especie de descrédito sobre toda filosofia cuyos principios destruyen la posibilidad del culto y de la oracion. Se siente instintivamente que una filosofia sin Dios, ó con *un Dios que no nos oye*, no tiene razon de ser. Ella nos rehusa precisamente lo que le pedimos con preferencia á toda otra cosa."<sup>1</sup> Pero nada extraño es que incurrais en tamaño absurdo; cuando ese mismo Julio Simon, cuyas palabras (las citadas) hacen honor á su razon y comprometen su buena fe, despues de poner por epígrafe al capítulo que trata de *la oracion* este pensamiento de Jesucristo: "Porque todo aquel que pide, recibe: y el que busca, halla: y al que llama se le abrirá," acaba por adoptar este otro de *la profesion de fe del Vicario sabyardo*. "Yo converso con Dios, penetro todas mis facultades de su divina esencia: bendigo sus dones; pero no oro: ¿qué le pediria yo." Esto es entender las cosas, como vosotros las entendeis: justificar la verdad sin perjuicio de desconocer su fuerza: ensalzarla para calumniarla en seguida. Con razon decia Voltaire que es el dios de los racionalistas, al mismo tiempo que su pesadilla que: "Desde Thales hasta los más quiméricos charlatanes y sus plagiarios, no hubo ningun filósofo que influyese ni siquiera en las costumbres (se entiende las buenas) de la calle en que vivia." Por lo demas no deja de ser peregrino el rasgo oratorio de Rousseau. Quiere entenderse con Dios, así como así, mano á mano y como si dijéramos de potencia á potencia. ¡Oh arrogancia del filosofismo! ¡Oh soberbia de la razon!

<sup>1</sup> *La Religion naturelle*, p. 365.

No, mil veces no: la oracion es una necesidad de la naturaleza, ya lo ha dicho Julio Simon; es, sobre todo, un deber, *avant tout un devoir*; <sup>1</sup> y si no lo dijera, no por eso dejaria de serlo, pues el grito de «¡Sálvame, Dios mio!» que instintivamente alzan al cielo los lábios del que sufre ó mira que le amenaza un peligro inesperado; el de «¡Gracias, Señor!» que sin querer se exhala del fondo del corazon de aquel que acaba de recibir un beneficio, son argumentos mas poderosos que las objeciones fútiles tras que se escuda la filosofia, como si formaran ellas un baluarte capaz de permanecer en pié por mucho tiempo.

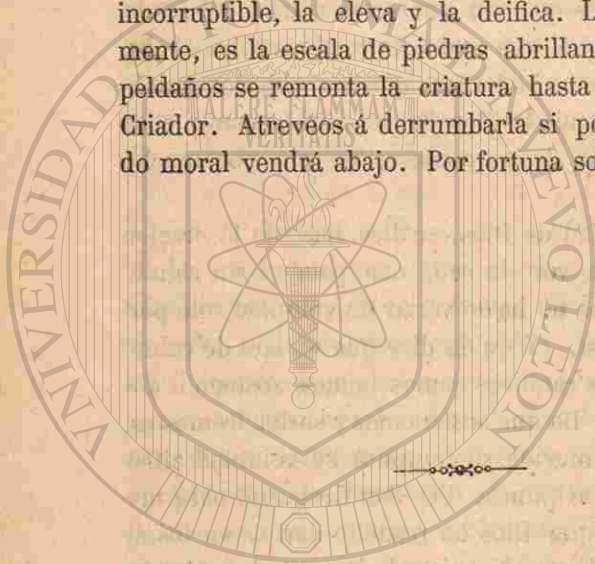
La inmutabilidad de Dios, se dice, hace de la oracion una fórmula, una voz sin eco, una palabra sin significado; porque Dios no ha de variar de voluntad solo porque se lo rueguen. ¿Y quién dice que variará de voluntad? Nosotros los católicos jamas hemos sostenido absurdo semejante. Lo que sostenemos y sostendremos es, que mediante la oracion se cumplirá su voluntad altísima en nosotros. «Oramos, dice San Gregorio, para merecer recibir lo que Dios ha resuelto darnos en los siglos eternos.» <sup>2</sup> Es tambien ley de la naturaleza, ley inmutable, que la tierra fecunde el germen de las plantas, que el aire las alimente y el calor del sol las vivifique, ¿para qué cultivar entónces los campos? El hecho es que si no se cultivaran, á pesar de esa inmutabilidad de las leyes naturales, no se recogeria la cosecha y los graneros quedarian vacíos.

El cuerpo humano traspira para mantener el equilibrio de la sangre; el agua, convirtiéndose en vapores,

<sup>1</sup> *La Religion naturelle*, p. 386.

<sup>2</sup> *Diálog.* I. 8.

se purifica; la flor, exhalando sus aromas, impregna con su fragancia todo lo que le rodea; y la oracion es para el alma la traspiracion que le hace capaz de tener á raya las pasiones sin que logren sobreponerse á la razon: es el crisol que la separa de toda impureza y le quita toda mancha, es el incienso de virtud que la hace incorruptible, la eleva y la deifica. La oracion, finalmente, es la escala de piedras brillantadas, por cuyos peldaños se remonta la criatura hasta el trono de su Criador. Atrevedos á derrumbarla si podeis, y el mundo moral vendrá abajo. Por fortuna sois impotentes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

## SACRAMENTOS.

### ARTICULO VI.

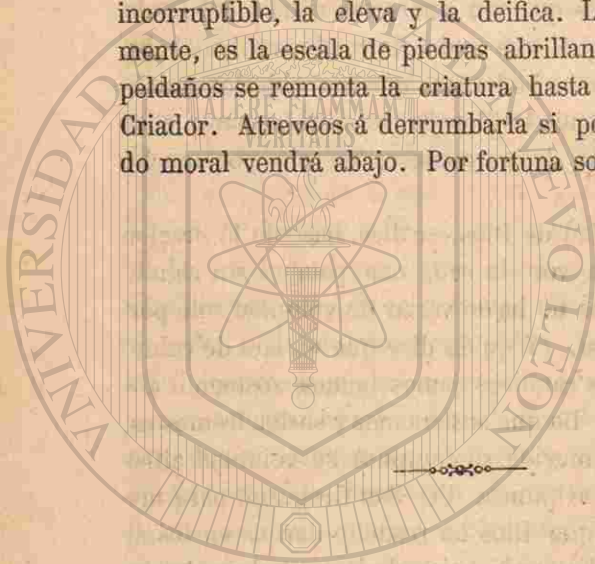
Ya hemos indicado que la moral cristiana es todo un sistema de filosofía, cuya grandeza crece á los ojos del pensador imparcial y despreocupado mientras mas se examina. No es como los sistemas humanos que no pueden resistir, ya no digamos el análisis, pero ni una mirada un tanto cuanto fija. También hemos llamado la atención sobre su exacta conformidad con la naturaleza del hombre, á pesar de que es el freno de sus depravadas inclinaciones.

Cada paso que hemos dado en la discusion hácia estas verdades que intencionalmente no hemos querido suponer sino demostrar, nos confirma en su evidencia y nos las hace como familiares.

Si consideramos la moral cristiana como fundada en el dogma, y partiendo de él como de la primera operacion que hay que hacer para resolver el problema de la perfeccion individual y del orden general, palpamos la sabiduría de semejante pensamiento, y nos sorprende que, léjos de repugnar á la naturaleza inteligente y racional de la criatura, está en armonía con sus tendencias, y satisface una de sus mas imperiosas necesidades.

Si de la parte fundamental descendemos á la parte en que se formulan sus prescripciones, mas prodigiosa

se purifica; la flor, exhalando sus aromas, impregna con su fragancia todo lo que le rodea; y la oracion es para el alma la traspiracion que le hace capaz de tener á raya las pasiones sin que logren sobreponerse á la razon: es el crisol que la separa de toda impureza y le quita toda mancha, es el incienso de virtud que la hace incorruptible, la eleva y la deifica. La oracion, finalmente, es la escala de piedras brillantadas, por cuyos peldaños se remonta la criatura hasta el trono de su Criador. Atrevedos á derrumbarla si podeis, y el mundo moral vendrá abajo. Por fortuna sois impotentes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

## SACRAMENTOS.

### ARTICULO VI.

Ya hemos indicado que la moral cristiana es todo un sistema de filosofía, cuya grandeza crece á los ojos del pensador imparcial y despreocupado mientras mas se examina. No es como los sistemas humanos que no pueden resistir, ya no digamos el análisis, pero ni una mirada un tanto cuanto fija. También hemos llamado la atención sobre su exacta conformidad con la naturaleza del hombre, á pesar de que es el freno de sus depravadas inclinaciones.

Cada paso que hemos dado en la discusion hácia estas verdades que intencionalmente no hemos querido suponer sino demostrar, nos confirma en su evidencia y nos las hace como familiares.

Si consideramos la moral cristiana como fundada en el dogma, y partiendo de él como de la primera operacion que hay que hacer para resolver el problema de la perfeccion individual y del orden general, palpamos la sabiduría de semejante pensamiento, y nos sorprende que, léjos de repugnar á la naturaleza inteligente y racional de la criatura, está en armonía con sus tendencias, y satisface una de sus mas imperiosas necesidades.

Si de la parte fundamental descendemos á la parte en que se formulan sus prescripciones, mas prodigiosa



economía, mas puntual precision, mas universalidad, mas claridad, mas fecundidad, mas accesibilidad, mas naturalidad, en fin, seria imposible hallar fuera del Decálogo.

Si pasamos de la ley á su observancia, podemos asegurar que la teoría católica es la única que ha sabido proporcionar los medios adecuados para que no quedase simplemente escrita en la piedra, sino que se escribiese en los corazones, convirtiéndose en una especie de sér positivo, que tomando cuerpo en el hombre, coexiste con él. La oracion era ya un auxilio poderoso para que se obrase semejante prodigio; pero tal vez ella sola no bastaba, si no se cuidaba de avivar su fuego todos los dias, de impedir que fuese perdiendo algo de su intensidad, y con ella algo de su eficacia.

Para llenar esta necesidad, para complementar el divino sistema, se hacian indispensables medios mas tangibles y de una eficacia infalible; y los sacramentos vinieron á llenar este vacío, y á constituir la clave del edificio cristiano.

Con ellos el código de la humanidad queda perfecto, pues no solamente aparece como un tipo acabado, como una teoría luminosa, sino que además, como una cosa que nos es armónica y la que fácilmente podemos asimilarnos, permitasenos la expresion, como un sistema esencialmente práctico y practicable.

El divino Legislador habló primero al entendimiento con el lenguaje misterioso del dogma, para que cesase en sus vacilaciones y en sus dudas que no le permitian caminar, y apoyado en la columna de bronce de la fe é iluminado por su luz no tropezara en la senda, ni perdiese de vista el objeto por cuya posesion suspiraba.

Pero como no bastaba la conviccion, ni el conocimiento, sino que además era necesario el deseo y la fuerza, tuvo que hablar tambien á su corazon, hacerse sensible á él por medio del lenguaje de los signos; igualmente misterioso, é igualmente real y positivo.

El entendimiento á cada paso tropezaba con misterios; la fe vino en su auxilio para hacerlos innegables, sin que dejaran de seguir siendo incomprensibles. El creyente los toca, los palpa, como se toca y palpa un cuerpo cuya naturaleza nos es desconocida.

El corazon tambien tenia sus misterios y los tiene; era preciso, sin romper su velo impenetrable, que se le pantentizara su verdad; y el Verbo se los hizo sensibles por medio de la gracia, y les comunicó la gracia por el canal de los sacramentos, que inspiran deseo al mismo tiempo que corroboran.

¿Qué mas se necesita para que el hombre cumpliendo con la ley se perfeccione, y girando en el pequeño círculo de su órbita, sea parte á producir el orden general, moviéndose en el mismo sentido que se mueve la sociedad toda, en un espacio más vasto y en una órbita más amplia?

Nada en verdad, supuesto que su entendimiento descansa sobre convicciones ciertas, y parte de un principio que no puede negar, á un fin que perfectamente conoce; y supuesto que su corazon responde á aquellas convicciones con deseos armónicos y análogos, y es impelido hácia este fin por una fuerza que absolutamente puede resistir, pero que de ordinario no resiste. Con razon dijo Jesucristo, que el yugo de su ley era suave y su carga ligera. No hay que extrañarlo, la filosofia tiene que llegar, si no se desvia, á la misma conclusion.

Así, pues, los sacramentos que instituyó el Hombredios y que enseña y explica el padre Ripalda, tienen una importancia vital, influyen decisivamente en el individuo sujeto á la ley divina y con la necesidad moral de observarla; trascendiendo aquella importancia y esta influencia á la sociedad, que no es otra cosa que el receptáculo de las individualidades unidos con un lazo natural.

«Es imposible, dice un sabio, reunir á los hombres bajo una religion verdadera ó falsa, si no se les liga por algunos signos ó sacramentos que les sean comunes.»<sup>1</sup> Las mismas sociedades civiles han tenido que ser simbólicas para unificarse y perpetuarse. Trabajo curioso sería demostrar esto con hechos patentes, pero no de este lugar. Los sacramentos, pues, en su calidad de signos, no son arbitrarios, ni carecen de una alta razon de sér, sino hasta cierto punto, constitutivos, y con toda evidencia filosóficos.

Los sacramentos, tales cuales han sido instituidos, armonizan de una manera prodigiosa con el ser humano, se adaptan admirablemente á su naturaleza, cada uno de ellos corresponde á una necesidad especial y tiende á suplir con una perfeccion, un defecto del individuo y con una eficacia infalible, su falta de poder. Además, así como los mandamientos del Decálogo comprenden todas sus relaciones morales, los sacramentos se reflejan á todas las situaciones de su vida práctica, críticas ó normales, difíciles ó fácilmente superables. Ensayemos hacer esto perceptible, aunque pasando rápidamente la mirada, por el gran cúmulo de hechos y peripe-

<sup>1</sup> San Agustín. Contra Faustum. Manich. XIX, 11.

cias históricas de que es causa ú objeto, ó causa y objeto al mismo tiempo.

No sabemos por qué, pero es un hecho constante, una verdad de que no se puede dudar, pues habla á los ojos, que existen ciertas semejanzas, ciertas analogías entre el cuerpo y el espíritu no obstante la diversidad y contrariedad de sus respectivas naturalezas, y que leyes unisonas presiden al crecimiento del uno y al desarrollo del otro.

Al movimiento de la materia que es lo que constituye su vida, corresponde la vida del espíritu que es una especie de movimiento á la perfeccion. La ley de los cuerpos es la atraccion y la de los espíritus el amor que teniendo por fin unir los séres que se aman, los atrae. La vida corporal, pues, del hombre, camina paralela á su vida espiritual; ambas se corresponden con una correspondencia reciproca. Concretémonos para convencernos de ello. Su vida corporal se perfecciona en lo relativo á su propia personalidad y en lo relativo á la comunidad que forma la sociedad en cuyo seno vive.<sup>1</sup> La perfeccion en el primer caso tiene lugar de dos maneras: de una manera especial por la expansion creciente de la vida; y de una manera accidental, alejando los obstáculos que se opongan al desenvolvimiento, como las enfermedades y cosas semejantes. La perfeccion esencial de la vida á su vez se opera en primer lugar por la generacion que da principio al ser humano. A esta generacion del cuerpo corresponde la regeneracion del alma que se opera por medio del Bautismo.<sup>2</sup> Después de la generacion viene el crecimiento y después

<sup>1</sup> Lo que sigue es casi textual del Angel de las Escuelas.

<sup>2</sup> Per lavaerum regenerationis. San Pablo, Tit. III. 5.

del Bautismo la Confirmacion que aumenta la vida espiritual comunicándole nueva fuerza. <sup>1</sup> Sigue la nutricion que mantiene la vida en el cuerpo, y la Eucaristia que es el alimento del alma. <sup>2</sup>

Si el cuerpo del hombre estuviese al abrigo de toda enfermedad ó lesion, la generacion, el crecimiento y la nutricion le bastarian para conservarse y desenvolverse. Igualmente si el espíritu no se hiciera enfermizo por el pecado, los sacramentos del bautismo, de la confirmacion y de la comunión serian suficientes para su perfeccionamiento. Pero no es así, sino que el cuerpo se enferma y el alma se debilita por el pecado; y el primero necesita de dos curaciones, una que le sane y otra que le restablezca; y la segunda encuentra el remedio de su mal en la penitencia, <sup>3</sup> y su salud completa en la extremauncion.

Finalmente, considerando al hombre en sus relaciones con la sociedad, en cuanto al cuerpo, su funcion mas importante y á la vez mas natural es la propagacion de su especie; pero como ésta tiene tambien un objeto moral, afecta, por decirlo así, á todo el hombre, y de aqui la necesidad del sacramento del matrimonio. La gerarquía indispensable para el gobierno de las almas, no ménos que la fecundidad espiritual de los ministros de Jesucristo, hacen del Orden un elemento de vida espiritual que se perpetúa, como el matrimonio lo es de la vida corporal, que se reproduce.

Una armonía mas en este paralelo. El mundo es un campo de batalla, la vida un combate, el hombre un

<sup>1</sup> Sedete in civitate quoadusque induamini virtute ex alto. Lúe. XXIV. 49.

<sup>2</sup> Nisi manducaveritis carnem Filii Hominis, et hiberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis. Joan. VI, 45.

<sup>3</sup> Sana animam meam, quia peccavi tibi. Ps. XL, 5.

soldado, y la humanidad un ejército. Cada uno al nacer, lo primero que hace es filiarse en él. La religion consagra este acto solemne con el *bautismo* que hace fácil el cumplimiento de las Ordenanzas y dispone para la disciplina. En vísperas ya del combate, jura banderas y se apareja para la lucha; y el ministro católico le unge con el óleo sagrado de la confirmacion que fortifica al atleta que se siente armado de valor é inspirado por el heroísmo. En combates tan rudos, difícilmente no se desmaya alguna vez, es casi seguro que heridas más ó ménos mortales nos inutilicen pasajeraamente para la pelea. La penitencia es el único bálsamo que puede cicatrizarlas y la comunión el solo pan que reparará las pérdidas ocasionadas por el desangre. Todo ejército necesita de gefes y tiene bajas que deben reemplazarse con oportunidad: con este doble fin, la Sabiduría divina instituyó el sacramento del Orden, escala gerárquica por la que el simple soldado va ascendiendo hasta el generalato; y el sacramento del matrimonio, que santificando la union de los sexos, es como un sembrero de nuevos combatientes.

¿No os maravilla correspondencia tan prodigiosa? ¿creeréis todavia que los sacramentos son indiferentes á la grande obra de nuestra perfeccion, cuando van tan conformes con ella? ¿No estais viendo que la naturaleza encuentra en ellos su verdadero retrato y la satisfaccion de las mil necesidades que la fatigan en su peregrinacion militante sobre la tierra? ¿Llamaréis todavia supersticion á tanta sabiduria, pantomimas á ceremonias tan augustas, y sobre todo, tan preciosas y tan eficaces en sus efectos, que por mas que sean invisibles, no por eso dejan de ser ménos reales?

Sus efectos son los múltiples y misteriosos, suaves y regeneradores de la gracia divina. ¡La gracia divina repetís con burla sacrilega y con amarga ironía. Difícilmente vosotros que la atacáis, comprenderéis su poder y sentiréis sus dulzuras; pero nos prometemos que no por eso podréis negar su existencia y su influjo saludable en los corazones que no se resisten, sino que se abren á ella, como los cálices de las flores al rocío que llueve de los cielos. Su existencia es un hecho, tan ménos innegable que el hecho de la concupiscencia.

Aquel que instituyó sabiamente esos signos maravillosos que á la vez que símbolos, son agentes de la gracia, dijo en una solemne ocasion: «El que haga la voluntad de mi Padre, conocerá si mi doctrina procede de Él, ó si yo hablo por mi propia autoridad.» Llamando de este modo á la incredulidad y á la duda al campo de los hechos, quitaba á aquella todo pretexto para no creer, y á ésta todo motivo para vacilar, y llevaba á la una y á la otra hasta sus últimos atrincheramientos.

En efecto, á todo se puede negar el homenaje de la creencia, de todo se puede abrigar dudas razonables, ménos de aquello que consta por experiencia propia; ó es, ó puede ser con toda propiedad un fenómeno interno de nuestra conciencia. Si pudiéramos pasar por este crisol prodigioso todo lo que hay que saber y conocer, no habría verdad que fuera para nosotros ignorada, y la evidencia seria la base de todos nuestros conocimientos. ¿Queréis saber, y lo queréis de buena fe, si la doctrina cristiana es la verdadera? Practicadla. ¿Queréis saber si los sacramentos no son vanas ceremonias, signos cabalísticos, ritos supersticiosos, sino un nuevo sentido espiritual que nos pone en comunicacion estrecha con la fuen-

te de todo bien y verdaderos canales de la gracia que santifica? Acercaos con humildad á recibirlos; recibidlos con amor.

Cuando para convenceros se os pide una cosa tan fácil, una operación tan sencilla, no podeis en buena ley negaros á hacer la prueba; tanto más, cuanto que se os asegura que encontraréis el convencimiento del espíritu, y con él la tranquilidad y la paz del corazón.

Por mas que quiera tener razon vuestra filosofia, no lo conseguirá en las cosas que no son discutibles; y no lo son los hechos de cuya existencia uno puede ser el testigo ménos recusable para consigo mismo. Si alguno negase, por ejemplo, que Roma existia, y en testimonio de la falsedad de semejante negacion se le contestase por otro: «Roma existe, id á ella y la veréis y la tocaréis,» ¿podria el primero insistir en su negativa, por mas razones que alegara, por mas argumentos que hiciera valer? Racionalmente no; y el segundo podria contestarle: ninguna razon, ningun argumento puede prevalecer contra los hechos, y es un hecho que Roma existe, hecho de que cualquiera, si tiene voluntad, se puede convencer, con solo levantarse y tomar el camino que allá conduce.

Tal es la prueba que Jesucristo ha querido dar á los hombres de la verdad de su doctrina; tal es la prueba que puede darse por los cristianos de la eficacia de los sacramentos. Confesaos y os sentiréis con fuerzas para dominar esa inclinacion pavorosa que os arrastra al pecado: comed el cuerpo y bebed la sangre del Cordero que fué inmolado: tomad el pan de la gloria y el néctar de los cielos, y os sentiréis tan fuertes como la vida, verdaderamente inmortales; penetrados de un bien-

estar dulcísimo que os era desconocido y embriagados de una felicidad que imaginabais, pero que creíais imposible poseer con los recursos que teníais á vuestro alcance.

Pero prescindiendo de este género de razones, que son como el Aquiles formidable que no puede ménos que venceros en desigual batalla, porque jamas podréis igualar ni ménos aventajar su esfuerzo, aceptamos la discusion en lo que no es discutible, y la aceptamos sobre un terreno que os es demasiado conocido, por haberlo frecuentado tantas veces vosotros y vuestros innumerables antecesores.

Vosotros y nosotros somos testigos de un prodigio, que fuera del catolicismo que todo lo explica, no tiene explicacion; y sin embargo, lo admitís lo mismo que lo admitimos nosotros y lo admite la humanidad, y admitiéndolo la humanidad, nosotros y vosotros obramos con cordura y procedemos con sabiduría. Ya habréis adivinado el prodigio á que me refiero: sois demasiado inteligentes para que no comprendais á la primera palabra. El prodigio que admitís vosotros, admitimos nosotros y admite la humanidad; es el prodigio de la concupiscencia, de esa inclinacion naturalmente invencible que lleva al hombre hácia el mal que aborrece, y le aparta del bien que ama y desea en el fondo de su corazón: de esa inclinacion que le divide en dos campos opuestos y enciende la tea de la guerra intestina en cada individualidad que vive combatiéndose y destrozándose á sí misma. Este es un hecho palmario y sin explicacion razonable; y por lo mismo un prodigio contra cuya existencia no se arguye, aun cuando sobran argumentos, porque lo sentimos, y el teatro en que se rea-

liza todos los dias es el solitario de la conciencia de cada uno. Vosotros lo sentís en este momento; nos lo está diciendo el sobresalto y el pavor con que leís estas líneas, y la voz que anuda vuestra garganta y cuyo paso al exterior impedís, apretando fuertemente los labios.

Lo sintió el Profeta-rey que exclamaba: «He sido concebido en iniquidades, y en pecado me concibió mi madre.»<sup>1</sup> «Cria en mí ¡oh Dios! un corazón puro y renueva en mis entrañas un espíritu recto.»<sup>2</sup> Lo sintió Eurípides cuando ponía en boca de la antigua Fedra estas palabras, cuyo eco resuena en todas las almas: *Vemos el bien y obramos el mal: conocemos la virtud, y nos entregamos al vicio: la vida se halla sembrada de diferentes escollos, hácia los cuales nos arrastra una corriente peligrosa.*<sup>3</sup> Lo sintió San Pablo, que temblando decía á los romanos: *Veo una ley en mis miembros que contradice á mi voluntad y me lleva esclavo á la ley del pecado; porque no hago lo bueno que quiero; mas lo malo que aborrezco aquello hago.*<sup>4</sup> Lo sintió y lo expresó Ovidio en sus Elegías.

....., *Video meliora proboque*

*Deteriora sequor....*

Lo sintió Racine y lo cantó en inspirados versos:

Dios mio, ¡guerra cruel!

Dos hombres encuentro en mí:

1 Psalm Miserere.

2 Id. id.

3 Tragedia de Hipólito, acto segundo, escena segunda.

4 Rom. VII.

El uno ardiente por tí  
 Su culto te rinde fiel;  
 El otro indócil, traidor,  
 Rebelde contra su Rey  
 Desprecia tu santa ley  
 Y provoca tu furor.

En guerra conmigo mismo,  
 De todo bien incapaz,  
 ¿Dónde encontraré la paz  
 En tan miserable abismo?  
 Sujeto á fatal destino  
 Conmigo mismo peleo,  
 Huyo del bien que deseo  
 Y corro al mal que abomino.

Finalmente, lo ha sentido y lo siente la humanidad toda, que como Luis XIV, al oír de boca del poeta de la religion estos mismos versos, podia exclamationar y verdaderamente exclama todos los dias, todas las horas y todos los instantes: *¡Oh! estos dos hombres los conozco bien.*<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Creemos no disgustará á nuestros lectores les demos á conocer el original de los hermosos versos de Racine, de que son traduccion y apénas un reflejo pálido, los ya citados. Hélos aquí:

Mon Dieu! quelle guerre cruelle!  
 Je trouve deux hommes en moi:  
 L'un veut que, plein d'amour pour toi,  
 Mon cœur te soit toujours fidèle;  
 L'autre, à tes volontés rebelle,  
 Me révolte contre ta loi.

L'un, tout esprit et tout céleste,  
 Veut qu'au ciel sans cesse attaché,  
 Et des biens éternels touché,  
 Je compte pour rien tout le reste;

¿Cómo si no fuera esta la voz de la naturaleza que se confiesa oprimida y avasallada, frágil y miserable, habria podido ser la misma en todos los tiempos, en los de civilizacion como en los de barbarie, en los de sencillez patriarcal, como en los de refinamiento filosófico? ¿Cómo habria podido resonar en regiones tan apartadas; en la Judea como en Grecia, en Grecia como en Roma, y en Roma como en todo el mundo?

Y sin embargo, esta lucha es un misterio cuyas densas sombras oscurecen los entendimientos mas luminosos, en cuyas profundidades no penetran las inteligencias mas perspicaces, y de cuyo *por qué* no se dan razon los espíritus mas elevados, que de todo encuentran ó creen encontrar la explicacion y la causa.

Los mismos socialistas, los reformadores que ménos estudian la naturaleza y que se doblegan ante sus miras egoistas, Owen, San Simon y Fourier, han lanzado sus anatemas contra este estado revolucionario, en que el hombre es el enemigo de sí mismo; pero no se han atrevido á negarlo, sino que se han propuesto armonizarlo, hacerlo desaparecer.

Et l'autre, par son poids funeste,  
 Me tient vers la terre penché.

Hélas! en guerre avec moi-même,  
 Où pourrai-je trouver la paix?  
 Je veux, et n'accomplis jamais.  
 Je veux; mais, (ô misère extrême!)  
 Je ne fais pas le bien que j'aime,  
 Et je fais le mal que je hais.

O grâce! ô rayon salutaire!  
 Viens me mettre avec toi d'accord  
 Et, domptant par un doux effort  
 Cet homme qui t'est si contraire  
 Fais ton esclave volontaire  
 De cet esclave de la mort.

Pues bien, este misterio de la inclinacion al mal que se abomina, este prodigio de la concupiscencia es mas incomprendible, mas inexplicable que el misterio de la santificacion por la gracia, que el prodigio de ese impulso divino, que dándonos esfuerzo para romper las cadenas, nos restituye al estado de primitiva libertad y nos facilita la práctica del bien. Este último estado está mas en armonía con la razon, se conforma mas con nuestros instintos, se proporciona mas á nuestros legítimos deseos; en suma, es mas natural.

Tal debió haber sido el primitivo estado del hombre: así debió haber salido de las manos del Creador. No pudo la Sabiduría divina poner en su obra maestra gérmenes disolventes, elementos antagonistas; no pudo colocarle bajo tan contrarias influencias, ni sujetarle á leyes tan contradictorias. La gracia, pues, que reconstruyó un edificio que con toda evidencia algun cataclismo arruinara, y no la concupiscencia que sigue minando sus cimientos: la gracia que restablece y mantiene el equilibrio, y no la concupiscencia que todo lo desnivela, es el verdadero estado natural del hombre, porque es el único estado conforme con el primitivo.

¿Por qué, pues, os conformais con lo que os envilece y os degrada, y rendís el entendimiento á una cosa que no es ni puede ser natural; y levantais el grito contra lo que os dignifica y ensalza, contra lo único que es verdaderamente conforme con la naturaleza? Si admitís el estado de concupiscencia, en buena lógica debéis admitir el estado de gracia, porque no hay veneno que no tenga su antídoto, ni mal á que el Autor de todo bien no haya dado el remedio.

Si no es la gracia el antídoto y el remedio, proponed

otro que lo sea, fatigad con el pensamiento la cabeza, para encontrar, como Arquímedes, el punto de apoyo para vuestra palanca y como Descartes la materia y el movimiento para la creacion de vuestro nuevo universo. Pero no ha de faltar el antídoto; el remedio debe estar en las manos de todos; las contorsiones de la humanidad emponzoñada y la tirante situacion del enfermo, demandan el uno y el otro con multiplicadas instancias.

La filosofia socialista al ménos está persuadida de la existencia de esta lucha entre el deber y las inclinaciones humanas; y tan persuadida está, que ha pensado y vuelto á pensar acerca de la manera de hacerla cesar; y á su modo ha dado la solucion que resuelve el tremendo problema. Nada mas sencillo, ha dicho, que allí donde combaten encarnizadamente dos enemigos, se termine la contienda con la muerte de uno de ellos; y San Simon y Fourier pusieron todos sus conatos en conseguirlo, y arrojaron un golpe mortal á la ley que consideraron tiránica, á pesar de que caminaba en el mismo sentido que la razon; proclamaron la libertad absoluta de la naturaleza, quitaron á sus inclinaciones toda rienda, y á sus depravados y maléficos instintos todo freno. Dichos filósofos erraron, pero su mismo error justifica la necesidad é importancia de la solucion que acometieron. Erraron, porque presumieron poder quitar, derogar una ley que ellos ni ningun hombre habian dado, ni promulgado; una ley, consecuencia de relaciones necesarias, de que no podian prescindir sino destruyendo el ser cuya esencia constituían.

La religion, que siempre va mas adelante que los filósofos y los filántropos, partiendo de las mismas bases que ellos, pero siguiendo sendas ménos ásperas y mas

transitables, tenía dada la única solución posible. Ella comenzó por el respeto de la ley; y no extinguió ni aniquiló, porque un hecho no se extingue ni se aniquila nunca, la concupiscencia. Se limitó á debilitar sus tendencias, á proporcionar á la razón un nuevo auxiliar para que, unido con él, pudiese alcanzar cierta y segura victoria, y poner la ley al abrigo de la tiranía absurda de las pasiones.

Ese auxiliar poderoso que venia á ponerse del lado de una potencia para hacer la guerra á la otra, debió ser superior á la humanidad que invocaba su socorro, no debió brotar de la tierra, ni del mar, ni de los espacios, pues todo lo que en ellos existe es dominado por la humanidad, y está abajo, muy abajo de la peana de su encumbrado trono. Debió ser una cosa celeste, sobrehumana, sobrenatural, como es sobrenatural, sobrehumana y celeste la gracia divina; debió comunicarse por medios adecuados y proporcionales al hombre compuesto de espíritu y de cuerpo; debió comunicársele por los sentidos, pues hablando en general, nada conoce su inteligencia, sino por el conducto de aquellos;<sup>1</sup> y por lo mismo, por medio de signos materiales, de una eficacia infalible, como lo son los sacramentos que instituyó Jesucristo, y que conserva y administra todos los días la Iglesia católica, única depositaria de la verdad.

¡La gracia y los sacramentos! fuera de ellos no hay otra solución teológica, ni filosófica razonable, por mas que se fatiguen los espíritus en encontrarla.

Es preciso no preocuparnos, ni dejarnos avasallar, ni por el odio ni por el amor, sino rendirnos á la razón, aun cuando nos hable por boca de nuestros mas enco-

<sup>1</sup> *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu.*

nados enemigos. Solo así podemos llamarnos, con justicia, verdaderos filósofos.

El poderoso elemento de la gracia, como único remedio de la concupiscencia, fué visto como entre sombras por los genios de la antigüedad pagana. Por eso Homero presentaba siempre sus héroes animados de un impulso divino, y Platon todo lo esperaba de *esa centella divina, de esa voz de Dios que habla dentro de nosotros mismos.*

El cristianismo vino á disipar las sombras, y á hacer resplandecer un eterno día allí donde una noche que parecia eterna, habia dominado por tantos siglos.

Y pudo entonces decir San Pablo: *todo lo puedo en aquel que me conforta*, y exclamar Racine:

*¡Oh gracia! con tu poder  
Librame de este enemigo,  
Reconciliame conmigo,  
Restituyeme á mi sér:  
Y si hasta ahora contrario  
Fui á tus bondades, convierte  
A este esclavo de la muerte  
En esclavo voluntario.*

Y con el Apóstol y el poeta, toda la humanidad: *lo único que puede librarnos, es la gracia de Dios, por medio de Jesucristo Nuestro Señor.*

Sí, la gracia de Dios, comunicada á la humanidad por Jesucristo, por el intermedio de los sacramentos que instituyó en su sabiduría, es lo que la ha regenerado y salvado, es lo único que podria regenerarla y salvarla, porque es lo único que sin destruir la libertad, sin desconocer la ley, la conduce á sus inmortales destinos á pesar del formidable contrapeso de la concupiscencia.



## RESUMEN Y CONCLUSION.

### ARTICULO VII.

Graves cuidados de familia han sido parte á impedirnos dar fin á la série de artículos que, con motivo de los ataques rudos del autor de los *Bosquejos* al catecismo del padre Ripalda, nos propusimos escribir. Hoy que la voluntad del Señor se hizo en nosotros, vamos á decir la última palabra, para que nuestro trabajo no quede incompleto.

Convencidos de que el método es la claridad, y de que la sencillez del lenguaje cuadra mejor á la sencillez de la verdad, que para lucirse no necesita de adornos ni atavíos, creímos oportuno ante todo, interpelar á nuestro adversario, á fin de que la discusion que con tanto ardor inició, fuera fructuosa; nos dijera con franqueza, cuál era su sistema moral, teológico y filosófico en los puntos que tocaba. Nos proponíamos con esto fijar una base comun, un punto de partida inamovible que fuera como el límite sagrado, que contuviera el vuelo asaz libre de la razon ecléctica, que en fuerza de una viciosa costumbre destruye hoy lo que ayer edificó, sin apenarse por ello, y, lo que es más, sin ruborizarse de su obra. Tener que habérselas con un Proteo, no es empresa poco árdua como pudiera imaginarse.

Nuestra interpelacion no produjo el efecto que apeteciamos; y por toda respuesta tenemos hasta hoy la mas precavida reserva de un competente número de lúnes en las columnas del *Federalista*. Nos engañamos torpemente: creímos habérnolas con un Proteo, y nos encontramos frente á frente de un mudo, pudiéramos decir, ante la mústia faz de la inmóvil estatua del silencio.

Así era ménos escabrosa nuestra tarea; se reducía á vindicar al inmortal jesuita y la moral de su catecismo, cosa bien sencilla en verdad, pues siendo esta la moral cristiana, no necesitábamos de otra cosa para salir airosos, que de mostrar con el dedo los beneficios inmensos que se la deben; apelar al ingénuo testimonio de todo un mundo, ántes de ella, sepultado en un abismo de tinieblas, despues de ella; radiante con una aureola de luces indeficientes; ántes de ella, bárbaro; despues de ella, civilizado.

Sin embargo, comprendimos que no todos los ojos están sanos; y por lo mismo, que no todos pueden ver las cosas como son, ni referir las impresiones que reciben precisamente á los objetos que son su causa, sino á otros diversos en virtud de la aberracion de un sentido mal organizado ó enfermo. Esta consideracion nos obligó á tocar el fondo de la cuestion suscitada, como de paso, porque no era posible detenernos, ni detener á los lectores en contemplar el sinnúmero de bellezas y de armonías morales que invaden por todos rumbos y en abundancia inagotable, el infinitamente vasto campo de la filosofia cristiana; más vasto, más amplio que aquel en que se levanta el variado y pintoresco anfiteatro de la naturaleza criada. Sobre temas cuyo desarrollo habrian sido necesarios millares de volúmenes, tuvimos

que limitarnos á nuestro pesar, á unas cuantas páginas.

Establecimos la verdad inconcusa, aunque impenetrable á las humanas inteligencias y la necesidad imperiosa del dogma, como base de una moral digna de este nombre y apta para ser la verdadera regla de las acciones, la forma, permitásenos la expresion, de la libertad individual.

Despues expusimos sus preceptos, procuramos hacer entrever en el principio simplísimo de que brotan, como un rio de su manantial, su maravillosa fecundidad, su armonía con los instintos y propensiones del hombre, y sus relaciones íntimas con la conservacion del ser humano y con el orden general de todos los séres á él subordinados.

En seguida, los comparamos con las máximas morales de la filosofía, tanto antigua como moderna; y no tememos asegurar, que mientras que éstas son apenas comparables con una lámpara que se apaga, iluminando las profundas inmensidades del caos primitivo, aquellos brillan mas que todos los soles colgados en los infinitos espacios del firmamento.

Vimos tambien que semejante moral es esencialmente práctica y practicable, y obliga á la obediencia, porque su origen no es humano sino celeste.

Como los mandamientos ó preceptos del Decálogo se relacionan con el tipo de la belleza real que es el pasto natural del entendimiento, y con el bien supremo, que es el gozo del corazón y la felicidad sin medida á que caminamos los desterrados en este valle de lágrimas, comprendimos que la oracion y los sacramentos venian á ser como el complemento del divino sistema á que la

humanidad toda está sometida. Porque la oracion nos arrastra á la meditacion de la belleza que no puede ser meditada ni contemplada sin atraernos de una manera misteriosa, pues á la vez que nos fuerza hasta el grado de parecer que oprime nuestra libertad, nos estimula con una suavidad tan grata que, neutralizando el efecto de aquella fuerza, nos deja dueños de nosotros mismos y verdaderamente libres. Porque los sacramentos, canales de gracia, es decir, canales de santidad, de vida y de pureza, nos deifican hasta cierto punto, nos levantan del cieno de los vicios al sublimado cielo de las virtudes. Si la bondad de las cosas puede estimarse por la bondad de sus resultados; si el buen sabor, la madurez y la dulzura de los frutos que el árbol produce, hacen necesariamente creer en la prosperidad y energía del mismo árbol; finalmente, si la conducta es como el termómetro que marca los grados de moralidad de una ley, es indudable que la ley cristiana, la moral del padre Ripalda encierra todas las excelencias, una vez que practicada, torna al hombre ser perfectísimo, le atrae todos los honores y todos los respetos y le hace digno de todas las alabanzas.

Conforme con su naturaleza en la parte que pudiéramos llamar esencial y hasta en los menores detalles, provenientes de las varias índoles y diversos caracteres del sinnúmero de séres humanos que entran en la formacion de ese todo, supone en su autor un conocimiento adecuado, íntimo, profundo y radical de la misma naturaleza; conocimiento que no puede existir sino en la mente de la Omnipotencia que la criara; y la misma ley es un prodigio de la más alta sabiduría, una tesis de la filosofía más sublime. Así considerada, la divini-

dad de su origen es incuestionable; y por lo mismo su santidad está al abrigo de toda imperfección, y su pureza exenta de toda mancha.

Delira, pues, el autor de los *Bosquejos*, cuando engañándose á sí mismo, y dando por supuesto que el catecismo del padre Ripalda dice otra cosa y manda ó prohíbe más de lo que Dios en el Sináí ordenó á Moisés que mandara ó prohibiera, más de lo que Jesucristo, Redentor de la especie y legislador de la humanidad enseñó que debía practicarse por los hombres para ser santos como su Padre que está en los cielos, sacrilegamente y con desprecio de sí mismo, afirma que ese precioso compendio de la doctrina cristiana es un *código de inmoralidad*. ¡Delirios y nada mas que delirios puestos en la boca por una razon soberbia y descreída!

Igualmente delira el pretendido filósofo al llamar *código de estupidez* al libro que contiene más sabiduría que los volúmenes que escribieron Platon y Aristóteles, Pitágoras y Sócrates, Ciceron y Séneca, Caton y Marco Aurelio en la antigüedad; más sabiduría que la que encierran las incontables páginas de los millones de obras que se han escrito despues al resplandor del Evangelio, ese radiante sol, conocido solo de las modernas edades.

¿Acaso Hobes, Holvach y Aimé Martin; Diderot, Voltaire y Rosseau; Lutero, Calvino, Melanchton, y Swinglio, Edgard Quinet, Luis Blanc, San Simon, Fourier y Julio Simon; Straus, Movers y Wethe han podido, ya no exceder pero ni igualar siquiera con sus aprendidas y desfiguradas máximas, con sus repugnantes absurdos, con sus innovaciones impías y destructoras reformas, con sus teorías filosóficas y ateas, con sus inter-

pretaciones violentas y mal fraguadas leyendas, los sublimes preceptos, los axiomas profundos, las luminosas soluciones, los principios de eterna verdad, las ingenuas explicaciones y comprobadas historias, que fundan y persuaden, y recomiendan como altamente morales, altamente filosóficas, altamente naturales y razonables las grandes doctrinas morales del catolicismo? Esta ley, cuya perfeccion nadie ha podido exceder ni igualar, ¿es estupidez? ¿A qué podemos dar sobre la tierra, sino por sarcasmo, el augusto nombre de sabiduría?

La pasion y la audacia hicieron sin duda que el autor de los *Bosquejos* viese en el catecismo del padre Ripalda un *monstruoso código de estupidez*; pero ¡quién lo creyera! solo la ignorancia puede hacer ver en el mismo un *código igualmente monstruoso de fanatismo*. El fanatismo es un achaque del espíritu, adherido á él como la rama seca al árbol lozano, fresco y vigoroso, más fuertemente todavía, supuesto que no es posible arrancarlo, sino cuando más, evitar su contagio. «Algunos filósofos, dice el doctor Balmes, han gastado largas páginas en declamar contra el *fanatismo*, y como que se han empeñado en desterrarlo del mundo. Escasas esperanzas podian tener, si es que fueran filósofos cuerdos y sesudos, de que con razones y elocuencia alcanzaran á desterrarlo, pues que hasta ahora yo no sé que la filosofia haya sido parte á remediar ninguna de aquellas graves enfermedades que son el patrimonio del humano linaje.» No fué sin duda la razon la que movió la mano del escritor que de la palabra *fanatismo* hizo un uso tan impropio. El autor de los *Bosquejos* estuvo desgraciado. El fanatismo no está en los escritos sino en los escritores; no está en los libros sino en los cora-

zones, allí donde pasan las tempestades que nos agitan, nos ciegan y nos hacen delirar.

«El fanatismo, prosigue el apologista español, tomado en su acepción más lata, es una viva exaltación del ánimo fuertemente señoreado por alguna opinión falsa ó exagerada. Si la opinión es verdadera, encerrada en sus justos límites, entonces no cabe el fanatismo; y si alguna vez lo hubiese, será con respecto á los medios que se emplean en defenderla; pero entonces ya existirá también un juicio errado, en cuanto se crea que la opinión verdadera autoriza para aquellos medios; es decir que habrá error ó exageración. Pero si la opinión fuera verdadera, los medios de defenderla legítimos, y la ocasión oportuna, entonces no hay fanatismo, por grande que sea la exaltación del ánimo, por viva que sea su efervescencia, por vigorosos que sean los esfuerzos que se hagan, por costosos que sean los sacrificios que se arrosten: entonces habrá entusiasmo en el ánimo, y heroísmo en la acción; pero fanatismo no. De otra manera los héroes de todos tiempos y países quedarían afeados con la mancha de fanáticos.»

Pero aun cuando sacáramos el fanatismo de su elemento natural, y le hiciéramos pasar del corazón á los libros ¡cuán distante está el padre Ripalda de la exageración y de la exaltación! Enseña como un maestro á discípulos queridos, sin ira y sin odio; narra como un mero cronista, cuidándose de confundir con la doctrina divina sus reflexiones propias. Y sobre todo, aun cuando algún calor manifestase en sus expresiones, alguna energía en la exposición, ¿no es la verdad la que mueve su pluma, la que se estampa en el papel en cada uno de sus trazos?

Tómese el trabajo cualquiera de nuestros lectores de recorrer las páginas del catecismo, y comparar su tono y su estilo, con el estilo y con el tono de lo poco que el autor de los *Bosquejos* estampó en el núm. 67 del *Federalista*, y estamos seguros, de que por preocupado que esté en contra del jesuita ilustre, no podrá tacharle de fanático, sino que reservará esta calificación como mas propia del pequeño atleta del racionalismo.

La calma, la sangre fría, la sequedad y llaneza de lenguaje, al lado de la claridad, exactitud y verdad, son las cualidades que mas resaltan en el librito del primero; la hipérbole, la exaltación, la pasión, el furor, la virulencia, la hinchazón junto con la prevención, falta de lógica, de razón y de verdad, forman la diatriba, que no es otra cosa, de los renglones del segundo. ¿En dónde está el fanatismo? ¿Cuál de ellos, el padre Ripalda ó el autor de los *Bosquejos* es el fanático? El que tenga ojos que vea. El que tenga sentido común é instintos de justicia, que falle.

Nos creemos con derecho para repetir por conclusión, que el catecismo del padre Ripalda, lejos de ser un monstruoso código de inmoralidad, de estupidez y de fanatismo, lo es de la moral más pura, de la mas alta ciencia y de la mas sublime filosofía.

El derecho de que nos creemos en posesión, se funda, por una parte, en las razones que hemos expuesto, y por otra en el silencio de nuestro adversario. Quien calla, cuando debiera clamar, realmente consiente. Quien no opone á razones argumentos mas vigorosos, se rinde á ellas, se dá por vencido.

No queremos creer que la causa de ese silencio haya sido la intención de antemano formada de no soste-

ner lo que una vez se dijo. Esto sería pisar la bandera que se quiere llevar en triunfo. Esto no es propio de los que aman la verdad, ni ménos de los que se han propuesto ilustrar con sus escritos. Además, se dijo que se contestaría: y el autor de los *Bosquejos* tuvo cuidado de llamar en su auxilio el poderoso brazo de su maestro, y aun el maestro dijo algo que ha sido victoriosamente contestado por uno de nuestros compañeros. Se pensó sacar el cuerpo pretextando los inconvenientes del anónimo, y nos apresuramos á calzar nuestros insignificantes artículos, con nuestra humilde firma. Razon mas para esperar que se nos diese una respuesta, aun cuando no fuera mas que ésta tan concisa como razonable: «No sois digno de ella.» El público habría deducido la consecuencia á que hubiera dado lugar, con ese instinto altamente lógico y justiciero que aplica siempre con oportunidad y sin equivocarse.

Igualmente se nos resiste creer que sea la causa de tanto silencio nuestra pequeñez, la que confesamos, ocupa menor espacio que aquel en que acaso se la coloca. Esto sería grande soberbia. Somos, como escritores una miseria, y una nada como filósofos, es cierto; pero reflexionamos que no hay enemigo pequeño, y que muchas veces Dios toma como instrumentos de su Providencia, brazos débiles é inteligencias enfermizas.

Además, ¿por qué no desembarazarse, así con un desden ligero, pero visible, de quien nos fastidia con sus impertinencias? A un mosquito que zumba y nos distrae de nuestros grandes trabajos impunemente se le derriba de un soplo, ó se le aplasta con el dedo.

No, el autor de los *Bosquejos* inculpó al padre Ripalda con ligereza al principio, calumnió su doctrina y con

ella la doctrina de Jesucristo; pero despues reflexionó, y vió que se habia internado á un terreno peligroso, á un campo lleno de sombras que no era, ni podia ser, ni el terreno, ni el campo de la verdad. Se ha vencido, se ha vencido á sí mismo; y vencerse á sí mismo, es la mas grande de las victorias. El que se vence á sí mismo, vence al enemigo interior, al que nos combate con mayores ventajas, puesto que está apoderado del santuario de nuestra conciencia, y no puede ser sorprendido, porque sabe todas nuestras determinaciones.

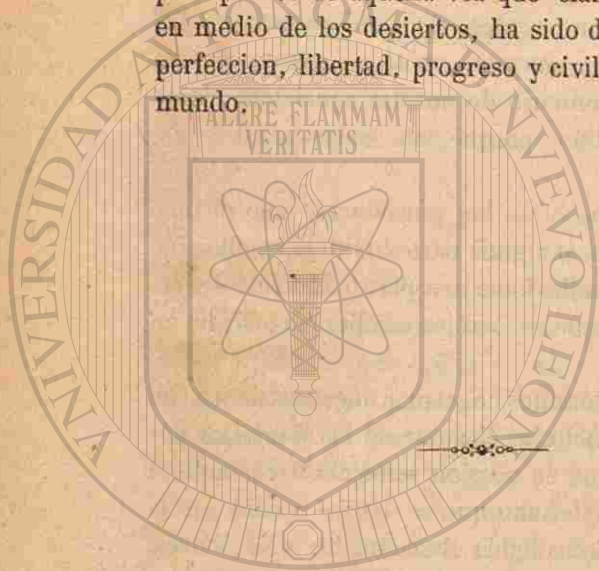
No hemos sido nosotros los vencedores, sino él mismo de sí mismo. Y si alguna parte tuvimos en ello, fué pequeña. Hacerle reflexionar, es poca cosa; retroceder, es heroico; y esto que es heroico es obra exclusivamente suya.

Si nosotros quisiéramos engalanar nuestras sienes con los laureles de la victoria, el autor de los *Bosquejos* podia repetirnos lo que en ocasion semejante respondió á un ortodoxo un luciferiano que se habia rendido á la verdad cuyas banderas habia abandonado: «No penseis que solo tú eres el vencedor; los dos hemos vencido, los dos hemos ganado la palma; tú, venciéndome á mí, y yo, venciendo al error.»

El luciferiano tenía mas justicia que la que confesaba tener. Cuando en las discusiones el que defiende la verdad triunfa, su triunfo solo á la verdad pertenece; pero cuando el que sostiene el error se rinde á la verdad, esta victoria corresponde exclusivamente al vencido.

Aquí termina la série de nuestros artículos. Si hemos errado, dispuestos estamos á deponer nuestros errores á la menor indicacion de los que han sido instituidos so-

bre nosotros, para el gobierno de las almas. Dios quiera que nuestras palabras hayan sido eficaces y servido de luz á los que se encontraban rodeados de tinieblas, y de alimento á los que estaban devorados por el hambre. No son palabras nuestras, sino ecos débiles é imperceptibles de aquella vez que clamando al principio en medio de los desiertos, ha sido despues vida, salud, perfeccion, libertad, progreso y civilizacion para todo el mundo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

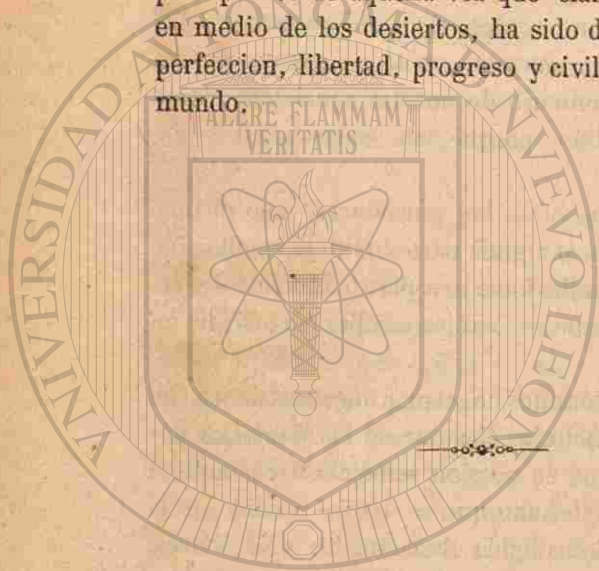
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## APENDICE.

Nos parece conveniente y que será del gusto de nuestros lectores, la insercion de una de las cartas del Cura de la Sierra que, como los anteriores artículos, vieron la luz pública en el recomendable y católico diario «*La Voz de México*», pues en dicha carta se vindica al célebre jesuita autor de nuestro catecismo, y que tan mal tratado ha sido por el autor de los *Bosquejos*. Se verá por ella que el P. Ripalda, es digno de la alta reputacion que hasta ahora nadie le habia disputado, por la concision con que supo compendiar, claridad con que acertó á explicar, y órden con que supo exponer la doctrina cristiana en su perpétuo catecismo. Los elogios que ha arrancado á los hombres de todas opiniones que le han juzgado sin pasion y con sensatez, son el testimonio mas espléndido de su ciencia poco comun y de su virtud acrisolada.

En una época en que no solo se ataca con encarnizamiento los buenos libros, sino que se calumnia á las personas que los escriben, para apartar á la juventud de su lectura, se hace necesario demostrar con argumentos sin contestacion, que semejantes libros encierran la verdad, al mismo tiempo que convencer que tales personas practicaron la virtud. Debe estar muy ex-

bre nosotros, para el gobierno de las almas. Dios quiera que nuestras palabras hayan sido eficaces y servido de luz á los que se encontraban rodeados de tinieblas, y de alimento á los que estaban devorados por el hambre. No son palabras nuestras, sino ecos débiles é imperceptibles de aquella vez que clamando al principio en medio de los desiertos, ha sido despues vida, salud, perfeccion, libertad, progreso y civilizacion para todo el mundo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## APENDICE.

Nos parece conveniente y que será del gusto de nuestros lectores, la insercion de una de las cartas del Cura de la Sierra que, como los anteriores artículos, vieron la luz pública en el recomendable y católico diario «*La Voz de México*», pues en dicha carta se vindica al célebre jesuita autor de nuestro catecismo, y que tan mal tratado ha sido por el autor de los *Bosquejos*. Se verá por ella que el P. Ripalda, es digno de la alta reputacion que hasta ahora nadie le habia disputado, por la concision con que supo compendiar, claridad con que acertó á explicar, y órden con que supo exponer la doctrina cristiana en su perpétuo catecismo. Los elogios que ha arrancado á los hombres de todas opiniones que le han juzgado sin pasion y con sensatez, son el testimonio mas espléndido de su ciencia poco comun y de su virtud acrisolada.

En una época en que no solo se ataca con encarnizamiento los buenos libros, sino que se calumnia á las personas que los escriben, para apartar á la juventud de su lectura, se hace necesario demostrar con argumentos sin contestacion, que semejantes libros encierran la verdad, al mismo tiempo que convencer que tales personas practicaron la virtud. Debe estar muy ex-

traviada la inteligencia, y muy corrompido el corazón que no se rinda ni dome ante la omnipotente fuerza de la primera, ó no se sienta al ménos atraído por el irresistible encanto de la segunda.

Hé aquí la carta:

X\*\*\* 3 de Marzo de 1871.

MI QUERIDO FAUSTO:

Héteme aquí ya, con la mal tajada péñola en la diestra, de codos sobre esta mesa, testigo de las meditaciones de mis antecesores, que apenas puede sustentar el enorme tintero, los libros de badana y el negro breviario que les hace compañía; con la frente apoyada en la mano izquierda, caladas aquellas enormes gafas, que por descomunales te han parecido adquiridas de algún descendiente de Quevedo, y pronto á satisfacer por medio de esta epístola tus importunos deseos.

Después de leer y releer esos *Bosquejos* que hasta ahora van publicados en el *Federalista*, y con cuyas galas ofrece este diario seguir ataviándose todos los lunes, para encanto de literatos, delicia de historiadores, dulce contemplación de filósofos, recreo de progresistas y pesadilla de retrógrados; confíesote que mi perplejidad es tal, y tal la indecisión de mi espíritu, que no acierto aún á elegir el punto que debe servirme para comenzar por el principio, como le oí decir á un literato de tomo y lomo, de esos que salvando las lindes de la vulgaridad, se pierden en los bosques sagrados de lo desconocido, donde nunca van á estamparse las huellas de los profanos.

No es más crítica la posición de un toro embolado y reducido al rincón de un burladero por la agitada mu-

chedumbre del *pópulo bárbaro*, que con descompasadas voces, y gritos, y silbidos, y palos, y sombrerazos, aturde y acorralla al mísero animal que con frecuentes sacudidas de cabeza, parece dar á entender su desesperación, por no hallar entre toda la turba de sus perseguidores á quien regalar con la primera caricia.

El símil, Fausto, no será acaso de tu agrado; pero estoy seguro de que lo es, y mucho, del del autor de los *Bosquejos*, para quien esto de embolismos tiene grande atractivo; para quien aquello de reputar como animales á los clérigos, habidos y por haber, es una broma inocente; y para quien, en suma, la táctica de acosar á esos mismos clérigos, con gritos, palos y sombrerazos, que á tanto equivalen las calumnias, burlas y denuestos del *bosquejador*, es muy de su gusto.

Este gusto, dicho sea de paso, desmiente la fama de originalidad con que hablando de ese buen caballero, fatigan los aires las cien voces de la imprenta. Pues nada de nuevo, sino mucho de retrógrado y antiquísimo, tiene el sistema de atacar á la religión y sus ministros con malignas consejas, sofismas groseros, y venenosos chistes, amontonados en un desorden capaz de aturdir al cerebro mejor organizado. Nada de original, y sí mucho de plagio de los engendros de impíos enciclopedistas y frailes apóstatas, tienen esas producciones que hacen hoy abrir de pasmo la boca al sencillo vulgo de nuestra patria. Y *vulgo*, Fausto, ténlo entendido, no es solo ese pobre pueblo, cuya instrucción, moralidad y engrandecimiento andan por allí recomendando sombras y espectros muy parecidos á los de Hamlet y Carlos Dickens, sino también ciertos periodistas y escritores que se ponen anchísimos y orondos con solo que los



*Filibert-Dubourg* que llevan la férula, les hilvanen cuatro retazos de elogios estupendos, con sus ribetes de erudición á la violeta, y sus puntas de romántico socialismo.

Pero volviendo, Fausto, á los *Bosquejos*, cuyo nombre no pudo elegir su autor con mas acierto, *pictura tantum obscuris coloribus illustrata*, te diré, que agotada al fin mi paciencia, y no pudiendo acometer con método á ese Proteo de la crítica, que ya se me presenta como moralista á la D'Holbach, ya como filósofo á la Comte, ya como reformador á la Lutero, ora como historiador á la Voltaire, ora en fin, como escritor de costumbres á la Sué, decidome, por último, á tomar las cosas por donde y conforme vengan.

Antójaseme, pues, ver á nuestro *fugitivo del famoso lecho de Procasto* (con las piernas estiradas ó sin ellas), esto es, al antiguo escritor de las Revistas del *Siglo XIX*, bajo la forma de un filósofo desengañado.

Mirale declarando, no sé cuántas cosas respecto de las vaciedades indignas del númen con que se veía obligado á llenar su compromiso, supuesta la falta de sucesos y novedades que hay en esa ciudad *clorótica, pobre y mogigata*. Esta circunstancia era terrible para un pensador de su categoría, y para un magistrado que efectivamente corria peligro de arrastrar la toga en ese *vuelo de golondrina*, en esos viajes de los bastidores de los teatros á las tiendas de las modistas, de las *barrancas de los paseos* á ciertos *avisperos y cuevas* de que nos hace mencion. En conclusion, no estaba bien á la severidad puritana de un hombre á quien los espectros encargan mensajes regeneradores, *descender*, como él mismo asegura, *hasta el papel de D. Agapito Cabriola y Biz-*

*cochea*, que si filósofo fué, no perteneció de seguro á la escuela de Zenon.

Aquel cansancio hizo que nuestro escritor pensase en aprovechar sus *horas serias* en vulgarizar lo útil, *poniendo á disposicion de su fantasia el mundo de las ideas, para que en él gire á su sabor, como un salvaje en medio de las praderas, ó como una ave en la region de las nubes*. Y.... ¡oh felicidad! La ocasion vino propicia á las manos del escritor: las *horas serias* iban á dar su fruto: el nuevo Carlos de Sainte Foi volvia sobre sus pasos, y en su camino tropezó con otro filósofo tambien desengañado, de que el desarrollo del sistema *utilitario* no estaba en el *Siglo XIX* sino en el *Federalista*, y. . . . zas! allá van los dos buenos amigos á ese palacio suspirado, donde tantas preciosidades se encierran, y cuyas puertas están cerradas á piedra y lodo para las *viejazs históricas y avinagradas*, como la *critica* que inspiraba al retrógrado conde de la Cortina, y para esas otras *brujas y asquerosas arptas* que se llaman *la tiranía, la supersticion, la ignorancia, la hipocrestia y la mentira*, habitadoras, como los buhos, de las *derruidas torres del pasado*.

Trazado así el plan del filósofo progresista, en pos del cual veo correr entusiasta la turba de los *bohemos* discípulos suyos, cualquiera esperaria que, pues las *horas serias* habian sonado, aquel encantado edificio fuese testigo de concienzudas y severas lucubraciones encaminadas á la *vulgarizacion de lo útil*. Pues ese cualquiera que tal presuma, se ha engañado como un chino; porque tan luego como nuestro filósofo vióse en aquel mágico albergue, rodeado de esas *chicas* que se llaman *la sátira; la elegia y la oda*; enfrente de la *histo-*

ria cotorra que apenas cuenta cuarenta años, en sentir del autor de los *Bosquejos*; lado á lado del *idilio*, muchacho candoroso y jugueton, vestido de calzoneras y sombrero jarano; de la *libertad*, de la *razon* y otras antiguas conocidas; y sobre todo, al abrirse las ventanas que dan á un jardin que dizque sirve de solaz y de ornamento á la consabida casa; nuestro hombre perdió por completo los estribos, olvidó sus propósitos, y echó en saco *roto* sus intenciones de aprovechar las horas sérias.

¿Qué opinion, pues, quieres que forme, querido Fausto, de quien con tanta facilidad se olvida de sus promesas, de quien pensando emplear su talento y calor natural en ocuparse en *algo útil*, está tan ceacionado á dejarse seducir por las Circes de marras? ¿Ni qué tiene de extraño, por otra parte, que un filósofo así que no es formal, incurra á cada paso en sendas contradicciones, volviendo á menudo á adorar lo que habia quemado, esto es, las futilidades hebdomadarias que presiden hoy en las aras de la moda periodística?

Mírale, si no, dar algunos pasos por la nueva senda, y á pesar de que habia jurado no asomarse ni por un momento á la ventana que ve al campo de la *politica*; mírale, digo, abandonar su intento y perderse nada ménos que en consideraciones sobre la situacion política de Europa en 1870, y en forjar oráculos misteriosos para este año que corriendo vamos, con tal prosopopeya, cual pudiera hacerlo la Sibila de Cumas.

¡Atencion, Fausto! que ya las masas estupefactas, escuchan *arrectis auribus* ó con la *boca abrida*, como decia el tunante de Fr. Gerundio, á esa pitonisa que se agita con furor en su trípode. ¡Atencion! digo otra vez:

el político que no habla de *politica*, ha pasado revista á todas esas naciones guerreras y ricas, que ponen todo su empeño en ocultar su fuerza y su ambicion, y ya llega á este arranque oratorio, digno de ocupar las *horas sérias* por la enseñanza y *utilidad* que encierra.

«El Papa era el único que se soñaba fuerte y levantaba la voz para proclamarlo así, llamando á todos sus servidores y obligando al Espiritu Santo á concederle facultades extraordinarias, es decir, *divinas*. Pero monarca de un pedazo de tierra, que le ha sido dejado por compasion y por interes ajeno, este infeliz anciano no lograba turbar la armonía europea. En el siglo del vapor, del telégrafo y del fusil de aguja, los cañones ya son inofensivos. El Papa, con su infalibilidad, creyó tambien que tendria la fiesta en paz.

«Tal era la situacion de la Europa al comenzar el año de 1870.

«Al concluir, el cielo que los astrólogos vieron radiante y sereno, está entoldado de nubes tempestuosas. Una tormenta inesperada se levantó destruyéndolo todo, tronó el rayo, y el aliento de fuego de la guerra ha sacudido á las naciones, derribado tronos, sepultado ejércitos, destruido poderes seculares, *callado la voz impostora de los viejos santuarios*, y marcado un nuevo punto de partida á la humanidad.

«Al sepultarse en la tumba el año de 1870, se ha llevado entre los pliegues de su fatal sudario, el imperio napoleónico, la fama de los soldados franceses, la Silla de San Pedro y la fama de los oráculos católicos. El año que acaba de pasar, ha llegado con estrépito á la morada de lo que no existe, y ha conmovido las bóvedas inmensas donde yacen los siglos pasados.»

¿Qué tal, amigo Fausto? ¿No es verdad que ese nuevo Castelar ha dado calabazas á la susodicha *cotorra de cuarenta abriles*, á las *muchachonas* aquellas que apenas se han quitado el vestido alto, y hasta á ese otro *mo-cito* griego disfrazado en México en el presente carnaval?

Pero no hay que hacer muecas, Fausto, porque nos falta lo mejor, y yo no me quedo así como así con las cosas en el tintero, despues de que tú, holgazan, que pudieras habértelas, mejor que yo, con esos caba-leros, te estás por ahí chupando el dedo. ¡Ea, hom-bre, fuera miedo, y sirva de aguijon á tu pereza este mi ejemplo y el de tanto y tantos *Don Dieguitos* como pululan por esos mundos de Dios! ¿Te acuerdas de aquel otro *retrogrado* de Gorostiza que no tuvo la dicha de conocer esas mágicas deidades del autor de los *Bosque-jos*, y si acaso, vió apenas en pañales á la *cotorra*? Pues yo, con motivo de esta audacia mía y de esa importu-nidad tuya, me repito cien veces aquello de:

—¿Pues dime qué sabes?

—Yo?

—Tú.

—No lo sé á punto fijo;

Pero ello es que hablo de todo,

Y me aplauden, y decido

Magistralmente!.....

Pero tornemos de nuevo á los *Bosquejos*. Te decia que fallaba lo mejor, porque donde nuestro filósofo se muestra verdaderamente digno de su fama, es en mas de una pincelada de esas de primera mano, que no de-jan de hacerme temblar por nuestra suerte; porque me digo: si estos son los *bocetos*, ¿qué serán las obras per-fectonadas y repulidas?

Habla el filósofo del *Federalista* del fallecimiento de la señora esposa del presidente de la república, acae-cido á los primeros dias de Enero: describe la fúnebre ceremonia en medio de la cual fué llevado á la comun morada el cadáver de aquella respetable persona; hace mérito, y en esto con justicia, así de las prendas que adornaban á dicha señora como del universal y solem-ne homenaje que las clases todas de esa sociedad fue-ron á tributarle en aquel acto grave y patético.

Esto, como ves, es serio á mas no poder; es útil en-señarlo al pueblo, para que aprenda á respetar la vir-tud, á imitarla, á ser agradecido con las personas bené-ficas que le socorren y alivian en sus penas, etc.; etc. ¿Me das, pues, cosa mas divertida que el siguiente *vol-teriano* trocito, retazo de paño rojo cosido al negro manto de la elegía? Oyele, Fausto, y pásmate por Dios, de la facilidad con que volvió nuestro *espritu fuerte* á su antigua manía, encajándonos ex-abrupto estas nuga-torias frases que echan por tierra nuestras esperanzas y su gravedad, cual si estuviese todavía con la *musa re-vistera*:

Los que no creemos que el clero nos puede servir pa-  
ra nada con el *Ser Supremo*, nos hubiéramos afligido con una manifestacion (la que, segun dicen que dijo el Sr. Mateos, dejó de hacer el clero de esta capital con mo-tivo de aquel fallecimiento), que resucitaba repugnan-tes costumbres viejas, y que *no podia ser sincera* de par-te de quienes *deben aborrecer á muerte* todo lo que es liberal.

«Por lo demas, ¿para qué sirven esas preces en latin detestable, esa *canturria* desapacible que recuerda los gemidos mercenarios de las plañideras romanas, y ese

doble que *fastidia por lo impertinente* y por lo *inútil*? ¿Qué tienen que hacer esos hombres negros y antipáticos, cargados con el peso de sus propias culpas, junto á la tumba sagrada de las personas virtuosas?

«Sería absurdo suponer que necesita un ángel de la bendición de esa gente.

«No, Dios me libre de desear á las personas que estimo y venero, que tengan en su muerte semejante acompañamiento....!»

Dios me lo perdone, Fausto; pero creo que á poco andar le dió algun dolorcillo de estómago ó de cabeza á ese formidable enemigo de los *hombres negros y criminales*, porque arrepentido del desaire que pensaba el ingrato correrles en esa hora que el vulgo llama *de los gestos*, dijo muy compungido: *que su artículo pasado habia sido escrito en un momento penoso* (momento en que sin duda le dejaron á solas los bohemios, las muchachas aquellas y la cotorróna), é hizo, con su acostumbrada formalidad, la solemne promesa de *no trazar espontáneamente con su pluma la barrera de la prohibición á una parte considerable de la sociedad para leer sus escritos, y que solo la defensa le obligaria á levantarla de nuevo.* Supongo, pues, una de dos cosas: ó que el tal escritor ve en todas partes enemigos que le ofenden, como les sucede á aquellos que *cruzan cuando uno se rie*; ó que pasado el susto que á todo hijo de vecino le causa un dolorcejo así cualquiera que le hace pensar en los *dobles fastidiosos* y en las *gentes de sotana*, nuestro filósofo olvidó como de costumbre, su nueva promesa y se volvió á las *cebollas de Egipto*.

Porque apenas trascurridos los primeros ratos de ese arrepentimiento que, sea dicho de paso, consagró tam-

bien á la política y un poco á las antiguas fruslerias hebdomadarias ó *revisteras*, tuvo la desgracia de ser visitado por un espectro parecidísimo al de cierto viejo negociante que se llamaba Marley y que fué el *coco* de otro viejo apellidado Scrooge. Digo que tal visita ha sido una calamidad, porque pasadas las primeras impresiones de espanto que tendria nuestro filósofo, creyendo acaso ser visitado por la sombra de algun injuriado clérigo, yo tengo para mí que se fué familiarizando con la idea de que todo eso de la otra vida era tortas y pan pintado; sobre todo, cuando el *patriótico espectro*, que era nada ménos que el *pueblo*, le dijo muchas cosas y muy buenas, respecto de la *instrucción y moralidad* de los millones de párias que vagan en esta infortunada república que tanto y tanto tiene que envidiar á esa su hermana del Norte. ¡Cuán alegre y satisfecha se sienta ésta en el *banquete de la prosperidad*, con pasmo de las demás naciones á quienes se hace agua la boca!

Y no solo se fué, pues, familiarizando con los espíritus el autor de los *Bosquejos*, sino que cobró mayores bríos al recibir la *mision regeneradora* del espectro, y volvió lanza en ristre á arremeter con los curas, los maestros, los jesuitas, las hermanas de la caridad, los teólogos, los canonistas, los historiadores, los gobiernos, las maestras de amiga, las clases privilegiadas, los españoles y tanta variedad de gentes y personalidades, que esto, como te decia ántes, verdaderamente abrumado y confuso, y no puedo distinguir por sus nombres las mal feridas ovejas que huyendo van atropelladamente en esa oscura polvareda.

Dejemos, Fausto, que por hoy se las hayan como puedan esos perseguidos fugitivos, por cuya causa iré-

mos volviendo cuando se presente la ocasion, y aprovechemos esta que se viene al paso de ayudar á levantarse á este respetabilísimo anciano, de rostro dulce y apacible, que ha quedado derribado en tierra al bote rudo de la lanza de su formidable enemigo.

Es el venerable jesuita aragonés, el sabio sacerdote á quien eligió por confesor y sin cuyo consejo nada se atrevia á obrar una alma... de esas *ilusas* y *vulgares* que llenan, sin embargo, el mundo con sus obras y suelen dar su nombre al siglo en que viven. Esa *ilusa* y *vulgar* se llamaba TERESA DE JESUS, y ese noble anciano que allí yace es el padre Gerónimo de Ripalda, el teólogo profundo y consumadísimo filósofo, el varon insigne en doctrina y en santidad, como se expresan sus biógrafos, y cuyo nombre célebre y aun antonomástico, segun dice un crítico mexicano, ha inspirado siempre la mas respetuosa admiracion á esos sabios *vulgares* y *fanáticos* (como diria el autor de los *Bosquejos*), de nuestra patria y fuera de ella.

Hablando de la principal obra á que debió su justa celebridad el padre Ripalda, decia el compatriota nuestro que indico antes, que «fué singular su gracia para explicar la doctrina cristiana á los niños, acomodándose á su capacidad para la inteligencia de todas sus partes; de manera que sin causar escrúpulos ni fomentar la laxitud en unas; sin dar lugar á errores en otras, y haciendo, en fin, formar ideas exactas en todas, puede decirse que su *Catecismo* es, al par que una de las mas concisas, la más clara y completa de las obras de este género. Por estas razones, añade, ha sido general su uso en las escuelas de nuestra América y demas españolas, y el adoptado por disposicion de varios concilios

nacionales, muy especialmente por el tercero mexicano, aprobado por la Silla Apostólica. Se han hecho tantas ediciones de este catecismo, ántes y despues de la independencia, que puede decirse que ha sido una mina que ha enriquecido á millares de impresores y libreros. Es, sin la menor duda, el que mas circulacion ha tenido entre los centenares de los muy famosos que han publicado los jesuitas en todas las partes del mundo.»<sup>1</sup>

Ahora, por si acaso cierto redactor *distinguido* de un periódico veracruzano entiende el latin; y por si otros periodistas de esa tu tierra no han olvidado el que aprendieron de esos *pícaros y modorros frailes*, díles, Fausto, bien que en su pasmosa erudicion puede que ya lo sepan, al ménos el autor de los *Bosquejos* que se sabe de coro muchos latines desde el de la *Farsalia* hasta el *detestable* de que usamos los clérigos; díles, repito, que un hombre que se llamaba D. Nicolás Antonio, y era así... medio aplicado... y prometía algunas esperanzas, pues escribió una obrita no del todo maleja, aunque vulgar, que lleva por título *Biblioteca Hispana*, hablando de ese jesuita que tanto horror inspira á esos patriotas (por algo desde luego será) dijo:

«*Compluti vero instituto patrum Jesuitarum se mancipans, virtutum insigni exemplo, doctrinæque tum domestica in prælectionibus theologicis, tum publica ad populum insinuatione ætatis suæ præ luxit æqualibus:*» y en el mismo artículo hace el elogio del pequeño libro de la doctrina cristiana en los términos que pueden ver ó habrán visto ya esos eruditos.

Mas para que no me arguyas con que te cito esas an-

<sup>1</sup> Diccion. de Hist. y Geog. Apéndice, art. Ripalda.

tiguayas, testimonios parciales de clérigos *fanáticos y retrógrados*, sabe que un ilustre mexicano, verdaderamente distinguido y que profesó principios muy liberales, no desdeñó estampar en un periódico ilustrado, literario y progresista, un brillante artículo biográfico que acompañaba al retrato del padre Ripalda, y en tal artículo son de leerse, para vergüenza y confusión de estos *neo-sabios* que la echan de *espíritus fuertes y regeneradores*, los siguientes trozos:

«Hace mas de doscientos años, que la doctrina elemental del cristianismo se enseña en las escuelas y en las familias de México, por medio de un *catecismo* que, por decirlo así, ha sobrevivido á las revoluciones, á los cambios y reformas porque ha pasado la enseñanza en el trascurso de mas de dos siglos. Seguramente que pocos libros elementales han gozado, principalmente entre nosotros, del honor de dominar por tanto tiempo en las escuelas. Todos los mexicanos hemos leído este catecismo, todos hemos aprendido de memoria este pequeño libro, cuyas lecciones nos costaron tal vez algunos disgustos pueriles y algunas lágrimas; pero por lo mismo, jamas hacemos reminiscencia de las doctrinas de aquel librito, sin que se renueven en nuestra alma los recuerdos de la niñez; aquellos días felices en que comenzábamos á ejercitar la memoria y la reflexión, y á *adquirir ideas de moralidad y de virtud en un pequeño catecismo*, que relatábamos á nuestros padres con placer, como una muestra de nuestra dedicación y de nuestros *adelantos* en la enseñanza.»

«En su fisonomía, añadió aquel juicioso escritor hablando del retrato del gran Ripalda, hallarán nuestros lectores todos los rasgos que caracterizan á la verdade-

ra piedad. Siempre habíamos creído que debia haber sido *un hombre recomendable por su virtud* el que habia escrito un catecismo *en el que TODO ES PUREZA Y MORALIDAD*, y que inicia á los niños en los deberes de familia que la misma naturaleza inspira y que la religion ha consagrado con el sello de su sancion divina. No nos habíamos equivocado, pues el rostro de ese eclesiástico, autor del catecismo, su mansedumbre y su dulzura, *inspiran el amor y la veneracion de que la virtud es siempre digna*, y lo poco que sabemos de su piadosa vida *en nada desmiente la ventajosa idea* que de él formamos *al leer su catecismo* y al ver atentamente su retrato.»<sup>1</sup>

Oye ahora, Fausto, y oiga México y *«esa Europa, en cuyos congresos literarios va á imponerse una de las mas refulgentes glorias del país, la del profundo é inspirado Ignacio Manuel Altamirano, bajo cuyo manto se ha amparado»* el *Progreso* de Veracruz, segun dice este mismo; oye, te ruego, á ese caballero que no sabe traspasar los limites de la moderacion, que respeta á la sociedad en que vive, venera las tradiciones, se confunde con los sabios imparciales y está encargado de la mision de *re-formar y moralizar al pueblo*.

«*El catecismo del padre Ripalda!* ¿Quién en México no conoce al padre Ripalda? Y ¿quién que tenga en algo la razon y la libertad, no detesta ese monstruoso código de inmoralidad, de fanatismo, de estupidez, que semejante á una sierpe venenosa se enreda en el corazon de la juventud para devorarlo lentamente? Yo no sé cómo todavía las prensas de un pueblo republicano y culto, se ocupan en multiplicar los ejemplares de ese li-

<sup>1</sup> Diccionario de Historia y Geografía, en el artículo citado.

brillo odioso, que siembra en nuestras clases atrasadas, principios de tiranía y de superstición, incompatibles con nuestras instituciones y enemigos de la dignidad humana.

Defiéndanlo, en buen hora, *hombres bastante insensatos ó bastante interesados*, para servir á las miras de un partido de oscurantismo (cortísimo por fortuna), y que quiere resucitar en pleno siglo XIX las ideas del tiempo colonial. La civilización, la libertad, la ciencia, no hacen caso de lo que griten los falsos apóstoles de una religión de paz, de humildad y de dulzura, y ellas repueban y acabarán por aniquilar las doctrinas *estúpidas* que contienen *libraeos* como el de Ripalda.

«Si el cristianismo ha de vivir algo más, no ha de ser seguramente difundido por el catecismo de ese viejo jesuita, misionero del papismo y de la *reyedad* española, cuyo bello ideal era la imbecilidad de los pueblos.»

¿No es verdad que se necesita tanta filosofía como la que tienen los aparceros de las *cotorras cuadragenarias*, para no desternillarse de risa al escuchar esos primores? Ah! malicioso Fausto; ya parece que te veo guiñándome un ojo como quien dice lo que dijo el Progreso: ¡El padre Ripalda y Altamirano! Es como si dijéramos, *luz y sombra* (¿será intencional la colocación de las palabras?) *vida y muerte*, *Heráclito y Demócrito*, *alfa y omega*, *austro y bóreas* ó **IGUALES SINONIMOS**; ó bien que mueves la cabeza con aire de duda y frunces los labios, como quien indica que esa tirada no es original del autor de los *Bosquejos* sino del espectro aquel que se le presentó cuando nuestro filósofo tenía llena la fantasía de muertos y gentes de sotana.

Y acaso tengas razón, Fausto: yo mismo estoy ten-

tado de creer que el Sr. Altamirano no ha escrito esas frases en estado de vigilia, sino como un sonámbulo que trasladada al papel maquinalmente lo que cree oír de un fantasma en el silencio de una noche pavorosa. De otra suerte, y por enemigo que sea de Dios y de la religión aquel escritor, ¿cómo había de asentar que las doctrinas contenidas en ese *catecismo* son *inmorales*, cuando á su aplicación deben cabalmente el individuo, la familia y la sociedad la conservación de ese orden moral que consiste en la sumisión á la ley eterna y reguladora de las acciones humanas?

Muy atrasado se muestra ese moralista, cuando cree que las doctrinas contenidas en la sabia exposición del padre Ripalda, datan del tiempo colonial, ó tienen algo que ver con las miras de un partido que quiere resucitar en pleno siglo XIX el sistema del oscurantismo. Muy atrasado en verdad, para ser tan distinguido juriscónsulto, pues tales doctrinas tienen su origen en la voluntad y sabiduría eternas, son la expresión de la ley inmutable que mantiene las relaciones del Supremo Hacedor con sus criaturas, y de éstas entre sí; ley impresa en el corazón del hombre desde el instante de su creación, escrita más tarde por el mismo dedo de su Autor y promulgada entre solemnes prodigios, con la majestad más augusta que hayan visto los siglos, y que al fin tienen su complemento, cuando, llegados los tiempos fijados para la regeneración del mundo, sella la sangre de la más santa de las víctimas, ese sublime código. La luz que él difunde por el Universo, es precisamente la que enseña la senda del progreso, de la civilización, de la libertad y de la ciencia. ¿Cómo, pues, son *inmorales* y *monstruosas* las doctrinas de ese código que con tanta

sabiduría expone el padre Ripalda en su catecismo? ¿No es verdad que para llamar á esa obrilla *libraco estúpido* se necesita, más que tener rabia contra Dios, hallarse en el colmo de la insensatez? Y estos filósofos, que quisieran pasársela sin Dios, y sin embargo no tienen valor para negarle; estos filósofos, que aborreciendo los principios de la moral, quieren sin embargo verla practicada por los demas; estos filósofos, que llaman estúpidos á los que acatan los preceptos de aquel código, y sin embargo creen que es *precisa la existencia* de una religion de paz, de humildad, y de dulzura; esos filósofos, en suma, cuyo bello ideal es vivir á sus anchas y libremente, desconociendo todo principio de autoridad, porque obedecerla es imbecilidad y retroceso, son, Fausto, los que hoy nos salen con la embajada de regenerar á nuestro pobre pueblo, comenzando por *¡la instruccion de la juventud!*

Ya me ocuparé mas extensamente en esta materia importantísima, que sin embargo de serlo, y á pesar de lo mucho que preocupa al autor de los *Bosquejos* desde que habló con el espectro, no la ha tratado sino superficialmente y en forma de novela. Ardua es en extremo la tarea, y urgentes los remedios para muchos males que hay en efecto en el particular de la enseñanza pública; pero el autor de los *Bosquejos* lleva mal rumbo, y me temo que se extravie porque va sin brújula.

Verémos á qué parte doy la preferencia en ese largo paño de múltiples colores que se me presenta para cortar.

Adios, querido Fausto, y hasta nuevo correo.

EL CURA.

FIN.





OTEC

C